



Aviso Legal

Revista

Título de la obra: *Cuadernos Americanos*

Director: Silva Herzog, Jesús

Forma sugerida de citar: *Cuadernos Americanos. Primera época (1942-1985). México. <https://rilzea.cialc.unam.mx/jspui/>*

Datos de la revista:

Año XVI, Vol. XCVI, Núm. 6 (noviembre-diciembre de 1957).

Los derechos patrimoniales de esta revista pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, esta revista en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CCBY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 1987 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/> Correo electrónico: cialc-sibiunam@dgb.unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

6

CUADERNOS AMERICANOS

(LA REVISTA DEL NUEVO MUNDO)
PUBLICACION BIMESTRAL

Ava. Rep. de Guatemala N° 43
Apartado Postal 965
Teléfono 12-31-48

DIRECTOR-GERENTE
JESUS SILVA HERZOG

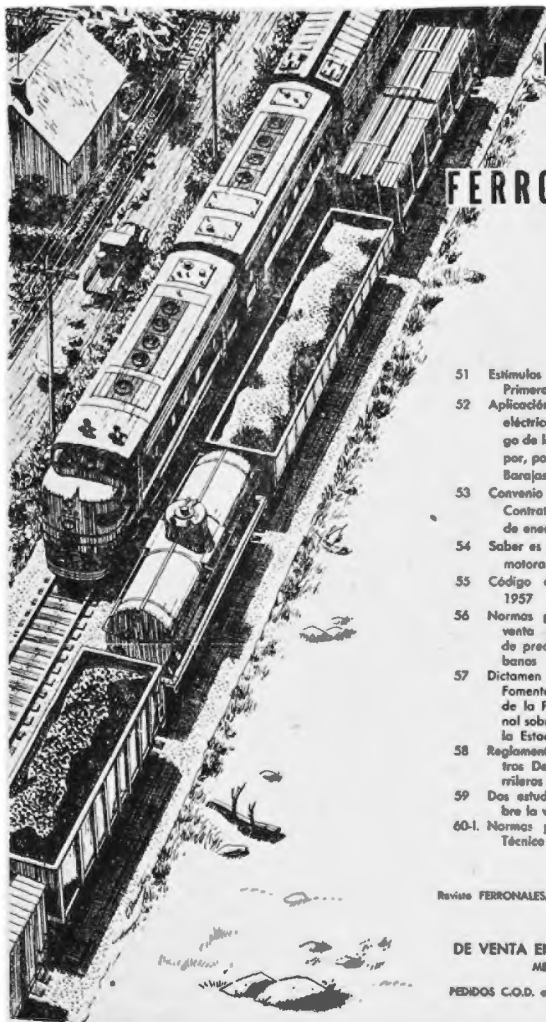
EDICION AL CUIDADO DE
RAFAEL LOERA Y CHAVEZ

AÑO XVI

6

NOVIEMBRE - DICIEMBRE
1957

INDICE
Pág. 3



BIBLIOTECA TECNICA FERROCARRILERA

ACABAN DE APARECER
DIEZ NUEVOS VOLUMENES
DE GRAN INTERES

	<i>Precio del volumen</i>
51 Estímulos y Recompensas. Primera promoción 1956	\$ 1.00
52 Aplicación de la soldadura eléctrica en cojas de fue- go de locomotoras de va- por, por el Ing. Francisco Barajas Bernal	8.00
53 Convenio de Revisión del Contrato de Trabajo (21 de enero de 1957)	1.00
54 Saber es poder en la lo- comotora Diesel eléctrica	10.00
55 Código de Reglas AAR- 1957	20.00
56 Normas para la compra- venta y arrendamiento de predios rústicos y ur- banos	1.00
57 Dictamen del Consejo de Fomento y Coordinación de la Producción Nacio- nal sobre la ubicación de la Estación de Pasajeros	2.00
58 Reglamento para los Cen- tros Deportivos Ferroca- rrileros	1.00
59 Dos estudios franceses so- bre la vía	2.00
60-1. Normas para el Consejo Técnico	1.00

Revista FERRONALES, número mensual \$ 3.00
Suscripción anual 18.00

DE VENTA EN BOLIVAR Núm. 19
MEXICO, D. F.

PEDIDOS C.O.D. al APARTADO POSTAL 8020



Use en su automóvil GASOLMEX 90 octano que compensa con creces su mayor precio porque:

GASOLMEX 90 Rinde más y da mayor potencia.

GASOLMEX 90 Evita el golpeteo y las averías mecánicas que ocasiona el mismo.

GASOLMEX 90 Permite obtener del automóvil moderno el rendimiento y las ventajas que el fabricante incorporó al diseñarlo.

Para obtener todas estas ventajas es indispensable que su mecánico de confianza AJUSTE LA CARBURACION DEL MOTOR.

El Acero vuelve a la tierra...

EL ESFUERZO HUMANO HA ARRANCADO A LA TIERRA DOS DE SUS MAS PRECIADOS TESOROS: EL HIERRO Y EL CARBON QUE FORMAN EL ACERO, UNO DE LOS MAS PROVECHOSOS DESCUBRIMIENTOS DE TODOS LOS TIEMPOS.

EL ACERO HACE POSIBLE SEGUIR ARREBATANDO SUS RIQUEZAS A LA TIERRA AL FACILITAR LA EXPLORACION Y PERFORACION DE GRANDES MANTOS PETROLIFEROS Y DE YACIMIENTOS MINERALES. EL ACERO, VINIENDO DE LA TIERRA, ES EL ARMA MAS PODEROSA PARA SEGUIR CONQUISTANDO A LA TIERRA.

FA 2/196



**COMPAÑIA FUNDIDORA
DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.**

OFICINA DE VENTAS: BALDERAS 68, MEXICO 1, D. F.

PLANTA: CALZ. ADOLFO PRIETO AL ORIENTE, MONTERREY, N. L.

**"ACERO MEXICANO
PARA EL PROGRESO
DE MEXICO"**



**ENTREGA INMEDIATA...
BIEN FRIA**



Dondequiera que esté puede usted confiar en la calidad inalterable de Coca-Cola porque Coca-Cola es pura, saludable, deliciosa y refrescante. Ese sabor, que tanto le agrada, no se encuentra sino en Coca-Cola. Elaborada y embotellada bajo condiciones rigurosamente higiénicas, como Coca-Cola, no hay igual.

Ahora ¡FILTRON dondequiera!



VILLA FONTANA MEXICO D.F.

... porque:
el placer de Fumar
está en el SABOR!



FUME FILTRON
CON FILTRO Y CON SABOR

2.00 CAJETILLA

Si un **DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO** ha sido siempre útil, éste es **absolutamente necesario**



DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO
UTEHA

Usted conoce perfectamente la utilidad cultural y pedagógica que en todo tiempo ha proporcionado un buen Diccionario Enciclopédico. Pero hoy, en que la especialización se ha impuesto como nunca, debido a los formidables progresos alcanzados en todas las disciplinas de la cultura, esta utilidad se ha convertido en necesidad indispensable. Necesidad para mantener al día los propios conocimientos y para que éstos se extiendan y se completen sin limitación de especialidad o tema.

El **DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO UTEHA**, que tanto ha de representar para la vida cultural de México y de toda Hispanoamérica, satisface con creces esta necesidad, ya que por la amplitud, precisión y rigurosa actualidad de su contenido es el único diccionario plenamente identificado con nuestro tiempo, tanto en lo que se refiere a los problemas y acontecimientos de última hora, como a la valoración crítica que el mundo de hoy tiene para las figuras y los sucesos de todos los épocas.

Usted, que desea caminar al unísono con la evolución de la vida moderna, necesita este diccionario. Y lo necesita sea cual fuere su profesión o actividad, porque toda tarea o trabajo, para que se realice con verdadera eficacia, requiere el auxilio de gran número de conocimientos con ella relacionados. Con el **DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO UTEHA**, tendrá resueltos todas sus dudas y consultas en el acto y a su entera satisfacción, porque en él encontrará minuciosamente descritos los más recientes descubrimientos de la técnica y de la ciencia; la biografía exacta y documentada de todos las figuras que la humanidad ha producido hasta nuestros días; los acontecimientos históricos, políticos, literarios, filosóficos y artísticos de todos los épocas y de todos los países; la información geográfica más extensa y precisa que figura en obra alguna de su género; y, en fin, cuanto pueda contribuir al enriquecimiento cultural de usted y de todos los suyos, proporcionándoles al mismo tiempo lo más elevado satisfacción espiritual.



MÁS DE MEDIO MILLÓN DE VOCES
13000 PAGINAS - 20000 GRABADOS
400 MAPAS - 400 LAMINAS
10 TOMOS

En sus 500,000 entradas, se incluye la totalidad del léxico que figura en la última edición del Diccionario de la Academia Española, enriquecido con gran número de americanismos, vocablos técnicos de reciente creación y otras muchas palabras que el uso diario ha incorporado a nuestro idioma. Por otra parte, el contenido de sus 13,000 páginas se realza con la belleza y el valor documental de sus 20,000 ilustraciones y cientos de láminas y mapas, en muchos casos a todo color, que contribuyen en gran medida a que las descripciones del texto adquieran máxima claridad, y permitan también que usted conozca, fielmente reproducidas, las maravillosas reproducciones creadas por la mano del hombre, las bellas naturalezas y las otras maravillas del arte que se hallan repartidas por todo el mundo.

SOLO \$50 AL MES

¿Jamás podrá esperar usted que podría adquirir un **DICCIONARIO** de tal categoría con una cuota tan baja! Pero ya lo ve ahora, el milagro, que milagro por eso, en la actualidad es tangible realidad, como usted mismo pueda comprobar solicitando inmediatamente el lujoso folleto que se ofrece gratis.

EDITORIAL GONZALEZ PORTO

Apuerto 140 Bx México D F

Siervase remitirnos el folleto descriptivo del **DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO UTEHA**, dándonos a oír con también sus condiciones de pago

Nombre _____
Domicilio _____
Localidad _____
Estado _____

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS
EDITORIAL GONZALEZ PORTO

AV. INDEPENDENCIA, 18 - APDO. 140-02 - TEL. 1302-50, 15-30-30, 50-50-10 - MEXICO, D.F.

AYUDE A LA INDUSTRIA . . .

La industrialización de México es una tarea que requiere del esfuerzo de todos y cada uno de sus habitantes. Es menester construir plantas industriales y adquirir equipo y maquinaria, y para construir unas y adquirir otros es necesario que la población ahorre e invierta sus ahorros adecuadamente.

Contribuya al proceso industrial del país comprando CERTIFICADOS DE PARTICIPACION DE LA NACIONAL FINANCIERA, S. A. De esta manera entrará en posesión de títulos con amplio mercado y garantías de primera calidad.

NACIONAL FINANCIERA, S. A.

Venustiano Carranza Núm. 35

Apartado 353

México, D. F.



(Autorizado por la Comisión Nacional Bancaria en Oficio
Núm. 601-II-7399).

C E R V E Z A

bebida elaborada con materias
alimenticias



LA CERVEZA está elaborada con malta, arroz, lúpulo y levadura, elementos que contienen sustancias de alto valor alimenticio. Es una bebida de sabor agradable, sana y pura. Además la cerveza mexicana es reconocida como la mejor del mundo. Por todo esto, es bajo todos conceptos recomendable el consumo de esta bebida en forma adecuada, tal y como lo hacen los pueblos más sanos y fuertes del mundo; sola, como complemento de las comidas o para mitigar la sed.

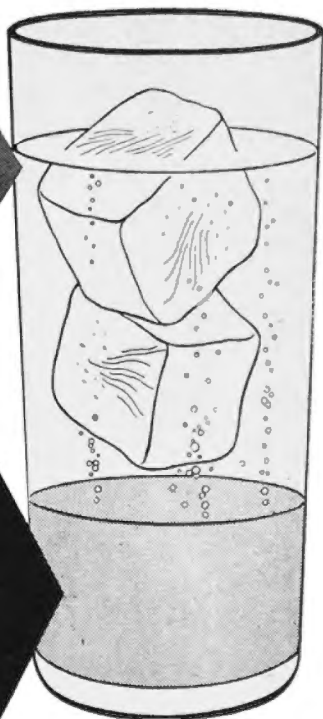


ASOCIACION NACIONAL DE
FABRICANTES DE CERVEZA

lo demás es
lo de menos

LO QUE
IMPORTA ES
RON BATEY!

Si usted dispone de
RON BATEY, lo demás es lo
de menos, porque BATEY es
el RON PERFECTO!



Súmelo a otros ingredientes en su "coctel" favorito; agréguele solamente agua natural o soda, o su refresco predilecto... ¡no importa! Usted, de todas maneras, obtiene una bebida excelente, porque lo demás es lo de menos... ¡lo que importa es RON BATEY!



Escuche su programa "BATEY" con Paco Malgesto, los jueves a las 23 hs. por XEWTV, Canal 2.

LA Unión Nacional de Productores de Azúcar, como lo hemos venido diciendo, invariablemente vende sus azúcares a los precios autorizados oficialmente, jamás usa de intermediarios para realizar estas operaciones mercantiles, sino que directamente va a los comerciantes en todo el país. La misma Unión ha estado invitando a todos los mexicanos para que colaboren con ella y no permitan que en su perjuicio se sobrecargue el precio de este indispensable complemento de la alimentación, pero físicamente es imposible para la Unión vigilar que este producto llegue al público a los precios autorizados, primero porque carece de autoridad para hacerlo, ya que constituye un simple organismo comercial de distribución en beneficio del consumidor y segundo porque requeriría, además de la autoridad delegada por el Gobierno, de una planta numerosísima de empleados que forzosamente tendría que recargar el costo del azúcar, en perjuicio del consumidor.

A pesar de esto, en aquellos lugares donde notoriamente se abusa en los precios del azúcar, esta Unión ha procedido a establecer expendios directos al menudeo para contrarrestar así el aumento en los precios más allá de los oficialmente autorizados. Nuevamente insistimos en hacer un llamado a todo el comercio, a fin de que haciéndose eco de nuestra labor y del deseo general del país, cumpla la alta misión que tiene encomendada en beneficio del pueblo consumidor.



**UNION NACIONAL DE PRODUCTORES
DE AZUCAR, S. A. de C. V.**

EDIFICIO INDUSTRIA Y COMERCIO.

Balderas No. 36—1er. piso.

México, D. F.

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR

INSTITUCION DE DEPOSITO Y FIDUCIARIA
FUNDADA EL 2 DE JULIO DE 1937

•

CAPITAL Y RESRVAS: \$226,510,391.60

•

ATIENDE AL DESARROLLO DEL COMERCIO
DE IMPORTACION Y EXPORTACION.

ORGANIZA LA PRODUCCION DE ARTICULOS
EXPORTABLES Y DE LAS EMPRESAS, DEDICA-
DAS AL MANEJO DE DICHS PRODUCTOS

FINANCIA LAS IMPORTACIONES ESENCIALES
PARA LA ECONOMIA DEL PAIS. - ESTUDIA E
INFORMA SOBRE LOS PROBLEMAS DEL
COMERCIO INTERNACIONAL

•

VENUSTIANO CARRANZA No. 32

MEXICO 1, D. F.

(Publicación autorizada por la H. Comisión Nacional Bancaria en
Oficio No. 601-11-15572).

REVISTA DE HISTORIA DE AMERICA

Publicación semestral de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

Un instrumento de trabajo indispensable para el historiador de América y el americanista por su Sección de Artículos, Noticias, Notas críticas, Reseñas y Bibliografía, con colaboraciones en los cuatro idiomas del Continente.

Director: **Silvio Zavala.**

Secretario: **Javier Malagón.**

Redactores: **Agustín Millares Carlo, J. Ignacio Rubio Mañé, Ernesto de la Torre y Susana Uribe.**

CONSEJO DIRECTIVO

José Torre Revello y Sara Sabor Vila (Argentina)—Humberto Vázquez Machivado (Bolivia)—Guillermo Hernández de Alba (Colombia)—José María Chacón y Calvo y Fermín Peraza Sarauza (Cuba)—Ricardo Donoso (Chile)—José Honorio Rodríguez (Brasil)—Abel Romeo Castilla (Ecuador)—Merle E. Curti y Clement G. Mottin (Estados Unidos de América)—Rafael Heliodoro Valle (Honduras)—Jorge Basadre y J. M. Vélez Pienaso (Perú)—Emilio Rodríguez Demortzi (República Dominicana)—Juan E. Pivel De-voto (Uruguay).

Suscripción anual, 5 dólares o su equivalente en moneda mexicana.

Toda correspondencia relacionada con esta publicación debe dirigirse a: Comisión de Historia (R.H.A.) Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Ex-Arzobispado 29, Tacubaya, México 18. República Mexicana.

GEOGRAFIA GENERAL DE MEXICO

Por

JORGE L. TAMAYO

Cuadernos Americanos se ha hecho cargo, en forma exclusiva, de la distribución de esta interesante obra que consta de dos volúmenes de 628 y 582 páginas, con fotografías y mapas, y de un *Atlas Geográfico General de México* con 24 cartas a colores, formando un volumen en folio de 41 x 53½ cms., encuadernado en holandés.

PRECIO DE LA OBRA:

	Pesos	Dols.
Con los dos tomos, de texto a la rústica ...	100.00	9.00
Con los dos tomos, pasta percalina	125.00	10.50
Con los dos tomos, pasta española	145.00	12.00

DIRIJA SUS PEDIDOS A

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Rep. de Guatemala No. 42-4

Apartado Postal No. 965

México 1, D. F.

Tel. 12-31-46

MEXICO Y LO MEXICANO

COLECCION DIRIGIDA POR EL PROF. LEOPOLDO ZEA

VOLUMENES PUBLICADOS

1. Alfonso Reyes, *La X en la frente* Agotado
2. L. Zea, *Conciencia y posibilidad del mexicano* . . . Agotado
3. J. Carrión, *Mito y magia del mexicano*
4. E. Uranga, *Análisis del ser del mexicano*
5. J. Moreno Villa, *Cornucopia de México*
6. S. Reyes Navares, *El amor y la amistad en el mexicano*
7. J. Gaos, *En torno a la filosofía mexicana* (1)
8. C. Garizurieta, *Isagoge sobre el mexicano*
9. M. Picón-Salas, *Gusto de México*
10. L. Cernuda, *Variaciones sobre tema mexicano*
11. J. Gaos, *En torno a la filosofía mexicana* (2)
12. S. Zavala, *Aproximaciones a la Historia de México*
13. A. Ortega Medina, *México en la conciencia anglosajona*
(1)
14. L. Zea, *El occidente y la conciencia de México*
15. J. Durand, *La transformación social del conquistador*
(1)
16. J. Durand, *La transformación social del conquistador*
(2)
17. F. de la Maza, *El guadalupanismo mexicano*
18. P. Westheim, *La calavera*
19. R. Xirau, *Tres poetas de la soledad*
20. Ma. Elvira Bermúdez, *La vida familiar del mexicano*
21. José Luis Martínez, *La emancipación literaria de México*.
22. Juan A. Ortega y Medina, *México en la conciencia anglosajona* (2)
23. A. Cardona Peña, *Crónica de México*
24. A. Toynbee, *México y el Occidente*

Cada volumen \$10.00

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA

APARTADO POSTAL 8855

TELEFONO: 22-20-85

MEXICO 1, D. F.

HUMANISMO

No. 43.

Mayo - Junio de 1957.

SUMARIO

EDITORIAL. Los Antagonismos de Buenos Aires. El Presidente de México. La Industria Petrolera Nacionalizada.

ROMULO GALLEGOS La Sucesión Presidencial en Venezuela.

MANUEL PEDRO GONZALES José Martí en Rusia.

MIGUEL BUENO Esencia y Destino de la Universidad.

C E L S O L O P E Z B E T A N - C O U R T Una Pastoral del Arzobispo de Caracas.

M. A. PULIDO MENDEZ La Prudencia Política.

ADOLFO GARCIA MONTE-NEGRO Guatemala en junio.

JOSE ANGEL CILIBERTO Venezuela: Política y Petróleo.

SALVADOR C O R R A L E S A Y A L A Y E. El Hombre como Actividad.

ILDEGAR PEREZ SEGNINI Carta a Fidel Castro.

FANCISCO OLAYA Los 16 Documentos Anexos al Informe Khrushchev.

JORGE TALLET Leve Crítica de la Felicidad.

JOSE FERRER CANALES Voz de la Cordillera.

VOLGA MARCOS Génesis de la Guitarra.

MEXICO EN MARCHA. México y la Economía. México y la Política Hacendaria. México y su Petróleo.

COMENTARIOS SOBRE LIBROS DE. Alfredo Pareja Diezcanseco. Carlos Jinesta. Helcias Martán Góngora. Enrique Magaña Menéndez. Guillermo Tardif B. Eugen Relgis. Vicente Tripoli. Roberto F. Giusti y G. D. H. Cole.

•

Pídala en las principales librerías de México y América,
o directamente a

H U M A N I S M O

San Juan de Letrán Núm. 13, Desp. 1704.

Teléfono 10-22-33. México, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO
Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación, con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	Precios por ejemplar	
		Pesos	Dólares
1943	Números 3, 5 y 6	20.00	2.00
1944	Los seis números	20.00	2.00
1945	" " "	18.00	1.70
1946	" " "	18.00	1.70
1947	Números 1, 2, 3, 5 y 6	18.00	1.70
1948	" 3, 4 y 6	15.00	1.55
1949	" 2 y 3	15.00	1.55
1950	" 2	15.00	1.55
1951	Números 5 y 6	12.00	1.40
1952	Los seis números	12.00	1.40
1953	Números 3, 5 y 6	12.00	1.40
1954	" 4 y 6	12.00	1.40
1955	Números 1 al 5	12.00	1.40
1956	" 5 y 6	12.00	1.40

Los pedidos pueden hacerse a
República de Guatemala 42-4, Apartado Postal 905
o por teléfono al 12-31-40.

Véase en la solapa posterior los precios de nuestras
publicaciones extraordinarias.
COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 Y 1943.

ESTACIONES

REVISTA LITERARIA DE MEXICO

Aparecerá con el ritmo de las estaciones del año.

Editores:

ELIAS NANDINO y ALFREDO HURTADO

Dirección:

ALI CHUMACERO, ALFREDO HURTADO, JOSE LUIS MARTINEZ,
ENRIQUE MORENO DE TAGLE, ELIAS NANDINO, SALVADOR
REYES NEVARES y CARLOS PELLICER.

Suplemento "Ramas Nuevas", Coordinador: EMILIO PACHECO.

Distribuidores en la República Mexicana

PORRUA HERMANOS Y CIA., S. A.

Av. República Argentina y Justo Sierra Teléfono 22-49-65

Y en su única sucursal

Av. Juárez 16, Teléfono 46-57-40

Apartado Postal 7990 México, D. F.

Suscripciones y Canje:

(Correspondencia, giros por suscripción):

Dr. Elías Nandino, Calle Revillagigedo 108-202.

Apartado Postal 2848. Tel.: 13-55-82

Precio por ejemplar \$ 12.50

Suscripción por un año 40.00

Suscripciones del extranjero Dis. 4.00

REVISTA HISPANICA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir la cultura hispánica. Contiene artículos, reseñas de libros y noticias literarias; textos y documentos para la historia literaria moderna; estudios y materiales de folklore hispánico; una bibliografía hispanoamericana clasificada y noticias acerca del hispanismo en América.

•

Fundador: Federico de Onís

Director: Angel del Río

Subdirectores: Eugenio Florit y Andrés Iduarte

•

4 dólares norteamericanos al año; número suelto: \$1.00

Hispanic Institute in the United States
Columbia University

435 West 117th Street.

New York.

ASOMANTE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

La edita la Asociación de Graduadas de la Universidad
de Puerto Rico

DIRECTORA:
NILITA VIENTÓS GASTÓN.

Dirección:
Apartado 1142,
San Juan, P. R.

•

SUSCRIPCIONES:

Puerto Rico, Cuba y Estados Unidos	\$ 4.00
Otros países	3.50
Ejemplar suelto	1.25

Ultima Novedad
de

C U A D E R N O S
A M E R I C A N O S



Incitaciones y
Valoraciones

POR

MANUEL MAPLES ARCE



De venta en las principales librerías
Guatemala 42-4
México, D. F.

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Ave. de la Universidad 975
Tel. 24-89-33



Apdo. Postal 25975
México 12, D. F.

Herbert Read

IMAGEN E IDEA
(Brev. 127. Ilus. 250 pp.)

Laurette Séjourné

**PENSAMIENTO Y RELIGION EN EL MEXICO
ANTIGUO**
(Brev. 128. Ilus. 22 pp.)

G. D. H. Cole

INTRODUCCION A LA HISTORIA ECONOMICA
(Brev. 129. Ilus. 258 pp.)

F. Sherwood Taylor

LOS ALQUIMISTAS
(Brev. 130. Ilus. 240 pp.)

Leopoldo Zea

AMERICA EN LA HISTORIA
(Publicación Diánoia. 128 pp.)

Sor Juana Inés de la Cruz

OBRAS COMPLETAS TOMO IV
(Empastado. 724 pp.)

Hamilton, Madisón y Hay

EL FEDERALISTA
(2a. ed. Empastado, 434 pp.)

LOS MANIFIESTOS POLITICOS

(Fuentes para la Historia de la Revolución Mexicana.
LXXII, 690 pp.)

Octavio Paz

PIEDRA DE SOL
(Poema. Plaquette. 46 pp.)

Guadalupe Amor

YO SOY MI CASA
(Letras Mexicanas No. 35. Novela, 352 pp.)

José Corona Núñez

MITOLOGIA TARASCA
(Empastado, Ilustrado, 110 pp.)

CUADERNOS
AMERICANOS

AÑO XVI

VOL. XCVI

6

NOVIEMBRE - DICIEMBRE

1957

MÉXICO, 1º DE NOVIEMBRE DE 1957

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN
LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F.,

CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA

Alfonso CASO

León FELIPE

José GAOS

Pablo GONZALEZ CASANOVA

Manuel MARQUEZ

Manuel MARTINEZ BAEZ

Alfonso REYES

Manuel SANDOVAL VALLARTA

Jesús SILVA HERZOG

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHAVEZ

Se prohíbe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CULTURA
REP. DE GUATEMALA 96. MEXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 6 Noviembre-Diciembre de 1957 Vol. XCVI

Í N D I C E

NUESTRO TIEMPO

	Pág.
LUIS PADILLA NERVO. Responsabilidad internacional de los Estados por explosiones experimentales	7
ERICH FROMM. <i>El problema ético del hombre contemporáneo</i>	15
LUIS ALBERTO SÁNCHEZ. El actual proceso político peruano	29
LEON BOLSKY. La nueva Yugoslavia en el mundo actual	49

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

JERÓNIMO MALLO. Los Krausistas españoles	73
WENCESLAO ROCES. Algunas consideraciones sobre el vicio del modernismo en la historia antigua	86
AURORA ARNÁIZ. El eidos de las formas políticas	104
EDMUNDO FLORES. Recursos e industrias del mundo	114

PRESENCIA DEL PASADO

IGNACIO BERNAL. Huitzilopochtli vivo	127
JESÚS SILVA HERZOG. El gobierno de Madero y la Decena Trágica	153
ANDRÉS HENESTOSA. Juárez, elogio y recordación	181

DIMENSIÓN IMAGINARIA

	<i>Pág.</i>
JAIME TORRES BODET. Cuatro poemas	191
JOSÉ ALMOINA. La lírica española contemporánea y García Narezo	196
EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA. El saber de Honorato de Balzac	226
MARÍA ALFARO. Pío Baroja: El Pasado. La Raza	240
CELESTINO GOROSTIZA. Panorama del teatro en México	250
JOSÉ DE J. NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ. Una magistral obra sobre arquitectura iberoamericana	262
HUGO RODRÍGUEZ ALCALÁ. El as de espadas	267
LIBROS Y REVISTAS, por MAURICIO DE LA SELVA	273

ÍNDICE GENERAL DEL AÑO DE 1957

Nuestro Tiempo

RESPONSABILIDAD INTERNACIONAL DE LOS ESTADOS POR EXPLOSIONES EXPERIMENTALES DE ARMAS NUCLEARES*

Por *Luis PADILLA NERVO*

SEÑOR Presidente:

La responsabilidad del Estado es tema que un latinoamericano difícilmente puede abordar sin pasión. La historia de esta institución no es sino la historia de las dificultades y obstáculos que los nuevos países latinoamericanos encontraron en su evolución: obstáculos para mantener su reciente independencia, obstáculos para reivindicar y desarrollar sus recursos, obstáculos en el camino de su integración social.

Para las pequeñas y medianas potencias que surgieron a la vida independiente desde comienzos del siglo pasado, los principios de la responsabilidad internacional del Estado tienen un origen infausto. En verdad el nacimiento de esta institución es peculiar. Ciertamente, la enorme mayoría de Estados nuevos no participaron en el proceso de creación de las numerosas instituciones de derecho internacional que se consolidaron y sistematizaron durante el siglo XIX, ni sus futuras necesidades e intereses fueron tomados en cuenta. Pero por lo menos, debido al equilibrio de intereses entre las grandes potencias y a la naturaleza de algunas entre tales instituciones, numerosos prin-

* Discurso pronunciado ante la Comisión de Derecho Internacional de las Naciones Unidas, el 7 de junio de 1957. La Comisión de Derecho Internacional, compuesta por veintiún juristas representativos de las principales culturas jurídicas del mundo, pero electos a título particular, tiene por tareas la codificación y el desarrollo progresivo del Derecho Internacional. Este discurso fue pronunciado al examinarse, con las finalidades indicadas, el tema de la Responsabilidad del Estado. La primera parte trata ciertos aspectos generales de esta institución y en la segunda, el autor examina la cuestión concreta a que alude el título.

cipios creados entonces no estuvieron directa y específicamente dirigidos contra los nuevos o futuros países pequeños. La situación es bien distinta, en cambio, en lo que se refiere a la responsabilidad del Estado. Aquí, las normas internacionales no se crearon al margen de los pequeños Estados, sino en su contra. Esta institución tuvo su origen, casi exclusivamente, en las relaciones desiguales entre grandes y pequeñas potencias, entre los Estados que desde hacía tiempo estaban en plena expansión y aspiraban a desbordar sus fronteras y los Estados que apenas surgían a la vida independiente. Para comprobarlo basta examinar, aun superficialmente, los repertorios de las numerosísimas controversias internacionales ocurridas en esta materia desde hace un siglo; probablemente el noventa y cinco por ciento de los casos que figuran en tales repertorios tuvieron como protagonistas a una gran potencia industrial frente a un pequeño y nuevo país. Se podría decir sin exagerar que uno de los principios más importantes del derecho internacional: *par in parem non habet imperium*, no presidió a la creación y desarrollo de las normas sobre responsabilidad del Estado. La desigualdad de fuerzas equivalía en la práctica a la desigualdad de derechos.

La doctrina jurídica no hacía sino reflejar ese estado de cosas: ya olvidada la noble y generosa influencia de los teólogos españoles del siglo XVI, con sus criterios de moral y de justicia, reinaba sin disputa en el Derecho Internacional un positivismo desorbitado que no conocía otro criterio de juricidad que la práctica de los Estados. Esto significaba, durante el siglo XIX, la práctica de las grandes potencias. Al renunciar los juristas internacionales al empleo de todo criterio de justicia para valorar la conducta de los Estados y al limitar la sistematización del Derecho a una simple exposición ritual de la práctica de los Estados, no debe sorprender que la doctrina de la responsabilidad del Estado se haya convertido en un ropaje jurídico para revestir y proteger los intereses imperialistas de la oligarquía internacional del siglo XIX y de principios de este siglo.

El conocido internacionalista norteamericano, Philip Jessup, señala con franqueza que "la historia del desarrollo del Derecho Internacional en materia de responsabilidad del Estado por daños a los extranjeros constituye... un aspecto de la historia del "imperialismo".

En su Informe sobre procedimiento arbitral, el profesor

Georges Scelle notaba que los Estados de reciente creación no se sentían tan inclinados como los países de larga tradición democrática a arbitrar sus controversias. Ya he indicado en otra ocasión que éste no ha sido el caso de mi país. Pero examinado este problema en forma general, se observa en primer término que la aquiescencia en arbitrar controversias significa estar dispuesto a someterse a la aplicación de las normas internacionales substantivas que estén vigentes en un momento dado en la materia sobre la cual verse la controversia. Ahora bien, si se toma como ejemplo el de las normas sobre responsabilidad del Estado, no parece sino natural que los nuevos Estados difícilmente se muestren dispuestos a someterse voluntariamente a un ordenamiento que no fue elaborado tomando en cuenta sus justas aspiraciones, sino que, por lo contrario, fue creado por la práctica y a la medida de sus probables adversarios. Quizá no haya aquí problema de juez y parte; pero no se escapa la conclusión—sobre todo considerando que todavía hoy la mayoría de controversias sobre responsabilidad del Estado se plantean entre grandes y pequeñas potencias—y de que en esta materia, el papel de legislador interesado y de parte se confunden en una misma entidad.

Así pues, la solución de este estado de cosas quizá no consista tanto en reprochar a los nuevos países su falta de vocación jurídica, cuanto en abrirles generosamente las puertas del proceso de creación del derecho internacional. En la medida en que se creen nuevas normas internacionales, no meramente jurídicas porque reflejan una práctica, sino justas; en la medida en que se elaboren reglas que tomen también en cuenta las aspiraciones de los nuevos Estados, éstos se sentirán cada vez más dispuestos a someterse voluntariamente a su aplicación.

Por supuesto, lo que digo no es un reproche a mi distinguido colega, el profesor Scelle, quien con su idealismo y espíritu innovador contribuye como pocos juristas a la superación del derecho internacional.

Creo pues que al codificar la responsabilidad del Estado la Comisión de Derecho Internacional se enfrenta a una ardua pero ineludible tarea: adecuar los principios a la nueva estructura y condiciones de la sociedad internacional de la postguerra. Para ello, la Comisión deberá superar la fría y descarnada etapa positivista que inspiró la formulación de las normas vigentes, innovando con imaginación e inspirándose en los nuevos valores y necesidades del mundo contemporáneo.

En mi opinión, estos nuevos valores y necesidades que deben inspirar la moderna doctrina de la responsabilidad del Estado están plasmados en los fines y principios de la Carta de las Naciones Unidas. En primer término, la necesidad de estimular y vigorizar la convivencia pacífica entre todos los Estados; en segundo lugar, la elevación del nivel de vida de la humanidad, sobre todo mediante el acelerado desarrollo económico y social de los países atrasados; y por último, el principio de la igualdad soberana de los Estados. Esta trilogía de propósitos y principios debe ser el criterio para enjuiciar las reglas que se formulen sobre responsabilidad del Estado.

ESTAS son las observaciones básicas que quería hacer al iniciarse el estudio de este tema, señor Presidente. En vista del carácter general de estas observaciones, no quisiera por ahora entrar al análisis detallado del Informe del Relator Especial, lo cual reservo para otra ocasión. Sólo quisiera por ahora emitir un juicio de conjunto sobre dicho estudio y tratar enseñudado un aspecto particular del tema.

Primero, quisiera felicitar a mi distinguido colega, doctor García Amador, por su Informe sobre Responsabilidad del Estado. Creo no equivocarme al decir que las preocupaciones y sentimientos que han inspirado la elaboración de su Informe son semejantes a los que he expresado. Me parece que esto se revela en la manera como trata la responsabilidad por actos y omisiones de funcionarios; en ciertos aspectos del incumplimiento de las obligaciones contractuales en general y en las cuestiones relativas a las deudas públicas y a los actos de expropiación; en los problemas que suscitan los actos de simples particulares y en la responsabilidad por disturbios internos. Me parece bien, en especial, que haya incorporado expresamente la cláusula Calvo como eximente de responsabilidad internacional tratándose de obligaciones contractuales.

Tengo ciertas reservas, en cambio, respecto de lo que debe entenderse por obligaciones internacionales, en los términos de su artículo I, párrafo 2; en lo que toca a uno de los casos que menciona de denegación de justicia y quizá a otras cuestiones; pero considero preferible referirme a ellas cuando se discuta detalladamente el Informe. En cuanto a su concepción sobre la violación de los derechos humanos esenciales de los extranjeros, como fuente de responsabilidad internacional, lo considero

un esfuerzo laudable e imaginativo para superar el antiguo e inaceptable criterio de la "norma internacional de justicia" (*international standard of justice*), si bien tengo ciertas reservas respecto a la precisión del criterio propuesto por el doctor García Amador, así como sobre ciertas consecuencias que podría originar. A este respecto, creo que se debería aceptar lisa y llanamente la norma de la igualdad de derechos entre nacionales y extranjeros, única norma verdaderamente compatible con el principio de la igualdad soberana de los Estados. Pero como digo, expondré con detalle mi opinión cuando la Comisión inicie el debate particular sobre el proyecto de articulado.

QUISIERA tratar ahora un asunto importante relativo a la naturaleza y alcance de la responsabilidad.

La regla tradicional es que la responsabilidad internacional del Estado sólo surge cuando los daños causados resultan de actos u omisiones contrarios a las obligaciones internacionales del Estado. En otros términos, como ocurría siempre en el derecho interno hasta hace relativamente poco tiempo, no puede haber responsabilidad sin culpa o negligencia.

Los daños causados o que pueden causarse por la fabricación o por explosiones experimentales de armas o artefactos nucleares, en las personas o territorio de otros Estados, han puesto en duda la conveniencia de mantener dicha regla tradicional. Conforme a los criterios clásicos de culpa y negligencia, no puede propiamente hablarse de violación de obligaciones internacionales del Estado cuando los artefactos se hacen estallar en el propio territorio de un Estado o en la alta mar, ya que, hasta ahora, ninguna regla internacional contempla ese caso y lo prohíbe expresamente; además, nadie duda que se toman absolutamente todas las precauciones conocidas para evitar daños. Pero por otra parte, parece difícil aceptar que cuando tales explosiones causan daños a las personas o territorio de otros Estados, no se origine una responsabilidad internacional con el correspondiente deber de indemnizar. El pago hecho por el Gobierno de los Estados Unidos, aunque *ex gratia*, a los pescadores japoneses que sufrieron daños por una explosión experimental en Bikini, le ha dado aún más actualidad a esta debatida cuestión jurídica. Se ha sugerido que se adopte en derecho internacional la llamada teoría del riesgo, o en otros términos, que se reconozca una responsabilidad objetiva, independiente-

mente de que exista culpa o negligencia, semejante a la responsabilidad objetiva que existe en el derecho del trabajo de muchos países y en el derecho civil de algunos, cuando se emplean instrumentos, vehículos o artefactos peligrosos en sí mismos y cuyo funcionamiento crea un grave riesgo para los demás.

Creo, señor Presidente, que no debe uno aventurarse imprudentemente en este terreno. En primer término, no es cosa de poca monta admitir como principio general de derecho internacional que exista responsabilidad sin violación directa de obligaciones internacionales bien definidas. Las consecuencias de admitir esta tesis podrían ser incalculables, sobre todo para las pequeñas potencias. Habría que recordar también que la aceptación del principio de la responsabilidad objetiva en derecho interno no se operó en un día, sino que fue el resultado de una larga y lenta evolución. El aumento alarmante en el índice de accidentes de trabajo y la infinita variedad de experiencias en muchos países, a lo largo de muchos años, determinaron la consagración de esta nueva noción. En el orden internacional, en cambio, quizá los casos de daños internacionales que pueden preverse no son aún lo suficientemente frecuentes, variados y conocidos para autorizar la derogación radical de dicha norma esencial.

Pero esto no resuelve el problema ni disminuye su gravedad.

Quizá la solución jurídica deba buscarse por otro camino. Es posible que nuestras concepciones actuales de culpa, de negligencia, de licitud y aun de obligación internacional, ya no respondan a las condiciones de la era atómica. Existe en este terreno un nuevo elemento que se presenta quizá por primera vez en la evolución de la humanidad. El hombre ha aprendido a desatar fuerzas, que, una vez puestas en movimiento, escapan a su control. No me refiero desde luego a la magnitud de la explosión y a la devastación física que produce, fenómenos que hasta cierto punto son controlables. Pienso más bien en los efectos imprevisibles de las radiaciones sobre el hombre y todos los seres vivos, y aún sobre las generaciones futuras. Desde este punto de vista, que es el más importante, *las consecuencias de las explosiones nucleares escapan al control del hombre.*

Quizá en este nuevo factor podrían descubrirse los elementos de una nueva categoría *sui generis* de culpa. Creo que el principio correspondiente podría formularse así: *tiene culpa*

y es responsable, en la medida en que causa daño, quien conscientemente desencadena fuerzas que es incapaz de dominar y cuyos efectos ignora. Los Estados que llevan a cabo estas explosiones, aun en vista de los fines más legítimos, *asumen conscientemente el riesgo* de causar daños incalculables a las poblaciones de otros países, es decir, daños internacionales. *En el hecho de asumir voluntaria y conscientemente este riesgo se encuentran, tal vez, los elementos de una responsabilidad internacional.*

No sé si al enfocar así el problema me haya aproximado demasiado a la noción de responsabilidad objetiva, es decir, a la aceptación de la teoría del riesgo en derecho internacional, posición que quería evitar. Pero estos fenómenos están tan alejados de toda dimensión humana que le es a uno difícil orientarse en el campo de las clasificaciones jurídicas. En última instancia, la mejor solución jurídica consiste en el acuerdo eventual de las grandes potencias para reglamentar o proscribir las experiencias atómicas. Si esto ocurriera, quedaría claramente configurada la noción y contenido de la obligación internacional y consecuentemente, la imputabilidad y responsabilidad de los eventuales infractores.

Sería aventurado pretender por ahora una mayor precisión de los elementos jurídicos del problema, pero creo que la Comisión de Derecho Internacional tiene el deber de examinar franca y frontalmente esta cuestión. Resultaría paradójico codificar casos menores de responsabilidad internacional y excluir un problema que tan hondamente preocupa a la opinión mundial y es en potencia una causa tan seria de daños internacionales.

EL PROBLEMA ÉTICO DEL HOMBRE CONTEMPORÁNEO *

Por Erich FROMM

¿QUÉ queremos decir con ética?

La palabra *ética* proviene de una raíz que significa, por su origen, *costumbre*, y en algunos casos la ética viene a ser una ciencia que trata de los *ideales* de las relaciones humanas. Esta confusión entre costumbre e ideales subsiste todavía en la mente de muchas personas.

La mayoría piensa hoy día *conscientemente* en la ética como si fuera un ideal, como si fueran normas éticas, cuando lo que realmente quieren decir es que lo que constituye la costumbre es también lo bueno; mientras conscientemente nos referimos a la norma ética como a un "deber", inconscientemente pensamos en realidad que lo justo es lo aceptado. Y, según sabemos, lo aceptado suele ser la solución más cómoda —menos desde el punto de vista de la propia conciencia.

A veces la ética se refiere sólo a la *conducta*; entonces lo que se designa con este nombre es un código —un código de una determinada conducta deseable. En tal caso es posible, desde luego, dividir la ética. Se puede hablar de una ética médica, de una ética comercial o de una ética militar. En todos estos casos se habla en realidad de un código de conducta que se refiere a una situación determinada o es válido en ella. Ahora bien, nada puede decirse en contra de todo esto. Prefiero las personas que tienen un código a las que no lo tienen. Prefiero los códigos buenos a los malos. Pero si para nosotros la ética es lo que fue en la gran tradición filosófica o religiosa, no podremos definirla como un código de conducta válido en ciertos campos. Según esta tradición, la ética se refiere a una orientación particular enraizada en el hombre y que, por ende,

* Esta conferencia fue dictada el 25 de abril de 1957 en la Universidad de Harvard.

no es válida para esta o aquella persona o esta o aquella situación, sino para todo ser humano. Y quizá, si los budistas están en lo cierto, válida no sólo para los seres humanos sino para todo lo que posea vida. La conciencia es el órgano de esta actitud ética; si hablamos de ética en el sentido de la gran tradición filosófica y religiosa de Oriente y Occidente, la ética no es un *código*, sino un asunto de la conciencia.

Si admitimos esta definición, tendremos que rechazar la existencia de una ética médica en particular. Pues sólo hay *una ética universal humana aplicada a situaciones humanas específicas*. Si, por otra parte, separamos la ética médica del problema universal de la ética, correremos el peligro de que la ética médica pueda degenerar no solamente en un buen código, sino en un código que tenga esencialmente la función de proteger los intereses del gremio médico en contra del paciente.

No estará por demás extenderme aquí algo sobre la conciencia. Sólo quiero decir unas cuantas palabras en torno a dos tipos de conciencia que ya he estudiado con bastante minuciosidad en *Ética y psicoanálisis*.¹ Trato de establecer en esta obra la diferencia entre la "conciencia autoritaria" y la "conciencia humanista". La *conciencia autoritaria* es para mí más o menos lo que el *super-ego* era para Freud. Actualmente, este último término es mucho más popular que la palabra "conciencia". La conciencia autoritaria o *super-ego* es originalmente el poder interiorizado del padre, y más tarde la autoridad interiorizada de la sociedad. En vez de temer las palizas de mi padre, he interiorizado sus órdenes, y de este modo no necesito esperar el terrible suceso; oigo dentro de mí mismo la voz de mi padre y no corro el riesgo de que ocurra algo desagradable. De antemano estoy sobre aviso, porque mi padre está dentro de mí. Este concepto de la autoridad interiorizada del padre y de la sociedad es válido para lo que mucha gente llama su conciencia. Me parece que la explicación freudiana del mecanismo psicológico es sumamente ingeniosa y muy certera. Sin embargo, surge la cuestión: ¿es esto todo? ¿Existe alguna otra conciencia, bien diferente de la descrita?

Ahora bien, el segundo tipo de conciencia, que no es una autoridad interiorizada, lo he denominado *conciencia humanista* (haciendo referencia a la tradición humanista filosófica o religiosa). Esta conciencia es una voz interior que nos llama

¹ Fondo de Cultura Económica, 2ª ed., t. I, México, 1957.

para que volvamos a nosotros mismos. Con este "nosotros mismos" quiero designar el núcleo humano común a todos los hombres, es decir, determinadas características básicas del ser humano que no pueden ser violadas ni negadas sin que se produzcan serias consecuencias.

Casi todos los hombres de ciencia creen que esto es absurdo y que no existe tal "naturaleza del hombre". Piensan que todo depende del lugar en que viva el individuo. Si es cazador de cabezas, se dedicará con gusto a matar gente y a reducir sus cabezas, y si vive en Hollywood, se esforzará por ganar dinero y aparecer en los diarios, etc., o sea que piensan que no hay nada en la naturaleza humana que nos diga que debemos hacer una cosa y dejar de hacer tal otra. Los psicoanalistas y psiquiatras deberían ser capaces de proporcionarnos un testimonio muy distinto; podrían afirmar que en efecto existen ciertos elementos básicos que forman parte de la naturaleza humana y que reaccionarán de manera muy parecida a como reacciona nuestro cuerpo si se violan sus leyes. Cuando en nuestro cuerpo se realiza un proceso patológico, solemos sentir dolor; y si en nuestra alma se produce un proceso patológico (es decir, si algo ocurre en nuestra alma que viole algo profundamente arraigado en la naturaleza humana) se produce algo distinto: tenemos una conciencia de culpa. Ahora bien, en caso de no poder dormir, muchos toman píldoras. Si sentimos dolor, podemos ingerir otras píldoras. La conciencia culpable se tranquiliza por medio de las diferentes maneras que nuestra cultura ofrece para tal fin. Pero sin embargo, la conciencia culpable, aun cuando sea inconscientemente, tiene muchas formas de expresarse y posee un lenguaje que a veces es tan doloroso como el dolor condicionado físicamente.

No tengo tiempo para adentrarme en la discusión de este problema. Pero, y en particular por dirigirme principalmente a estudiantes de medicina, quisiera aclarar un poco más el último punto, ya que ustedes suelen estar tan frecuentemente en contacto con el dolor y con síntomas físicos que puede interesarles oír algo acerca de las observaciones que se refieren al dolor y a los síntomas psíquicos. Por ejemplo una persona que ha negado por completo en su vida lo que Albert Schweitzer llama la "veneración por la vida", una persona que sea cruel, inhumana, falta de bondad y de amor, estará en el umbral de la locura. Tendrá miedo de volverse demente si sigue así, y a veces realmente enloquece. Otras veces desarrolla una neurosis

que lo salva de la locura; hasta algunos de los peores hombres de nuestro planeta necesitan mantener la ilusión —y quizá ni siquiera la ilusión completa— de que algo hay en ellos de humano y de bueno, porque si ya no fueran capaces de sentirlo dejarían también de sentirse seres humanos, y creerían en efecto estar a punto de volverse locos.

Permítanme ustedes ofrecerles algunos ejemplos. Existe un interesante libro sobre los jefes nazis escrito por el Dr. Gilbert, psicólogo que entrevistó a Goering y a otros representantes de este grupo durante un año, hasta el último día de sus vidas; pues bien, el Dr. Gilbert me contó la semana pasada que Goering le había pedido que fuese a verlo todos los días diciéndole: "Mire, no soy tan malo como todo este asunto. No soy tan malo como Hitler; Hitler mató mujeres y niños; yo no. Por favor, créame". Sabía que iba a morir. El hombre a quien se dirigía era un joven psicólogo norteamericano cuya opinión sobre él no tendría consecuencia alguna. No le estaba hablando a un auditorio, y sin embargo no pudo soportar la idea de enfrentarse a sí mismo —una vez desaparecido el poder— como a un ser radicalmente inhumano.

Puedo narrarles otra historia, que fue escrita por un corresponsal de prensa norteamericano que vivió una temporada en Moscú. También vivía ahí, antes de ser asesinado por los que fueron asesinados más tarde, un individuo llamado Yagoda. Era el Jefe de la Policía Secreta y es indudable que fue responsable de la muerte y la tortura de cientos de miles de personas. Sostenía un orfanatorio cerca de Moscú que, según el periodista, era uno de los lugares más bellos del mundo, y se trataba allí a los huérfanos con libertad, con amor, con todo lo que pueda desearse. Un día Yagoda le dijo al corresponsal: "Hágame un gran favor. ¿No querría escribir un artículo sobre mi orfanatorio y enviarlo al *Nation* en Nueva York?" El periodista lo miró con cierta sorpresa, y el Jefe de la Policía Secreta le explicó: "Tengo un tío en Brooklyn, hermano de mi madre, que lee el *Nation*. Mi madre piensa que soy un demonio; si mi tío lee el artículo, le escribirá a mi madre y yo me sentiré mejor". El periodista publicó el artículo, e informó más tarde que salvó un buen número de vidas de las manos de Yagoda, quien le estuvo agradecido hasta el fin de sus días.

Pero el verdadero problema no era su madre, sino su conciencia. No podía soportar la completa inhumanidad de su vida.

Hace unos días, un psiquiatra vienés, que había visitado la Alemania Oriental, me refirió un caso interesante; los psiquiatras de allá hablan de una cierta crisis neurótica a la que llaman "enfermedad de los funcionarios", es decir, la enfermedad de los funcionarios comunistas que se manifiesta en la forma de una crisis neurótica después de haber estado durante un tiempo suficiente en el "servicio". Hay algo que no son capaces de soportar. Creo que podrían ustedes acumular muchísimo material en todos los países y culturas que probaría el mismo principio: que no es posible vivir de un modo inhumano durante toda la vida sin sufrir serios trastornos, así como tampoco es posible alimentarse de una manera que resulte insuficiente para el cuerpo sin morir, aunque no sea inmediatamente.

He ofrecido ejemplos de Rusia y de la Alemania Nazi: pero con esto no he querido decir que no tengamos aquí mismo problemas parecidos. En nuestro país, y en todo el Occidente, el problema no es la crueldad ni el instinto de destrucción, sino el *aburrimiento*. La vida no tiene sentido. Los individuos viven y sienten que no están vivos, que sus vidas se les escurren de entre las manos como arena. Y cualquiera que esté vivo y —consciente o inconscientemente— sepa que no vive, sufre determinadas consecuencias que muchas veces llevan a la neurosis a las personas que han conservado un poco más de sensibilidad y animación. Y éstas son las personas que en nuestros días van a consultar a los psicoanalistas. *Conscientemente* se quejan de un matrimonio insatisfactorio o del trabajo que va mal y de esto y aquello; pero si se pregunta qué es lo que se encuentra realmente en el fondo de todo esto, la respuesta es generalmente que la vida no tiene sentido. Se dan cuenta que viven en un mundo en el que deberían sentirse estimulados, interesados, activos, y de que parecen muertos e inhumanos.

Es ahora cuando me acerco al tema principal de esta conferencia, a saber, el problema ético de nuestro tiempo, del hombre moderno; y como palabras introductorias quiero decir que, a pesar de que las normas éticas para la conducta humana son las mismas para todo ser humano, sin embargo, cada época y cada cultura tiene sus problemas particulares y por ello sus fines éticos particulares. Desde luego, no puedo discutir los problemas de los diversos fines éticos de diferentes épocas. Pero sí deseo señalar cuáles fueron los problemas éticos del siglo XIX y cuáles son los del XX.

Creo que los principales problemas éticos, los principales pecados del siglo XIX podrían enunciarse como sigue: en primer lugar, la explotación—el hecho de que un hombre fuese el alimento de otro hombre. No importa que esta *explotación* se refiriese al obrero, al campesino o al negro del Congo o del sur de los Estados Unidos: siempre se trataba de un hombre que utilizaba a otro hombre como alimento, claro que no como un caníbal, comiéndoselo, pues tenía mejores cosas que comer, sino que utilizaba su energía vital para alimentarse a sí mismo. El segundo problema moral del siglo XIX era el *autoritarismo*, el que ciertos hombres poderosos por el simple hecho de serlo, se sentían con derecho a mandar y limitar a otros hombres. Ésta era la autoridad de los padres con respecto a los hijos (como puede leerse en las hermosas descripciones de *El camino de toda carne* de Butler), era la autoridad de los hombres sobre las mujeres y la de los patronos sobre los obreros, la autoridad de Estados enteros sobre otros Estados, especialmente sobre los Estados cuyos habitantes tenían distinto color de piel. El tercer problema era el de la *desigualdad*; se consideraba justo que la gente que vivía dentro de los límites de una misma nación lo hiciera en circunstancias materiales de completa desigualdad, que ni los sexos ni las razas tenían derechos de igualdad, a pesar de todas las alabanzas al cristianismo que, en su más profunda esencia, es una religión universal que parte del concepto de que todos somos hijos de Dios.

Otro vicio del siglo XIX—especialmente en la clase media—era la *mezquindad*, el atesoramiento y ahorro de sentimientos y de cosas; íntimamente relacionado con esta actitud mezquina se hallaba un individualismo egoísta: mi hogar es mi castillo. Mi propiedad soy yo.

Bien, si estos fueron los vicios del siglo XIX, desde luego hemos progresado mucho con respecto a nuestros abuelos. Ya no tenemos estos vicios y nos sentimos muy bien. Y, de hecho, así es quizá como cada generación considera sus propios problemas éticos. Justo como los franceses estuvieron luchando estratégicamente durante la Segunda Guerra Mundial con las ideas de la Primera Guerra, así también cada generación lucha contra el resultado moral en términos de la generación anterior; ven con claridad cuán maravillosamente han vencido una serie de vicios, pero no ven que esta negación de lo que antes existía no es, en sí misma, una realización positiva ni que, al cambiar

la sociedad y la cultura, aparecen nuevos vicios que no logran conocer por la felicidad de sentir que los antiguos ya no existen.

Permítanme ahora considerar qué se han hecho los vicios del siglo XIX en nuestros días. En efecto, ya no tenemos autoritarismo. Los niños pueden "expresarse libremente" y hacer todo lo que deseen. Los obreros deben hablar y hablar y expresar sus sentimientos a los psicólogos, a quienes se paga por este trabajo, y ningún patrono se atrevería a actuar ni lejanamente como un patrono de hace cincuenta años. Pero no tenemos principios; no tenemos sentido de los valores, ni jerarquía alguna de valores.

Quisiera hacer aquí una distinción entre la autoridad *irracional* y la autoridad *racional*. Con el término autoridad irracional quiero designar una autoridad basada en la fuerza —ya sea física o emocional— y cuya función consiste en explotar a otra persona material, emocionalmente o en cualquier otra forma. La autoridad racional es la que está basada en la competencia y su función es ayudar a otra persona a cumplir un determinado cometido. Y, sin embargo, creo que se confunden estos dos conceptos en nuestros días. Si Juanito le dice a su mamá: "Dos y dos son cinco", su madre sentirá a veces que está inhibiendo su libertad de expresión si le dice con todo aplomo que dos y dos son cuatro, y si es muy sofisticada, hasta puede racionalizar su actitud pensando que los sistemas matemáticos no son tan absolutos: así, pues, mi Juanito tiene razón, después de todo. Si piensan ustedes en el escrito de Thoreau, *Life without principles* ("Vida sin principios"), redactado hace unos cien años, parece en realidad poco cierto que éste sea un problema del siglo XX, ya que parece haberlo sido ya del siglo pasado. Pero me pregunto: Si ya lo fue para el siglo XIX, ¿con cuánta mayor razón no lo será para nosotros? Lo que Thoreau vio con gran sensibilidad es que se tenían opiniones, pero no convicciones; que se tenían hechos, pero no principios; es éste un proceso que se ha continuado desde entonces y que tiene hoy unas proporciones aterradoras y, según creo, tiene también un papel aterrador en la educación. La educación progresista fue una reacción frente al autoritarismo del siglo XIX y, como oposición, fue un logro constructivo. Pero en combinación con otros rasgos de nuestra cultura, ha degenerado en un *laissez-faire* en que ya no se reconoce ningún principio, en que no se afirma valor alguno, en que no existe jerarquía. Con la palabra jerarquía no me refiero a una jerarquía de poder, sino a una

jerarquía de conocimiento y de respeto a aquéllos que saben más.

En cuanto al segundo vicio, el ahorro, desde luego no lo practicamos ya. Sería una catástrofe nacional si lo hiciéramos. Toda nuestra economía está basada en el gasto. Y, desde luego, estos cambios morales a menudo son el resultado de ciertos cambios económicos. Toda nuestra industria publicitaria no es sino un constante llamado a gastar y no a ahorrar. ¿Y qué es lo que hacemos? Pues consumimos por consumir. Todos lo sabemos y no hace falta que hable de ello. Recuerdo una caricatura en uno de los últimos números del *New Yorker*, en la que un hombre mira los nuevos automóviles de larga cola y no le gustan; entonces le dice otro: "A ti pueden no gustarte, pero si a nadie le gustaran, ¿qué ocurriría con la economía norteamericana?" En realidad, no estamos pues en el peligro de ahorrar, sino en uno tan grave como éste: en el de convertirnos en los eternos consumidores, que reciben y reciben. Durante el día, todos trabajamos unas ocho horas, sea cual fuere nuestra posición. Somos activos. Pero cuando tenemos un momento de ocio, es el momento de completa inactividad del consumidor; y la actitud consumidora pasa de la esfera económica a todas las demás. Consumimos cigarrillos, bebidas, libros y televisión —somos los eternos bebés, y buscamos constantemente la gran botella que lo contiene todo. Y a veces consumimos calmantes.

Ahora hablaré del tercer problema; pensamos que hemos vencido el vicio de la desigualdad. En efecto, la desigualdad que existía y era permitida en el siglo XIX está desapareciendo. Creo que a cualquier observador del escenario norteamericano le ha de parecer fantástico el progreso que se ha logrado en el problema de la igualdad de las razas en los Estados Unidos, especialmente en el problema de los negros. Y quizá no sea fantástico, pero sí es muy impresionante el progreso obtenido en la cuestión de la igualdad económica en los Estados Unidos. Pero ¿adónde hemos llegado con ello? Hemos distorsionado *la noción de igualdad convirtiéndola en homogeneidad*. ¿Qué significaba la palabra "igualdad" en la gran tradición humanista? Daba a entender que somos iguales en el sentido de que *cada hombre es un fin en sí mismo y no debe ser un medio para el fin de ningún otro hombre*. La igualdad consiste en que *ningún* ser humano debe ser un medio, sino que *todo* ser humano es un fin en sí mismo, sin importar su edad, color o sexo. Esta es la definición humanista de la igualdad, igualdad que

constituye la base del desarrollo de las *diferencias*. Sólo será igual si se me concede el derecho de *ser diferente* sin que se me amenace con ser tratado como si fuera distinto.

¿Y qué hemos hecho? Hemos transformado el concepto de igualdad en el de homogeneidad, y ahora tenemos miedo a ser diferentes por temor de que, en caso de serlo, se nos niegue el derecho a estar aquí. Hace poco oí algo verdaderamente sorprendente de un hombre que tendría poco más de treinta años. Le pregunté por qué tenía miedo de hacer realmente algo con su vida, viviéndola intensamente y con gusto. Pensó por un instante y contestó: "La verdad es que tengo miedo, porque eso significaría ser diferente". Y creo que esto es cierto para muchas personas.

Actualmente, este concepto de la igualdad, que tiene el prestigio y la dignidad de todo gran concepto filosófico y humanista, se emplea para designar una de las cosas más degradantes, inhumanas y peligrosas que existen en nuestra cultura, a saber, la homogeneidad —y esto quiere decir pérdida de la individualidad. Quizá puedan advertirlo ustedes en las relaciones entre los sexos; podrán ver que en Estados Unidos los sexos se han "igualado" hasta un punto en que ha desaparecido la polaridad entre ellos, de tal manera que la chispa creadora que salta solamente de la polaridad de los contrarios está desapareciendo. Y si me está permitido hacer aquí una consideración general, debo decir que la esencia de la facultad creadora consiste precisamente en que la polaridad tenga derecho a mantenerse, a existir, de modo que al encontrarse los dos polos pueda saltar la chispa creadora.

Hablemos ahora del último problema de esta discusión acerca de la transformación de los vicios del siglo XIX en los del XX, llamados virtudes. Me refiero a la explotación y al individualismo egocéntrico. Evidentemente, la explotación también ha desaparecido en medida bastante considerable; no hay otro país en todo el mundo en que haya desaparecido al grado que en los Estados Unidos. Los economistas afirman que dentro de un período relativamente breve los resultados serán aún más asombrosos. Y el individualismo egoísta apenas si existe: nadie quiere estar solo, todos buscan compañía, y la gente se vuelve loca con sólo pensar que podría estar sola durante algún tiempo. Estos vicios han desaparecido, pero ¿qué tenemos ahora en cambio? El hombre se siente a sí mismo y a los otros como si fueran cosas o mercancías. Siente que la energía vital

es un capital que debe ser invertido para sacarle provecho; y si se lo saca, lo llama éxito. *Hacemos máquinas que actúan como hombres, y producimos hombres que actúan como máquinas. El peligro del siglo XIX era que podríamos convertirnos en esclavos; el del siglo XX, en cambio, es que nos convirtamos en autómatas.*

Originalmente, toda nuestra producción material era un medio para obtener un fin. Era un medio para lograr una mayor felicidad, y esto es lo que afirmamos todavía. Pero en realidad la producción material se ha convertido en un fin en sí misma, y no sabemos realmente qué hacer con ello. Tomemos sólo un ejemplo: el deseo de ahorrar tiempo. Y una vez ahorrado, nos azoramos porque no sabemos qué hacer con él, y buscamos modos y medios de matarlo, y enseguida comenzamos nuevamente a ahorrarlo. El ser humano en nuestra cultura no se siente a sí mismo como un sujeto activo, como centro de su mundo, como creador de sus propios actos, sino más bien como una *cosa* impotente. Sus propios actos con sus consecuencias son ahora sus amos. Piensen ustedes en el símbolo, si no en la triste realidad, de la bomba atómica. El hombre venera los productos de sus propias manos, los guías de su formación, como si estuvieran encima de él y no fueran hechos por él. Creemos ser cristianos o judíos o tener cualquier otra fe. Pero en realidad hemos caído en un estado de idolatría para el que no encontramos mejor descripción que la que nos ofrecen los Profetas; pero como no adoramos a Baal ni a Astarté, sino objetos, la producción, el éxito, no advertimos ingenuamente que somos idólatras, y creemos ser enteramente sinceros al hablar de Dios. Algunas personas hasta intentan combinar la religión con el materialismo, de modo que finalmente la religión se convierte en un método de hágalo-usted-mismo para obtener un éxito mayor sin la ayuda de un psiquiatra. En efecto, *estas cosas* se han vuelto objetos de "interés fundamental". Y el resultado es que el hombre está vacío, infeliz, aburrido.

Si se habla de aburrimiento, la gente piensa, indudablemente, que no es agradable estar aburrido, pero eso es todo. Estoy convencido de que el aburrimiento es una de las más graves torturas. Si me tuviera que imaginar el infierno, lo pensaría como un lugar en que se estuviera eternamente aburrido. En verdad, toda la gente se esfuerza desesperadamente por evitar el aburrimiento corriendo hacia esto o aquello, porque ya no

aguantan el hastío, y el solo hecho de tener uno "su" neurosis y "su" psicoanalista aminora el hastío. ¡Aún si tiene una cierta ansiedad y nota en sí mismo un síntoma compulsivo hay algo de interesante! Estoy seguro que uno de los motivos de estas situaciones es que constituyen uno de los medios para escapar al aburrimiento.

Ahora bien, *el hombre no es una cosa*. Creo que esta afirmación constituye el tema central del problema ético del hombre moderno. Si se trata de transformarlo en una cosa, se le hará daño. Cito a Simone Weil: "El poder es la capacidad de transformar al hombre en una cosa, porque se transforma a un ser vivo en un cadáver". Un cadáver es una cosa. El hombre no lo es. El máximo poder —el poder de destrucción— es precisamente el poder último de transformar la vida en una cosa. El hombre no puede ser despedazado y unido de nuevo como una cosa. De una cosa se puede predecir todo, pero no del hombre. El hombre, en oposición a la cosa, puede crear y tiene una individualidad; tiene la facultad de pronunciar la palabra más peculiar y difícil de nuestra lengua: "Yo". Todos sabemos que los niños aprenden relativamente tarde esta palabra pero después cualquiera dice sin vacilar, "yo pienso", "yo siento", "yo hago". Y si examinamos lo que realmente estamos diciendo —la realidad de aquella afirmación— veremos que no hay verdad en esto, que sería mucho más correcto decir "se piensa en mí", "se siente en mí". Si en lugar de preguntarle a una persona "¿cómo estás?" le preguntamos "¿quién eres?", se quedará sorprendida, y como primera respuesta dará su nombre, pero éste nada tiene que ver con la persona. Enseguida dirá: "Soy doctor. Soy casado. Soy padre de dos niños". Todas estas características podrían darse también de un automóvil: sedán de cuatro puertas, etc. El automóvil no puede decir "yo". Al describirse de esa manera una persona, lo hace como si fuera un objeto. Pregúntemle, o pregúntense ustedes mismos quiénes son, quién es ese "yo"; por ejemplo cuando se dice "yo siento", ¿es realmente *uno mismo* quien siente? ¿O es que *lo* siente uno dentro de sí? ¿Realmente se siente uno como el centro de su mundo, no como un centro egoísta, sino en el sentido de ser "*original*", con lo cual quiero decir que los pensamientos y sentimientos se originan en uno mismo? Si una mañana se sientan ustedes durante unos quince o veinte minutos y tratan de no pensar en nada, sino en vaciar su mente, verán cuán difícil se les hará estar a solas con ustedes mismos y sentir "esto soy yo".

Quiero mencionar aquí otro punto que se refiere a la diferencia entre conocer *cosas* y conocer al *hombre*. Puedo estudiar un cadáver o un órgano, y se tratará de un objeto. Uso para ello mi inteligencia, mis ojos, mis instrumentos, etc. Pero si quiero conocer un hombre, no podré hacerlo de esta manera. Claro que en cierto modo sí puedo hacerlo, pero entonces escribiré algo acerca de la frecuencia de esta o de aquella conducta y acerca del porcentaje de esto o lo otro, una buena parte de la ciencia psicológica se ocupa de esto; pero siguiendo este método se trata al hombre como un objeto. En cambio, el problema del psiquiatra y del psicoanalista —y todos deberíamos interesarnos en este problema— es comprender a nuestro vecino y a nosotros mismos, comprender a un ser humano, que no es una cosa. Y el proceso de esta comprensión no puede seguir el mismo método seguido por la ciencia natural para obtener sus conocimientos. *Sólo podemos conocer al hombre relacionándonos con él*. Únicamente entrando en relación con la persona a la que deseamos conocer podremos llegar a conocerla realmente; sólo por la relación podremos conocernos los unos a los otros. Pero el más profundo conocimiento acerca de otro ser humano no puede expresarse mediante palabras o pensamientos, así como tampoco es posible decir cómo sabe un vino del Rin. Podrá tratar de explicarse durante todo un siglo, pero nunca podrá comprenderse sino bebiéndolo. Y nunca se puede agotar la descripción de una personalidad, de un ser humano en toda su individualidad; pero puede conocerse por un acto de empatía, por un acto de experiencia plena, por un acto de amor. En mi opinión, éstas son las limitaciones de la psicología científica en cuanto pretende lograr una comprensión íntegra de los fenómenos humanos expresados por medio del pensamiento o de las palabras. Tiene suma importancia para el psiquiatra y el psicoanalista el hecho de saber que sólo por esta actitud de relación es capaz de comprender a alguien. Y creo que también es importante para el médico en general.

En nuestros días, se considera al paciente como a un ser humano y no sólo como "una enfermedad", al menos esto es lo que se pretende. Y si desean ustedes comprender al paciente y no ver en él exclusivamente un "caso", tendrán que añadir a su actitud científica de médicos, en la que observan tal y como se hace en las ciencias naturales, otra actitud propia de la ciencia del hombre, o sea la de no tratar al paciente como una cosa, como un "objeto", sino relacionarse con él como lo

hace un ser humano con otro, con la mayor concentración y sinceridad. Si no lo hacen así, el paciente seguirá siendo una cosa, y por más que hablen de él como de una persona, sus palabras carecerán por completo de sentido.

¿Cuáles son, pues, las exigencias éticas de hoy? En primer lugar, vencer la "cosificación" del hombre, es decir, superar el concepto que tenemos de nosotros mismos y de otros como cosas: vencer nuestra indiferencia, nuestra extrañeza frente a otros, frente a la naturaleza y frente a nosotros mismos. En segundo lugar, debemos lograr un nuevo sentido de la "yoidad", del yo mismo, de la experiencia del "yo soy", y no sucumbir al sentimiento de autómatas en el que tenemos la ilusión de que "yo pienso lo que pienso", mientras que en realidad no soy yo quien piensa, sino que soy más bien como un gramófono que cree que *él* toca la música del disco.

Otra meta podría formularse diciendo que debemos convertirnos en creadores. ¿Qué es la facultad creadora? Podría designarse con este término la capacidad de crear cuadros, novelas, dibujos, obras de arte o ideas. Desde luego, esto es algo que depende de la enseñanza, del medio ambiente y también, diría yo, de los genes; pero hay otro tipo de facultad creadora que consiste en una *actitud* y que es una condición para la facultad creadora en el primer sentido. Mientras en este sentido la facultad creadora es la capacidad de transmitir la experiencia creadora a la esfera material, de crear algo que puede expresarse en la tela o de otro modo, la facultad creadora en el segundo sentido se refiere a una actitud que puede definirse de una manera muy sencilla: *darse cuenta y responder*. Esto parece ser muy sencillo y me imagino que la mayoría de las personas diría: "Desde luego, estoy dispuesto a responder". Darse cuenta quiere decir darse *realmente* cuenta de lo que una persona es realmente; de que una rosa es una rosa, para hablar con Gertrude Stein, darse cuenta de un árbol, de una escena, y no considerar el objeto como ajustado al concepto *verbal* de árbol, que es la forma en que casi todos nosotros nos damos cuenta de las cosas.

Quizá podría dar un ejemplo: cierto día, una mujer a la que analicé llegó a la hora de la consulta muy entusiasmada. Había estado pelando chícharos en la cocina, y me dijo: "Sabe, por primera vez en mi vida he tenido la experiencia de que los chícharos ruedan". Pues bien, todos sabemos que los chícharos ruedan si están en una superficie adecuada. Sabemos que una

pelota o cualquier objeto esférico rueda; pero ¿qué es lo que en verdad sabemos? Sabemos gracias a nuestro *entendimiento* que un objeto esférico rueda al encontrarse en una superficie adecuada. Observamos el fenómeno y vemos que los hechos corresponden a lo que *sabemos*; pero esto es muy distinto de la experiencia creadora de *ver* realmente el movimiento. Los niños sí lo ven, por eso pueden jugar una y otra vez con una pelota, pues todavía no se han aburrido, todavía no *piensan* acerca de ello sino que lo *ven*, y es una experiencia tan maravillosa que pueden disfrutarla infinitas veces. Y esta capacidad de darse cuenta de la realidad de una persona, de un árbol o de cualquier cosa y de responder a esta realidad constituye la esencia de esta facultad creadora; sostengo que uno de los problemas éticos de nuestra época consiste en educar a hombres y mujeres y a nosotros mismos para darnos cuenta y responder. Otro aspecto del mismo problema es la facultad de ver, de ver al ser humano en un acto de relación y no como un objeto o, para decirlo con otras palabras, colocar los cimientos para una nueva ciencia del hombre, por la que se lo comprende no sólo con los métodos de la ciencia natural, adecuados para una serie de campos del conocimiento (también antropológicos y psicológicos), sino por la que se lo comprende en un acto de amor, en el acto de empatía, en el acto de verlo de hombre a hombre. Pero el objeto principal es poner al hombre nuevamente de pie, distinguir los medios como medios y los fines como fines, reconocer que nuestros logros en el mundo del intelecto y en el de la producción material sólo tienen sentido si constituyen medios hacia un fin, que es el nacimiento pleno del hombre, es el llegar a ser completamente él mismo, es el convertirse en un ser humano íntegro.

¿Qué tiene todo esto que ver con los médicos? En cuanto tales, ustedes quieren conocer a sus pacientes, y si esto es cierto, tendrán que aprender no sólo el método de la ciencia natural, sino también el de la ciencia del hombre. Deben relacionarse con ellos.

Podría decirse, puesto que los médicos forman parte de esta cultura y sociedad, que tienen los mismos defectos y problemas que todos los demás; ¿cómo cabría entonces esperar que se ocuparan de estas cuestiones? Después de todo, no son diferentes. Pero la verdad es otra: los médicos sí lo son. De hecho, son una anomalía. La profesión médica es un anacronismo en lo que respecta a su método de trabajo. Me refiero a la

distinción entre la producción de los artesanos y la producción industrial. En la primera, un solo hombre hacía todo el trabajo, como por ejemplo en la Edad Media. Podía tener un asistente, un aprendiz o alguien que le ayudara, que le limpiara el piso o le cepillara la madera, pero él hacía la parte esencial. En la producción industrial moderna ocurre lo contrario. Seguimos el principio de la división del trabajo, que ha resultado ser tan eficaz. Nadie realiza el producto entero; los dirigentes organizan la producción, pero no toman parte en ella, no efectúan el trabajo específico; en cambio, los que efectúan las labores particulares nunca ven el todo. Éste es el método de la producción industrial.

El método de trabajo del médico es todavía el del artesano. Tendrá unos cuantos asistentes, usará uno que otro aparato, pero con excepción de unos cuantos que intentan introducir métodos industriales en la práctica de la medicina, la mayoría de los médicos trabajan como artesanos. Son los que ven al paciente y los que cargan con la responsabilidad. Además, hay otra diferencia. Todos en nuestros días dicen que trabajan para ganar dinero. Sé que los médicos afirman todavía que éste no es el verdadero objeto de su trabajo, sino que trabajan por interés en el paciente, y como cosa secundaria ganan dinero. Ahora bien, el artesano medieval guardaba la misma actitud. Desde luego, también le interesaba el pago de su trabajo, pero trabajaba por amor a éste, y muchas veces prefería utilidades menores a un tipo de trabajo más aburrido. También en este aspecto la profesión del médico es anacrónica, aquí quizá de una manera menos real que en el caso de su método de trabajo.

Esto puede tener dos consecuencias. Puede prestarse en muchos casos a la hipocresía, por ejemplo, al defender ideas tradicionales que ya no se ajustan a la sociedad moderna, y sin sentir una verdadera lealtad hacia ellas.

Y existe otra posibilidad, a saber, que los médicos, *precisamente* porque su método de trabajo no se ha despersonalizado tanto, porque todavía obran al estilo del artesano, tengan la posibilidad, quizá mayor que la que pudiera existir en cualquier otra profesión —siempre y cuando la sepan reconocer—, de ser los guías hacia un nuevo humanismo, hacia una nueva actitud para comprender al hombre, y por lo tanto hacia la realización del principio de que ningún ser humano —ni el médico ni el paciente— es una cosa.

EL ACTUAL PROCESO POLÍTICO PERUANO

Por Luis Alberto SANCHEZ

DON Jesús Silva Herzog, con su generosidad habitual, me señala la conveniencia de que sea yo quien escriba un comentario sobre lo que él y otras personas atentas, califican de "importante ensayo político peruano". Esto debería obligarme a usar la forma epistolar. No puedo limitarme a ella, lo cual explica el *porqué* de este artículo.

Al mismo tiempo que recibí aquella insinuación, me pareció más prudente y fecundo esperar a que la etapa iniciada el 28 de julio de 1956, culminara en un acto palpable, corroborador de las declaraciones e inicios de aquel día. Tal ha sido el retorno al Perú de Haya de la Torre para presidir (y éste es otro hecho tangible) el III Congreso del Partido Aprista Peruano, lo cual explana el *cuándo* de lo que venimos escribiendo.

La circunstancia de haber sido y ser yo protagonista de alguna parte del proceso referido, reduce el ámbito de mis comentarios, forzándome a una terca objetividad. He aquí planteado el *cómo* de lo que sigue. Después de lo cual, expuestos el *porqué*, el *cómo* y el *cuándo*, se puede entrar en materia.

I

DESDE el 27 de octubre de 1948 hasta el 20 de julio de 1955, semanas más, semanas menos, la dictadura militarista de Odría no tuvo sino un constante adversario: el Partido Aprista Peruano. Por consiguiente el encono y la saña del dictador se concentraron en éste. No envuelve ninguna recriminación lo dicho: fija hechos; nada más natural, por eso, que pese a la declaración del 20 de julio de 1955 formulada contra la reelección por la "Coalición Nacional", la respuesta directa del dictador, lanzada por la Radio Nacional a comienzos de septiembre

de ese mismo 1955, fuese una violenta diatriba contra el Partido Aprista Peruano. Cuando la escuchamos o leímos los desterrados apristas, sentimos inevitable raptos de alegría; nuestros presentimientos, cálculos y apetencias estaban cumplidos. "El Apra —como dice el grito popular—, el Apra nunca muere". Odría lo comprobaba con su descontrolada arenga. Se dispuso el regreso clandestino de todo el que pudiera lograrlo: Ramiro Prialé encabezó el indispensable y aventurado retorno. Odría no se equivocaba en su objetivo; sí, en la oportunidad. Durante los cuatro últimos años hasta entonces, la dictadura había ido perdiendo y despidiendo a sus aliados de la primera hora. Civiles y militares se le alejaron. Hasta los miembros de su Secretaría y de su Gabinete lo abandonaron, excepto aquellos íntimamente coludidos con el Dictador y sus más inmediatos secuaces. Posteriormente se ha corroborado la razón de esa ininteligible actitud. ¿Por qué esa fuga de amigos y compadres?

Todavía hay quienes, cegados por las apariencias, hablan de las realizaciones de la dictadura. No los ha desengañado siquiera el incontrovertible hecho del déficit de 900 millones de soles (46 millones de dólares) dejado por el régimen militar; ni la hipoteca que grava fuentes de riqueza hasta hace poco intactas. Como de costumbre, las *realizaciones* dictatoriales significan hacer por valor de 10 y cobrar como 100; y además hacer mucha obra suntuaria y sólo material dejando de lado las obras reproductivas y el progreso técnico, moral y cultural del pueblo. Bastará recordar que el Perú se volvió el país donde abundaban los autos último modelo y escaseaba la carne; donde las refrigeradoras superaban al pan, y las radiolas y ropas importadas eran más fáciles de tener que el trigo, el aceite, y hasta los productos nativos como el arroz y el azúcar.

La "batalla del Whisky" ocurrida en 1953 es uno de los episodios más elocuentes de aquella etapa. A despecho de las urgencias populares, se acabó devolviendo a los importadores de aquella bebida, nada popular ni saludable, el carácter de artículo de primera necesidad.

Desde luego no cabe mencionar la ausencia total de garantías ciudadanas, ni el desenfado con que se apropia la gente del régimen, de puestos, casas, muebles, teléfonos, máquinas de escribir, libros y enseres pertenecientes a los opositores, singularmente a los apristas. A éstos les cupo la tremenda suerte de vivir como en territorio ocupado. Su resistencia heroica y tenaz les costó, entre otras increíbles sanciones, el asesinato en la

vía pública de su secretario general, Luis Negreiros; el increíble cerco y forzado asilo de Haya de la Torre; la prisión por años de centenares de líderes y militantes y el destierro ilegal de otros muchos. Ningún grupo político sufrió lo que el aprismo bajo Odría. A lo dicho se añade la provocación constante, los conatos de soborno, la táctica de confusión y corrupción sistemática. Después de emplear tan gruesa artillería, el régimen y sus secuaces de turno dieron por muerto al aprismo; era en 1950. La alocución radial de Odría 5 años después, desmentía con su vehemencia e iracundia la propaganda oficial de 7 años. No se ataca así a los difuntos. La opinión pública glosó el discurso con unos versos famosos "Los muertos que vos matateis gozan de buena salud".

II

EL 7 de abril de 1954 el régimen de Odría, que había proclamado a todo viento, una y cien veces, su inquebrantable resolución de no permitir que Haya de la Torre saliera del generoso asilo que le brindó Colombia, para vivir libremente en el exterior, hizo un brusco viraje y aceptó lo ineluctable: la libertad de Haya. Cierta que manchó la solemnidad del acto con un torpe decreto, felizmente anulado el 28 de julio de 1956.

Pero, la aceptación del punto de vista del mundo entero, era una cesión, una derrota del régimen. Así lo entendimos todos.

Al comenzar enero de 1955 se descubrió una conspiración del sector militar, encabezado por el General Zenón Noriega, coautor del golpe de 1948, hombre decisivo en el régimen de Odría.

Fue como la insurrección del General Antonio Rodríguez contra la dictadura del General Benavides, en febrero de 1939; un calamorrazo contra el régimen. Éste había quedado destronado. La unidad "institucional" estaba rota. Era la hora de los civiles. Como algunos creyeron realmente que el aprismo, si no muerto estaba muy mal herido, decidieron organizar un frente civil, "Coalición Nacional", sin el aprismo o con éste en calidad de sometido. No se olvide que desde el 4 de octubre de 1948 (Gobierno del señor Bustamante y Rivero) el apris-

mo estaba fuera de la ley y, en consecuencia, sus miembros podían elegir, pero no ser elegidos. Los movimientos de 1955 descansaron sobre esta base.

Las masas apristas deberían ayudar con la esperanza de recobrar sus derechos ciudadanos. Sus dirigentes no podían conducirlos ni representarlos, ya que las puertas de la Libertad o de la Patria no se abrían para ellos.

Ocurrió, entonces, un suceso decisivo. La ciudad de Arequipa, ya herida desde 1950 por la dictadura, se alzó nuevamente ante un nuevo desmán del poder. Un ardiente grupo de civiles se encaró al régimen.

El contagio fue instantáneo. En pocos días variaba el panorama político, al producirse una repulsa pública al Ministro de Gobierno, a quien se responsabilizaba de las mayores exacciones del régimen castrense. Es justo consignar aquí el nombre del joven industrial, Pedro Roselló Truel, quien impetuosamente arrojó los primeros riesgos, con éxito cumplido; así como la campaña del diario *La Prensa*, a partir de 1955, lo que atrajo sobre la cabeza de su director las iras y represiones dictatoriales.

El alto comando gubernativo, con Odría a la cabeza, optó por sacrificar al Ministro inculpado, aceptando el alejamiento de su función. Con ello demostraba la dictadura su ya innegable debilidad. Ésta se acentuó al dar marcha atrás en sus medidas represivas contra los dirigentes de la Coalición Nacional y *La Prensa*.

Con Haya libre; con el General Noriega desterrado; con el Ministro de Gobierno, Esparza, caído; alejado de sus viejos compadres de 1948-1950, y con el aprismo rehecho y la civilidad en general alzada, la disyuntiva era fatal: o el terror y el continuismo, o la rectificación democrática y los comicios. En ese instante, ya que no era posible el terror, faltó grandeza o simple perspicacia y auténtico patriotismo en los factores del régimen, quienes en lugar de ampararse en intriguillas y comistrajos pudieron haber abierto de par en par las puertas de la ley y la libertad al pueblo, dura e injustamente castigado durante tanto tiempo.

De toda suerte, decidido el camino de los comicios, se planteaban las posibilidades para un entendimiento rectificador.

III

ERAN los momentos de decisión. La declaración del 20 de julio de 1955 había reeditado, al parecer, una situación semejante a la de 1944 cuando se organizó el Frente Democrático Nacional.

Ahora, Odría impulsaba una supuesta coordinación nacional, a espaldas del pueblo. Para perfeccionarla se llevaron a cabo unas reuniones de grupos políticos en el convento de Santo Domingo. El objeto visible de ellas era encontrar un candidato "único" a satisfacción de la dictadura. La empujaban los eternos fletadores de imposiciones y autocracias. Fracasaron. Odría había intentado previamente "conversar" con las "fuerzas vivas" de la nación. Las "conversaciones" consistían en monólogos del Dictador, de una rara cortesía, amonestando a los visitantes contra el aprismo y el comunismo, aconsejándolos a escoger a un "hombre de orden" y luego . . . coctel y pastas. De una de esas conversaciones nació la idea de la ya mencionada y fallida intentona de la "unificación nacional".

El alzamiento de junio en Arequipa, la declaración del 20 de julio y la fiera perorata de Odría en septiembre, cambiaron el programa. Hubo que abocarse a los comicios. Este hecho ya inevitable sugirió al régimen y a sus antiguos conmlitonos un nuevo ardid: instigar a todos contra el aprismo. Para lograr la unidad anti-aprista y continuista, el régimen usaría al aprismo en pro de sus propios intereses. Es en esos momentos cuando Haya plantea su apartamiento de la política del día y desde luego su renuncia a toda intervención en el proceso electoral, a condición de que Odría y su *clique* también se abstuviesen.

Soy un testigo de excepción de aquello por la fortuita circunstancia de haberme encontrado con Haya en París, a mediados de enero de 1956. Podría repetir sus palabras literales. Me dijo que acababa de escribir a Vázquez Díaz, en México, para que transmitiera a Priale, en Lima, sus poderes plenipotenciarios en el debate electoral, planteando su propia eliminación (la de Haya), en aras de la unidad democrática y de la legalización del Partido Aprista. Huelgan aquí los detalles de esa ejemplar decisión. Baste decir que descansaba en el lógico supuesto de alguna reciprocidad, que no se cumpliría de inmediato. Los sucesos posteriores evidenciaron el irremisible trasfondo de odio que subsistía en los medios dictatoriales, así como el afán de obtener impunidad a través del continuismo.

De hecho aunque la dictadura —en su afán de ganar ambiente popular para los amañados comicios— se vio forzada a tratar con algunos de los dirigentes apristas ingresados clandestinamente al país, nunca, en ningún momento, desistió de su propósito de imponer un sucesor con o sin el aprismo y, si posible, contra éste.

Por su parte los sectores de oposición —un 85% de la población electoral— se veían obligados a contemplar la gran cuestión: ¿Qué hacer con el Apra cuyos elementos constituían el 80% de ese 85% opositor? Utilizando el desconcierto anejo a tal situación, el Partido Aprista reunía, secreta y rápidamente, una Convención extraordinaria a la que concurrió medio millar de delegados. Ahí se decidió respaldar íntegramente al Comando Nacional, dirigido por Ramiro Priolé, y confiarle las decisiones políticas, sin otra taxativa que los principios del partido y las realidades de la situación. En febrero se había comenzado a publicar el semanario aprista *Impacto*.

IV

LA Dictadura favoreció sucesivamente varias candidaturas: las de don Julio de la Piedra, don Héctor Boza y don Hernando de Lavalle. Se le opusieron en diverso modo y grado las de don Manuel Prado y don Fernando Belaúnde. Sus características fueron muy diversas. Eliminada la del señor Piedra, que representaba al Partido Restaurador, oficialista; la de don Héctor Boza subsistió nominalmente hasta entregarse a don Manuel Prado. Hubo otra candidatura fugaz y sin mayor arrastre que la adhesión de una familia y una empresa editora, candidatura que se entregó también a don Manuel Prado, aunque dos días antes de las elecciones, en gesto de pueril enfado, decidiera retirar lo que no podía dar: apoyo efectivo. Quedaron pues en la palestra las candidaturas de los señores Lavalle, Prado y Belaúnde.

¿Cuál de ellas disponía de base popular?

No es la hora de entrar en discusiones inoperantes. Sin embargo, es indudable que el señor Lavalle contaba con una base oficial la que, de añadirsele el sustento popular aprista, habría sido suficiente para asegurarle la victoria; que el señor Prado disponía de un apreciable remanente de amigos políticos obtenidos durante su primer gobierno y a través de las activi-

dades financieras de las organizaciones bancarias e industriales de su familia, y que el señor Belaúnde tenía que operar a base de una activa demagogia, tratando de despertar, usar y canalizar el latente descontento aprista.

Aparte de tales consideraciones se planteaba esta otra: ¿Cuál de los candidatos podría, realmente, hacer respetar su triunfo, dada la posición beligerante asumida por un sector armado, en política, desde hacía una década? Por tanto la ecuación electoral tenía que plantearse así: un candidato que arrastrase la adhesión popular sin contar con su confianza plena y que, a la vez tuviese posibilidad o certeza de que su victoria no fuese desconocida por el hasta ese momento Gran Elector, el sector armado que pretendía dirigir la suerte política del Perú a su manera. Todo ello daba por supuesto (o mejor, por probado) que el aprismo, el único partido organizado del país, y sin duda el mayoritario, no podía presentar candidato propio, sino apoyar a uno ajeno.

Para muchos, la insólita limitación a que nos referimos afectaba no más que a la Presidencia de la República, pero no a las representaciones parlamentarias: pronto se comprobó el error de pensar así.

Al comienzo, pareció que el señor Lavalle sería el ungido. Contaba con todo a su favor: Gobierno, opinión neutra y aprismo. Se le exigía tan sólo que, puesto que disfrutaba de la confianza de Odría, obtuviese la legalización del Apra y garantizara una contienda limpia, abierta y democrática. Es probable que de los tres candidatos fuera el que gozara de mayor confianza de Haya y sus partidarios. El no haber actuado jamás directamente en la política, lo salvaba de muchas críticas y resquemores. Pero Lavalle cometió dos errores fatales:

1º Identificarse en demasía con el régimen de Odría, aceptando una lista parlamentaria de inconfundible sello "restaurador", y 2º menospreciar el apoyo popular del Apra. Fue inútil una reunión de mesa redonda (mayo de 1956) en que participaron conspicuos miembros del Gobierno, el lavallismo y el aprismo. El candidato superestimaba el aporte oficial. Si la declaración que al fin emitió el 7 de junio hubiera sido enunciada 15 días antes, quizá el rumbo electoral hubiera sido distinto. Pero Lavalle se aferró a una fórmula imposible: la de remitir la legalización del aprismo a un sospechoso Estatuto de Partidos, el cual debería ser discutido y aprobado por un Congreso de mayoría odríista, un día no sabido y con un resultado dema-

siado incierto. Las objeciones a tal plan fracasaron. Es de pensar que por ese injustificable empecinamiento se frustró una interesante oportunidad cívica. De todos modos aunque el aprismo declaró oficialmente, a fines de mayo, su absoluta independencia de la candidatura de Lavalle, la confusión sembrada por éste y otros hechos, bajo los auspicios gubernativos, dio como resultado que entre los 200 y tantos mil votos que favorecieron al señor Lavalle no faltara un considerable porcentaje de apristas e independientes, adversos al régimen de Odría.

El señor Belaúnde se presentó a la palestra sin contar con partido propio, basándose en las más enconadas fuerzas anti-odriístas y en promesas no por razonables menos irrealizables. Se postuló como abanderado de las reivindicaciones populares, singularmente las apristas, y hasta llegó a señalar al aprismo como dividido en dos corrientes: la una, conformista y hasta entreguista, que él quiso personificar en el Sr. Prialé; y la otra, inconformista, rebelde y doctrinaria que encarnarían el señor Haya y los líderes en destierro. Tal fue el texto de muchos de sus discursos y de una carta abierta del señor Belaúnde, publicada en *La Prensa* de Lima, en abril de 1956. La verdad era otra; Haya había entregado sus poderes políticos a Prialé, y ninguno de los líderes desterrados discrepaba de la política general del Comité de Lima, al que tenían ratificada su confianza. La carta del señor Belaúnde pretendió presentar al señor Prialé como sumiso al señor Odría, aseveración infundada y contraproducente. Acompañaban al señor Belaúnde en contradictorio cortejo, aquéllos que aceptaron sus declaraciones de adhesión a Haya y los líderes desterrados, y con ello a los principios supuestamente hollados del aprismo, y también aquéllos que desde 1948 se consagraron a minar la unidad aprista, alzándose como pretendidos "puritanos", no siempre con las manos libres de la dádiva dictatorial. Nadie auguraba mayor porvenir para tal candidatura, cuando, en gesto de no sabríamos decir si provocación o torpeza, el Jurado Nacional de Elecciones retardó la inscripción de la candidatura Belaúnde, por no haber presentado el número de firmas exigido por la ley. El efecto fue instantáneo. Y aunque no medió hecho de sangre alguno y el atropello policial se limitó al mal uso de una bomba de agua contra los manifestantes belaundistas (1º de junio), ello sirvió para encrespar los ánimos, y revestir de un manto dramático la candidatura. De toda suerte, de los cerca de 500,000 votos que favorecieron al señor Belaúnde,

se sabe con certeza que un gran porcentaje correspondió a jóvenes apristas que no podían admitir la verosimilitud de las órdenes de su partido a favor de Prado; otros que creyeron "más aprista" rebelarse contra aquello y otros que no recibieron con oportunidad las instrucciones, dado que no fueron emitidas sino hasta el 14 de junio, tres días antes del acto electoral.

El caso del señor Prado fue más complejo. Aunque desde 1954 se habían iniciado vagos contactos sobre posibilidades comiciales entre representantes del señor Prado y miembros del aprismo, no hubo ningún progreso, al punto que un vocero importante del señor Prado declaró en público, a comienzos de 1955, que no tenían que hacer "nada con el Apra". En esos momentos parecía más posible el apoyo de Odría al señor Prado, algunos de cuyos parientes y partidarios disfrutaban de elevados cargos dentro del régimen.

Pero, la vida anda muy de prisa. A fines de 1955 y después de los sucesos de Arequipa, la caída del Ministro Esparza, la declaración del 20 de julio y la embestida radio-oficial de septiembre, el campo se había aclarado. El país estaba contra el continuismo. Odría reconocía la necesidad de abandonar el Gobierno. El problema se circunscribía a una alternativa: presentarse *con* o *sin* Odría. Hasta ahí parecía un error táctico presentarse *contra*.

El señor Prado decidió acudir en persona al lugar de la contienda. Y aunque algunos de sus partidarios se adelantaron a proclamar no sólo su candidatura, sino la de los vicepresidentes, obstaculizando arreglos posteriores, el señor Prado llegó al Perú dispuesto a encarar la situación sin compromisos oficiales, escuchar el clamor popular y dar los pasos necesarios para garantizar el respeto al resultado de los comicios en caso de que lo favorecieran. Sólo después del público desahucio de los tratos entre el señor Lavalle y el aprismo se plantearon las conversaciones oficiales entre éste y el señor Prado, o sea en la última semana de mayo. El 6 de junio una Convención especial de Secretarios Generales del Apra, decidía por todos los votos, menos una abstención, apoyar al señor Prado quien prometió nítida y públicamente en Trujillo, la legalización inmediata del Apra, la amnistía general, la supresión de las leyes coercitivas y la vuelta al estado de derecho.

No se llegó a firmar pacto alguno. Pero se sobrentendie-

ron ciertas fórmulas generales, indispensables para el normal funcionamiento de la democracia. A la par el aprismo, urgido a evidenciar sus propias fuerzas, lanzó un número de candidaturas parlamentarias, agrupadas bajo el rubro de Frente Democrático Independiente, cuyo abanderado en Lima fue el poeta D. José Gálvez. La manifestación que proclamó a éste y a su lista el 14 de junio superó todas las expectativas y puso en evidencia el recuperado poderío del aprismo. Aunque el Apra apoyó oficialmente, desde el 14 de junio al señor Prado para la presidencia de la República, no prestó igual apoyo a los parlamentarios de la lista de éste no obstante lo cual, por falta material de tiempo, de modo informal pero efectivo, los secundó con sus votos en aquellas circunscripciones donde no se pudo organizar el F. D. I.

Los comicios se realizan el 17 de junio —3 días después de la declaración del 14— y en ellos triunfó el señor Prado por 100.000 votos sobre su más próximo rival, el señor Belaúnde. De hecho, sumados los votos opositores al régimen de Odría, tendríamos como resultado una repulsa abrumadora a éste.

Pero, estaba previsto, apenas absorbieron algo el golpe, los odriístas decidieron llevar a cabo una jugada mortal: interrumpir o anular el proceso electoral y producir un estado de emergencia que impidiese la llegada al poder de un civil legalmente elegido. Así, el 27 de junio, Lima amaneció sombría, cargada de rumores. Habían sido apresados Prialé y numerosos líderes apristas, algunos de los senadores independientes cuyo triunfo era ya visible y se habían realizado movimientos precautorios militares. En ese momento se demostró acierto en las decisiones tomadas. Utilizando sus vastas relaciones civiles y militares, su prestigio presidencial, el señor Prado actuó ágilmente. Después de mediodía la mayor parte de los detenidos independientes recuperaban su libertad; como era de uso, los apristas tardaron días en readquirir la suya; intervino la SIP y renunció el Primer Ministro causante directo de aquella estúpida asonada: el Contralmirante Roque Saldías.

Se había demostrado que no sólo se trataba de ganar las elecciones, sino de hacerlas respetar. Aún faltaban una tercera y una cuarta etapas: asumir el poder cumpliendo las promesas esenciales, y consolidarse en él. Así se llega al 25 de julio de 1956.

V

EL primer acto del Congreso reunido el 28 de julio de 1956 fue derogar las leyes represivas montadas por la Dictadura y otorgar amnistía general a los presos, procesados, sentenciados y desterrados políticos. Como corolario, se expidió un decreto supremo devolviendo la legalidad al Partido Aprista Peruano por no estar comprendido en la prohibición establecida por el artículo 53 de la Constitución. Desde ese momento el aprismo recuperaba su estatuto normal. Regresaron casi todos los desterrados. Se reorganizó el Comité Ejecutivo Nacional, constituido sobre la base de la Resistencia. El Perú reinició su vida constitucional. Sin embargo, aún no era prudente cantar victoria. Aun cuando el nuevo régimen daba paso a las corrientes democráticas, permanecía demasiado fiel al todavía riguroso cuerpo militar.

Lo comprueban varios hechos:

a) La conservación (1956) de los mandos militares del odriato.

b) Un gabinete en el cual, pese a elocuentes declaraciones de fraternidad e igualdad democráticas, se discriminaba poco o mucho, todavía, contra el aprismo.

c) Una política unilateral sin la imprescindible base de los municipios de libre elección.

d) Demasiadas contemplaciones para los ex-miembros del régimen dictatorial, hasta en lo que respecta a sus faltas y culpas contra la fe y el interés público.

e) Diversas intervenciones contra los partidos y elementos auténticamente populares.

f) Una actitud prejuiciada respecto al regreso de Haya de la Torre y su resonancia política nacional.

Pormenorizando algunos de estos factores, deberíamos agregar lo que sigue:

El gabinete fue constituido de acuerdo a un criterio unilateral, sin mayor consideración a los elementos que, en realidad, habían hecho posible el tránsito de la dictadura a la democracia.

El Congreso no contenía ningún elemento francamente afiliado al partido que decidió los comicios. El pacto expreso de alternabilidad en la Presidencia de las Cámaras entre independientes y pradistas tuvo un carácter de emergencia no convalidado después. La heterogeneidad de dicho Parlamento,

constituido al calor de un proceso excesivamente complicado, no permitió al comienzo, como es natural, rumbos claros, ni programas concretos por tanto. Al menos, durante la primera legislatura, ha dado la impresión de desorientación, alevemente aprovechada por los elementos adversos a la democracia.

Por otro lado, el simple cambio de nombre (por ejemplo, Movimiento Democrático Pradista, por Movimiento Democrático Peruano) o de supuestas bases doctrinales (caso de Acción Popular más típicamente denominable "belaundismo") influye poco en la estructura general de la política peruana.

Se presentaron conflictos de origen y finalidad no siempre confesables; por ejemplo, el que se refiere a las responsabilidades financieras y políticas de la dictadura.

En tal circunstancia, ciertos elementos adversos, antiodriístas y pro gobiernistas, conformaron sus puntos de vista para exigir sanciones contra la dictadura. Otros elementos, no los más conservadores, sino los más avizores, fueron partidarios de dar a la "convivencia", es decir, al entendimiento nacional, prioridad sobre la política de recriminaciones.

Aquéllos lanzaron sobre éstos la "acusación" de tener un "pacto"; éstos lo negaron. En realidad, disputa trivial. Lo importante no está en que exista una fórmula escrita o verbal, sino en que exista un espíritu, una atmósfera clara. A este espíritu es a lo que se ha llamado "convivencia".

VI

El aprismo por intermedio de su vocero del primer instante, *Impacto*, lanzó la consigna de la "convivencia". Para unos, consistía sólo en un acuerdo entre el pradismo (MDP) y el aprismo. Para el aprismo significa mucho más: es un acuerdo *plural* en que varios partidos o todos los partidos se comprometen a tolerarse y a buscar sus puntos de concordancia para cooperar en un amplio programa nacional. Se trata, pues, de una atmósfera común, por encima de los intereses de uno o dos partidos. Así lo ha definido Ramiro Prialé y así lo recoge el Ideario del Aprismo, aprobado por su reciente III Congreso en su punto III. Ese es el sentido que le ha dado también Haya de la Torre desde su primer discurso al regresar al Perú en 1957, consonante con el que pronunció en 1931, hace 26 años.

Empero, no todos los grupos políticos han acogido desde el primer instante tal interpretación. Y, a la sombra de pasados celos y recelos, facciones de tipo reaccionario, así como pequeños grupos de impacientes, tal vez provocadores pseudo-revolucionarios, se han esforzado en una doble táctica:

a) Reducir la "convivencia" democrática a un mero juego de alianzas y convenios entre sólo el MDP (pradismo) y el PAP (aprisimo), y

b) Introducir o tratar de introducir entre ambos, cuñas de desconfianza, suspicacia y animadversión, para romper esa convivencia y facilitar el retorno del aprismo a la ilegalidad y del Perú al rencor y al caos.

Planteadas así las cosas, se comprenderá, sin trabajo, ciertos acontecimientos. Veamos algunos:

En abril-enero de 1957, a raíz de que el Delegado del Perú a la Asamblea de la N. U., señor Andrés Townsend, asistió como simple y expreso ciudadano *privado* a un homenaje al ex-Presidente de Venezuela, Rómulo Betancourt, y pronunció un breve discurso en que evitó cuidadosamente todo juicio sobre la situación venezolana, hubo una queja, confidencial del Gobierno de Caracas, acogida en cierto modo por la Cancillería de Lima. Queja: sin fundamento, acogida en exceso aquiescente; Delegado: aprista; funcionario gubernativo: prominente en el partido oficial.

En mayo al saberse con certeza el retorno de Haya de la Torre, la policía venezolana, violando un singular "gentlemen's agreement", celebrado entre los gobiernos de Lima y Caracas, para no dar publicidad al desvelado intento de falsificación de billetes cometido por un ex-cura y ocasional diplomático peruano apellidado Arteta, lanzó a todo viento la burda especie de que dicha falsificación iba a favorecer a Haya de la Torre. Evidentemente en la maniobra intervinieron la policía caraqueña típicamente antidemocrática, y cómplices de cierta reacción limeña, atrincherada en un diario cuya idiosincrasia ha quedado patente a la luz de los últimos sucesos. El gobierno de Lima hubo de desmentir al cabo la grosera imputación que, de haber seguido su curso normal, debió haber afectado, en todo caso, a dos ex-ministros del régimen de Odría, pintorescamente mezclados en el visible *affaire* por la fantasía del ex-religioso.

La misma fuente de Caracas presionó, por vías no regu-

lares, pero sí muy efectivas, al gobierno democrático de Lima para poner término a la residencia legal en Perú de dos notables hombres públicos venezolanos de estirpe democrática, amigos no sólo del aprismo, sino también de conspicuos dirigentes del (M D P) oficialista y de otros sectores de la política peruana; técnicos en economía, ambos, y apartados totalmente de toda actividad política pública.

La mano que cobijaba a Perón, enarbolando la bandera del asilo, se estiraba hasta mucho más allá de los límites tolerables para la residencia de asilados, y trataba de hostilizarlos ilegalmente, eso no importa, con tal de enturbiar las relaciones entre el Gobierno del Perú y sus aliados democráticos.

Por último, la reacción limeña apeló al peor de los recursos demagógicos: la invitación al ejército a intervenir de nuevo en la política, reconquistada en forma limpia, legal y dominante por el pueblo. Para lograr este propósito se usaron diversos ardides.

El primero fue, a propósito de la elección del Rector de la Universidad de San Marcos. Públicamente se interfirió la autonomía universitaria a base del supuesto temor de que un aprista fuese elegido Rector. Realidad incontrastable: la existencia de muchos funcionarios públicos actuando como catedráticos "dóctiles".

El aprismo y el cuasi Rector aprista tan ilícitamente vetado, se sobrepusieron al rechazo natural—"náusea" fue el término usado o atribuido— que semejante conducta tenía que encontrar en todo hombre democrático y honrado.

A los 25 años de una tragedia típica de cualquier guerra civil ya olvidada y, sin duda, con el objeto de atizar odios fratricidas se produjo un extemporáneo y elocuente homenaje a 14 militares caídos durante la Revolución de Trujillo de 1932, sin recordar a los millares de civiles que también cayeron en dicha ocasión. Ramiro Prialé, en sus discursos de Ica (7 de julio) y Lima (25 de julio) fue más generoso y peruano, pues rindió pleitesía a todos los peruanos, con o sin uniforme, sacrificados durante la guerra civil de 1931-32.

El tercer caso se refirió a una supuesta declaración de Haya de la Torre en Bogotá, a propósito de la cuestión Perú-ecuatoriana. Sin reparar en las tremendas consecuencias que podrían derivar de una agitación desleal y bélica, el periódico depositario del odio en el Perú, trató de presentar el caso como una ofensa al patriotismo peruano distorsionando los hechos. Re-

puesta la verdad en su sitio, quedó no más que un fallido intento de provocación y de rencor.

Contra todo eso y más, ha venido luchando la democracia peruana cuyo pilar más sólido es el pueblo y su órgano, es decir el aprismo.

VII

El triunfal regreso de Haya y la celebración del III Congreso del Apra constituyen el punto de partida de una nueva etapa.

Demos a cada cual su valor correspondiente. Habían regresado ya desterrados de diversos partidos y distinto volumen. Al comienzo hubo alarma al respecto, pero alarma sin estridencias mayores. El caso de Haya tenía otros perfiles. Aparte de la insuperada importancia del personaje, en él se había concentrado el odio de la Dictadura y de cierto sector ultraimpermeable a la democracia. Para cohonestar aquel cainismo, se afirmó que Haya rompería la nueva política de *convivencia* y que llegaría para desautorizar a Priale. Ha sido justamente al revés. Haya, desde antes de emprender viaje al Perú, declaró su adhesión y soporte a la política de convivencia. El 25 de julio ante 150,000 almas en Lima, puso en total evidencia su actitud de apoyo al ambiente democrático reconquistado el 28 de julio de 1956, sin exigir nada en cambio. Se había impreso un viraje de 180 grados al curso de la política peruana, basada durante los últimos 25 años en la desinteligencia esencial de los peruanos —entre el pueblo y sus gobernantes.

El caso de los partidos fue análogo. Desde 1931 el aprismo insistió en la conveniencia nacional de que hubiera sólidos partidos políticos. No fue posible cumplir tan necesaria etapa.

En 1956, en el afán de coordinar las fuerzas civiles y contando también con que el partido mejor organizado y más poderoso, por hallarse arbitrariamente "fuera" de la ley, se veía reducido a elegir a otros que no fueran sus miembros, empezaron a organizarse o reorganizarse diversas entidades políticas, tales como Unificación Nacional (conglomerado estrictamente electoral), Movimiento Democrático Pradista, P. Demócrata Cristiano, Acción Popular, Social Progresista y, entre los de cierta beligerancia anterior, la Unión Revolucionaria y el dimi-

nuto Socialista. Ni el vigoroso, insobornable y democrático aprismo, ni el reducido, zigzagueante y pro-dictatorial comunismo podían actuar.

Casi todas las agrupaciones mencionadas, frente al anuncio del III Congreso aprista hecho desde agosto de 1956, resolvieron reunir sus respectivas convenciones para lanzar sus programas de acción. Así, el pradismo, cambiando el adjetivo final de su nombre pasó a ser Movimiento Democrático Peruano, y el belaudismo adoptó definitivamente el 1º de junio de 1957, el nombre de Acción Popular. Pero, por obvias razones la atención nacional se enfocó en el Congreso Aprista, inaugurado oficialmente el 26 de julio de 1957, bajo la presidencia de Haya de la Torre y clausurado el 1º de agosto, después de elaborar, discutir y aprobar documentos tan importantes como: su Ideario o Declaración de Principios, su Programa Mínimo o Plan de Gobierno, sus Estatutos o Normas procesales básicas y su nuevo Comité Ejecutivo Nacional a cuya cabeza, como Secretario General figura Ramiro Prialé por 559 votos de 567 electores: prácticamente la unanimidad.

El aprismo no había tenido oportunidad de discutir un Ideario completo, salvo en 1945 en que fue preciso hacerlo de prisa para devolver el partido a la legalidad, arrancándolo de las garras del artículo 53 de la Constitución. En cuanto a programa, apenas se había alterado el de 1931. Faltaba incorporar los acuerdos de la Convención de 1955 y coordinar los avances ideológicos de 1948-1957. El aprismo al ratificar su abierta adhesión a la democracia política y económica; su rechazo a toda forma imperialista y totalitaria; su repudio al feudalismo; su adhesión al lema de "interamericanismo democrático sin imperio" y a la creciente unidad política y económica de América Latina; su afán por la industrialización, la tecnificación de la agricultura, la redención integral del indio y el pacifismo, corroborando su personalidad como Frente Unico de Trabajadores Manuales e Intelectuales, su organización democrática, su devoción a la justicia social, su independencia absoluta de todo organismo o influencia política extracontinental y extraperuana, ha eliminado de hecho toda posibilidad de ataque y aun sospecha, poniendo al poderoso partido en forma, entre los sostenedores de la Democracia Peruana. Además, Haya en dos importantes discursos ante el Congreso definió a su partido como queda

dicho y dejó establecido la ninguna participación de su Comando en el levantamiento del 3 de octubre de 1948, lo cual echa por tierra, aunque *a posteriori* los pretextos que se usaron para ilegalizar entonces al partido y auspiciar el injustificable golpe de mano que llevó al poder a Odría.

VIII

LA enumeración de hechos y razones que antecede obliga a un sumario de conclusiones políticas, económicas, culturales y sociales inevitable. Debemos registrar el cambio de rumbo a partir de julio de 1956 y las posibilidades de más amplias realizaciones.

En el orden moral, terriblemente lesionado por las dictaduras, se tropezó con un grave obstáculo: la persistente vigencia de las organizaciones auspiciadoras y usufructuadoras de tales inmoralidades durante la etapa dictatorial. Esa vigencia hizo necesario sacrificar lo menor (con ser mucho) en aras de lo mayor (la libertad y la democracia); quienes embriagados por la irresponsabilidad que otorga el no estar en aptitud de convertirse en partido de gobierno y la impunidad que da el no deber dar cuenta a una inmensa mayoría popular, pueden ser y haber sido insistentes en la exigencia de inmediatas sanciones; los responsables deberán conjugar la indignación con la paciencia. Urge, sí, la abolición del nepotismo y el obligarismo, abrir las puertas a licitaciones efectivas, exigencia de menos modos de convivir públicamente.

En el campo cultural el nuevo Gobierno encaró un verdadero desastre técnico y moral, recubierto por una majestuosa máscara de realizaciones materiales demasiado suntuosas y caras. Si bien, a primera vista, impresionan los edificios y concentraciones escolares, de hecho habría que considerar otros aspectos tanto educativos como físicos y sociales. Sobre los morales algo se ha hecho ya al borrar la absurda, inhumana e ilegal discriminación establecida contra maestros y hasta alumnos de ideas liberales y al romper la monocracia universitaria. Pero, sobre todos esos cimientos no se han levantado condignos muros. Si en la escuela se abolió el intervencionismo sectario, de origen dictatorial, en la universidad se hizo visible la subsistencia de la coacción milicorreaccionaria, avasallando la auténtica autonomía universitaria y despertando innecesariamente

el ánimo de insubordinación juvenil. En realidad, el anteproyecto de reforma —de reforma a que se comprometió el nuevo Gobierno ante su electorado— elaborado recientemente por las Universidades, es el más retrógrado de cuantos se han propuesto desde 1919 hasta la fecha.

Existe un vastísimo campo de posibilidades y prioridades que exigen planes de urgencia. Entre ellas, la terminación de obras públicas inaplazables (irrigación, caminos esenciales, viviendas para obreros y empleados, escuelas, etc.); reajuste económico (estímulo eficaz) a la minería, el petróleo, a la agricultura y su tecnificación, código de trabajo, fijación de salario mínimo regional y su reajuste automático al coste de la vida, humanización y reajuste del régimen de pensiones, de montepío, jubilación (cesantía, salario familiar, etc.), reforma agraria nacional y sistemática para resolver el problema del indio y de la tierra; estímulo y planificación de un efectivo y coordinado desarrollo industrial, etc.

Muchas de estas medidas sólo podían ser iniciadas. Otras se hallan en situación de alcanzar un alto nivel de desenvolvimiento. Pero ninguna podría adelantar de veras, si no se da amplio acceso a la opinión pública en todo lo que se planee, y una de las medidas fundamentales es la convocatoria a elecciones municipales, requisito inevitable para tener un Gobierno efectivamente democrático y un progreso sostenido y real.

El Perú se ha desenvuelto materialmente pese a sus gobiernos dictatoriales y de "argolla" por impulso propio como casi todos los países latinoamericanos, cuya vitalidad se impone sobre los errores de plan y conducción, y sobre las mermas ocasionadas por la codicia. Así como la población crece vegetativamente a despecho de la ausencia de un programa nacional de migración, así la producción crece también a espaldas de cuanto se ha hecho para deteriorarla, desviarla o detenerla. La presencia y participación de la opinión pública por medio de municipios libremente electos, no es una panacea, pero sí un instrumento, deseable, legal y eficaz que contribuirá para conocer las necesidades y posibilidades del pueblo.

Desde hace más de un cuarto de siglo, salvo pasajeras etapas, demasiado breves, el Perú, mejor dicho, los gobiernos del Perú han puesto mucho énfasis en logros materiales a que no contribuyeron. Es una política paradójica. El Perú es un país donde las inversiones son reproductivas aunque no se las dirija ni patrocine. Por ímpetu natural desarrolla y crece. Pero, este

crecimiento rara vez se ha encaminado, siquiera en parte, para beneficio de los más. Por lo común, se ha encaminado para mejora material de los menos. Sin embargo, repetimos, por desenvolvimiento propio, casi por inercia, a veces han sobrevenido algunas mejoras generales, aunque, claro, el volumen y calidad de los privilegios favorezca en un porcentaje abrumador a las minorías privilegiadas. Ni el Parlamento, a menudo señalado directamente por el Jefe del Ejecutivo desde Lima; ni los Municipios, nombrados, desde 1922 desde Lima y por el Ministerio encargado de la Policía, han sido capaces o no han tenido oportunidad de ejercer la función de representación popular y control público que les correspondería en cualquier democracia más o menos bien organizada. De ahí que cuando se hable de adelanto material, haya que lamentar la pérdida de esa fuerza expansiva natural que, bien encauzada, habría dado como fruto una república pujante, en la que el primer capital bajo protección y estímulo sería el capital humano.

La política se caracterizó, por eso, por un signo disminuyente: apocar a los representantes de la mayoría, a los defensores de ese olvidado capital—el humano—y, si no bastara apocarlos, pues perseguirlos, y si no, desterrarlos y matarlos. Se disfrazó esta acción interesada y expoliativa del pueblo, al que se privaba de sus defensores libremente electos, se la disfrazó de etiquetas ideológicas. Hoy se ve claramente la realidad. Los que sostienen de un modo u otro irreductible oposición a los líderes y mayorías populares, concretamente al aprismo, no tienen ningún pretexto ideológico que esgrimir, ninguna incitación a la revuelta que reprimir, ningún desorden que corregir, sino lisa y llanamente, el deseo y hasta necesidad orgánica de vivir sin control público, de seguir ejerciendo la fácil y lucrativa industria de "accionistas del Estado".

El Perú, a través de los hechos que ligeramente se reseñan aquí, ha alcanzado su madurez política y cívica. Ha perdido la afición a los juegos malabares con las palabras, y se desatiende de las declaraciones vagas buscando el fondo auténtico de hechos que aquéllas a menudo pretenden encubrir. De ahí que reine una notable severidad dialéctica. Los lectores de folletos de agitación, los eternos manipuladores de ideas prestadas y estereotipadas, no tienen nada que ver ya. Los "ismos" de antigua usanza han dejado de seducir. A fuerza de dolor y de angustia auténtica, se ha conformado una conciencia alerta, severa, que juzga de los hombres por sus actos y a los actos por

sus consecuencias. En vez de pretender conformar la vida a cuadros escolásticos, se investigan posibilidades y ejecuciones, y se desprende de todo ello el jugo ideológico de que pueda nacer, y está naciendo, o reforzándose, una presentación doctrinal de la realidad.

A despecho de tal cual gritador profesional que utiliza adjetivos como pedruscos y citas mal digeridas como dardos, la vida ha impuesto su inapelable rumbo, y se avanza hacia la conformación de una vasta y honda conciencia de desarrollo de veras democrático, de una paz creadora, cuya consecución no depende del régimen de hoy solamente, sino, sobre todo, de las nuevas generaciones y de los profundos ideales populares, debidamente organizados y dirigidos, en partidos auténticos, permanentes y creadores.

Un pueblo con cordura largamente elaborada, con dilatado ejercicio del sacrificio, puede ahora, sobre un territorio privilegiado, comenzar a cumplir su destino.

LA NUEVA YUGOESLAVIA EN EL MUNDO ACTUAL

Por *León BOLSKY*

YUGOESLAVIA es un país que desde hace algunos años se encuentra frecuentemente en el centro de la atención del mundo. Las agencias periodísticas y los grandes periódicos de todos los continentes acogen con destacados titulares las noticias de las actitudes y opiniones ante los acontecimientos internacionales de los políticos y estadistas yugoeslavos.

De Yugoslavia se sabe que es un país de régimen socialista, que provocó el asombro del mundo entero al desafiar las iras de Stalin defendiendo su plena soberanía nacional, su independencia política y el derecho a decidir sus destinos sin tutelas de nadie. Yugoslavia norma la vida socialista de su pueblo según sus características propias y por decisión libre y democráticamente expresada por sus ciudadanos. Y el rasgo esencial de su política exterior es la posición de trato en plan de igualdad ante cualquier potencia o nación, su independencia y alejamiento de los intereses de los bloques antagónicos y su lucha consecuente por la paz y por la coexistencia activa entre las naciones de distinto régimen económico y sistema social. Estas características de la política interior y exterior de Yugoslavia son las que han determinado que un pequeño país que se extiende sobre una superficie de 256,589 kilómetros cuadrados compuesto de seis repúblicas: Serbia, Croacia, Eslovenia, Bosnia y Herzegovina, Macedonia y Montenegro, poblado por unos 17 millones de habitantes, haya rebasado sus fronteras y que su voz resuene con innegable autoridad en todo el mundo.

De este país, de su trayectoria histórica y de su situación actual, queremos ocuparnos en este breve bosquejo que nos proponemos hacer en el espacio limitado de un artículo.

Algunos antecedentes

EL territorio que los pueblos yugoeslavos ocupan desde hace unos quince siglos fue, desde tiempos inmemoriales, cruce geográfico de caminos estratégicos.

Siglo tras siglo, generación tras generación, los pueblos yugoeslavos pagaron con la vida de sus hijos y con sus riquezas la libertad, sin más razón que la de ser estas tierras puente estratégico donde convergían Oriente y Occidente para dirimir ideologías, establecer derechos y medir sus fuerzas.

Es comprensible que en estas condiciones los pueblos yugoeslavos se viesen económicamente atrasados en relación con el resto de Europa en cada período histórico, y es comprensible también que los intereses de las grandes potencias —de entonces— buscasen la alianza con estos pueblos procurando obtener, ideológica y materialmente, posiciones ventajosas en este estratégico terreno, para sus fines e intereses propios. A lo largo de ese pasado histórico los yugoeslavos intentaron varias veces liberarse por sí mismos y conquistar su independencia. En la era medieval el caso célebre de los bogumilas, de los heréticos contra todas las religiones que buscaban esclavizar estas tierras, provocó cruzadas del Oriente y del Occidente, pero los pueblos yugoeslavos pelearon durante siglos refugiados en las cimas de sus altas montañas y dieron pruebas no solamente de su capacidad guerrera, sino de sus facultades creadoras en el terreno económico, social y cultural.

Hace cuatro años, en una exposición celebrada en París, los historiadores y críticos de arte quedaron altamente impresionados por la originalidad de la pintura y arquitectura yugoeslavas, por el genio que influenciado por las corrientes del Oriente y del Occidente, había sabido crear una síntesis, un algo nuevo, lleno de fuerza que hubiera podido, en un desarrollo libre, enriquecer la cultura humana. Pero los pueblos yugoeslavos, repartidos entre las grandes potencias de entonces, determinó que los genios y talentos de los sabios y artistas nativos, pasaran a figurar en la historia de otros pueblos. Desunidos merced al contrapeso de intereses extraños, los pueblos yugoeslavos aspiraban y reclamaban la unión y la creación de una Patria común, que con su potencia garantizara sus vidas y diese impulso al genio creador de sus hijos.

La Yugoslavia de Versalles

TAL fue la causa de que al decidirse la creación de Yugoslavia en Versalles en 1919, esa decisión fuese saludada con un entusiasmo acumulado durante siglos por los yugoeslavos. Pero no tardaron éstos en apercibirse de que la Yugoslavia surgida del Tratado de Versalles no era una unión fraternal. La burguesía dominante Serbia, que apenas había iniciado el período de su desarrollo capitalista, con miras a conservar sus privilegios se unía al capitalismo extranjero para explotar las riquezas naturales, y si es cierto que guardaba para ella el monopolio del comercio, dejaba la minería, la industria, la explotación eléctrica y forestal, etc., en manos ajenas. Y de este modo Yugoslavia se vio convertida en un país semi-colonial proveedor de materias primas y productos agrícolas, regulados según las conveniencias y necesidades de tres o cuatro mercados que imponían su predominio y, por consecuencia, influenciaban su política exterior.

Las empresas extranjeras que en 1940 operaban en Yugoslavia representaban la inversión de 9,400 millones de dinares. Dominaban los franceses con un 25.01%, después los ingleses con el 17.38%, los Estados Unidos con el 14.95%, los alemanes con el 11.3%, los belgas con el 7.41%, y otros varios países con un 8.76%. El desarrollo económico era muy bajo (2% anual), pero sobre todo lo era el nivel de vida de los campesinos y de los obreros. En aquella época no más del 5% de la población vivía opulentamente, un 20% lo hacía con alguna holgura, pero el 75% padecía subalimentación, enfermedades, ignorancia y todas las calamidades que implica la miseria. Yugoslavia vivía en esas condiciones de desgarramiento interno a consecuencia de las discrepancias nacionales de los pueblos que la integraban, y también por los constantes movimientos de protesta de las capas sociales más explotadas y privadas de sus derechos, acciones que eran reprimidas con el terror, prisiones, asesinatos y campos de concentración de parte de las autoridades. Yugoslavia fue el primer Estado que en 1923 promulgó la Ley de Protección del Estado. Más tarde la imitaron Mussolini y Hitler.

Bajo la regencia del príncipe Pavle, Yugoslavia se adhirió a las potencias fascistas, es decir, a la Alemania de Hitler y a la Italia de Mussolini, y en marzo de 1941 se adhirió también al Pacto Tripartita. Esta política provocó la indignación y la

resistencia del pueblo y dos días después de la firma del Pacto Tripartita, fue abolida la Regencia. Esto le bastó a Hitler para tomar la decisión de atacar a Yugoslavia.

La ocupación de Yugoslavia

ALEMANIA, Italia, Hungría y Bulgaria, sin previa declaración de guerra, invadieron Yugoslavia por todas partes. De acuerdo con el Mando supremo italiano, el Gran Cuartel General alemán designó 25 divisiones alemanas (entre las cuales: 7 de tanques, 3 motorizadas y 1 ligera), 23 divisiones italianas y 8 divisiones húngaras. Las fuerzas armadas búlgaras fueron designadas como reserva, y las rumanas fueron designadas para tomar posición en las fronteras yugoslavas.

La invasión comenzó el 6 de abril de 1941 con tremendos bombardeos a Belgrado y otras ciudades. El ejército yugoslavo capituló después de 11 días de guerra-relámpago. El rey Pedro II, que había sido proclamado monarca a raíz de la abolición de la Regencia, y su gobierno, huyeron a El Cairo, y luego a Inglaterra. Yugoslavia fue ocupada.

La guerra de liberación nacional

NADA podía extrañar que un país desgarrado por las luchas intestinas, consecuencia de la desigualdad entre las nacionalidades, y la política reaccionaria, antipopular y hambreadora de la Monarquía y de su Gobierno, ante la prueba de una guerra antifascista no pudiera resistir ni siquiera una semana, se hundiera y arrastrara en su caída a todos los políticos venales. Los partidos políticos burgueses desaparecieron. Y entonces comenzó la epopeya de los pueblos yugoslavos. El pueblo, que jamás en su historia soportó la ocupación extranjera, estalló en odio contra los invasores. Había que organizar la resistencia, dotarla de un programa. Y la única fuerza que en medio de la corrupción de los partidos políticos se había mantenido fiel a la lucha por la independencia y el progreso social, era el Partido Comunista, vieja organización probada en la lucha, dirigido por Josip Broz Tito, actual Mariscal y Presidente de la República. El Partido Comunista lanzó el llamamiento a la lucha de liberación nacional y por un régimen social más justo. Las masas campesinas, los obreros, los intelectuales, la burguesía

patriótica acudieron a este llamamiento e hicieron suyo el programa. La sobriedad, el espíritu de sacrificio, la honestidad, el patriotismo, destiló en los corazones el heroísmo, que muchas veces, en la acción llegó hasta lo sublime, a cumbres de grandeza dignas de la pluma de un Homero.

Sin armamentos, sin servicio de aprovisionamientos ni de sanidad, y sin transportes, los hombres yugoeslavos lucharon durante cuatro años en el interior de la fortaleza hitleriana que era entonces Europa. El Ejército de Liberación Nacional crecía sin cesar. Al comienzo eran sólo grupos de guerrilleros, que atacaban pequeños núcleos y cuarteles enemigos, procurándose de esa manera las armas y municiones. En 1941 se formaron las primeras brigadas, en 1943 las primeras divisiones y en 1944, los Cuerpos de Ejército. Y a medida que la guerra se desarrollaba crecía la fuerza de choque del Ejército de Liberación Nacional de Yugoslavia. Antes de terminar la guerra contaba con 54 divisiones. En aquella época fue ésta la fuerza armada aliada más importante de Europa, a excepción de la URSS, Norteamérica y Gran Bretaña.

Yugoslavia se liberó fundamentalmente a sí misma. No hubo hombre político —dirigente de la política internacional— ni comandante o jefe de ejército aliado, que no rindiera homenaje a los yugoeslavos y a sus dirigentes por su abnegación, por su heroísmo y por su lealtad.

He aquí algunos datos sobre las pérdidas infligidas al enemigo durante la guerra por el Ejército de Liberación Nacional de Yugoslavia:

450,000 enemigos muertos, 4,630 cañones capturados, 13,393 ametralladoras, 500,000 fusiles, 7,150 morteros, 309 aviones, 928 tanques y 20,000 vehículos sumaron el arsenal de guerra conquistado. Con su lucha, los pueblos yugoeslavos contribuyeron enormemente a la victoria de los aliados en la Segunda Guerra Mundial. El Ejército de Liberación Nacional retuvo durante la guerra de 25 hasta 45 divisiones enemigas clavadas en su suelo.

Pero esto fue logrado al costo de inmensos sacrificios para un país de escaso desarrollo y pequeño ingreso nacional. La Conferencia Aliada celebrada en París en 1946 estimó las pérdidas materiales de Yugoslavia en 49,900 millones de dólares. Quiere decirse que Yugoslavia perdió el 53.4% de la industria textil, el 52.2% de la química, el 49.8% de la metalúrgica, el 32.2% de la eléctrica, el 22% de la industria ali-

menticia, el 17.5% de la industria de materiales de construcción. Pero las pérdidas más fuertes se tuvieron en las comunicaciones en las que fueron destrozados el 80% del material rodante, caminos y puentes. En la agricultura fueron destruidos casi todas las máquinas, 289,000 fincas con todo su inventario, el 24.2% de todos los árboles frutales, el 38% de viñedos, el 61.6% de los caballos, el 56.6% del resto de los ganados, etc.

En vidas humanas, Yugoslavia dio una contribución del 10.8% de la población (1.706,000 muertos). Si se toman en cuenta los heridos, mutilados, y los que perdieron la salud, el porcentaje se eleva al 23.5%.

Creación de la Nueva Yugoslavia

EN el curso de la Revolución Popular, realizada a la vez que la lucha de Liberación Nacional (1941-1945), se venía creando un sistema estatal-jurídico completamente nuevo. Los Comités Populares de Liberación, como nuevos órganos de poder, venían organizándose desde el comienzo de la insurrección en 1941 en los territorios conquistados y liberados por la fuerza armada del pueblo. El 29 de noviembre de 1943, reunidos en el pueblo de Jajce los representantes del Consejo Antifascista de Liberación Nacional de Yugoslavia, decidieron señalar esa fecha como el día de la creación de la Nueva Yugoslavia. Esta fecha marca el comienzo del proceso de edificación del nuevo Estado federativo.

Finalizada la guerra, los pueblos de Yugoslavia fueron convocados a elecciones libres, universales, directas y secretas, para elegir la Asamblea Constituyente. Esta Asamblea proclamó el 29 de noviembre de 1945 la República Federativa de Yugoslavia, ratificando las históricas decisiones adoptadas en Jajce en 1943. El nuevo Estado yugoeslavo quedó instituido, a virtud de esa decisión, en una comunidad de pueblos iguales en derechos que libremente decidieron seguir unidos en el seno de Yugoslavia. La Monarquía fue abolida y la dinastía de los Karadjordjević privada de todos sus derechos.

El 31 de enero de 1946 fue promulgada la primera Constitución yugoeslava. La Constitución dio estado legal a las conquistas de la Revolución Popular y trazó claros lineamientos sobre el desarrollo de la Nueva Yugoslavia como un país socialista.

La reconstrucción

PARA la nueva Yugoslavia era importantísimo encontrar los métodos y caminos más apropiados para la más rápida reconstrucción del país. El entusiasmo de las masas populares facilitó la tarea. Centenares de millones de horas de trabajo fueron dadas voluntariamente al Estado. Los hombres y los pueblos tenían conciencia de que laboraban por algo nuevo, que el pasado no volvería jamás. A confirmarlo vinieron las leyes que se publicaron en la *Gaceta Oficial* a virtud de las cuales se permitía la incautación de los bienes de los invasores y de sus colaboradores, de los beneficiarios y criminales de la guerra.

Por ley del 23 de agosto de 1945, se decretó la entrega de la tierra a los que la trabajaban, se limitaba la superficie laborable que puede pertenecer a una familia (según la región, calidad de la tierra, etc.), se organizaron las grandes fincas del Estado, como modelo de explotación agro-técnicas. A todos cuantos no trabajaban directamente la tierra, se les desposeyó de ella y de este modo se creó un fondo de tierras que permitió agrandar la superficie de los campesinos pobres, y también trasladar la población agrícola de las regiones menos fértiles y montañosas, para colonizar las llanuras de buena tierra y de mayor productividad. Al mismo tiempo el Estado se vio obligado, para no arriesgar el éxito de la reconstrucción del país devastado, a nacionalizar todas las empresas privadas de importancia, en las 42 ramas de la economía nacional, y de este modo acabar con la resistencia que éstas ofrecían a la política de reconstrucción.

El 26 de abril de 1947 fue promulgada la Ley sobre el Plan Quinquenal de edificación socialista de Yugoslavia. Esta Ley fijó las siguientes tareas fundamentales: a) liquidar el atraso económico y técnico del país; b) consolidar su fuerza económica y defensiva; c) afirmar y seguir desarrollando el sector socialista de la economía nacional, y d) elevar el bienestar general de los trabajadores.

Ni siquiera este período fue tranquilo para Yugoslavia. Abundaron las dificultades con el Occidente, debido a que ciertos círculos políticos pretendían obligar a Yugoslavia a devolver a los capitalistas extranjeros las minas y las industrias que les habían sido expropiadas. Se pensaba, en esos círculos —y en otros también— que Yugoslavia era un satélite del Oriente que no debía permitirle consolidarse.

Al mismo tiempo Yugoslavia sufría las tremendas dificultades, presiones económicas, políticas y militares por parte de la URSS y de los integrantes del Cominform, contra la manera de realizar la edificación del socialismo en este país. Esto acontecía en junio de 1948. Los yugoeslavos ofrecieron una resistencia enérgica y terminante a las pretensiones de Stalin, y el bloque soviético tomó una actitud abiertamente hostil hacia Yugoslavia. Los daños producidos por la posición de los cominformistas a Yugoslavia fueron tremendos. Cabe señalar que el volumen del intercambio comercial de Yugoslavia con la URSS y los países bajo su influencia constituían, en aquel entonces, un 51% del intercambio comercial total de Yugoslavia. Este volumen bajó, inmediatamente de la famosa resolución del Cominform, al 31.6%, y en 1950 fue de cero. Debido a ello, la exportación yugoeslava, orientada con anterioridad hacia los países del Oriente, debió reorientarse radicalmente, padeciendo enormes pérdidas. Junto a estos daños en el comercio exterior, Yugoslavia padeció igualmente por el incumplimiento de los acuerdos de inversión por parte de la URSS y de los países bajo su influencia. El valor de estos acuerdos para el período de 1947-1951, ascendía a una suma de 18,750 millones de dinares, del total del cual se cumplió solamente un 6.3%, o sea, por un valor de 1,184 millones de dinares. Yugoslavia sufrió pérdidas a consecuencia de esta política de hostilidad de los cominformistas por valor de 429 millones de dólares. Al mismo tiempo se vio en la obligación de invertir un gran porcentaje de su ingreso nacional en necesidades de la Defensa, todo lo cual contribuyó a dificultar extraordinariamente su desarrollo económico.

La dirección de los trabajadores

EN medio de esas dificultades y luchando por su existencia como Estado socialista e independiente, Yugoslavia dio un paso que marca una de las conquistas históricas más destacadas de esta época: entregó los medios de producción a los trabajadores (obreros y técnicos). La Asamblea Federal votaba el 2 de julio de 1950 la Ley de "Dirección de Empresas". Esta Ley produjo cambios de enorme significación. Las fábricas y las empresas fueron entregadas a los grupos de trabajadores. El control anterior fue remplazado por el control obrero que

resultó mucho más eficaz. Al mismo tiempo se desarrolló el proceso de transformación de la propiedad del Estado en una forma superior de propiedad socialista: la propiedad de todo el pueblo. Todas las funciones de dirección de la producción y de la distribución que se concentraban en el Gobierno Federal fueron descentralizadas, bajaron hasta las empresas. Se suprimieron gradualmente los ministerios que se ocupaban con la producción y distribución en el Gobierno Federal y en las Repúblicas. Hoy día no hay en funciones más que cinco Ministerios: Defensa Nacional, Relaciones Exteriores, Asuntos Interiores, Finanzas y Administración. Se descentralizaron y reorganizaron los órganos del Poder.

Estas disposiciones operaron profundos cambios en el desarrollo de la economía yugoeslava. Y, desde el punto de vista orgánico, la Ley de Dirección de Empresas es como sigue: todos los trabajadores de una empresa eligen de su seno primeramente un Consejo Obrero, y después un Comité de Dirección. Ambos organismos son responsables ante la clase trabajadora. En nombre de la comunidad social, los Consejos Obreros rigen las fábricas, las minas, los transportes, etc., como propiedad común, es decir, la propiedad que pertenece a todos los componentes de la sociedad. Como representante de la colectividad, el Consejo Obrero elige entre sus componentes un órgano ejecutivo, o sea, el Comité de Dirección de la empresa.

El Consejo Obrero aprueba los planes y el balance anual de la empresa, decide en los asuntos sobre la realización del plan económico, elige y revoca al Comité de Dirección o algunos de sus miembros, elabora los Estatutos de la empresa, discute los informes del Comité de Dirección y efectúa la distribución de la parte de la acumulación que queda a la disposición de la empresa. El Consejo Obrero se elige por sufragio universal directo y secreto. Tienen derecho a participar en la elección todos los obreros que tengan firmado el contrato de trabajo, como también el personal técnico y demás empleados.

Así organizados, los Consejos Obreros realizan el conocido principio socialista de que las fábricas pertenecen a los obreros. La realidad más fundamental de este sistema, desde el punto de vista político-social, la constituye la participación de los productores inmediatos en la repartición de los frutos del trabajo. Una vez extraída de los ingresos realizados la suma asignada para la comunidad y para la renovación de la maquinaria, la ampliación de la empresa, etc., los trabajadores resuelven

sobre la repartición del resto de los ingresos en forma complementaria del sueldo ordinario.

El Estado interviene en este asunto solamente como un regulador, garantizando a los trabajadores un mínimo de sueldo, cualquiera que sea la situación financiera de la empresa.

De esta manera Yugoslavia ha resuelto la vieja aspiración de los obreros de producir y administrar al mismo tiempo, es decir, la cuestión de saber quién decide sobre el reparto de los valores creados.

El cooperativismo agrícola

EN mayo de 1953, la Asamblea Popular Federal de Yugoslavia promulgó la Ley sobre el Fondo Agrario de propiedad de todo el pueblo y sobre asignación de tierras a las organizaciones agrícolas. La Ley estipula que las tierras de la propiedad de todo el pueblo son inalienables. El fondo agrario comprende todas las tierras laborables que exceden a 10 hectáreas y que se encuentran en propiedad privada. Hay algunas excepciones. El Consejo Ejecutivo de la República Popular Federada puede conceder a los propietarios cantidades de tierra por encima de este máximo cuando se trata de comunidades compuestas de varias familias, como también cuando se trata de regiones donde el terreno es de mala calidad. En todos estos casos la propiedad no puede exceder a 15 hectáreas. Esta nueva medida es el resultado por un lado, de la lucha tenaz por abolir toda explotación del hombre por el hombre y, por otro, del anhelo de formar, con las tierras que entran en el Fondo Agrario, grandes empresas agrícolas a cuyo frente se hallan, al igual que en las fábricas, los órganos de administración obrera. A los propietarios se les concede, según la calidad de la tierra, una indemnización por la expropiación que, en virtud de la Ley, pasan al Fondo Agrario.

En la vida económica del país, la mayor importancia la tienen las cooperativas formadas por los productores agrícolas. Toda vez que en Yugoslavia no existen grandes empresas agrícolas privadas, las cooperativas son, aparte de las fincas agrícolas del Estado, una de las formas de la creación de grandes empresas agrícolas que pueden aplicar la mecanización y las medidas agrotécnicas y, de esta manera, fomentar la producción

agraria. Las cooperativas agrícolas pueden dividirse en dos categorías:

1. Cooperativas agrícolas comunes.
2. Cooperativas campesinas de trabajo.

En las cooperativas agrícolas comunes los campesinos siguen siendo propietarios de sus tierras privadas y se asocian en la cooperativa para vender en común sus productos, como también para realizar en común algunas actividades productoras.

En las cooperativas campesinas de trabajo, los campesinos se asocian como productores, aportando a la cooperativa sus tierras e inventarios. En estas cooperativas el trabajo se realiza en común. La remuneración se efectúa en proporción a la cantidad de trabajo realizado. En todas las cooperativas campesinas de trabajo cada familia conserva para sí un trozo de tierra, una pequeña propiedad particular—alrededor de su casa—, cuya cantidad es fijada por el reglamento de la cooperativa y cultivada por sus propietarios.

La Ley promulgada en 1953 confirma la plena libertad de los campesinos de decidir por sí mismos la organización de las cooperativas.

El conjunto de estas medidas de descentralización se ha reflejado en las reformas de la Constitución. Las nuevas leyes sobre la Comunidad, para las Elecciones, la reorganización de los Tribunales, del Parlamento, etc., han ampliado la democracia política, paralelamente a la económica.

La República Popular Federativa de Yugoslavia

YUGOESLAVIA es un Estado organizado como República Popular Federativa, que ha reunido los poderes legislativo y ejecutivo en las manos del Parlamento, es decir, de la Asamblea Popular Federal, que es el órgano supremo de poder en la República. La Asamblea se compone de dos Cámaras. La primera Cámara es el Consejo Federal. La mayor parte de los miembros de este Consejo son elegidos por sufragio general, directo y secreto y el resto se compone de diputados elegidos, en número igual, por cada una de las repúblicas populares federadas, sin distinción del número de habitantes de las mismas. Cada una de las seis repúblicas elige diez representantes al Consejo Federal.

La segunda Cámara de la Asamblea Popular Federal es el Consejo de Productores. Es una institución enteramente nue-

va y desconocida hasta el presente en la vida constitucional. El Consejo de Productores es elegido por los productores mismos. Hay tres grupos de productores: obreros industriales, agricultores asociados en las cooperativas y artesanos. Nadie puede ser diputado al Consejo de productores si no participa de hecho en la producción de su grupo. Tan pronto como deje de participar en la producción, cesa su mandato de diputado.

La tarea fundamental del Consejo de productores consiste en facilitar a los productores directos la distribución de la plus valía —o sea, el valor— que ellos mismos han creado con su trabajo. Los Consejos de Productores, en virtud de la Ley participan en la promulgación de leyes relativas a los planes sociales, presupuesto y plan del mismo. Se precisa su consentimiento para todas las medidas económico-administrativas, como por ejemplo: contribuciones e impuestos; fundación, supresión o fusión de organizaciones económicas; aprobación de planes generales y de regulación. Además, los Consejos de Productores deciden, en plano de igualdad con otros Consejos de la Asamblea o de los Comités Populares, sobre todos los problemas relativos a las reclamaciones de trabajo y de la previsión social.

La competencia exclusiva de los Consejos de Productores consiste en dar recomendaciones para el trabajo a las organizaciones económicas y a los órganos estatales en el sector de la economía, del trabajo y de la previsión social. Los Consejos de Productores igualmente tienen derecho a tomar decisiones obligatorias para la labor de estos órganos.

El Presidente de la República

LA Asamblea Popular Federal elige dos órganos encargados de la dirección política general de la Federación: el Presidente de la República y el Consejo Ejecutivo Federal. El Presidente de la República representa el Estado en las relaciones internacionales, es jefe supremo de las fuerzas armadas y preside el Consejo Ejecutivo Federal. En caso de no estar de acuerdo con una decisión del Consejo Ejecutivo Federal, puede sobreeser la ejecución de esta decisión y llevar inmediatamente la cuestión en litigio ante la Asamblea Popular Federal para su solución obligatoria.

El Consejo Ejecutivo Federal

EL Consejo Ejecutivo Federal no es un Gobierno, puesto que no ejerce función administrativa alguna. Es un cuerpo esencialmente político, subordinado directamente a la Asamblea Popular Federal, y ejerce una dirección general sobre los órganos administrativos particulares. Este Consejo dicta solamente decisiones generales y determina la orientación de la labor de los órganos administrativos que desempeñan sus funciones administrativas con toda autonomía.

Este tipo de organización del poder, que lo concentra en manos del Parlamento y de sus órganos (Consejo Ejecutivo Federal, Comisiones de la Asamblea, etc.) tiene como finalidad, entre otras cosas, contrarrestar a la burocracia y fortalecer la democracia o sea asegurar la supremacía del Parlamento sobre el aparato administrativo y gubernativo. El Consejo Ejecutivo Federal se compone de treinta miembros, elegidos y revocados por la Asamblea.

La autonomía de las repúblicas populares

EN principio, la Federación no dispone de ninguna clase de órganos administrativos propios en el interior de las repúblicas federadas o en las unidades autónomas. Las repúblicas tienen sus órganos propios. La organización de las repúblicas es análoga a la de la Federación. Tienen su Asamblea Popular compuesta también de dos Cámaras. Y el Presidente del Consejo Ejecutivo de una República Popular Federada es miembro de derecho del Consejo Ejecutivo Federal.

Los órganos de gobierno local

EN todas las repúblicas populares federadas el poder del gobierno local es ejercido por unidades de autogobierno: las comunas, las ciudades y los distritos.

Los Comités Populares son órganos supremos del poder local. Los Comités Populares de ciudades y de distrito se componen de dos cámaras: del Consejo de la ciudad o del distrito, elegido en sufragio universal, y del Consejo de productores elegido por los propios productores de un modo análogo a los de las repúblicas y de la Federación. En los municipios el único

órgano de poder es el Comité Popular. Los Comités Populares ejercen todo el poder dentro de los límites de su territorio. En los territorios de los Comités Populares no existe ninguna clase de órganos especiales de la Federación o de la república federada. Los Comités Populares no dependen en absoluto de ningún organismo o instrucciones superiores. Son completamente autónomos en el ejercicio de todos los asuntos gubernativos dentro de los límites de la Ley. De esta manera está garantizado al máximo su autogobernación.

El desarrollo ulterior de los órganos locales del poder va encaminado hacia la creación de las comunas, es decir, de un territorio unido económica y políticamente que comprende uno o varios distritos. Generalmente, las Comunas comprenden una ciudad y sus alrededores. La Comuna indica una comunidad social de gobierno, con el Comité Popular al frente de la misma, en la que los ciudadanos, de una manera democrática, directa e independiente, solucionan el mayor número posible de los problemas que atañen a su vida. El desarrollo de las Comunas tiende a facilitar a todos los ciudadanos la participación directa (y no por medio de partidos políticos) en la solución de los problemas que competen al Comité Popular. Las Comunas, pues, constituyen el primer paso en firme hacia la nueva democracia fundada sobre la base económica socialista.

La Unión Socialista del Pueblo Trabajador

A los yugoeslavos se les ha reprochado con frecuencia de no tener un sistema de varios partidos y que, por lo tanto, su democracia es limitada. Estos reproches, en la mayoría de los casos, son la consecuencia de la incomprensión del carácter y de la función de la Unión Socialista del Pueblo Trabajador que es la organización más numerosa del país y que cuenta actualmente con unos ocho millones de afiliados, lo que da una idea clara de cómo este movimiento se halla vinculado a los más diversos sectores sociales del país (Yugoeslavia, como antes se dijo, cuenta aproximadamente con 17 millones de habitantes). La Unión Socialista del Pueblo Trabajador, nacida del seno del Frente Popular existente ya antes de la guerra, no es un partido político sino una organización política de todo el pueblo que reúne a ciudadanos de diferentes concepciones ideológicas y

religiosas sobre la base de un programa que consiste en edificar el socialismo y mantener la independencia nacional. Aparte de la filiación personal, la Unión Socialista del Pueblo de Trabajadores permite la filiación colectiva de las organizaciones sociales, políticas y otros organismos de masas en Yugoslavia, si aceptan su programa.

La Unión del Pueblo Trabajador desempeña un papel cada día más importante no solamente como asociación política de las organizaciones sociales y de los ciudadanos de Yugoslavia, sino también fuera del país, como representante político, ya que mantiene relaciones con casi todos los partidos socialistas y movimientos populares del mundo.

La Alianza del Pueblo Trabajador, reuniendo en su seno a la mitad de la población yugoslava, es una especie de parlamento extraordinariamente amplio en el cual tienen expresión todas las tendencias y matices del pensamiento socialista, y en el choque de opiniones y en sus deliberaciones prepara a sus integrantes para aplicar sus conclusiones directamente en los órganos de dirección. No se trata, pues, de si existen o no diversos partidos políticos; de lo que se trata es de saber si el pueblo puede o no expresarse, es decir, si puede o no influir en el curso de los acontecimientos. Y Yugoslavia ha solucionado positivamente esta vital cuestión. En un régimen semejante, en que los hombres tienen libertad y derecho para movilizarse en torno a la solución de sus problemas inmediatos y concretos, los partidos políticos que representan intereses de clase no tiene razón de existir y, de constituirse, morirían por inanición, ya que no tendrían nada que hacer.

La Liga de los comunistas en Yugoslavia

EL Partido Comunista de Yugoslavia se fundó en 1919, a raíz de la Primera Guerra Mundial. En 1937, Josip Broz Tito, asumió la dirección del Partido. El Sexto Congreso, celebrado en 1952, decidió cambiar el nombre del Partido Comunista de Yugoslavia en Liga de los Comunistas de Yugoslavia. Esta nueva denominación era el resultado de los cambios del papel que el Partido desempeñaba a la sazón en las condiciones concretas del país. En la revolución popular e inmediatamente después de la liberación del país, el Partido Comunista reunía en sus manos todas las funciones de clase: militares, políticas y

económicas, mientras que actualmente reduce su misión a la educación ideológica y política de las masas. Las funciones económicas, de organización y otras, que asumía el Partido, se transfirieron a la clase obrera y a los trabajadores en general. Ahora son las masas las que, en realidad, a través de su organización política, la Unión Socialista del Pueblo Trabajador, decide sobre la vida política, social y económica del país. "Los comunistas —ha dicho el Vicepresidente Kardelj— siendo los intérpretes de las tendencias más progresivas de las concepciones socialistas, llevan a cabo su labor de guías ideológicos y sociales en nuestro sistema principalmente por medio de sus actividades directas entre las masas; mediante la persuasión, la educación y el trabajo político dentro de los organismos del sistema de dirección obrera y de dirección social en general, así como a través de otras organizaciones políticas y sociales. Esto significa que en nuestro país los comunistas no realizan el trabajo orientador por medio de órdenes y del empleo unilateral del aparato del Estado, sino gracias a su influencia y a su propio esfuerzo en los organismos del pueblo, sobre todo en los consejos obreros y en las comunas, así como dentro de las organizaciones sindicales y en otras organizaciones.

La Liga de los comunistas cuenta aproximadamente con unos ochocientos mil miembros.

La Unión de los Sindicatos en Yugoslavia

LA función de los sindicatos en Yugoslavia adquiere características especiales por dos razones concretas: la primera, por el hecho de que la clase obrera está en el poder, y la segunda, porque las fábricas han sido realmente entregadas a los trabajadores. Estos dos hechos han determinado un cambio radical en la función y misión de los sindicatos. En el sistema capitalista los sindicatos tienen la tarea de defender los intereses de los trabajadores contra la explotación, sostienen la lucha para mejorar las condiciones de trabajo y de vida de los obreros y empleados. En las condiciones sociales de Yugoslavia donde ya el obrero ha dejado de ser simple productor para transformarse en dirigente de la producción, y dado que la remuneración depende fundamentalmente de los mismos obreros, las tareas de los sindicatos tienen ante sí el problema de la formación cultural, político-moral, ideológica y profesional de sus miembros.

En Yugoslavia la huelga no está prohibida por la ley. Pero toda vez que son los propios trabajadores los que administran las fábricas y a que toda la colectividad decide, mediante referéndums, sobre todas las medidas de importancia (reparto de los beneficios, inversiones, etc.) la huelga es algo superfluo. Puede suceder que el Consejo Obrero de una empresa no responda debidamente a sus obligaciones, pero para remediarlo no es preciso recurrir a la huelga, ya que en las manos de los trabajadores está la posibilidad legal de destituirlo y de elegir, en cualquier momento, un nuevo Consejo Obrero.

Junto a la extinción de las funciones estatales en la gestión de la producción, va creciendo la función de los sindicatos con respecto a numerosos problemas, como por ejemplo: el sistema de remuneración, Seguro Social, la elaboración del Plan económico, etc.

Cada empresa que cuenta con más de 15 obreros tiene su sindicato. La filiación no es obligatoria. Los sindicatos de una misma rama se unen en el sindicato nacional. La Unión General de Sindicatos cuenta con 1.700.000 afiliados.

Otras organizaciones

EXISTEN otras organizaciones de gran importancia en Yugoslavia, tales como la de la Juventud Popular, que cuenta con más de 1.500.000 afiliados; la Federación de los Combatientes de la Guerra de Liberación; la Federación de los Inválidos de Guerra, que cuenta con 320.000 miembros; las organizaciones profesionales: periodistas, escritores, músicos, artistas, médicos, ingenieros, profesores, etc; organizaciones culturales y educativas.

La Iglesia y la Religión

ADEMÁS de las cinco nacionalidades yugoeslavas: serbios, croatas, eslovenos, macedonios y montenegrinos, en Yugoslavia viven también algunas minorías nacionales. Es natural que en una comunidad tal existan igualmente varias religiones: ortodoxa, católica romana, mahometana, vieja católica, evangelista, hebrea, ortodoxa rumana, baptista, metodista episcopal, adventista, etc.

La situación jurídica de las diversas comunidades religiosas ha sido definida por la Constitución yugoeslava de 1946. La

Constitución ha separado la Iglesia del Estado y ha garantizado la libertad de cultos para todos los ciudadanos. Al ser separada la Iglesia y el Estado, la Escuela y la Iglesia, han sido igualadas todas las comunidades religiosas existentes en el territorio de Yugoslavia, sin distinción del número de fieles, lo que quiere decir que ninguna comunidad religiosa es favorecida y que no existe religión del Estado. Según el censo efectuado en 1948, la población se reparte, desde el punto de vista religioso de la siguiente manera: Ortodoxos 49.53%; católicos romanos 36.70%; mahometanos 12.52%; otros cristianos 1.14%; hebreos 0.04%; diversos 0.7%. Cierta porcentage de la población no profesa ninguna religión. El Código Penal de 1951 garantiza la plena libertad de cultos, y el artículo 333 prevé multas y reclusión hasta un año para todo el ciudadano que estorbe o impida el ejercicio de los cultos. Existen por derecho reconocido las escuelas confesionales y la prensa confesional, que publica gran número de periódicos locales, folletos, almanaques, etc. Igualmente existen las asociaciones de los sacerdotes.

Rasgos generales de la política exterior de Yugoslavia

ESTE es el breve esbozo de la Yugoslavia que desde la Segunda Guerra Mundial ha vivido tres etapas muy definidas. Desde la liberación hasta 1948 en que surgen con toda la violencia las diferencias latentes en la concepción de la construcción del socialismo entre la U. R. S. S. y Yugoslavia. El rompimiento con el Cominform no fue un hecho accidental. Existían desde un comienzo factores poderosos que hacían divergentes los propósitos esenciales. Los comunistas yugoeslavos participaron con todo el pueblo en la resistencia y en la revolución; este movimiento repudiaba toda opresión nacional y todo papel predominante de la burocracia; esos pueblos que habían luchado con tanto heroísmo, no deseaban enajenar su libertad ni aceptaban volver a ser oprimidos por nadie.

Desde 1948 hasta 1953 se ve impelida a luchar por su existencia, cercada violentamente por los países cominformistas cuya actitud no cesó de ser hostil hasta que en mayo de 1955 los dirigentes soviéticos llegaron a Belgrado y reconocieron la injusta política de Stalin hacia Yugoslavia. Desde 1953 hasta

hoy, participa cada vez más activamente en un movimiento mundial opuesto a la política de los bloques. Haciendo frente a todas las presiones y sorteando provocaciones. Yugoslavia ha surgido como abanderada de la política de coexistencia pacífica activa y como orientadora de la política de paz más sincera de nuestra época.

La concepción basada en la potencialidad y la superioridad en armamentos —en opinión de los dirigentes yugoeslavos— no puede dar resultados positivos, porque representa el peligro de guerra. La superioridad militar tiende a lograr determinados resultados por medio de la presión, lo cual tarde o temprano provoca el conflicto. A la política de bloques, los yugoeslavos oponen su idea para lograr una paz duradera: "no una política de bloques o de división ideológica del mundo en bloques, sino una política que siga otro camino, el de la cooperación y de la coexistencia activa entre las naciones y los Estados sin tener en cuenta las diferencias generales en los sistemas políticos internos". (Tito).

Y esa política de coexistencia es la política de la India, de Birmania y de Indonesia; es la política de la Conferencia de Bandung de los países asiáticos y africanos; de esa política tuvieron que hablar y aceptar en principio las grandes potencias como la U. R. S. S. y los Estados Unidos, así como Francia e Inglaterra; de coexistencia se habla en las Naciones Unidas y hablan todos los amantes de la paz.

La opinión pública y el Gobierno yugoeslavo han dedicado siempre su más grande atención a la cuestión del desarme por estimar que este problema influye de manera particular en las relaciones internacionales. La actividad de Yugoslavia a este respecto en el seno de la ONU, ha tenido y tiende a encontrar bases colectivas y soluciones concretas, cada vez que ha tenido oportunidad de ello. El año pasado, siendo Yugoslavia miembro de la Comisión para el Desarme, propuso su proyecto del 10 de julio de 1956. El proyecto yugoeslavo fue incluido en la Resolución sobre el desarme, Resolución aceptada por unanimidad a pesar de la difícil situación internacional, en la XI Asamblea General de la ONU. El proyecto fue enviado inmediatamente para su estudio, junto a los de las grandes potencias y los de la India, Japón, Canadá y Noruega, a la Subcomisión de las Naciones Unidas para el Desarme, que actualmente sesiona en Londres. A principios de abril último, el Gobierno yugoeslavo fue invitado por la Subcomisión a sostener su pro-

yecto. Y el 10 del mismo mes Yugoslavia presentaba a la Subcomisión un amplio estudio, cuyo contenido esencial era el siguiente: utilizar los acercamientos de puntos de vista logrados en una serie de cuestiones a lo largo de las prolongadas conversaciones en este terreno. Podrían lograrse acuerdos iniciales y parciales sobre algunas cuestiones, y estos acuerdos servir de punto de partida para impulsar la solución ulterior del problema, a la vez que ejercer una influencia muy favorable sobre la atmósfera general del mundo y contribuir de este modo a una distensión internacional.

En lo que concierne al desarme nuclear, la medida más importante—en opinión de Yugoslavia— es la suspensión—incluso temporal— de las explosiones experimentales. En caso de no llegarse a un acuerdo en esta cuestión, en tanto se logran soluciones más sustanciales y completas, limitar las explosiones. Esta limitación sería una solución de transición.

Yugoslavia no participa de la opinión absurda de "todo o nada". Esa no es una solución dada la compleja y difícil situación internacional. Hay que comenzar con lo viable, con lo posible, iniciar pasos prácticos que abran el camino a soluciones más completas y definitivas para asegurar la paz.

No pueden ser más precisas y nítidas las posiciones de los hombres de Estado yugoslavos. Convencidos de que toda la humanidad, aún ahora, en las condiciones de paz, está amenazada a virtud de las consecuencias de los experimentos de las armas atómicas y termonucleares, porque los solos ensayos provocan graves enfermedades en los hombres y consecuencias que pueden biológicamente amenazar incluso a las futuras generaciones (conclusiones a las cuales llegan y coinciden cada día más los sabios y especialistas en materia nuclear), los yugoslavos reclaman la suspensión de tales experimentos. "Sin referirnos a la posibilidad de que estas consecuencias se perciban hoy mismo—ha declarado el presidente Tito el 15 de mayo último, refiriéndose a los efectos dañinos de las explosiones nucleares—, el solo hecho de que estos amenazadores resultados no puedan excluirse con seguridad, imperativamente quitan a cualquiera el derecho de practicar tales experimentos, que perjudican y amenazan seriamente no sólo el mismo territorio nacional y a los ciudadanos propios, sino a los territorios y pueblos de otros países y continentes". "Y antes que se hunda al mundo en la muerte y en la destrucción, el mundo debe unirse contra este peligro que amenaza a toda la humanidad". Y concluye

el presidente Tito diciendo que: "Por eso los pueblos y Gobierno yugoeslavos, no solamente se unen a la creciente exigencia de acabar sin dilaciones con tales experimentos y a la necesidad de hallar urgentemente una solución a este problema, sino que llama a todos los gobiernos, a las organizaciones sociales, a las personas oficiales y a todos los hombres de buena voluntad, en una palabra, a toda la opinión pública mundial, a que sin demora se movilicen y se empeñen de manera organizada para conseguir una solución inmediata y positiva, esto es, para prohibir los experimentos nucleares, para reducir los armamentos y para el arreglo de manera pacífica de los problemas internacionales todavía pendientes de solución".

Son, pues, bien conocidos y precisos los principios fundamentales por los cuales el Gobierno yugoeslavo ha inspirado e inspira su política internacional. La persistencia de estos principios no hace su política inamovible, ya que la realidad internacional está en constante movimiento. Pero lo permanente, lo inalterable en su política es obrar en la forma que más efectivamente ayude a la conservación y mantenimiento de la paz.

Esta política exterior independiente de Yugoslavia ha sido objeto de reconocimiento de muchos círculos extranjeros, aun cuando al ser llevada a la práctica encuentra dificultades e incomprendimientos de parte de algunos otros, probablemente porque en el mundo donde los bloques juegan todavía papeles tan importantes, esa política les descubre y pone de manifiesto los aspectos negativos y la necesidad de que prevalezcan, por encima de los particulares, los intereses generales. La política de coexistencia y de no ligarse a los bloques, es objeto de críticas, especialmente en los períodos de agudización de las relaciones internacionales, cuando se aprecia solamente la intolerancia y la falta de colaboración. Entonces la crítica a esa política es manifestación de descontento por el carácter moderado y constructivo, en una situación en que la táctica de los bloques considera como legítimo y admisible únicamente aquello que desmascara los aspectos negativos del otro bloque.

"Nuestra posición ante los bloques no es consecuencia de nuestros simples deseos, sino de la apreciación de las relaciones internacionales que consideramos de modo objetivo. Esto significa que tal posición de ninguna forma nos impide, en nuestra voluntad y aspiraciones, que tengamos el mayor número de relaciones con todos los países, sin tener en cuenta si pertenecen a uno u otro bloque o si tiene diferentes instituciones sociales y

políticas. Estamos convencidos, además, de que nuestras relaciones con unos no son —y no deben serlo— en perjuicio de nuestras relaciones con otros. Consideramos, por tanto, que dichas buenas relaciones son posibles y deseables entre países que pertenecen a distintos bloques" (Informe ante la Asamblea Federativa presentado por el Secretario de Estado para Asuntos Exteriores, Koča Popović, en marzo de 1957). Y en otra parte de su intervención ante la Asamblea, precisa esta idea: "...es completamente claro que esto no quiere decir en ningún caso, que el que un país pertenezca a uno de los bloques lo convierta en belicoso o constituya una dificultad para que Yugoslavia pueda colaborar con él. Es decir, colaborar con todos aquellos países que estén dispuestos a hacerlo con Yugoslavia en condiciones de igualdad".

Si se observa atentamente lo que está ocurriendo hoy en el mundo, y la función que Yugoslavia está desempeñando en los problemas mundiales, se comprenderá por qué una nación de 17 millones de habitantes, la nueva Yugoslavia socialista, ha conquistado un puesto en el concierto mundial de las naciones que pueden envidiar incluso las grandes potencias.

Aventura del Pensamiento

LOS KRAUSISTAS ESPAÑOLES

Por *Jerónimo MALLO*

HACE ahora precisamente un siglo, al inaugurarse en la Universidad de Madrid el curso académico de 1857-1858, el profesor Julián Sanz del Río leyó el discurso reglamentario que por turno tiene a su cargo un catedrático en las universidades españolas. Casi siempre tales discursos, una vez impresos y distribuidos, van a sepultarse en el polvo de las bibliotecas. El de Sanz del Río fue notable excepción, pues significó el punto de partida del importante movimiento filosófico y cultural que se denomina krausismo español. Denominación adecuada, porque Sanz del Río y sus discípulos reelaboraron con un sentido original las ideas del filósofo alemán Karl Christian Friedrich Krause (1781-1832), hasta el punto de que Francisco Giner, uno de los hombres más ilustres del grupo, dijo que en la obra fundamental de Sanz del Río, titulada *Ideal de la Humanidad para la vida* (1860), "apenas hay de Krause más que la libre inspiración del pensamiento".

Tuvo el krausismo una gran penetración en la mentalidad española y se difundió extraordinariamente entre los intelectuales de aquel tiempo. Fueron pocos los pensadores notables que como Castelar y Pi y Margall tomaron otras direcciones filosóficas. En general, de 1857 a 1876 el grupo krausista inspira el pensamiento dominante en las esferas de la intelectualidad de España y traza los rumbos de las más elevadas actividades culturales tanto en la Universidad como fuera de ella. Pero si ya en el último cuarto del siglo XIX declina la influencia doctrinal del krausismo —sustituido en la filosofía por el neokantismo, el positivismo y otras escuelas posteriores—, la influencia de los krausistas, de los hombres formados en el krausismo —que fueron el producto más valioso de las doctrinas del grupo de Sanz del Río— persiste durante toda la centuria pasada y aún se prolonga durante los principios del siglo XX.

Por ello ha sido tan sorprendente como injusto que desde

hace cuarenta años hayan ido olvidándose por unos, desdeñándose por otros y calumniándose por algunos la escuela y la obra del krausismo español, dentro de la que tantos hombres, insignes muchos de ellos, notables otros y estimables todos, han prestado servicios valiosísimos en la enseñanza, en el derecho, en la sociología, en la política, en el desarrollo de la cultura popular y en casi todos los sectores de la vida española.

No ha podido ser, pues, más conveniente la publicación, en 1956, por el Fondo de Cultura Económica, de un libro de Juan López-Morillas, titulado *El Krausismo Español*, que cumplidamente responde a la necesidad de proporcionar a los lectores del mundo hispánico un estudio penetrante, objetivo y completo de lo que con acierto califica el autor, poniéndolo como subtítulo: "Perfil de una aventura intelectual".

Después de completar su estudio de la materia con la residencia en España durante un año, dedicado a la investigación, López-Morillas, que es un distinguido profesor de Literatura Española en la universidad norteamericana de Brown (Providence, R. I.), escribió su libro considerando al krausismo no sólo como doctrina filosófica sino como fenómeno cultural y en relación con los demás factores de la vida de España en aquellos años de fermento que comprenden las postrimerías del reinado de Isabel II, la Revolución de 1868, el breve reinado de Amadeo, la primera República y finalmente los principios de la Restauración borbónica. Fueron aquellos años el período en que culminó la profunda crisis nacional que caracteriza la vida del pueblo español en el siglo XIX y en el que causas complejas impidieron el triunfo de nobles ideales y de anhelos de libertad absolutamente legítimos.

En el libro a que me refiero se relata la aparición del krausismo en España después del viaje de estudios, a Alemania, realizado por Julián Sanz del Río, la definición de las doctrinas de este profesor y la creación del grupo de sus discípulos. Se explica después la teoría filosófica de un krausismo reelaborado, o sea el "racionalismo armónico", cuya proyección religiosa consiste en el "panenteísmo". Viene luego un examen del proselitismo krausista y una exposición de sustanciales aspectos de las doctrinas de Sanz del Río. Se hace notar el carácter germanófilo y antifrancés de este movimiento y se dedica un capítulo a la expresión del krausismo en la literatura española. En sucesivos capítulos se estudian la relación de estas

doctrinas con el problema religioso español y el impacto de las mismas en la vida política del país. Finalmente, se expone el desarrollo de la polémica anti-krausista en el campo religioso, filosófico y político.

Libro excelente, en el que nada se echa de menos y que por su acertado sentido crítico resulta de indispensable lectura para quienes deseen explicarse la evolución del pensamiento español y la génesis de algunos hechos de la moderna historia de España.

De lo que ha sido el krausismo español da clara y exacta idea el libro de López-Morillas, quien en la última página sintetiza su pensamiento al decir que más que una filosofía "en realidad fue lo que, por falta de mejor expresión, llamaremos un *estilo de vida*, una cierta manera de preocuparse por la vida y de ocuparse de ella, de pensarla y de vivirla, sirviéndose de la razón como brújula para explorar segura y sistemáticamente el ámbito entero de lo creado". Exactamente. *Un estilo de vida* en sentido total, que abarca el pensamiento y la acción, las ideas y la conducta. Por ello, como ya indiqué, lo mejor del krausismo español fueron los krausistas, los hombres que profesaron el krausismo, de los que Azorín ha escrito estas justas palabras: "Si queremos caracterizarlos a todos por un rasgo común, diríamos que todos los hombres que figuran en este grupo y en este período se distinguen por un anhelo, por un afán sincero de saber, de conocer; a su afán y ansia de saber y explorar las regiones del pensamiento, unen una rectitud, una probidad, una sinceridad, que pueden ser considerados como fundamentales, como típicos, en la época histórica en que tal movimiento intelectual se desenvuelve".

Esta selecta calidad humana se traduce, naturalmente, en vidas ejemplares y en obras personales valiosas, cuya eficacia trasciende sobre las generaciones a donde llegó su enseñanza o que recibieron su influencia. No se ha escrito—ni probablemente se escribirá—un libro dedicado a estudiar la vida y la obra de estos hombres magníficos, aunque existen biografías y trabajos críticos referentes a los más destacados. En cuanto a la proyección de eficacia, es decir, a los resultados y consecuencias de la vida y de la obra de los krausistas en las diferentes órbitas de la existencia nacional, me parece que son por su índole y por la variedad de sus caminos materia poco menos que inaprehensible para una total valoración en un libro o en

una estadística. No es que sean absolutamente imponderables, pero los considero de muy difícil ponderación.

No voy a intentar una empresa que excede de los límites de un artículo y además sería imposible para quien como yo vive fuera de España desde hace dieciocho años, careciendo por tanto de medios de investigación. Me limitaré pues a examinar algunos temas relativos a los krausistas, que me parecen interesantes, y a recordar la personalidad de algunos hombres eminentes que fueron paradigmas del krausismo español.

Trataré, en primer término, de un problema fundamental. ¿Por qué alcanzó el krausismo de Sanz del Río tanta penetración y tan extensa difusión entre los intelectuales de España? ¿Fue debido a las cualidades personales de magisterio del fundador del grupo, o a la propia calidad de las doctrinas? A mi modo de ver, el éxito del krausismo reelaborado por Sanz del Río se debió principalmente a las especiales condiciones en que se hallaba la evolución del pensamiento de los españoles, que iba a pasar de un dogmatismo rígidamente impuesto por la Iglesia católica a un agnosticismo de raíz racionalista y científica.

Durante varias centurias, la mentalidad de los españoles había estado estrictamente controlada por las doctrinas de la Iglesia, pero ya en el siglo XIX los hombres sensibles a las corrientes del pensamiento europeo se rebelaban contra el dogmatismo católico y se resistían a creer en lo que no fuera comprendido por la razón humana. Pero al propio tiempo que se liberaban de la tutela religiosa de Roma, sentían la necesidad de llenar un vacío espiritual creado en sus conciencias por la influencia de una tradicional educación cristiana, que los llevaba a rechazar el ateísmo y al propio tiempo les dificultaba el camino hacia una posición deísta en que la relación personal con el Supremo Hacedor se efectuara directamente, sin necesidad de iglesias ni sacerdotes. En el período de crisis espiritual y moral en que se hallaban, para los españoles de espíritu alerta de hace un siglo las doctrinas de Sanz del Río representaban más que un hallazgo, pues tuvieron la categoría de una revelación, el "panenteísmo" de Krause, o doctrina de todo en Dios, según el cual "el mundo no está fuera de Dios... ni tampoco es Dios mismo, sino que es en Dios y mediante Dios", de modo que lo que se llama "vida" es un "momento en Dios", daba un contenido religioso, racional y profundo, al pensamiento de los krausistas españoles, que satisfacía ple-

namente sus anhelos de religiosidad. No era el panteísmo, difícilmente aceptable para un hombre formado en el cristianismo, ni tampoco la vaga noción de un Dios como "el señor de arriba", según se le denomina en la lengua de los vascos. Era el "panenteísmo", con su concepto racionalista de Dios, intelectualmente superior al supuesto dogmático, y por ello lo aceptaron aquellos hombres que no querían ser agnósticos.

Pero había además otra causa de afinidad radical entre el krausismo y el sentimiento religioso de los intelectuales españoles de la segunda mitad del siglo XIX. Era el principio de rectitud moral, de subordinación absoluta a las normas definidas por la propia conciencia bajo la luz de la razón, que fue imperativo ineludible de la vida de los krausistas y que coincidía con el sentido esencial del deber inserto en lo más profundo del modo de ser hispánico. Por lo caminos de la ética iba así el movimiento krausista atrayendo las conciencias de los españoles.

Don Miguel de Unamuno —que tuvo siempre una injustificada actitud de desdén hacia el krausismo— vislumbró claramente el entrecruce de raíces entre las doctrinas de Sanz del Río y la tradición religiosa española. A su juicio —según escribió en su libro *El Sentimiento Trágico de la Vida*—, el krausismo "tiene raíces específicamente católicas y significa, en gran parte, la invasión, o más bien, la persistencia del misticismo católico en el seno del racionalismo protestante. Y así se explica que se krausizaran aquí hasta no pocos pensadores católicos". Aunque no estoy conforme con Unamuno en que el krausismo tenga raíces específicamente católicas, creo sí, como ya expliqué, que afinidades y coincidencias facilitaron la difusión de las doctrinas de Sanz del Río entre españoles cultos educados en la tradición católica desde la infancia.

También es cierto que se "krausizaron" muchos intelectuales españoles y entre ellos algunos sacerdotes católicos. A la descatalogización progresiva de España, y consiguientemente al tránsito hacia el krausismo, contribuyó en gran medida el ínfimo nivel religioso de la mayoría del clero. Como toda actividad protegida por un fuerte monopolio, el catolicismo español no evoluciona, no progresa al compás de los tiempos, y no podía satisfacer los sentimientos religiosos de quienes poseían un nivel superior de cultura. Testimonio irrecusable

nos lo ofrece el sacerdote franciscano Miguel Oromí, quien en su libro *El Pensamiento Filosófico de Miguel de Unamuno*, afirma que las doctrinas krausistas son recibidas en España "con un entusiasmo de neófito y erigidas en divinidades en lugar de la religión decadente, virtualmente practicada por un pueblo que ignoraba el contenido de sus dogmas y tristemente representada por un clero demasiado metido en política, sin vigor apostólico y con mucha ignorancia del credo que debía enseñar". Con un clero zafio e ignorante, certeramente caracterizado por el franciscano Oromí, no es de extrañar que los intelectuales con sentimiento religioso se inclinaran al krausismo y que los demás se convirtieran en anticatólicos o en agnósticos.

Efectivamente, el krausismo predominó en las universidades y en todas las actividades de índole cultural. Penetró también en la literatura, inspirando, entre otros, a escritores tan notables como Leopoldo Alas, "Clarín" y Benito Pérez Galdós. Este inmenso novelista presenta en la figura del protagonista de una de sus obras, "León Roch", una personificación del hombre de ciencia formado en el krausismo.

La escuela filosófica de Sanz del Río, que logró tantas adhesiones, fue, por otra parte, objeto de ruda oposición, mucho más combatida que otras doctrinas sustancialmente menos religiosas. La guerra partió, naturalmente, de los elementos católicos, pero también participaron en ella las fuerzas políticas conservadoras. Se explica perfectamente que así ocurriera. Como "estilo de vida", el krausismo representaba la razón frente al dogma; la rectitud moral frente a la corrupción y a la hipocresía; la libertad frente al absolutismo. Las instituciones que vivían a la sombra del dogmatismo, del absolutismo y de la corrupción disimulada consideraban que era una amenaza terrible para sus posiciones la difusión del krausismo y habían de aprestarse a la defensa. Los elementos reaccionarios veían el mayor peligro en el campo de la enseñanza, y por ello dirigieron los más furibundos ataques contra la Institución Libre de Enseñanza y contra Giner de los Ríos, su fundador y rector. Se emplearon todos los medios para combatir a "los hombres de la Institución" y para desprestigiar sus doctrinas pedagógicas. En alianza tradicional contra los principios de libertad, la Iglesia y los políticos derechistas se unieron también para combatir al movimiento intelectual krausista. No se adoptó una actitud semejante con-

tra otras filosofías anti-católicas, como el neokantismo y el positivismo, sin duda por estimar que nunca habría peligro en su influencia.

Fue Menéndez Pelayo uno de los más formidables y apasionados enemigos del krausismo, al que considera, en su *Historia de los Heterodoxos* "como una horda de sectarios... una logia, una sociedad de socorros mutuos, una tribu, un círculo de alumbrados, una fraternía... algo en suma tenebroso y repugnante". La forma injuriosa y destemplada, que evidencia lo injusto del ataque y es impropia del decoro intelectual de un escritor como Menéndez Pelayo, tiene su explicación en dos motivos. Uno, el fanatismo religioso que oscureció el juicio del joven Marcelino, y otro su resentimiento personal por haberse visto obligado a estudiar la carrera de Filosofía y Letras en una universidad provinciana, porque en la de Madrid explicaba el curso de Metafísica un profesor típicamente krausista, Don Nicolás Salmerón, a cuya cátedra en manera alguna quiso asistir —y a cuyos exámenes como "alumno libre" no quiso someterse— el futuro genio del catolicismo literario.

Pero no fueron las condenaciones de la Iglesia y las persecuciones gubernativas causas suficientes para que declinara el predominio intelectual del krausismo a partir de la Restauración. Son los sistemas filosóficos, según prueba la historia, eslabones de la cadena de evolución del pensamiento de la humanidad, cada uno de los cuales ha de ser indefectiblemente sustituido por el que inmediatamente ha de predominar. Así van desapareciendo uno tras otro de la vigencia doctrinal, y sólo de algunos queda, incorporada a la ideología generalmente admitida, una pequeña parte. Después del krausismo llegaron a España el neokantismo y el positivismo; más tarde otras escuelas filosóficas. No hubo ya nuevos krausistas, pero los existentes conservaron durante toda su existencia la esencial manera de pensar y especialmente su "estilo de vida", aun cuando en algún aspecto sintieran la influencia de las nuevas corrientes del pensamiento. Subsistieron en ellos con firmeza inquebrantable, y los transmitieron con su enseñanza y su ejemplo, tres principios rectores de la vida del hombre: el de la supremacía de la razón sobre todos los medios de conocimiento y decisión; el de la libertad humana en todos los caminos de la vida, sólo limitada por la moral y el derecho; y

el del imperativo ineludible del deber, con arreglo a las normas de la ética definidas por la propia conciencia.

Al desarrollo y aplicación de estos principios, tan fecundos en resultados, se debió principalmente el progreso que ha logrado la nación española, a pesar de las enormes dificultades que a él se oponían, durante la Restauración y la Regencia, y especialmente durante el primer tercio del presente siglo. Al contemplar ahora con perspectiva histórica el desenvolvimiento de la vida española en los tiempos modernos, puede apreciarse el verdadero valor de la obra de los krausistas, continuada por quienes de ellos recibieron inspiración y enseñanza.

Por tratarse de los dos últimos grandes filósofos españoles, quiero recordar aquí las opiniones que sobre los krausistas tenían Unamuno y Ortega. Nunca manifestó Don Miguel simpatías por el krausismo, ni por quienes lo profesaron. Con notorio e injusto desdén, coloca a Sanz del Río al mismo nivel de valoración filosófica que a Balmes y a Ceferino González, meros expositores de la escolástica. Hay, sin embargo, motivos para suponer que no hubiera sido Unamuno el filósofo que fue sin que le precedieran los krausistas, introductores del racionalismo, del principio de la libertad y del sentido de la rectitud, que también caracterizaron al ilustre profesor de la Universidad de Salamanca. Ciertamente estudió su carrera en Madrid durante el período del "contra-krausismo" y que, por otra parte, algunas de sus actitudes hostiles—como por ejemplo la que manifiesta respecto de Spinoza—parecen un poco arbitrarias.

Muy distinto fue el criterio valorativo de Don José Ortega y Gasset—que sucedió a Don Nicolás Salmerón en la cátedra de Metafísica de la Universidad de Madrid—: "Por los años del 70 quisieron los krausistas, único esfuerzo modular que ha gozado España en el último siglo, someter el intelecto y el corazón de sus compatriotas a la disciplina germánica. Mas el empeño no fructificó porque nuestro catolicismo, que asume la representación y la responsabilidad de la historia de España ante la historia universal, acertó a ver en él la declaración del fracaso de la cultura hispánica y, por tanto, del catolicismo como poder constructor de pueblos. Ambos fanatismos, el religioso y el casticista, reunidos, pusieron en campaña aquella hueste de almogávares eruditos que tenían plantados sus castros ante los devanes de la memoria

étnica". El certero pensamiento de Ortega expresa muy bien en las líneas citadas (de *Una respuesta a una pregunta*) lo que significó el krausismo en España y la hostilidad implacable de sus enemigos. Bien claro está el aprecio en que Ortega tenía a los krausistas. Además, cuando falleció Azcárate, publicó en el diario de Madrid *El Sol* del día 15 de diciembre de 1917, un editorial donde decía, refiriéndose a la generación de los jóvenes: "Porque nosotros somos el futuro. Nuestra piedad filial consistirá en seguirle. Porque seguir a Azcárate —como seguir a Giner— es seguir hacia adelante".

La cátedra universitaria de Sanz del Río fue, desde 1854 hasta 1869 en que murió, el foco de irradiación del krausismo. El grupo de sus discípulos, en el que figuraban hombres de gran distinción intelectual, se reunía también con el maestro en un local modesto de la calle de San Vicente, de Madrid, y allí, con tono menor y aire familiar, se discutían amistosamente los temas que despertaban el interés de aquellos hombres tan deseosos de saber. También en las conferencias y los debates del Ateneo, tribuna gloriosa entonces y muchos años después, fue el krausismo materia predilecta de los trabajos de los miembros de la docta institución cultural.

Antes dije que lo mejor del krausismo fueron los krausistas, los hombres que lo profesaron. En ellos hubo una ecuación perfecta entre las ideas y la conducta. Una vida ejemplar, caracterizada por la dignidad y la rectitud, los hizo invulnerables a la crítica en sentido personal. Las doctrinas se extendieron en fecunda proliferación y llegaron a imprimir carácter a un sector muy amplio de la intelectualidad. Así se realizó la gran obra cultural que representa la influencia de los krausistas en la vida de España. Hombres de distinta talla intelectual y dedicados a diversas actividades fueron los artífices de la común labor, unidos todos en un sentido de solidaridad profunda.

Como personalización de lo que fueron los krausistas españoles voy a referirme especialmente a cuatro de sus grandes hombres, profesores ilustres de la Universidad de Madrid: Don Julián Sanz del Río, Don Nicolás Salmerón, Don Francisco Giner de los Ríos y Don Gumersindo de Azcárate. No conocí personalmente al fundador, pero sí a los restantes, cuyas lecciones de cátedra recibí a principios de este siglo. No tuve con Don Nicolás más relación, pero sí con Don Gumersindo, leonés como yo y muy amigo de mi padre, y con Don

Francisco, a quien traté frecuentemente al asistir varios años a sus cursos de Filosofía del Derecho.

Según la idea que tengo de Sanz del Río (1814-1869) no fue un hombre de talento excepcional, pero sí tuvo el suficiente para ejercer magisterio sobre figuras tan destacadas como Fernando de Castro, Canalejas, Salmerón, Giner, Federico de Castro, Sales y Ferré, Azcárate, Leopoldo Alas y otros muchos de alta valía intelectual. Para mí los rasgos característicos de Sanz del Río fueron la dedicación absoluta a la obra que emprendió y la rectitud. Ambos se ponen de manifiesto en unos hechos que brevemente voy a recordar. Cuando en 1844 volvió a España después de realizar sus estudios de filosofía en Alemania —adquiriendo en ellos su iniciación krausista—, le fue ofrecida una cátedra en la Universidad de Madrid, que rehusó —caso verdaderamente excepcional y admirable— por entender que no estaba suficientemente preparado para desempeñarla. Se retiró entonces al pueblo de Illescas, y allí permaneció diez años dedicado al estudio de la filosofía. Sólo entonces, cuando en conciencia se creyó capacitado para ello, se dispuso a ocupar la cátedra, en 1854. Pocos hombres, en aquel tiempo y en todos, hubieran procedido con tan escrupulosa rectitud.

Ya en la cátedra, se consagró de modo exclusivo a la labor docente. Fue el maestro que está siempre a la disposición de sus discípulos, compenetrado con ellos, como quien ejerce un sacerdocio. Algo había en él —que sus enemigos no se explicaban— para ejercer tanto ascendiente sobre muchos próceres de la inteligencia. Quizá no había otra cosa que la dedicación fervorosa y plena. Sereno de juicio, reposado de palabra, modesto en el vestir, austero en su vida toda, personificó admirablemente la idea del maestro universitario y sirvió de guía a varias generaciones.

Recuerdo yo a Don Nicolás Salmerón (1838-1908) de verlo y escucharlo en la cátedra de Metafísica, en el Tribunal Supremo de Justicia, en el Congreso de los Diputados. Admirable como profesor de filosofía, como abogado, como legislador. Pero, sobre todo, portentoso como orador. Con vuelo de águila en los pensamientos, con relieve de escultor en la palabra, con grandeza de tribuno en la actitud. No he conocido en mi vida un orador tan impresionante. Lo era en la cátedra, en el Parlamento y en la asamblea popular. Y lo era también informando sobre un pleito de derecho civil.

Hubo también en la vida de Salmerón hechos que pusieron de manifiesto su rectitud de conciencia. Desempeñaba en 1873 la presidencia de la primera República Española. Unos jefes del ejército se sublevaron contra el gobierno, y el tribunal militar los condenó a muerte. Pero el fallo no podía cumplirse sin que el presidente del Poder Ejecutivo diera su aprobación a la sentencia. Don Nicolás se negaba a firmar el acuerdo; él era contrario en absoluto a la pena capital. Se le dijo que sería indispensable ejecutar a los condenados, pues de lo contrario pudiera cundir una indisciplina capaz de derribar el régimen republicano. Salmerón reconoció el peligro, pero su conciencia no le permitía aprobar la ejecución de una pena de muerte. Y ante la presión del gobierno, dimitió —sencilla y dignamente— el cargo de Presidente de la República.

Don Francisco Giner de los Ríos (1839-1915) fue el educador, el maestro por excelencia, que enseñó por sí y que formó a su alrededor maestros bien preparados para renovar el sentido de la cultura española. A él fue debido todo lo que se hizo en cuanto a la modernización de la enseñanza con arreglo a los métodos pedagógicos más adelantados que se conocían en Europa. Y también, lo que es más importante aún, la introducción de un espíritu de libertad intelectual que respetando la religiosidad emancipara las inteligencias de niños y jóvenes de la intolerancia del dogmatismo. Ciertamente que la enseñanza oficial, costeada y dirigida por el Estado, no quiso aceptar todas las reformas propuestas por Giner, que éste implantó en la Institución Libre de Enseñanza por él fundada y dirigida, pero la corriente renovadora se filtró también en la burocracia del Ministerio de Instrucción Pública y a la larga se obtuvieron frutos no desdeñables. Además de su puesto de Rector de la Institución, tuvo Giner el de profesor de Filosofía del Derecho en la Universidad de Madrid. A sus cursos asistieron muchos estudiantes del Doctorado, que más tarde habían de desempeñar cátedras y altos cargos en la política, en el foro y en el periodismo.

La austeridad y la integridad moral fueron normas constantes en la vida de Giner, que a diario ponía de manifiesto en todos sus actos. Su personalidad excepcional atraía la devoción y el respeto de cuantos se acercaban a él por cualquier motivo. El ejemplo y las enseñanzas de Don Francisco servían de inspiración y guía a un grupo de amigos y discípulos,

unidos a él tanto por el afecto personal profundo como por la comunidad de ideales. Para ellos y para cuantos a él acudían administraba Giner con liberalidad lo que el gran poeta Maragall llamaba "el santo sacramento de la palabra", que era en él todo luz y serenidad.

No he conocido en mi vida hombre alguno que despertara tan firme adhesión intelectual y moral entre quienes frecuentaron su trato, sin duda porque Giner poseía un espíritu selectísimo y una inmensa bondad.

Don Gumersindo de Azcárate (1840-1917), profesor de Legislación Comparada en la Universidad de Madrid y notable juriconsulto, desarrolló muy importantes actividades en el campo social y en el político. De formación genuinamente krausista, como Salmerón y Giner, tal vez en sus últimos años se sintió un poco influido por otras tendencias filosóficas.

Cuando Azcárate tenía 36 años experimentó la necesidad de hacer públicas sus convicciones sobre la mayor parte de las cuestiones que entonces eran objeto de polémica, y a este efecto apareció en las librerías un breve librito titulado *Minuta de un Testamento*, ocultándose la personalidad del autor bajo una "W" seguida de puntos suspensivos. No tardó en saberse quién había escrito obra tan extraña —que López-Morillas denomina acertadamente "Confesiones de un Hijo del Siglo"— en la que se mezclan datos autobiográficos, juicios críticos, principios filosóficos y morales y disposiciones supelementalmente testamentarias. Es muy interesante la original publicación, principalmente porque pone de manifiesto la intimidad espiritual de un hombre culto, racionalista, liberal, íntegro y patriota, que escribe en los primeros tiempos de la Restauración monárquica.

Fue Don Gumersindo durante muchos años Diputado a Cortes por León, ciudad donde había nacido, y tan respetuoso con la democracia, que cuando votaba en el Congreso sobre algún punto en que quizá no estuvieran conformes con él sus electores, renunciaba la representación, para que en nuevas elecciones se le ratificara la confianza. A su iniciativa parlamentaria se debió que el Congreso aprobara la llamada "Ley Azcárate", que establecía la persecución judicial de la usura, concediendo a los perjudicados por préstamos usurarios acción para pedir su nulidad.

Muy meritoria fue, por otra parte, la labor que Azcárate realizó en los últimos años de su vida como Presidente del

Instituto de Reformas Sociales, organismo oficial autónomo encargado de preparar la legislación reguladora del trabajo, al que se debieron todas las disposiciones favorables al obrero dictadas durante la monarquía. El prestigio que rodeaba al presidente hizo muy eficaz la obra del Instituto.

No ha sido mi propósito más que referirme a algunas figuras culminantes del krausismo español entre las muy notables que produjo. Pero quiero citar también a un hombre que, si probablemente nunca profesó la metafísica de Sanz del Río, estuvo muy cerca de los krausistas y era en su "estilo de vida" exactamente como ellos. Me refiero a Don Rafael Altamira, ilustre historiador y jurisconsulto, tan conocido por su obra americanista en este Continente. Unido a Giner por una gran amistad, Altamira personifica la formación intelectual dentro del ambiente krausista, cuya influencia intensamente recibió.

No fue el krausismo, ni en su original creación germánica, ni en su reelaboración española, una gran doctrina filosófica. Pero en España sirvió de orientación racionalista a unos hombres de selecta calidad humana, a los que la cultura española debe grandes pasos de avance en el camino del progreso. En su obra reside la importancia del krausismo español, que la historia habrá de reconocer justificadamente.

ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL VICIO DEL MODERNISMO EN LA HISTORIA ANTIGUA *

Por *Wenceslao ROCES*

ME propongo hilvanar aquí —bien entendido que sin la pretensión de hacer un estudio sistemático, acabado— algunas consideraciones de orden crítico acerca de lo que algunos han señalado, entiendo que certeramente, como un vicio de la historiografía o, más exactamente, de cierta manera de abordar la historiografía, en el campo de la Historia antigua, disciplina que yo profeso en nuestra Universidad. Me refiero al vicio o a la tergiversación historiográfica del "modernismo"; es decir, a la tendencia a presentar y construir ciertos hechos y fenómenos de las sociedades antiguas enfocándolas a través de conceptos y categorías que corresponden a realidades históricas sustancialmente distintas, típicas, propias y peculiares de los tiempos modernos.

Creo que el examen de esta deformación historiográfica permite esclarecer, a la luz de un aspecto concreto, importantes problemas relacionados con los criterios y los métodos de nuestra disciplina y con su propio ser y concepción. Partiendo, ya desde ahora, de la premisa de que realmente la historiografía descansa sobre métodos y criterios, es decir, sobre un armazón científico. Pues es bien sabido que, para empezar, la historiografía que yo me permitiré llamar usual o académica impugna, por ministerio de muchos de sus representantes, hasta el mismo carácter científico, coherente y sistemático de la historia, como si el historiador, con gesto suicida, dimitiera de antemano su cometido de científicidad.

En épocas como la nuestra, de grandes y decisivas transformaciones sociales, en que las fuerzas determinantes, con

* Exposición presentada en la reunión del Seminario de Problemas Científicos y Filosóficos en la Ciudad Universitaria de México, el 17 de junio próximo pasado.

ademán ejecutivo, están haciendo la historia grande ante nuestros ojos, la responsabilidad de los que escriben o explican las *res gestae*, la historia ya hecha, se ahonda y se pone como en carne viva. Como la ciencia de la economía y como todas las ciencias sociales en general, en estos períodos, la historia corre el peligro de convertirse de disciplina científica, objetiva, en instrumento apologético. Y, en muchos, esta responsabilidad o el empeño por rehuirla, como si temieran chamuscarse con la lava ardiente de los volcanes en erupción, induce a la confusión y al desconcierto, a ese talente de crisis que es, hoy, la signatura bien definida de tantos libros de historia y del estado de ánimo de tantos historiadores. Y es que, cuando la realidad asusta, ciertas mentes, como niños medrosos, se refugian en el azar y en el mito, en lo fortuito y en lo caótico.

Es, en la zona de la sombra, el impacto negativo del temor, de la angustia, la zozobra y la inhibición ante la irrupción y la toma legal de posesión de fuerzas tradicionalmente clasificadas a extramuros de la historia o condenadas por los definidores de ésta, como fuerzas proscritas, al "underworld", al "maquis" de lo conspirativo. Y si la marcha de la historia, que no mana precisamente de la pluma del historiador, sino que fluye de los hechos mismos, considerada como unidad coherente, legítima esa toma de posesión de los que vienen de la manigua a la calzada real del mundo, entonces, los que se asustan de lo nuevo y se refugian, por lo menos, escondiendo la cabeza bajo los pliegues de la toga, en el consuelo de que la historia que se escribe no lo legalice, empavorecidos ante la llegada de los nuevos huéspedes no gratos, se rebelan contra sus mismos penates, los arrojan por la borda y arrasan su propia morada historiográfica, para no dar albergue en ella a los que tienen por advenedizos.

De ahí —con ánimo deliberado o sin la conciencia de ello, esto no importa— ese espectáculo tan singular y poco edificante de los historiadores que tiran piedras contra su tejado. De ahí, en muchos definidores de la historia de esos a que me refiero, la cerrada obstinación en negar el carácter objetivo, riguroso, científico de la historicidad, en rechazar por principio la objetividad de lo histórico y la existencia de leyes históricas, llegando hasta la repulsa del mismo principio de la condicionalidad causal de los fenómenos históricos, y no digamos del criterio del progreso en la historia, como factor que, en última instancia y atalayada la trayectoria en su conjunto, informe y

preside el proceso del desarrollo histórico. De ahí la concepción de la historia como algo por definición incoherente, disperso y fortuito, subjetivo y caprichoso, como un desfile caleidoscópico de sucesos y figuras bajo el dictado anárquico del azar. Es el retorno a aquella idea de la historia como "un montón de basura y un desván de trastos viejos", a la manera cómo la veía y la describía Goethe, antes de que el contacto con Herder le llevara a descubrir en ella "el gran drama interior de la humanidad". Y, retrocediendo hasta mucho más atrás de Tucídides y del propio Heródoto y los ingenuos logógrafos, se hunde de nuevo la historiografía, ahora con gran alarde de erudición y aparato técnico, entre las nieblas mitológicas del pensamiento de los orígenes. En medio de esta noche oscura en que todos los gatos son pardos, pululan a sus anchas la mitomanía y el culto fetichista a los símbolos en que son maestros un Toynbee o un Jaspers y con el que, antes de ellos y como maestros suyos, trató de pavimentar míticamente el camino de la historia hacia el poder, para la pretendida cruzada triunfal del "homo germánicus", Oswald Spengler.

Así, perdidos en esta "selva selvaggia" del poeta florentino, resulta fácil, naturalmente, extraviarse y extraviar a otros ante problemas que, bajo condiciones distintas, siempre se han ventilado sustancialmente en historia, como el del papel de las masas y de la personalidad en el decurso de ella, el de la base y la supraestructura o la materia y la forma de lo histórico, el de la función histórica de las fuerzas materiales, las condiciones económicas y las ideas, el de las contradicciones internas y su exponente, las luchas de clases, como el autor de la historia, y tantos más.

La responsabilidad del historiador ha sido siempre grande. Pero se aquilata y acrecienta, sobre todo, en épocas como la nuestra, en la que la historicidad, como la papeleta de defunción de lo que muere y el título de legitimidad de lo que nace, revela su sentido profundamente revolucionario. En la *Ideología alemana*, decía Marx, ya en 1845: "Sólo conocemos una ciencia, la de la historia". Y del mismo período juvenil, de 1844, son las palabras, tan cargadas de sentido, de Engels: "La historia lo es todo, para nosotros, y la colocamos más alta que las filosofías más recientes, incluyendo la de Hegel, a quien, en el fondo, la historia sólo le servía para contrastar su propio problema lógico". "La historia —añadía— nos pone en guardia contra el peligro del apriorismo". La concepción materia-

lista y dialéctica de la historia, revolucionadora de toda la ciencia social, como fundamentada sobre las fuerzas que revolucionan la propia sociedad, brota del estudio de la propia evolución humana, es decir, del estudio de la historia misma.

El panorama que ante nosotros ofrece ese tipo de historiografía actual a que me he referido no es, evidente y explicablemente, sino la proyección sobre el campo historiográfico de la corriente general del irracionalismo entronizada ideológicamente en una buena parte de la filosofía y la sociología del mundo en que nosotros vivimos, de ese motín del pensamiento descoyuntado contra las normas y los criterios de lo racional, que con tanta maestría ha estudiado críticamente el profesor húngaro Georg Lukács en su magistral libro *El asalto contra la razón*, traducido por mí del alemán y cuya próxima aparición está ya anunciada. Y digo que esa proyección de las sombras irracionalistas de una concepción filosófica y sociológica general enderezada contra la razón sobre el campo de la historiografía es evidente y explicable, porque la visión histórica no es, a su vez, más que una proyección especial de la concepción general del mundo y del hombre sobre el desarrollo de la sociedad humana, de los pueblos y de la humanidad a través del tiempo y en el espacio. Una disciplina de conocimiento acotada, no precisamente por el campo sobre el que se enfoca, sino por el ángulo en que lo contempla y vinculada en indisoluble unidad con las otras ciencias especiales del conocimiento humano, es decir, social: la economía, la sociología, la lingüística, la estética, la tecnología, etc.

Acaban de ver la luz en sus lenguas respectivas de origen, los primeros volúmenes de dos importantes obras de Historia universal, en curso de publicación: la *Historia Universal* de la Academia de Ciencias de la U. R. S. S., obra colectiva de un conjunto de especialistas soviéticos, los más destacados en las diversas ramas del quehacer histórico, bajo el patrocinio del Instituto de Historia, del Instituto Orientalista y del Instituto de la Cultura Material, de Moscú, y la *Histoire Universelle* de la Encyclopédie de la Pléiade, fundada por el eminente historiador René Grousset, compuesta con arreglo a los lineamientos por él trazados antes de su muerte y escrita por un cuerpo de colaboradores muy ilustres en el campo de la historiografía francesa, cada uno de los cuales aplica su criterio personal, autónomo, a la parte cuyo tratamiento le ha sido asignado dentro del plan general. Cada una de estas dos obras nos ofrece, como

concepción y como realización, una síntesis de ideas y un balance de trabajos, de dos maneras muy contrastadas de abordar los problemas de la historia. Y, no hace mucho, ha salido de las prensas, como resultado de las labores del Seminario de Historia de la Universidad alemana de Marburgo, bajo la dirección del profesor Fritz Wagner, un volumen titulado *La Ciencia de la Historia*, en el que, a la luz de una selección de textos de los grandes historiadores y filósofos de la historia de las diversas épocas y con un aparato bibliográfico bastante completo y breves estudios preliminares a los distintos autores y a las diversas épocas, se trata de ayudar a esclarecer las principales etapas de la historiografía en torno a los problemas fundamentales del concepto, la significación y la metodología de la historia. La Universidad de México prepara una edición española de este último libro,¹ cuya traducción ha sido encomendada a mi discípulo, señor Brom, Maestro en Historia, y que seguramente habrá de ser muy útil, cuando aparezca, a los especialistas y estudiosos de la materia en nuestra lengua.

Yo creo que, a la vista de estas publicaciones que acabo de citar y de otras recientes de la misma o parecida índole y del acervo fundamental de los valores ya establecidos para el enjuiciamiento de la historia y de la misión del historiador, podría nuestro Seminario prestar un señalado servicio a este campo del estudio, de la cátedra y de la investigación, dentro de la importante tarea que se ha trazado, convocando a unas reuniones de mesa redonda de historiadores y universitarios interesados por estos problemas para discutir y aquilatar, dentro de lo posible, los conceptos, los criterios y los métodos fundamentales de la historiografía. Ahí quede la sugestión, por si las autoridades competentes creyeran oportuno recogerla y darle forma.

Y, a este propósito, me permito expresar desde aquí la aprehensión o el temor, no sé si con fundamento, de que, pese a los esfuerzos muy loables de distinguidos profesores e investigadores en la materia, los problemas de la historia y la historiografía no se hallen tal vez, en el momento actual, dentro de nuestra Universidad, a la altura que las presentes circunstancias reclaman de esta disciplina, con la consiguiente falta de interés hacia ella por parte de la juventud estudiosa.

¹ En la Colección *Problemas Científicos y Filosóficos* (N. del E.).

Es posible que estas apreciaciones mías debieran referirse, en rigor, de un modo especial, o por lo menos preferentemente, a lo relacionado con la Historia antigua. No poseo los elementos de juicio necesarios para apreciar hasta qué punto sea ello aplicable al interés por la historia general y, en particular, por la de México. Pero no se me alcanza cómo la historia mexicana, y concretamente en una de sus etapas fundamentales, la de la creación de la moderna nacionalidad y la aportación a ella del elemento europeo, pueda desglosarse de la historia del Renacimiento en Europa y, a través de ella, de la historia de la antigüedad que acostumbramos a llamar clásica. Tengo para mí, y me permito expresarlo, que, en buena parte, la falta de interés de un gran sector de los estudiantes por los problemas de la historia, nace precisamente de aquel apego a la visión de la historia como un desván de trastos viejos, cubiertos por el polvo de los siglos, de nuestra falta de capacidad para inculcar a la juventud el sentido vivo, revolucionario y revolucionador de la historicidad. Pero, es muy posible que yo esté equivocado y que la verdadera explicación del hecho, supuesto que éste sea cierto, deba buscarse en otra parte.

Y, ciñéndome ya, después de estas consideraciones generales, al aspecto concreto sobre el que brevemente deseo discutir hoy ante ustedes, paso a hablar de la anomalía historiográfica del "modernismo" en algunos representantes muy caracterizados de la Historia antigua. Ya he dicho que lo que, a mi modo de ver, da un interés especial a este tema es que, a través de él, se expresa con bastante claridad, en un campo muy delimitado, pero hartamente revelador, el embrollo y el confusiónismo irracionales a que algunos de sus servidores, a veces muy ilustres, amenazan con empujar la historia.

Por razones de espacio, pero también por limitaciones de conocimiento, he de referirme solamente al rasgo de la modernización en la historia económico-social de Grecia y de Roma.

En los años finales del siglo pasado, el estudio de la historia de la antigüedad comenzó a orientarse cada vez más de lleno hacia los problemas económicos y sociales de los pueblos antiguos. Aunque a regañadientes y a la defensiva, dejábase sentir en la historiografía el gran impacto de la concepción materialista y dialéctica de la historia. Ya no era posible seguir ignorando olímpicamente la acción de los factores determinan-

tes de la sociedad. Había que contar con ellos. Aunque no por la puerta grande, ciertos historiadores se resignaron a dejarlos deslizarse en la morada de la historia por la escalera de servicio. Y quienes, como los historiadores idealistas, no los veían con buenos ojos, optaron por tratar de conseguir mediante el rodeo de la tergiversación lo que ya no podía lograrse por la vía directa de la negación.

El gran helenista, epigrafista e historiador August Böck había dado, ya en 1817, el primer paso con su estudio sobre *La economía del Estado ateniense*. Por debajo del arte y la cultura de los griegos, del llamado "milagro de Grecia" había —y era el fundador del "Corpus inscriptionum graecarum" quien lo proclamaba— factores económicos y sociales. "Sólo la parcialidad o la superficialidad —señalaba Böck— puede ver en la antigüedad solamente ideales".

En la década del noventa, se encendió entre los economistas e historiadores académicos de Alemania una viva polémica en torno a las características de la economía antigua. Karl Bücher, profesor de Economía en Leipzig, publicó por aquellos años su célebre obra titulada *Los orígenes de la economía nacional*. Sostenía en ella la tesis de que la economía de la sociedad antigua conservaba, en lo fundamental, su carácter de economía doméstica, cerrada (la economía del "oikos"), en la que los objetos de consumo se destinaban, esencialmente, en masa, a la misma órbita en que se producían y en que los actos de cambio constituían un fenómeno concomitante, no esencial, que versaba, además, en la gran mayoría de los casos, sobre los artículos de lujo, al margen de los de primera necesidad.

Independientemente de su caracterización más o menos imprecisa y discutible, la tesis de Bücher trataba de destacar los rasgos propios y específicos, de la economía antigua, como una fase histórica de la economía anterior a la de la sociedad capitalista, aunque oscuramente entremezclada todavía, en su concepción, a la de la sociedad feudal.

La teoría de Bücher suscitó inmediatamente la oposición de tres historiadores alemanes de la antigüedad, muy ilustres y representativos y claros exponentes, los tres, de la actitud modernizadora: el helenista Julius von Beloch, Eduard Meyer, autor de una de las más importantes obras sobre la historia universal de la antigüedad, por desgracia incompleta, y Robert Pöhlmann, cuya obra principal lleva ya en su frontispicio, en el título mismo, el enunciado más explícito de la modernización

anacrónica de la antigüedad, pues se denomina *Historia del socialismo y el comunismo antiguos* (en la segunda edición, publicada bastantes años después, muerto el autor, el título fue cambiado por el de *Historia del problema social y del socialismo, en la antigüedad*).

La *Historia de Grecia* de Beloch, cuyos tres volúmenes se publicaron por vez primera en los años 1893 a 1904 y en segunda edición, refundida en cuatro tomos, de 1912 a 1927, tiene, entre otros muchos, el mérito de haber sido tal vez la primera obra de conjunto en que los problemas económico-sociales de la Grecia antigua se estudian con gran detenimiento, sin supeditarlos todo a la historia política y a los acontecimientos de la historia externa. Beloch es, además, el primer historiador de Grecia que se esfuerza por aquilatar estadísticamente los datos de las fuentes, principalmente los de carácter demográfico. La "paralia", el "pedion" y la "diakria", la "costa", la "llanura" y la "montaña", las tres fuentes sociales de las clases de la sociedad griega de los hombres libres, de que se nutrían los partidos en lucha en el ágora, comienzan, así, a dibujar sus perfiles materiales entre los nieblas de lo ideal. Desgraciadamente, gran parte de los juicios y conclusiones a que llega Beloch, en el estudio de su rica documentación, aparecen invalidados por el vicio de origen de una radical modernización. Según él, la economía antigua, en la Grecia clásica y en el mundo que Droysen llamará más tarde "helenístico", se hallaba ya muy cerca de la economía capitalista y podía asimilarse a ella. Llevado de este prejuicio modernizador, Beloch exagera, numérica y funcionalmente, la importancia de los trabajadores libres, asalariados, en los talleres artesanales de Grecia y desvaloriza el peso y la significación de la fuerza de trabajo de los esclavos, en la industria y en la agricultura, como la base de sustentación de la economía griega. Por donde, en resumen, habría que llegar a la conclusión de que la economía y la sociedad esclavistas han fenecido ya, virtualmente, muchos siglos antes de llegar a su apogeo bajo la égida del Imperio romano, y de que la sociedad y la economía capitalistas, basadas en la explotación del trabajo de hombres jurídicamente libres tienen su asiento, como unos veinte siglos antes de aparecer la manufactura en la Grecia de Pericles.

De Eduard Meyer, historiador alemán muerto en 1930, ha dado a conocer recientemente el Fondo de Cultura Económica, en su sección de Obras de Historia, bajo el título de *El*

historiador y la historia antigua, una compilación de trabajos monográficos "sobre la teoría de la Historia y la historia económica y política de la Antigüedad", traducidos por Carlos Silva. A través de ellos, pueden hoy los lectores y especialistas de habla española conocer, en sus criterios y aspectos metodológicos fundamentales, esta importante figura de historiador, cuya aportación al estudio de la antigüedad es indiscutible.

Eduard Meyer es uno de los ejemplos más cumplidos del anacronismo modernizante, en la interpretación de la historia antigua. También él, siguiendo las huellas de Beloch, consagra una gran atención a los problemas de orden económico-social. En este aspecto, son característicos los estudios, recogidos en la obra que citábamos, sobre "La evolución económica de la antigüedad" y sobre "La esclavitud en el mundo antiguo" y el que lleva por título *Investigaciones sobre la historia de los grecos*.

En los dos primeros trabajos, suscitados por la obra de Bücher y dirigidos contra su tesis de la economía del "Oikos", Meyer expone la teoría de que la economía de la Grecia clásica, como más tarde la de Roma y entre ambas la del imperio alejandrino, descansaba ya sobre un capitalismo desarrollado. Este historiador llega, en su actitud modernizadora, todavía más allá que Beloch, pues, sobre menospreciar, por su número y su función, el trabajo de los esclavos y su peso específico en la economía antigua, niega incluso el carácter propio y peculiar de la esclavitud, al equiparar económicamente las actividades del esclavo a las del trabajador libre asalariado, sosteniendo que únicamente se diferenciaban el uno del otro por su *status* jurídico, pero no, por principio, en cuanto al régimen social. El esclavo antiguo era ya, por tanto, en lo sustancial, el proletario moderno, y no simplemente su antepasado o antecesor. Así se escribe la historia. Una historia de la que resulta que los largos siglos de lucha y de desarrollo histórico que, en el campo del trabajo, sustituyeron la esclavitud por la servidumbre y ésta por el trabajo asalariado fueron en vano, pues todo es, en esencia, uno y lo mismo.

En su *Historia de la Antigüedad*, como en general en toda su metodología y en sus posiciones como historiador, Eduard Meyer, negando rotundamente la existencia de cualquier clase de leyes históricas, profesa la llamada teoría cíclica de la historia, aquel principio historiográfico del "eterno retorno", que Vico adornara con tan bellos rasgos literarios y que los profesores de ahora desnudan de su ropaje mitológico, para infun-

dirle un sentido social o, por mejor decir, asocial. Tras la consabida "Edad Media" homérica de los señores feudales anteriores al feudalismo, que es casi un manido lugar común entre tantos historiadores académicos de Grecia, viene, según Eduard Meyer, el florecimiento del capitalismo, en los siglos v y iv, para abrir paso después, con la decadencia y la vuelta a la economía natural, a un nuevo período medieval, al final del cual alboreará en inevitable retorno, el nuevo capitalismo. Como dice el cantar: "Pecar, hacer penitencia, y luego, vuelta a empezar".

Para Robert Pöhlmann, el "capitalismo" antiguo hace brotar, en lucha contra él, los movimientos sociales de la antigüedad, el "socialismo" y el "comunismo" antiguos, causantes, según este historiador, de la decadencia y la ruina del mundo clásico. Fue la instauración de la que él llama la "monarquía social", colocada al parecer por encima de las clases, la monarquía del Macedonio o la del Augusto, la que puso un dique al hundimiento de la sociedad. Según esta versión historiográfica, el desarrollo del capitalismo señala el *acmé*, la cúspide de la sociedad antigua, y la decadencia y la crisis del capitalismo marcan el colapso de la cultura. Y, dando un paso más, bien ostensible, por el camino de esta interpretación, y develando harto claramente los designios que ella envuelve, el historiador sostiene, ahora, que son los movimientos de lucha y la rebeldía de los de abajo los culpables de la regresión y que sólo la mano de hierro de un monarca *soidisant* por encima de las clases pudo contener la marcha hacia el abismo.

En algo se asemeja, salvadas las grandes distancias, esta visión histórica deformada y anacrónica del mundo antiguo a la exaltación apasionada de la figura de Julio César en la pluma de un historiador tan brillante, tan cargado de sabiduría, tan genial como Mommsen, cuando, a pesar de sus patéticos esfuerzos por salvar a César del cesarismo, se empeña en convertir al instaurador de la dictadura militar de los esclavistas en el debelador de los privilegios y los abusos de los grandes señores de la esclavitud. Por lo demás, el propio Mommsen—muy aficionado a símiles anacrónicos tan audaces como los que le llevan a llamar a Catón el Viejo el Don Quijote de Roma y a Cartago el Londres de la antigüedad—habla de la existencia del capitalismo en la Roma antigua. Pero, para ser justos y dejar las cosas en su punto, en lo que a este gran historiador se refiere, conviene citar la breve nota que Marx le dedica en el

tomo III del *Capital* y que dice así: "En su *Historia de Roma* Mommsen no emplea la palabra capitalista en el sentido que se da a esta palabra en la economía y en la sociedad modernas, sino a la manera de la acepción popular que ese concepto conserva todavía hoy, no en Inglaterra o en América, pero sí en el continente, como una vieja tradición de tiempos pasados".

Un autor que ha dedicado importantes estudios a la historia económica y social de la antigüedad es el ruso Rostovtzev, emigrado en los Estados Unidos y profesor de una universidad norteamericana. De sus obras, publicadas en inglés, *The Social and Economic History of Hellenistic world* y *The Social and Economic History of Roman empire*, la segunda ha sido traducida al español. En este libro encontramos ideas muy características y significativas en torno a la interpretación modernizadora y tergiversadora de la historia antigua. Según Rostovtzev, los emperadores italianos comenzaron apoyándose, para gobernar, en la "burguesía italiana triunfante" y contaron con el apoyo de "la burguesía de numerosas ciudades de las provincias", nombre éste de "burguesía" que el historiador de referencia da a la nobleza, a las clases altas provinciales. Pero, en el siglo III (el siglo de la anarquía militar, que habrá de conducir a la instauración del Imperio dominical, bajo Diocleciano) se produjo lo que Rostovtzev califica de una "revolución proletaria y campesina", que, levantándose contra la "burguesía de las ciudades", momentáneamente, la derrotó. Y, con interpretación no muy alejada de la de Pöhlmann e igualmente explícita que la de éste en sus intenciones, sostiene la tesis de que la decadencia cultural del Imperio romano se debió a que la cultura "perdió en intensidad", se envileció, al ampliarse en extensión a lo que él llama "el proletariado" de la época, dejando de ser con ello la cultura de las clases altas, es decir, un patrimonio exclusivamente aristocrático. No estamos ya muy lejos, como se ve, de la concepción de los pueblos, las razas y las clases señoriales, portadores y depositarios de la alta cultura, que más tarde habrán de entronizar, en el efímero, pero no fácilmente olvidable triunfo político del irracionalismo, los historiadores fascistas.

Y, para traer ahora a colación un caso más actual y sobradamente representativo, el de Toynbee, señalemos la superabundancia y la ligereza con que este sociólogo de la historia tan a la moda habla a troche y moche, en su *Study of History* del "proletariado" de la sociedad antigua, sinónimo para él de

los "bajos fondos", del "underworld", y distinguiendo entre lo que llama "un proletariado interno" y otro "externo". El llamado "proletariado externo" lo formaban, según el esquema toynbeeniano, las poblaciones que, con acento racial clásico, siguen rotulándose con el marbete de "bárbaras".

Es sensible que, hasta hoy, que yo sepa, no se haya dado a conocer en nuestra lengua el valioso estudio del sociólogo alemán Max Weber sobre la *Historia agraria del mundo antiguo*. En esta obra, como en la primera edición del conocido libro del historiador y jurista italiano Salvioli que lleva por título *El capitalismo en el mundo antiguo*, se llama críticamente la atención, de modo muy certero, hacia las deformaciones modernizantes y caprichosas que tienden a asimilar las manifestaciones esporádicas del capital en la economía de la antigüedad a los rasgos inherentes al capitalismo moderno, como régimen social específico, como la impronta sustancial de una formación económico-social nueva. Hay que decir, sin embargo, que en la segunda edición de la obra de Salvioli, publicada en 1929, el autor se inclina ya más bien a replegarse sobre las posiciones modernizantes de Eduard Meyer y Pöhlmann, compartiendo en considerable medida la misma falsa asimilación que antes criticara.

He aquí solamente unos cuantos botones de muestra, yo creo que bien representativos, de esa tendencia a la modernización que tergiversa peligrosamente la verdadera fisonomía de la historia antigua.

En la introducción al tomo I de la *Historia Universal* de la Academia de Ciencias de la U. R. S. S., a que me he referido, figura este párrafo, que me permito transcribir aquí, aunque la cita sea un poco larga:

"En el empleo de términos como los de 'esclavitud', 'feudalismo' y otros, los sociólogos e historiadores reaccionarios introducen un contenido ahistórico. Llamam, por ejemplo, feudalismo a toda dispersión estatal, sobre todo si va aparejada a una estructura jerárquica del poder; y califican de capitalismo a toda actividad de empresa, independientemente de su contenido económico. Con arreglo a estas concepciones, la sociedad oriental es —para ellos— una sociedad estática, en la que domina un perenne feudalismo; y la economía esclavista mercantil y hasta natural de Grecia y Roma —aunque ni una ni otra se basaran ni pudieran basarse, en aquellas condiciones, en el sistema de la explotación del trabajo asalariado— se considera

como una economía capitalista; la economía del poder real y de los templos del Antiguo Oriente (con su complicado sistema de cálculo del trabajo y de retribución de los trabajadores y su feroz explotación de los esclavos) se define como un 'capitalismo de Estado', y así sucesivamente. El carácter anticientífico y la tendencia de clase de este linaje de analogías, saltan a la vista. Al modernizar los fenómenos y las relaciones sociales del mundo antiguo, empeñándose por encuadrarlos a la fuerza dentro del marco de las condiciones de la sociedad burguesa contemporánea, los historiadores de orientación reaccionaria tratan de presentar las relaciones capitalistas bajo un ángulo de perennidad y, por medio de esta interpretación tendenciosa de los hechos de la sociedad antigua pretenden justificar la política imperialista actual, presentándola como algo 'perenne' e 'inmutable'".

Es la misma proyección invertida, sólo que al revés y ahora con designio diametralmente opuesto, regresivo, que llevaba, por ejemplo, a ciertos ideólogos de la Revolución Francesa a arropar su lucha contra el feudalismo entre los pliegues de la toga de los Gracos, como si la historia fuese una especie de guardarropía del *theatrum mundi*. Ya antes Maquiavelo, colgando sus sagaces meditaciones de historiador moderno sobre el clavo de las "Décadas" de Tito Livio, podía imaginarse que la lucha ideológica de la naciente burguesía italiana contra las potencias de la sociedad feudal se hallaba directamente entroncada con la del *demos* contra los eupátridas en Grecia o la de los tribunos de la plebe contra la oligarquía senatorial romana. Y, en rigor, esta visión deformada del pasado como presente late en la misma entraña de la generosa concepción del Renacimiento. Lo mismo que la visión anacrónica del presente en el pasado se trasluce en las ideas, ya menos generosas, de los historiadores modernizantes de la antigüedad. En uno y otro caso, se mata la verdadera esencia de la historia, al descuajar violentamente los hechos de las condiciones históricas objetivos en que se produjeron, para verlos a través del prisma de las ideas, los intereses o las instituciones propias de otro mundo histórico, de otro tipo fundamentalmente distinto de sociedad.

PERO lo que me interesa señalar aquí, apuntando para terminar el problema verdaderamente sustancial que va envuelto en el vicio historiográfico del modernismo, es si el historiador,

como tal, al enfocar los hechos del pasado, se halla sujeto a las categorías y a los conceptos fundamentales de la filosofía, de la sociología y la economía, en relación con la materia tratada, o puede administrar el lenguaje, la terminología y los conceptos a su libre albedrío, sin tener que dar cuentas a nadie, poniendo a las cosas, con inspiración autárquica, como el poeta, los nombres o los mote que se le antoje. Problema que entraña, ciertamente, el determinante, tan empeñosamente debatido, de si la historia es realmente una ciencia y, por tanto, una doctrina rigurosamente sujeta a leyes, formulable en normas y principios, o sigue siendo, como en los buenos tiempos del *trivium* y el *quadrivium* de los escolásticos, un apéndice de la gramática y la retórica, feria de ejemplos morales y adoctrinadores exhibidos bajo la muestra publicitaria de la *magistra vitae*, modelados al gusto de cada cual y buenos para esmaltar, más o menos brillantemente, de símiles y parábolas las propias elucubraciones; algo así como la percha en que colgar elegantemente nuestro vestuario ideológico.

El intuicionismo en la historia está hoy a la orden del día entre ciertos historiadores. Ya Windelband y Rickert, en su empeño por reducir las ciencias históricas, sociales, a la abstracción de "ciencias del espíritu", tendían en realidad a convertir la historia en un arte, centrado sobre el factor intuición, como órgano exclusivo de creación y receptividad. Es bien sabido hasta qué extremos exalta Dilthey, en su concepción de la historicidad, el papel intuitivo de la "Erlebnis". Y el propio Ranke, tan riguroso en su técnica documental de escrutador de los archivos, sostiene, al formular su concepción de la historia, que las grandes fuerzas espirituales creadoras de vida son "factores imposibles de definir, de reducir a conceptos" y que sólo "podemos intuir, percibir" a través del "sentimiento y la emoción de su existencia, que despiertan en nosotros".

Sin la pretensión de entrar aquí en el crucial problema de la científicidad de la historia, sí me permitiré decir que, en la concepción, que yo profeso, de la unidad profunda de todas las ciencias humanas, es decir, sociales, la historicidad es una actitud científica fundamental que corresponde por esencia al mismo ser histórico del hombre y de la sociedad y se halla consustancialmente entrañada con la filosofía y la economía, con la concepción del mundo y con la materia de la vida social del hombre. Sólo la visión histórica del hombre y del mundo nos libra de caer, como ya se ha dicho, en las peligrosas aberraciones del

apriorismo, del arbitrio y del pensamiento anárquico u olímpico. Y, desde que existe la concepción materialista de la historia, que es, al mismo tiempo, dialécticamente, la concepción histórica, de la materia social, sabemos hasta qué punto el enfoque histórico puede ser, si en la historia se busca la vida en movimiento, profundamente revolucionario, ya que la historia, certeramente concebida, es por esencia movimiento, cambio y transformación.

Pero, dejemos estos problemas para mejor ocasión y volvamos al de los conceptos y las categorías en la historia. ¿Puede hablarse, objetivamente, llamando a las cosas por su nombre, para entendernos y no para confundirnos y para confundir, de un "capitalismo" en la antigüedad y, junto a él, como el término que lo complementa, de un "proletariado", de una clase obrera asalariada, como de factores básicos que definen la fisonomía económico-social de una época?

Es evidente que la función científica de los conceptos y las categorías no puede ser otra que la de fijar con la mayor fidelidad posible, en historia, las realidades sociales, políticas o culturales de una época dada y la base sobre que descansa, en su desarrollo y en sus desplazamientos, toda la supraestructura de una sociedad. Así, cuando decimos que la sociedad antigua es, por esencia, una sociedad esclavista, la categoría de la esclavitud aparece como la expresión fundamental y adecuada de toda la fisonomía histórica de aquella época de la historia de la humanidad, de la relación fundamental entre los hombres de aquel tiempo, de la fundamental división en clases en torno a la cual se polariza la sociedad antigua. Y, al mismo tiempo, una etapa básica en la gran trayectoria del desarrollo social, humano. Y cuando, caprichosamente, se deslizan en ella, al caracterizarla históricamente, conceptos como los de capitalismo, burguesía, proletariado, etc., se desdibuja y se falsea, quiérase o no la verdadera fisonomía histórica de la antigüedad.

Yo creo que no es cierto, como afirma Bloch en su *Introducción a la Historia*, que ésta reciba, en su mayor parte, su vocabulario de la materia misma de su estudio, "ya desgastado y deformado por un dilatado uso" y que el lenguaje del historiador tenga que ser, por fuerza, "ambiguo". A mí me parece que el investigador y el expositor de historia deben esforzarse, sobre todo cuando se trate de categorías fundamentales, en aquilatar las palabras y los conceptos para que expresen adecuadamente el contenido histórico. Y cuando otras

ciencias, por ejemplo la economía, o la filosofía, o la estética, o la tecnología, los tengan ya debidamente acuñados, respetarlos con la mayor escrupulosidad.

Claro que en la antigüedad había "capitales" y "capitalistas", aunque los autores antiguos y las fuentes no pronuncien esa palabra, que es de origen muy posterior en la terminología económica; pero no existía ni podía existir el capitalismo, en cuanto régimen social. Había capitales usurarios, mercantiles y hasta un incipiente capital artesanal, deslizado en los intersticios de la trama básica, del régimen de la esclavitud. Y, antes de llegar a un cierto momento, en Grecia y en Roma y en muchos países del Antiguo Oriente, el capital usurario, combinado con la concentración de la propiedad privada sobre la tierra, era tan brutal que podía reducir a esclavitud al deudor insolvente y hasta cortarlo en tajadas (*partis secanto!*), como en la fábula shakespeariana el *Mercader de Venecia*, reminiscencias de aquellos tiempos arcaicos. Pero, cuando un historiador de hoy y escribiendo para lectores de nuestro tiempo habla de "capitalismo" no puede entenderse por ello sino la relación fundamental de explotación del trabajo asalariado y de enriquecimiento y acumulación a base de la plusvalía capitalista, extraída a la fuerza de trabajo de una masa de obreros jurídicamente libres. Y es evidente que esta categoría deforma anacrónicamente, ahistóricamente, de un modo radical, la realidad social del mundo antiguo. ¿O es que se quiere ennoblecer y dignificar los orígenes del capitalismo, buscando las raíces de su árbol genealógico en Grecia y en Roma, a la manera cómo los nuevos ricos inventan blasones y escudos nobiliarios? Es cierto que el capitalismo no vino al mundo de la arcilla adámica, sino que tuvo abuelos y antepasados muy añejos ya en la antigüedad. Pero esos antecesores hay que buscarlos, por muy desagradable que pueda resultarle, en la institución de la esclavitud; es decir, en la forma de explotación del trabajo peculiar y básica de aquel tipo de sociedad.

En historia, como en filosofía —o digamos, para ser más justos, entre ciertos filósofos e historiadores— está hoy en boga la llamada semántica, confesión de impotencia y testimonio de irracionalismo, que consiste en negar las categorías y los conceptos fundamentales del pensamiento, reduciéndolos a una lógica y, muchas veces, a una ilógica del lenguaje. Lo que equivale, como ha dicho Rosental en un libro reciente, *Categorías del Materialismo dialéctico*, a "negar en absoluto la

lógica del conocimiento de la realidad". Es ésta, como razona el propio Rosental, "la expresión más alta y la más consecuente, en su total irracionalización, del idealismo subjetivo". De ahí que "en la ciencia y en el estudio de los problemas sociales campee hoy" —en determinados medios— "la más desenfrenada arbitrariedad". "Por este camino —concluye el autor soviético citado—, se llega al resultado de que conceptos como los de "capitalismo", "proletariado", "burguesía", "fascismo", "libertad", "esclavitud", etc., fundamentales de una formación histórica dada... queden reducidos a "signos vacuos", a símbolos engañosos, sugeridos por la endeblez del lenguaje". Con lo que, consecuentemente, se arriba "a la peregrina idea de que, cambiando las palabras, modificando los nombres con que se designan tales o cuales fenómenos o hechos, es posible cambiar el orden social, superar las más profundas contradicciones entre las clases, etc.". Ya lo decía el clásico español, en aquel verso tan certeramente realista, escrito contra la fealdad que, semánticamente, culpa de ella a la imagen reflejada: "Arrojar la cara importa, que el espejo no hay por qué".

Las realidades sociales mismas, las históricas y las actuales, son demasiado testarudas para dejarse embaucar. En cambio, el hacer cubileteos con los nombres resulta ya más fácil. Pero, para el historiador como para el filósofo y para el hombre en general, el lenguaje es inseparable del pensamiento y éste la expresión y el reflejo adecuados de la realidad objetiva.

Sería interesante analizar —si la sugestión que al principio apuntaba yo fuera recogida— las corrientes del irracionalismo, el subjetivismo, el intuicionismo, el semanticismo y por ahí adelante, en la historiografía actual, a la vista de doctrinas de la historia como las de Toynbee, Heidegger, Jaspers y otros, pasando por Spengler y Croce, por Windelband y Rickert, hasta remontarse a Nietzsche, el gran trastocador de los valores históricos.

Todos esos "brillantes" embrollos disfrazados de síntesis a que nos tienen acostumbrados ciertos historiadores y filósofos de la historia muy cotizados a la hora actual, que se conceden carta blanca para los símiles más caprichosos y las analogías más disparatadas, como si la narración histórica fuese el palenque del capricho y la arbitrariedad y el historiador, como el novelista, el dios omnímodo de sus personajes y de sus sucesos, encierra un peligro que difícilmente, creo yo, podría exagerarse. ¿Tiene algo qué ver con la historia, por ejemplo, aunque algu-

nos snobs puedan reputar estos símiles baratos como un hallazgo feliz del ingenio y hasta del genio, el pintar a Marx según lo hace Toynbee, como el Moisés del Sinaí proletario, viendo en sus obras el trasunto de las Sagradas Escrituras, etc., etc.?

Sobre el historiador y sobre el filósofo, sobre el hombre de ciencia, de pensamiento y de pluma pesa hoy el grave deber de resistir valerosamente a las muchas sollicitaciones empeñadas en convertir lo que debe ser una actividad noble y elevada del espíritu en una vulgar propaganda. Aquel "discite moniti" (¡sabed que estáis advertidos!) que Lukács predica de todo intelectual vale también, y no en pequeña medida, para el historiador, ante la crisis creadora y destructora de nuestro tiempo. Pues si la historia no es, como quería el retórico romano, la maestra de la vida, tiene que ser el espejo de la vida misma, de la realidad humana en constante desarrollo.

EL EIDOS DE LAS FORMAS POLÍTICAS

Por *Aurora ARNAIZ*

LAS nociones de soberanía y estado, son, por su abstracción de difícil captación. La naturaleza humana tiende a concretizar, a hacer tangibles las ideas. De aquí la tendencia, a través de la historia, de buscar la personificación del Estado, en la autoridad, y de la soberanía en el poder de que dispone dicha autoridad. Son éstas, concepciones simplistas, muy arraigadas, que nos han conducido a situaciones confusas. Solamente el versado en asuntos políticos, el especialista en Derecho, o el poseedor de sutil cultura general, está en condiciones de comprender cuán equívocas son dichas suposiciones.

Posiblemente el abuso y difusión de las simplistas escuelas organicistas, y las del mito del Estado como poder omnímodo, provengan de esta necesidad humana de personificar y concretizar las ideas abstractas. Fueron precedidas y acompañadas de la posición medieval de que el supremo y originario poder político proviene de Dios, y que por delegación se personificaba en la autoridad real, imperial o papal. En la política, han existido de siempre creencias míticas que trascendían de la fundamentación totémica del hombre frente a los objetos de que estaba rodeado. Tal superstición parece como si fuese característica innata en lo humano, pues el hombre de hoy sigue sintiendo sobreencogimiento frente a lo ignorado, o aún no revelado. La facultad más valiosa, la del inquirir filosófico, proviene de este estremecimiento ante lo desconocido. El averiguar las cosas, trascendentes o nimias nos tranquiliza. El desconocimiento inquieta al hombre y le obliga a averiguar verdades o descubrir certezas como una búsqueda primordial de un estar en paz consigo mismo. Limitación y grandeza humana. Aquéllas por lo que tiene exploración, es decir, de no hallazgo. Ésta, por quehacer dado. Por motor de lo que el hombre es como perfeccionamiento u obra de arte. La obra de arte más bella del hombre es el hombre mismo. Somos nosotros mismos, por conver-

gencia y resultante de nuestro propio escudriñar con aquéllos que nos precedieron. Hay en lo anímico social una historia o trayectoria ininterrumpida. Así, el hombre social de hoy no ha surgido por un aislado porqué, tiene su antecedente en las creencias, supersticiones, búsquedas y encuentros de nuestros antecesores, en estela continua. Y si lo irracional de la historia es "lo ignorado por la historia" la situación ahistórica del hombre de hoy es ineptitud para su conocimiento.

La personificación deífica de la autoridad del jefe del Estado vinculado en el Pontífice, aunque aportación genuina del cristianismo de la Baja Edad Media, no es exclusiva de la teología cristiana. Si admitimos el concepto Estado como la forma política de los pueblos, hemos de reconocer la existencia de aquél desde los tiempos antiguos. En éstos y con anterioridad al mundo helénico, se concebía el poder estatal como delegado de la divinidad, o como formando parte de la personificación terrena de la misma divinidad. La religión cristiana aquilató aún más tales creencias, pero con nuevos visos de humanización y elevación filosófica. El cristianismo es en análisis no religioso, una filosofía cosmogénica.

Las relaciones políticas medievales pertenecían a la ekklesia o comunidad cristiana. Es decir, pertenecían al mundo civilizado. Lo no cristiano se excluía del coto cerrado de la cristiandad. El derecho de gentes lo fue de las gentes cristianas. El orbe era el mundo cristiano. Fuera de la iglesia quedaba el mundo bárbaro. Con tal persistencia se mantuvo esta creencia que escritores tan disímiles como Santo Tomás (dominico y güelfo) y Dante (laico y gibelino) escriben para la comunidad cristiana. Los no cristianos no eran criaturas de Dios. Eran el turco, el moro, gente exenta de derechos, bárbaros, no sólo por extraños sino por incivilizados. Si el cristianismo era el mundo de la latinidad, y la latinidad era la civilización, la civilización era la cristiandad. Si San Agustín ha sido, al decir de Ortega y Gasset, el primer europeo y hombre moderno, debe ser considerado, además, como el escritor más representativo de la ekklesia política, su "civita Dei" es una entrega al nuevo canon religioso cristiano en dejadez de la influencia neoplatónica de sus mocedades. Esta influencia que acompañará siempre a la primera figura griega de la cristiandad, a Orígenes, postergará a este autor y enaltecerá al primero a pesar de la profundidad filosófica de aquél. El pensamiento agustiniano es más teológico, aún cuando su vida fuera la de un asceta creyente. Pero en uno

y otro no están sólo el individuo aislado el que es objeto de estudio, sino el hombre y su grupo social. Cualquier enfoque que se dé al hombre formando parte de su comunidad es tema que interesa a la investigación de la teoría política.

Los exclusivismos son el mayor obstáculo que encontramos en la búsqueda del acercamiento humano sin fronteras, ni insostenibles sistemas étnicos. Si lo no cristiano en la Edad Media, interminable período de la humanidad, es la exención de la civilizada Era Griega, prehelénica, lo no griego por bárbaro era la incultura. Tal parece como si la discordia, y lo discordante, sean consubstanciales en lo humano. La humanidad ha encontrado, de siempre, motivos o pretextos para la división. Los pueblos que se elevan, se acercan a los inferiores en plan de dominio, para aprovechar la situación de inferioridad en beneficio propio. Y surgen los ismos, los dogmas y las divisiones. El ideal teórico de fraternidad universal más elevado proviene del estoicismo. Pero Zenón, su jefe, no fue griego de origen sino fenicio y su escuela es por universal la menos representativa del pensamiento griego.

Aristóteles es la figura griega más representativa de Grecia; es el cantor de la autarquía y su orgullo de griego se muestra en mil y una ocasión. Por ejemplo, en aquélla, cuando defiende la superioridad del griego sobre los bárbaros, los que deben ser sometidos en esclavitud para que el griego pueda dedicarse a las muy nobles tareas del filosofar. La aportación del mundo cristiano a la fraternidad y acercamiento entre los hombres tuvo una fundamentación teológica. Si el hombre es hijo de Dios, el hombre es hermano del hombre. De aquí la tendencia a evangelizar infieles como previa labor de su incorporación a la fraternidad universal.

Al derrumbarse en el siglo XVI la posición universal del cristianismo se rompen las valoraciones humanas universales, o cuasi universales del mundo de la latinidad. Pero los pueblos, como los individuos no pueden vivir sin creencias elevadas. El hombre, y los pueblos del hombre necesitan de la quimera. Sin ella el ser humano y sus asociaciones, se atrofian y anquilosan. La quimera mueve el propósito. Los grandes hombres como los grandes pueblos son forjadores de quimeras. El detenerse a pensar es el sensato argumento del buen padre de familia y el de los pueblos plácidos. No es conseja buena para las grandes acciones, las que el hombre y su grupo realizan sin forja. ¿Qué nos han dado los siglos siguientes al XVI? Ciencia, tecnicismo,

progreso material y la ausencia absoluta de valoraciones humanas. Es la nuestra una honda crisis moral. El marxismo, la doctrina más universalista de la actualidad, suprime las irracionales fronteras pero divide a los humanos en dos clases antagónicas. Tenemos una Unión de Naciones guiada por unos propósitos frente a los hechos estatales. Y exposiciones internacionales, y hasta congresos. Disponemos de un reglamento de la Unión de Naciones que no evita en la práctica la carencia de unión.

Pero ¿qué sucede cuando cambia la estructura de un Estado? ¿Subsiste el Estado, o muere dando nacimiento a otro? Es decir, cuando cambia la personificación originaria de la soberanía ¿estamos en presencia de un nuevo Estado?, o en otras palabras: ¿la forma del Estado y la forma del Gobierno de dicho Estado son consubstanciales con la existencia del propio Estado? Veamos. El advenimiento de los Estados absolutistas, es decir, con personificación del poder estatal en la figura del Monarca, supuso un gran progreso para los pueblos de entonces. El Estado absoluto fue autocrático en tanto los poderes dispersos de los señores feudales centralizaban y delegaban sus poderes políticos privados en el Príncipe o Monarca. Pero esta delegación estaba supeditada a concesiones, reconocimientos y regalías en favor de la aristocracia como clase social. Luego en aquel entonces la forma política del Estado naciente era consecuencia de un desnivel social y de la necesidad de la defensa de este desnivel social. De tal suerte, el pueblo se agrupa en la incipiente monarquía absoluta, y pone en esta forma de gobierno sus anhelos frente a los desmanes del resto de las fuerzas políticas, que el cambio se impone como un Estado nuevo. Sin esta transformación el Estado moderno basado en la soberanía popular no hubiera sido posible. En el Estado absolutista la soberanía del monarca es la personificación obligada de la soberanía popular. Es decir, su representante político, pues el Estado tenía un poder: el del Monarca y una personificación: la del Monarca. Éste tenía una soberanía. ¿De dónde le provenía al príncipe su soberanía en tanto facultada? No se trataba de la autoritas ni de las majestas, sino de la capacidad para actuar. ¿Es que Luis XIV actuaba en nombre propio? Hubo algo que puede ayudarnos a buscar la clave: sus decisiones estaban dirigidas a los estamentos. Pero a su vez, provenían de éstos. Las resoluciones del Monarca absoluto se transformaban en razones

de integración estatal en tanto beneficiaban a los sectores estamentales o preclásistas.

Es aquél, el mismo problema del Estado moderno, pero más agudizado entonces debido a que los perfiles estamentales eran de trazo más marcado que los de hoy. La maquinaria y la división del trabajo han contribuido a matar el espíritu de clase social. En su consecuencia los gobernantes de hoy se mueven por intereses más políticos, es decir estatales, del grupo social en general. La monarquía absoluta precursora en su forma de gobierno del Estado democrático actual, a pesar de que originariamente surgió por la necesidad de una aglutinación política preestatal, no pudo realizar su cometido porque fue desde sus comienzos una forma de clase social, la labor global, intrínsecamente estatal, la realizaría siglos más tarde el Estado posterior a la Revolución Francesa.

La crudeza de las diferencias de clases se han ido suavizando en nuestros Estados modernos. Esta labor la ha ido realizando el derecho. Las relaciones sociales están codificadas. Separados los poderes del Estado, el gobierno no tiene qué decidir ante el caso concreto; son aplicadas las leyes peculiares de la rama. Así, las relaciones obrero-patronales están regidas por el Código Laboral y por los reglamentos.

¿Qué es lo que caracteriza y diferencia las formas de Estado de las formas de Gobierno? El tema surge con el propio advenimiento del Estado moderno. Desde que Bodino nos diera la diferenciación del concepto, el tema sigue siendo válido. Si se observa desde su posición histórica la fisonomía actual de los Estados, se verá cómo las propias peculiaridades de las instituciones políticas se mantienen en el fondo de toda innovación. Tal parece como si las esencias políticas más que universales lo fuesen particulares de los pueblos en sus formas políticas. Así, es sabido que el régimen político más consubstancial con la idiosincrasia europea, o del europeo, ha sido la monarquía absoluta. Le acompaña el centralismo como institución de gobierno. Pues bien, si se estudian los Estados actuales de Europa, se ve que carecen de confederación, federación y uniones estatales, con la sola excepción que afecta a las metrópolis. La provincia continúa siendo la demarcación administrativa. El mantenimiento de la tradición provincial europea es un acierto. Es un nexo positivo de unificación nacional. El derecho positivo es uniforme para el ámbito estatal. Los fueros, usos y privilegios jurídicos son excepciones mantenidas por apego a la

tradición, más que por eficacia práctica. Si la conexión de la política se refleja en la uniformidad de las manifestaciones sociales, hemos de afirmar que las formas políticas europeas mantienen la cohesión, a través de la uniformidad.

¿Hasta qué punto son eficaces el descentralismo y las autonomías locales erróneamente denominadas Estados, dentro del Estado? La descentralización política dentro del Estado es característica predominante en el continente americano. Se dice que es una exigencia impuesta por las distancias geográficas, por las grandes extensiones, o extensión mayor, que caracteriza a los Estados Americanos. Ello podría ser cierto para los tiempos idos. En la actualidad con las grandes facilidades de comunicación la distancia se ha acortado.

Al surgir México como Estado independiente cayó en la órbita de descentralización de las autonomías locales. Fue una innovación que rompió con la tradición de la época colonial. Pero, ¿hasta qué punto el mexicano de Chihuahua necesita de un derecho procesal diferente al del mexicano de Nuevo León o de Sonora? ¿Hasta qué grado las diferencias procesales o de derecho sustantivo civil entre los estados del Estado mexicano aconsejan la pluralidad de derechos autónomos? Precisamente el momento actual es propicio a un nexo positivo de unificación nacional y a la internacionalización de lo nacional. Con ello se van paliando las diferencias que dividen y van surgiendo las coincidencias que acercan a los pueblos. Y si ello es cierto para pueblos diferentes, con más razón deberá serlo para las gentes que tienen una misma raíz étnica.

El razonamiento es extensivo para lo político. Cabe detenerse a meditar hasta qué punto las autonomías locales en el terreno político benefician al país. La fórmula de la erróneamente denominada división de poderes, es decir, de funciones —pues el poder del Estado como facultad suprema del mismo es indivisible— posibilita la resolución del incremento de necesidades dentro del Estado. Las autonomías locales son subdivisiones dentro de la división. Dificulta la intervención expeditiva del Estado en los grandes asuntos de la demarcación y complica el engranaje de los chicos.

El régimen presidencialista es asimismo, característico de América como el parlamentario lo es de Europa. Entre las enormes ventajas del régimen parlamentarista destaca la de una participación más directa del pueblo en la fiscalización del gobierno. Hay con ello una inquietud más viva ante las tareas

del momento. Las minorías parlamentarias al quedar compuestas o constituidas según los intereses económicos predominantes, efectúan una ligazón más estrecha entre los factores económicos con los políticos. Así la legislación laboral no es obra del Ejecutivo sino del poder legislativo. Los sindicatos tienen por consiguiente una participación más activa y más independiente. Las relaciones obrero-patronales no están anquilosadas por el formulismo de la letra muerta de la legislación, sino que se remoja según las necesidades propias de los asuntos políticos económicos. De aquí que dentro de nuestros Estados modernos de Derecho, sea en el régimen parlamentario donde esté más accentuado el carácter clasista del Estado moderno.

En efecto, si bien las minorías parlamentarias no se estructuran por clases sociales, sin embargo, en la actividad electoral interviene esta característica clásica. El elector no es el ciudadano a secas, sino el ciudadano que tiene un determinado modo de vivir "que es carpintero, hojalatero, banquero, rentista, intelectual o profesionista", y esta característica originaria repercute en la composición de las Cámaras. Porque el herrero, el intelectual o el banquero, tienden a reforzar a los partidos políticos y a prestarles su apoyo, según como estos partidos defiendan sus propios intereses. En el régimen presidencialista el carácter clasista está más diluido. Quizá sea ésta una de las pocas ventajas que nos ofrezca este régimen. Pero tiene un grave inconveniente: no propicia, ni el interés, ni la participación activa del pueblo en las tareas del gobierno y en las funciones del Estado.

La intercesión de los factores económicos en la vida de los pueblos, suaviza o diluye las peculiaridades políticas del Estado. La participación del individuo en las tareas económicas de la sociedad crea fisonomía cívica tanto o más que la educación y la formación o falta de formación cultural.

En lo internacional, los problemas económicos recogidos por el derecho y transformados en leyes de los Estados, crea una corriente distinta: la de la unificación en la manera de resolver los conflictos entre el capital y el trabajo. Esta característica no es privativa de la jurisdicción laboral. Lo es en la internacionalización del derecho. Si bien los Estados llevan los problemas de las ramas jurídicas a los organismos internacionales, éstos los elaboran en plan unificador, y con este carácter unitario vuelven las soluciones a los Estados. Esta doble corriente de planteamiento disímil del derecho, y su solución

única, va creando una base de unificación social. Porque el derecho práctico o positivo tiene una recepción y una aplicación social. Y ello da fisonomía unificadora a los pueblos y a sus gentes cuyas participaciones profesionales (en la vida económica) contribuyen a mantener el aspecto de exclusión clasista de las capas sociales.

La internacionalización no sólo del derecho sino de cualquier aspecto de la vida individual, profesional, económica o política, es decir, la internacionalización de la vida que tanto es como decir del derecho (si en nuestros tiempos actuales, cualquier acto individual es social por cuanto trasciende a la sociedad, estos actos humanos, por insignificantes que parezcan son sociales; lo son hasta los pensamientos subterráneos de la acción, aquéllos que la concepción clásica acostumbraba a calificarlos como éticos, cuando la ética o es social, o no es nada). La internacionalización de la vida humana, decíamos, es la característica más positiva de nuestra aportación histórica en nuestro acercamiento entre los pueblos. El hombre de hoy día en su trágica carencia de basamento axiológico universal (hueco que nos dejó la ruptura con la civilización cristiana) va abriéndose paso hacia una auténtica comprensión y fraternidad universales rompiendo con los particularismos y exclusivismos propios o peculiares de cada pueblo, y a través de la confusa maraña de guerras que si alguna disculpa han de tener en su responsabilidad ante la historia ha de ser una sola: la de que defendieron las libertades humanas y la dignidad de la persona, amenazadas por regímenes esporádicos contra los derechos del hombre.

El hombre, que nació político, que es tanto como decir que su más peculiar tendencia es la sociabilidad o lo social, necesita vivir en un clímax de concordia. La discordia entre los individuos y entre las profesiones, clases sociales, sociedad, pueblos y razas, hace al hombre ético, desgraciado. Lo hace también la diferenciación innecesaria o sea el exceso de individualismo mal aplicado y peor entendido. Admitida la base social, de la naturaleza humana, es preferible la unificación o coincidencia en lo bueno (lo auténtico por reflexión) que lo disperso o individualidad imperfecta. La historia de la persona humana es la búsqueda de su autenticidad. De su ser, o de lo que es. La trascendencia en lo social de esta búsqueda es la lucha por hallar el ser de lo social. O lo que deben ser las instituciones político-sociales en relación con el ser humano. La libertad no es

sino el encuentro con el auténtico ser de las cosas. Lo humano tiene su ser (autenticidad y libertad) universal. Las peculiaridades o particularidades que imprimen en el individuo su nacimiento en un pueblo o raza dados, y su desenvolvimiento en el medio material que a este pueblo o raza por tradición y asentamiento le corresponde, son caracteres "añadidos", como pegados al sujeto; son fisonomías fáciles de ver a primera vista. Con ellas y contra ellas, camina el hombre en su paso por la vida. Pero, así como en la antigüedad las instituciones político-sociales desconocían el término progreso, porque ello significaba cambio de la tradición, así el hombre de hoy comienza a conocer el valor del acercamiento de lo humano, por humano. Las grandes cualidades de la persona existen en la persona misma al margen de los caracteres añadidos, a pesar de las diversidades de idiomas, y de los matices de lo religioso. La sola facultad humana no social, sino íntima que nos ha sido dada a los humanos, es la comunicación religiosa. Y no es social porque se trata de un nexo natural o con lo sobre natural. También esta comunicación norma nuestra conducta pero por una trascendencia de nuestro ser o desdoblamiento de nuestra personalidad sobre nuestra vida material. El sentido de lo religioso único factor íntimo de la persona humana que trasciende en los actos de su vida es imperceptible, por don umbilical que nos une al origen. Toda posición religiosa que traspase este sentido sentimiento o hábito y que se nos dé embotellado o etiquetado en cánones sociales, es una irreverencia, además de una estupidez. La vida del espíritu que no se aprende, el hombre la intuye y forma, pero no la conforma.

El hombre libre alcanza su ser auténtico de la contemplación interior. Ya no es un indagar, ni conocer, sino intercomunicación. Es el "eidos" o la más pura esencia de lo humano fuera de su ámbito. Y entonces, sí, ya el hombre está solo. Ya el basamento de lo social no existe, pues el hombre regresa a su origen.

Pero mientras pisa el terreno firme de lo humano el hombre tiene también "eidos" individuales y sociales. En tanto tenga logros que hallar, tendrá problemas que resolver y aciertos que descubrir. Las incógnitas por despejar proclaman los desiertos de nuestro desenvolvimiento personal y político. El hombre indaga tan sólo cuando no halla. Es lo desconocido o lo mal hallado por desconcertado el móvil incesante del quehacer humano. Posiblemente en cualquiera de las ramas del conocimien-

to humano alguien haya topado con la solución adecuada. Pero los hallazgos han de ser transmitidos pues de muy poco sirve que su descubridor lo sepa si el agregado social no lo acepta. Luego, hasta en el inquirir, el monólogo es diálogo. El investigador, el estudioso, el científico, el político, no habla para sí. Hablará consigo mismo y con el problema y "ofrecerá" su solución, pues el hombre es intercomunicación y lo social es el ser del hombre.

De aquí que los problemas políticos sean los problemas del hombre. Por serlo las formas políticas tiene el "eidos" de las esencias. Descubrir las no es tarea fácil como no lo es hallar los principios que mueve la ciencia. Pues existen los problemas políticos del hombre de hoy día frente al grupo social de que forma parte; se semejan, más y más se universalizan y como el hombre se enfrenta con problemas no particulares sino universales está frente a esencias, y a "eidos".

Lo más positivo de nuestra época estriba en que de entre el fárrago del mercantilismo, del materialismo y demás ismos del ego, destaca el afán del hombre común y corriente, por encontrar posiciones universales humanas.

RECURSOS E INDUSTRIAS DEL MUNDO

Por *Edmundo FLORES*

EN 1933 apareció en los Estados Unidos la primera edición de esta obra. Su éxito y difusión entre los pueblos de habla inglesa fueron inmediatos, pese a la forma poco convencional en que el autor sostiene que el concepto de los recursos, su utilidad y su propia existencia dependen, en cada caso, de aspectos geográficos, económicos, históricos, sociológicos, técnicos y políticos. La Segunda Guerra Mundial aplazó la edición corregida y aumentada que, finalmente, vio la luz en 1951. La presente traducción del Fondo de Cultura Económica fue hecha sobre esta última.

Erich W. Zimmermann es doctor en Economía por la Universidad de Bonn y en Leyes por la de Washington y Lee. Durante veinte años fue profesor de la primera materia en la Universidad de Carolina del Norte y desde 1942 es catedrático de la Universidad de Texas, en la que ostenta el rango poco común de Profesor Distinguido de Recursos y Profesor Distinguido de Economía. Ha actuado como consejero del Departamento de Minas y del Departamento de Estado de los Estados Unidos y como Director de Buró Nacional de Investigación Económica. En la actualidad es, además, asesor técnico de importantes empresas petroleras norteamericanas.

El título de la obra, *Recursos e industrias del mundo*, declara certeramente su tema y ámbito. El lector puede extraer de ella numerosos datos sobre la industria del hierro y del acero, sobre la naturaleza y localización del petróleo, sobre la industria química, los problemas del hule o de las fibras duras, la importancia del algodón, de la arboricultura, de la industria del triplay o del azúcar de madera en el mundo. El estudio de estas industrias está enmarcado en atención a sus características de competencia y complementaridad. La presentación abundante de tales datos, ordenada de acuerdo con una novedosa tesis sobre la dinámica de la integración industrial bastaría para con-

vertir esta especie de *enciclopedia de recursos e industrias* en un texto de consulta indispensable. Sin embargo, esa riqueza informativa resulta de importancia secundaria si se compara con la tesis central, expuesta en detalle en las primeras 142 páginas, que el autor llama "La teoría funcional u operativa de los recursos".

La teoría funcional de los recursos, de Zimmermann, servirá en América Latina para resolver la paradoja que nos legó Humboldt: países fabulosamente ricos como México, Bolivia y Perú, dotados con espléndidos recursos naturales, y en los que curiosamente, la mayor parte de la población sirvió de conejillo de Indias a Josué de Castro para su estudio de la Geografía del Hambre. La solución de esta paradoja pone en manos de nuestros países un arma formidable para iniciar su progreso económico, para acelerarlo y para fincarlo sobre bases sólidas.

Generalmente, el pueblo atribuye la riqueza de las naciones, el poderío industrial o el goce de un alto nivel de vida a causas de origen metafísico que, como el pan nuestro de cada día, provienen de la voluntad de entes sobrenaturales. Este patrimonio es aprovechado por un Ford, Rockefeller o Krupp dueño de "know how", iniciativa, ingenio, y "agresividad", o por un caudillo versado en la economía y en la genética. Para los pueblos semicoloniales no hay salida. Carentes de recursos dados y de demiurgos eficientes son incapaces de repetir la hazaña y deben contentarse con producir bananos! La teoría económica formal no ofrece una explicación mejor. Para ésta los recursos también son dados, constantes o —como dicen algunos economistas pedantes— parámetros.

De acuerdo con Zimmermann, existe la tendencia, fácil de comprender pero desafortunada, de identificar los recursos con substancias o con cosas tangibles. Naturalmente, las substancias pueden actuar como recursos y desempeñar un papel muy importante como tales. No basta sino pensar en el carbón, el hierro, el petróleo, el cobre, etc., para comprobarlo. Éstos son recursos obvios, fácilmente reconocibles, y considerados importantes, mientras que aspectos menos patentes, invisibles e intangibles, como la salud, la armonía social, las políticas acertadas, el conocimiento, la libertad, son ignorados, aunque acaso estos últimos sean más importantes que todo el carbón, el hierro, el oro y la plata del mundo. En realidad, los recursos surgen de la interacción dinámica de todos estos factores.

En forma similar, la preocupación sobre los llamados re-

recursos naturales, a costa de los recursos humanos y culturales, impide la comprensión clara y plena de la verdadera naturaleza de los recursos; igualmente desafortunada es la tendencia a considerar los recursos en términos de un solo bien, por ejemplo, el carbón, en vez de en términos del complejo total de substancias, fuerzas, condiciones, relaciones, instituciones, política, etc., que pueden contribuir a explicar la forma en que el carbón funciona como un recurso en una época y en un lugar específicos.

Esta preocupación por fenómenos aislados y tangibles de la naturaleza crea la falsa impresión de los recursos como algo estático, fijo, mientras que en realidad los recursos son tan dinámicos como la civilización misma.

Finalmente, es necesario destacar otro error común: la renuencia a concebir que así como hay sombra donde hay luz hay resistencias donde hay recursos. Estos dos conceptos deben ser inseparables en todo pensamiento sobre recursos; igual que la oferta y la demanda, las ganancias y las pérdidas, el activo y el pasivo, puesto que se encuentran eslabonadas por los fuertes lazos de la lógica. En rigor, los términos *recursos* y *resistencias* son los polos de una antinomia, y la mención de uno lleva implícita la referencia al otro.

La palabra recurso *no se refiere a una materia o substancia sino a una función que la materia o la substancia pueden desempeñar o a una operación en la que pueden participar*; o sea la función u operación de lograr un fin dado, tal como la satisfacción de un deseo. En otros términos, el concepto "recursos", es una abstracción que refleja una valuación humana y la relación con una función u operación. Por lo tanto, es afín a vocablos tales como propiedad o capital, pero tiene una acepción mucho más amplia.

Los recursos son dinámicos no sólo en respuesta al aumento del conocimiento, a la mejora de las artes y al progreso de la ciencia, sino también en respuesta a la evolución de los deseos individuales y de los objetivos sociales. Los recursos han sido definidos como los medios de lograr finalidades dadas, o sea, deseos individuales y objetivos sociales. Los medios adquieren su significado de los fines a los que sirven. A medida que cambian los fines, los medios se transforman. En consecuencia, los recursos reflejan todos los cambios en el propósito de quien los evalúa. . . El concepto recurso presupone por sí mismo una valoración económica del medio ambiente por

un agente humano individual o colectivo. Un recurso, por lo tanto, es un concepto relativo, que cambia con el esquema general de fines y medios, esto es, según el agente humano que valúa los recursos y de acuerdo con sus finalidades y los medios de que dispone para lograrlas.

El carbón puede ser un recurso o puede no serlo. El hombre contemporáneo no se detiene a considerar que el avance de la ciencia y el alto nivel tecnológico a nuestra disposición son fenómenos recientes, y engloba irreflexivamente en el término "carbón" un complejo de factores y de circunstancias, de medios y fines, cuya oportuna concatenación e interacción, en un tiempo y espacio dados, hacen que la materia neutra "carbón" pueda desempeñar la función de combustible.

Lo mismo ocurre con el petróleo, que es hoy día un recurso clave para lograr un alto grado de desarrollo y poderío industrial, y que hace un siglo no desempeñaba función alguna; tenía quizás ciertos usos mágicos, y representaba nada menos que una catástrofe si afloraba en las tierras de comunidades agrícolas, que utilizaban exclusivamente fuentes de energía biótica, tales como la tracción animal, la fuerza del hombre y la energía almacenada en las plantas y en la materia orgánica. Para estas sociedades, igual que para toda la humanidad hasta principios del siglo XX, el petróleo era un producto neutro o acaso perjudicial.

Para que adquiriera su importancia actual fue necesario el avance tecnológico en muchos campos; los sucesos que lo hicieron posible pueden enumerarse así:

- a) El progreso en la metalurgia que permitió la manufactura de motores de explosión.
- b) La invención del motor de combustión interna.
- c) El descubrimiento de yacimientos extensos, accesibles y fáciles de explotar con las técnicas prevalecientes ya avanzada la segunda mitad del siglo XIX.
- d) La posibilidad de construir en grandes cantidades y a bajos precios automóviles y otros vehículos de autopulsión mediante el proceso de "línea de ensamble", introducido en la industria automovilística norteamericana por Henry Ford.
- e) El adelanto de la industria química en la refinación del petróleo y en la producción de compuestos sintéticos.

Estos avances tecnológicos, aunados a otros sucesos en los campos más diversos, se combinaron y permitieron producir en forma más eficiente y económica. La demanda de petróleo creció y su uso generalizado determinó aumentos espectaculares en la ocupación y en el nivel de vida medio de los países industriales.

La conquista del petróleo situado en países no industrializados, o su control por parte de las grandes potencias o de los cárteles petroleros internacionales, se convirtió desde principios de siglo en uno de los motivos más pujantes del imperialismo.

El petróleo, valuado desde el punto de vista de las potencias industriales, resulta un recurso cuya posesión es imperativa para su prosperidad y seguridad; para los cárteles internacionales, cuyos intereses rebasan el ámbito de la lealtad al estado nacional, es aún de mayor importancia —es la razón última de su existencia. Los pueblos que carecen de él ven seriamente limitadas sus posibilidades de desarrollo. Para los países no industrializados ha sido, con frecuencia, el accidente que precipitó su desintegración como estados independientes, que interrumpió su evolución e hizo que se convirtieran en colonias.

Actualmente los recursos sufren un rápido proceso de obsolescencia. A fines del siglo XVIII el carbón era el cimiento del poderío imperial británico. El advenimiento del petróleo y de la energía hidroeléctrica disminuyeron su importancia y lo relegaron a un segundo orden. El descubrimiento de la energía atómica y la posibilidad de utilizar el uranio y otros minerales radiactivos como fuentes productoras de energía han provocado a su vez síntomas graves de obsolescencia al hacer surgir, cada vez más definitivamente, posibilidades de substitución en apariencia de gran eficacia.

Vale la pena destacar la importancia de la obsolescencia en relación con los recursos. *La obsolescencia es la disminución pasiva de la facultad que tiene un bien para satisfacer ciertas funciones en virtud de la aparición, surgimiento o invención de otro bien que puede desempeñar las mismas funciones más eficazmente.* En una sociedad estática la obsolescencia no existe. En el hombre el transcurso del tiempo lleva a la vejez y a la muerte; en las herramientas al uso y desgaste, pero no a la obsolescencia. La obsolescencia aparece con el desarrollo tecnológico o con el cambio social, y su intensidad está en relación

directa con el ritmo de progreso técnico o de cambio institucional.

A partir de la Revolución Industrial, la obsolescencia, que al cabo no es sino la contrapartida de las innovaciones, se ha intensificado a un ritmo cada vez mayor. Todos los procesos productivos han pasado cada vez más rápidamente por un ciclo que comprende su invención, difusión y sustitución por otro proceso más eficaz, de acuerdo con las condiciones de accesibilidad o disponibilidad de materia prima, de la oferta, de la evolución de la demanda, de los cambios en los gustos y en las necesidades y finalidades de la sociedad.

La aceptación de la "teoría funcional de los recursos" obliga a reconsiderar la validez de ciertos conceptos que forman parte de la teoría económica contemporánea. Con esta finalidad, conviene proceder de lo general a lo particular. La economía es la ciencia que estudia la asignación de medios escasos (recursos) entre fines diversos y competitivos con el propósito de elevar al máximo la obtención de los fines. Esta definición toma los medios escasos como elementos dados, fijos y de magnitud inalterable, o sea, que da lugar a una contradicción entre el concepto estático de los recursos, implícito en la definición de economía, y la teoría funcional, que trata los recursos como elementos variables de una interrelación muy significativa socialmente, en la que el hombre y los numerosos factores que determinan la organización social constituyen otras variables.

Tanto la "microeconomía" como la "macroeconomía", en sus respectivas formulaciones, toman los recursos como constantes o parámetros. Ambas buscan la obtención de *un volumen económico total máximo partiendo de recursos dados*. La "microeconomía" se ocupa primordialmente de la eficiencia de la asignación, mientras la "macroeconomía" de la efectividad operativa de una economía con un estado dado de conocimientos tecnológicos, con recursos dados y con una distribución dada de la propiedad o control de los recursos. Estos enfoques son valiosos sin duda, pero sólo son utilizables si se trata de obtener ventajas máximas de una economía a niveles dados de desarrollo, mientras que la teoría del desarrollo debe tratar la existencia de los recursos como una variable, y, específicamente, como una variable independiente. La teoría funcional tiene un enfoque dinámico, *un recurso no es, se hace, en el tiempo y mediante el uso*; en contraste, la concepción tradicional es estática;

el análisis del comportamiento de un factor en el tiempo sólo es posible si el resto de los factores se mantienen constantes.

En el análisis a corto plazo, la contradicción se resuelve; en él pueden considerarse los recursos como "objetos", pero sólo a condición de que se trate de un período lo bastante corto para que se cumplan las siguientes condiciones: a) que el conocimiento humano no altere apreciablemente el poder que tiene para hacer que el medio ambiente se pliegue a sus fines; b) que la organización institucional prevaleciente no altere la valuación, los gustos, etc., que afectan el uso de los recursos; c) que la propia organización institucional no experimente cambios importantes que modifiquen las relaciones de propiedad, la distribución del ingreso entre diversas clases sociales, y la estructura política.

Cualquier modificación, en los factores citados o en cualesquiera de las numerosas variables cuya interacción determina la magnitud de los recursos, afectará la suma total de éstos. Si durante el lapso de análisis ocurre un cambio en cualquier variable, los resultados no registrarán la magnitud e importancia del cambio, siendo posible que no se logre la obtención máxima de los resultados apetecidos. En el momento en que ocurre un cambio, el análisis a corto plazo resulta inadecuado y debe ser sustituido por el análisis funcional, a largo plazo, que permite valuar los recursos en diversas etapas y toma en cuenta la magnitud de las resistencias a vencer.

Para plantear y resolver el problema del desarrollo económico, precisa disponer de una teoría dinámica que permita anticipar y medir las variaciones de la magnitud de los recursos como resultado de diferentes políticas. Si se estudia un caso en que el aumento del total de recursos, con el significado del término ya expuesto, es una de las finalidades proyectadas y resulta imposible analizar tal política valiéndose de una teoría que no trata la existencia de los recursos como *una variable independiente*, no sólo será imposible obtener la solución correcta, sino que se llegará a una conclusión errónea. La política A puede dar por resultado una reorganización más productiva de los recursos *existentes* que la política B; pero el aumento de la existencia de los recursos básicos (a largo plazo) puede ser en tal grado mayor bajo B que bajo A, que sobrepasaría en valor la mayor eficacia en la asignación de la política A.

II

EN la página 26 hay una curiosa mención a la política petrolera de tres países latinoamericanos que es difícil pasar sin comentario. Zimmermann afirma con cierta ligereza:

Al comenzar el presente siglo, México fue la primera de estas naciones en que se desarrolló una gran industria petrolera moderna. En 1921, las exportaciones mexicanas alcanzaron más de la quinta parte de la producción mundial de petróleo crudo. Pero algunos años antes de declararse la Segunda Guerra Mundial, la producción mexicana disminuyó porque las grandes compañías petroleras, cuyas propiedades mexicanas habían sido expropiadas por el Gobierno revolucionario de México, fueron a instalarse a Venezuela. En menos de veinte años la producción petrolera de Venezuela superó la cifra máxima alcanzada por México. En Bolivia la situación es diferente. Después de varios años de trabajo y de realizar una inversión de millones de dólares, la Standard Oil puso a Bolivia en capacidad de figurar entre los principales productores de petróleo crudo en el mundo. Pero las nuevas leyes dictadas por el Gobierno boliviano hicieron que la referida compañía prefiriese sacrificar el capital invertido antes de sujetarse a aquellas normas.

Este breve resumen de la industria petrolera en estos tres países latinoamericanos demuestra los siguientes hechos:

(1) La explotación de los yacimientos petroleros, particularmente en los trópicos, requiere grandes capitales.

(2) Los mercados de petróleo crudo y de los productos derivados se encuentran fuera de Latinoamérica.

(3) Las naciones industrialmente desarrolladas son en general las que tienen el conocimiento técnico y científico necesario para su explotación y utilización.

(4) De acuerdo con estas circunstancias, muchos de los yacimientos latinoamericanos sólo pueden desarrollarse en gran escala y de manera eficiente por el capital extranjero.

(5) Por consiguiente, las compañías extranjeras que arriesgan en esas empresas su capital, precisan una seguridad razonable de que sus inversiones estén a salvo de contingencias políticas imprevistas e irresponsables.

(6) Por lo tanto, *las leyes, las actitudes políticas y los programas gubernamentales*, junto con los factores geológicos y geográficos, son los factores estratégicos que determinan cuáles cam-

pos petroleros serán convertidos por el capital extranjero de "elementos indiferentes", en el recurso más codiciado de los tiempos modernos.

No cabe duda que desde el punto de vista de las compañías petroleras las conclusiones del Dr. Zimmermann son plausibles. Al fin y al cabo, reflejan una valoración común en los pueblos que tienen intereses coloniales y necesitan petróleo. Pero si se toma como finalidad el desarrollo de los países no industriales, con base en la misma teoría, se llega a las conclusiones siguientes:

(1) Los Mercados de petróleo crudo y de productos derivados se encuentran fuera de los países subdesarrollados en tanto éstos no expropián a las compañías extranjeras. Como lo prueba la experiencia de México, la expropiación permite utilizar el petróleo para el consumo interno, aumenta las fuentes de energía para la industrialización y da las bases para incrementar la tasa interna de formación de capital.

(2) Aunque las naciones industrialmente desarrolladas son en general las que tienen el conocimiento técnico y científico necesario para la explotación y utilización del petróleo, los técnicos de los otros países pueden asimilar tal conocimiento mucho más rápidamente de lo que supone Zimmermann. La tecnología no es monopolio de ningún pueblo.

(3) El concepto tradicional de *capital* debe ser reformulado. La creencia de que el monopolio del capital corresponde a las grandes potencias es válida únicamente en el análisis estático, que la teoría funcional echa por tierra.

(4) Como lo demuestra Venezuela, cuando el capital extranjero explota *el recurso más codiciado de los tiempos modernos* no se detiene ante nada, derriba gobiernos democráticos, impone dictaduras como la de Pérez Jiménez y frena el auténtico progreso económico interno.

(5) Las compañías extranjeras que arriesgan en esas empresas su capital, precisan una seguridad razonable de que sus inversiones estén a salvo de contingencias políticas imprevistas e irresponsables. Como es difícil lograr tal seguridad *razonable*, resulta más expedito atentar contra la autodeterminación e independencia de los países débiles.

(6) La preservación de los derechos de propiedad y acceso a los recursos del subsuelo es de importancia estratégica para el desarrollo económico, social y cultural de un país, para

el mantenimiento de la democracia y autodeterminación y para impedir que el capital extranjero lo hunda en la dictadura y lo mantenga en el estancamiento colonial.

El desacuerdo señalado en nada rebaja el mérito de *Recursos e industrias del mundo*. Por el contrario, destaca un hecho básico sobre la naturaleza de los recursos: la valoración de un cartel internacional o de una potencia imperial sólo es válida para éstos, puesto que la perspectiva y las finalidades —la relación fines-medios— es dada en cada caso por el agente valuador. Cuando se trata de un agente distinto, con otra finalidad y otros medios, es obvio que la valuación diferirá. En consecuencia, para elaborar una política de crecimiento, la movilización y aprovechamiento plenos de los recursos es esencial y requiere la noción clara y precisa de su función, de las relaciones de competencia y complementaridad entre las industrias y de la dinámica de la integración industrial.

Presencia del Pasado

HUITZILOPOCHTLI VIVO

Por Ignacio BERNAL

NECESITA a veces el arqueólogo dejar las tipologías y las frías descripciones para tratar de encontrar algo del calor de la historia, reflejo del de la vida, y decir no sólo qué cosas hubo, sino imaginarse cómo llegaron a ser. En otras palabras, estudiar el eterno problema del porqué. La arqueología o la historia nos dicen que existió una cosa o tuvo lugar un acontecimiento, realizado por tales personas. Pero ¡qué rara vez sabemos por qué sucedió en esa época y cuáles fueron las razones o los móviles que impulsaron a las gentes que lo realizaron!

En este orden de ideas me parece que uno de los estudios más fascinantes es el de tratar de entrever por qué un pueblo determinado —y no otro— obtiene el predominio sobre sus vecinos y se convierte durante algunos siglos en el guía —o el opresor— que determina la ruta de una civilización. Sus modos de ser, su política, su arte, su religión, su filosofía son impuestas a los conquistados que hormiguan a sus pies o imitadas por otros, admiradores del éxito obtenido.

Pretendo en las informes notas que siguen estudiar un caso concreto de este vasto problema teórico, tratar de arrancar a la penumbra de la historia la explicación del triunfo sensacional obtenido por un pueblo: el azteca. ¿Por qué fue esa pobre tribu la que tuvo la gloria de dirigir a Mesoamérica durante un siglo? ¿Por qué no otra? ¿Qué puede explicar su carrera triunfal? Para conocer el porqué de la historia —jamás presente en las crónicas y menos aún en los restos arqueológicos— necesitamos forzosamente elaborar teorías. Comprendo que lo que sigue es justamente una teoría cuya validez es dudosa y que hará aflorar una sonrisa en los labios de mis colegas; pero podría explicar, cuando menos parcialmente, ese interesante enigma.

Hace mucho tiempo que me he preguntado: ¿Cuáles son los motivos de este éxito? El racista nos contestará que busquemos el factor racial; para el marxista la clave del problema se encuentra en una mejor economía; hablará el geógrafo de un *habitat* privilegiado; mientras el teólogo se referirá a la voluntad divina. ¿Cómo resolverse entre tantos determinismos—y muchos más que se pueden mencionar—sin caer en una posición dogmática?

Para comenzar es necesario acordarse que el pueblo mexicana (nombre más correcto que azteca) pertenecía a la misma raza que todos sus vecinos, lo que elimina el factor racial, y, una vez en el Valle de México, se movía en el mismo *habitat*, lo que elimina el determinismo geográfico. Necesitamos entonces buscar la diferencia en un factor cultural. El idioma era el mismo que el de muchos otros, la base económica socio-política y religiosa la misma vieja base mesoamericana elaborada desde siglos antes y transmitida de arcaicos tardíos a teotihuacanos y a toltecas. Estamos convencidos que la historia política del Valle de México (cuando menos) está formada por una sucesión de imperios que dominan el escenario durante un tiempo para caer y ser remplazado por otros. El "Imperio Azteca" no es sino el último cronológicamente y el único de quien tenemos datos para poder estudiarlo más a fondo. Entonces, para tratar de buscar las causas que hicieron que los mexicana se sobrepusieran a todos los demás, necesitamos echar mano de otros elementos buscando en su historia y en lo que de ellos sabemos *qué es distinto* para ver si alguna de estas diferencias nos explica el misterio. El reto era el mismo para todos; la respuesta mexicana fue diferente.

La teoría que me atrevo a presentar se basa en una diferencia, en un elemento que parece ser particular a la tribu mexicana y que puede por lo tanto explicar en parte el problema. Este factor diferente es la "historia" de su dios y los resultados que produce. Mi interés en Huitzilopochtli no es cuanto dios sino en ese hombre divinizado que se convierte en factor histórico, en móvil fundamental de muchos de los actos de una sociedad humana; resulta el reflejo y la creación de la psicología de un pueblo. Vamos a estudiarlo como héroe cultural; a considerar al dios de los aztecas, como factor social.

Las crónicas indígenas, muy particularmente las de más

fuerte sabor prehispánico, nos dan una serie de datos sobre la historia y lo que podríamos llamar la "política Huitzilopochtli", entendiéndolo por Huitzilopochtli lo que realmente era, o sea el pequeñísimo grupo de sacerdotes-jefes que usaba el nombre del dios para imponer sus ideas.

Pero necesitamos empezar por el principio.

No importa mucho aquí cuál haya sido realmente el sitio donde se formó la tribu. Bástenos recordar que los aztecas se decían originarios de una isla llamada Aztlán, situada en un lago. Cuando vivían allí y se llamaban aztecas, Huitzilopochtli "era sólo un hombre", como dice Sahagún. En otro lado añade: "A este hombre, por su fortaleza y destreza en la guerra le tuvieron en mucho los mexicanos cuando vivía. Después que murió le honraron como a dios y le ofrecían esclavos, sacrificándolos en su presencia".¹

Parece claro que el Huitzilopochtli original debe haber sido algún jefe de la tribu mexicana, allá en los comienzos de su historia, uno de esos hombres que se dan ocasionalmente, con la suficiente personalidad para transformar los destinos del pueblo que lo vio nacer.²

La *Crónica Mexicayotl* no menciona el hecho específicamente pero en cambio Cristóbal del Castillo nos da una versión por demás interesante. Dice que Huitzilopochtli era el sacerdote "guardián, astrólogo, servidor", del dios Tetzauhteotl con quien hablaba y a quien el dios daba órdenes. Tetzauhteotl "les dijo que él era la Luna".³ Según la fuente parece como si se tratara de dos grupos: uno dominante de señores—los aztecas chicomostoques—y otro de siervos o de dominados—los mexicanos tenustitecos. Tetzauhteotl era el dios de los primeros y su siervo Huitzilopochtli "gobernador" de los segundos, así como guardián del dios. "Era hombre valiente" a quien "Tetzauhteotl le hablaba muy reca-

¹ FRAY BERNARDINO DE SAHAGÚN, *Historia General de las Cosas de Nueva España*, México, 1938, I:15.

² No me ocupo aquí de versiones simplemente mitológicas, v. g.: "El Uichilobi, hermano menor y dios de los de México, nació sin carne sino con los huesos y desta manera estuvo 600 años". "Historia de los Mexicanos por sus Pinturas", en *Nueva Colección de Documentos para la Historia de México*, México, 1891, p. 229.

³ CRISTÓBAL DEL CASTILLO, *Fragmentos de la Historia de los Mexicanos*, Florencia, 1908, p. 82.

tadamente, se le aparecía a Huitzilopochtli, hasta que después tomó la semejanza del mágico Tetzauhteotl..."⁴

Podemos imaginarnos lo sucedido. Un grupo —los aztecas— veneradores del dios Tetzauhteotl se ha impuesto sobre otro grupo —los mexica— o bien, versión que prefiero, está dividido en dos clases: una de señores dominantes y otra de macehuales oprimidos. El dios, claro está, es pertenencia de la clase superior. Un hombre, tal vez salido del pueblo, Huitzilopochtli, logra no sólo convertirse en el jefe de estos macehuales sino —por artes mágicas— también en el sacerdote del dios de la tribu. Entonces aplica, en forma extraordinariamente brillante, el viejísimo procedimiento de persuadir a la gente que el dios le habla y que por tanto lo que él dice son los irrefutables mandatos divinos. Lleva un poco más lejos el muy conocido caso de la "revelación personal" o del "sueño inspirado" tan típico de muchas tribus, particularmente en el norte de México y en los Estados Unidos. Esto incidentalmente nos confirma la fluidez orgánica y el poco adelanto de los aztecas de esa época remota en contraste a la sociedad mesoamericana que, con una religión más formalmente constituida, había pasado esa etapa primitiva.

Era típico de Mesoamérica que el sacerdote tomara el nombre del dios y se vistiera como él. En este caso concreto, el rasgo cultural se amplifica hasta que el sacerdote llega a identificarse totalmente con el dios. A la muerte de Huitzilopochtli-hombre (a los 160 años dice Cristóbal del Castillo) éste es divinizado; primero con el doble nombre de Tetzauhteotl-Huitzilopochtli (la *Crónica Mexicayotl* le llama Tetzahuitl-Huitzilopochtli y Sahagún dice que éste era su otro nombre)⁵ y después se convierte ya simplemente en el dios Huitzilopochtli como lo dice claramente el párrafo de Cristóbal del Castillo transcrito más arriba. También en la *Crónica Mexicayotl* se nota lo mismo, aunque no dicho explícitamente, ya que a partir de cierto momento se deja de usar la palabra Tetzahuitl, salvo en la ocasión excepcional del entronizamiento de Acamapichtli. Sin embargo, Tezozomoc (*Crónica Mexicayotl*) le llama Tetzahuitl hasta el fin y el 73º edificio

⁴ *Id.* pág. 83.

⁵ SAHAGÚN, *op. cit.*, I, 261 y también en Canto XIX, V, 178 a 182.

del gran templo de Tenochtitlan "era la casa donde hacían la imagen de otro dios compañero de Huitzilopochtli, que se llamaba Tlacauepan Cuexcotzin".⁶

Tetzahuitl significa "presagio aciago", Huitzilopochtli significa claramente el "colibrí de la izquierda" lo que es igual a "colibrí del Sur". Pero con el tiempo se confunden de tal manera las dos personas que la *Historia de Tlatelolco desde los Tiempos más Remotos* llama, en 1463, a Huitzilopochtli "dios del presagio funesto".⁷

Resulta por tanto que Huitzilopochtli, como otros dioses mesoamericanos, tenía un dios compañero. Menos importante al principio, conforme va pasando el tiempo se cambian los papeles y Tetzahuitl acaba como un dios secundario. A veces se considera a ambos como el mismo dios; en otros casos como divinidades separadas. Es interesante que, tal vez, se haya tratado de dos hombres: Tetzahuitl más antiguo, que muere y es deificado, y Huitzilopochtli, más reciente, que es su sacerdote hasta que también es deificado a su muerte. A éste se debe el origen del "complejo Huitzilopochtli". No sabemos cuándo muere Huitzilopochtli ni cuál haya sido la verdadera duración de su vida. Lo importante es que parece que desde antes se formó el rasgo cultural básico: el dios habla por boca del sacerdote y guía a su tribu no sólo en los aspectos religiosos sino en todo lo demás. "Entonces les cambió de nombre a los aztecas, y les dijo: 'Ahora no os llamaréis ya aztecas, vosotros sois ya mexicanos...' ahora se llaman mexicas, les embizó las orejas, y también allá les dio la flecha, el arco y la redecilla..."⁸ "Era su herencia el rogar y rezar a quien se denominaba Huitzilopochtli, pues que él les hablaba, les aconsejaba, vivía entre ellos, y se hacía amigo de los aztecas".⁹ El viejo pueblo de la Luna se va a transformar en el pueblo del Sol; los aztecas se convierten en mexicas. Estamos en las raíces mismas de su profunda religiosidad.

Difieren las crónicas en el momento y la forma en que se hacen las primeras grandes promesas y se dan las primeras grandes órdenes. Según Cristóbal del Castillo las hace el

⁶ SAHAGÚN, *op. cit.*, I:229.

⁷ En *Anales de Tlatelolco*, México, 1948, párrafo 270.

⁸ FERNANDO ALVARADO TEZOZOMOC, *Crónica Mexicayotl*, México, 1949, p. 23.

⁹ *Id.*, p. 12.

Huitzilopochtli vivo hablando como intérprete de Tetzauhteotl; según la *Crónica Mexicayotl*—y aparentemente la *Tira de la Peregrinación*— las hacen los sacerdotes posteriores, los probables organizadores—como veremos—del complejo Huitzilopochtli.

Sea como sea, tanto la *Crónica Mexicayotl* como la *Tira* están de acuerdo en que "cuando partieron de Culhuacán acá (México) los aztecas, fueron cuatro quienes cargaron el "Tetzahuitl-Huitzilopochtli", quien venía en un cofre; los teomamas eran: una persona llamada... y la cuarta la mujer llamada Chimalma; a éstos es a quienes se llama los teomamas".¹⁰

En el Códice vemos pintado al sacerdote que encabeza, con el bulto de Huitzilopochtli a cuestas, seguido de los otros dos teomamas y de Chimalma al fin. Según una fuente, el primer guía de los mexica se llamaba Tlotepetl. A él se aparece por primera vez Huitzilopochtli a poco de la salida de Aztlán y le dice: "No estés triste, no estés desanimado. Ya lo sé. Yo te guiaré y yo te conduciré".¹¹

Inmediatamente después de su salida ocurre el primer milagro: estando sentados bajo un gran ahuehuete y preparándose a comer oyeron una voz que les decía desde lo alto del árbol: "Venid aquí quienes ahí estáis, no sea que caiga sobre vosotros, ya que mañana se derrumbará".¹² Efectivamente, al día siguiente ese ahuehuete de mil ocho años se desgajó.

A poco se menciona uno de los rasgos culturales más típicos del complejo Huitzilopochtli: la sangre y el sacrificio. En efecto, le dice Huitzilopochtli a su pueblo, refiriéndose a los llamados Mímixcoa: "Asid aquellos que están al pie de la bisnaga; ellos serán quienes primero paguen el tributo de su vida".¹³ Éste es, hasta donde sabemos, el primer sacrificio humano hecho por los mexica, señalado también en la *Tira de la Peregrinación*.

Casi inmediatamente después, contento con el resultado, Huitzilopochtli hace su primera gran promesa en la que formalmente convierte a los mexica en el pueblo electo y les

¹⁰ *Id.*, p. 19.

¹¹ *Historia de Tlatelolco desde los Tiempos más Remotos, op. cit.*, párrafo III.

¹² *Crónica Mexicayotl, op. cit.*, p. 19.

¹³ *Id.* p. 22.

asegura un brillantísimo futuro; esta promesa la hace el dios a Chalchiuitlatonac diciéndole: "Ven, oh Chalchiuitlatonac y dispón con cuidado y método lo necesario para que lleves a las muchas gentes que contigo irán, y que sean pues herencia de cada uno de los siete calpullis aquéllos que cogierais aquí, quienes habían caído junto a la bisnaga; de los más fuertes y recios de los mexicanos, puesto que los naturales serán incontables, porque nos iremos a establecer, a radicar, y conquistaremos a los naturales que están establecidos en el universo; y por tanto, os digo en toda verdad que os haré señores, reyes de cuanto hay por doquiera en el mundo; y cuando seáis reyes tendréis allá, innumerables, interminables, infinitos vasallos, que os pagarán tributos, os darán innumerables, excelentísimas piedras preciosas, oro, plumas de quetzal, esmeraldas, corales, amatistas, las que vestirán primorosamente, así como las diversas plumas, el cotinga azul, el flamenco rojo, todas las plumas preciadas y el cacao multicolor y el algodón policromo; y todo lo veréis, puesto que esta es en verdad mi tarea y para eso se me envió aquí".¹⁴

Este esplendor no era sino una promesa futura; por lo pronto las piedras preciosas, el oro y las plumas de quetzal no existían sino en sueños; la *Historia de Tlatelolco desde los Tiempos más Remotos*¹⁵ nos da una visión bastante clara de la verdadera situación de los mexica: "Su indumentaria y sus bragueros eran de fibra de palma, sus sandalias de paja entretejida; asimismo sus arcos, sus morrales. Comieron culebras, conejos, venados, plantas de púas, tunas y nopales". Esto nos recuerda la situación de los chichimecas dibujada al principio del *Mapa Quimatzin*. Pero donde mejor conocemos una cultura pre-agrícola, tal vez en un nivel similar, es en la cueva de la Candelaria en el norte de México. Un poco más tarde ya tienen "carne, frijol, bledos, chíca, chile y jitomate", pero aún no parecen haber sembrado maíz.

Así como hubo un "hombre-Huitzilopochtli" y un dios del mismo nombre, hubo una hermana del "hombre" y otra del dios. Ocupémonos ahora de la primera. Llamábase ésta Malinalxochitl. "Era grande hechicera y mala, muy per-

¹⁴ *Id.* pp. 23 y 24.

¹⁵ *Op. cit.*, párrafo 105.

judicial su compañía".¹⁶ En el curso de la peregrinación, antes de llegar a Tula¹⁷ deciden abandonarla los mexica; por consejo del dios su hermano levantan el campo una noche cuando estaba dormida y desaparecen. Con todo y lo gran hechicera no puede encontrarlos. Abandonada Malinalxochitl "que se había convertido en una grandísima malvada, que se ocupaba en comer corazones y pantorrillas... y tenía tratos con todo ciempiés y araña",¹⁸ dijo Huitzilopochtli: "no es mi tarea el cuidar de Malinalxochitl... que la guerra es mi tarea...".¹⁹ Su hermana estaba encinta del rey de Malinalco y a poco nació su hijo, Copil. Crecido éste le dijo a su madre: "Oh madre mía! sé bien que existe un hermano mayor tuyo".²⁰ Ante la respuesta afirmativa y el relato de la aventura del abandono, Copil decide ir en busca del tío. "De inmediato ve, sabe Huitzilopochtli que su sobrino, el llamado Copil, ya es grande, y les dice luego a sus padres: "Oh padres míos! preparaos, arreglaos, puesto que ya viene el belloco de mi sobrino! voy a destruirle, darle la muerte!" y acto seguido lo encontró... y le dijo Huitzilopochtli: "¿Acaso no eres tú quien diera a luz mi hermana Malinalxochitl?" y Copil dijo luego: "Sí, soy yo! me apresaré y destruiré porque cuando abandonaste furtivamente a mi madrecita la dejaste dormida"; "Pues yo te mataré" le dijo Huitzilopochtli... "Luego agarraron a Copil allí y cuando murió le degolló al punto, le abrió el pecho y le tomó el corazón...".²¹ Bajo las órdenes de Huitzilopochtli arrojan el corazón de Copil dentro del tular. Allí "germinó el corazón de Copil"²² y fue el sitio donde se fundaría Tenochtitlan.

Esta historia de las relaciones familiares de Huitzilopochtli-hombre es significativa ya que igualmente trágicas

¹⁶ "Relación del origen de los indios que habitan esta Nueva España, según sus historias", en *Códice Ramírez*, México, 1878, p. 23.

¹⁷ Los *Anales de Tlatelolco* sitúan este acontecimiento mucho más tarde, bajo el gobierno de Tozcucuec que en esa fuente corresponde al tercer cuarto del siglo XIII; aquí el episodio de Copil tiene más base histórica y no interviene en él Huitzilopochtli. En la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* sucede durante la época en que viven en Chapultepec, o sea hacia 1300.

¹⁸ *Crónica Mexicayotl*, op. cit., p. 28.

¹⁹ *Id.*, p. 29.

²⁰ *Id.*, p. 39.

²¹ *Id.*, pp. 42 y 43.

²² *Id.*, p. 64.

serán las del Huitzilopochtli-dios. Decididamente no convenía, para una vida larga y tranquila, el tenerlo en su familia. Lo mismo que para los pueblos pacíficos, era funesta la veindad del pueblo de Huitzilopochtli.

HACIA esta época se inicia la segunda fase del complejo Huitzilopochtli que va de la llegada de los mexica a Tula hasta la fundación de Tenochtitlan. Es seguro que, como una pequeña tribu insignificante, tomaron parte o cuando menos asistieron a la ruina de Tula, la gran capital de los toltecas. Esto acontecía hacia fines del siglo XII, lo que significa que ya para entonces los mexica se encontraban en los Valles Centrales, a través de los cuales se estuvieron moviendo durante mucho tiempo antes de fijar su residencia en Tenochtitlan. Se trataba de una tribu numéricamente muy débil, sin ningún prestigio ancestral, que ni siquiera era dueña de los terrenos que ocupaba; es decir, en franca inferioridad de los otros grupos que la rodeaban; muy astuto tenía que haber sido un observador de principios del siglo XIII que hubiera profetizado la elevación mexica por encima de los otros numerosos pueblos que vivían en la altiplanicie.

Debuta este período, tal vez, con la leyenda del nuevo nacimiento de Huitzilopochtli. En ella aparece la familia del dios que había de ser tan mal tratada como la familia del hombre. Según Sahagún: "... hay una sierra que se llama Coatepec junto al pueblo de Tulla, y allí vivía una mujer que se llamaba Coatlicue, que fue madre de unos indios que se decían Centzonhuitznahua, los cuales tenían una hermana que se llamaba Coyolxauhqui; y la dicha Coatlicue hacía penitencia barriendo cada día en la sierra de Coatepec, y un día acontecióle que andando barriendo descendióle una pelotilla de pluma, como ovillo de hilado, y tomóla y púsola en el seno junto a la barriga, debajo de las naguas y después de haber barrido (la) quiso tomar y no la halló de que dicen se empañó; y como vieron los dichos indios Centzonhuitznahua a la mujer que ya era preñada se enojaron bravamente diciendo: "¿Quién la empañó, que nos infamó y avergonzó?" y la hermana que se llamaba Coyolxauhqui decía: hermanos, matemos a nuestra madre porque nos infamó, habiéndose a hurto empañado".

"Y después de haber sabido la dicha Coatlicue (el negocio) pesóle mucho y atemorizóse, y su criatura hablábala y consolábala, diciendo: "No tengas miedo, porque yo sé lo que tengo de hacer". Y después de haber oído estas palabras la dicha Coatlicue aquietósele su corazón y quitósele la pesadumbre que tenía; y como los dichos indios Centzonhuitznahua habían hecho y acabado el consejo de matar a la madre, por aquella infamia y deshonra que les había hecho, estaban enojados mucho, juntamente con la hermana que se decía Coyolxauhqui, la cual les importunaba que matasen a su madre Coatlicue; y los dichos indios Centzonhuitznahua habían tomado las armas y se armaban para pelear, torciendo y atando sus cabellos así como hombres valientes".²³

Una vez decidido el asesinato de Coatlicue, su hija encabezó la larga procesión de los cuatrocientos hermanos, todos bien armados y los dirigió a donde estaba su madre. "... y en llegando los dichos indios Centzonhuitznahua nació luego el dicho Huitzilopochtli, trayendo consigo una rodela que se dice teueuelli, con un dardo y vara de color azul, y su rostro como pintado y en la cabeza traía un pelmazo de pluma pegado y la pierna siniestra delgada y emplumada y los dos muslos pintados de color azul y también los brazos. Y el dicho Huitzilopochtli dijo a uno que se llamaba Tochancalqui que encendiese una culebra hecha de teas que se llamaba xiuhcōatl, y así la encendió y con ella fue herida la dicha Coyolxauhqui de que murió hecha pedazos y la cabeza quedó en aquella sierra que se dice Coatepec y el cuerpo cayóse abajo hecho pedazos; y el dicho Huitzilopochtli levantóse y armóse y salió contra los dichos Centzonhuitznahua, persiguiéndoles y echándoles fuera de aquella sierra que se dice Coatepec, hasta abajo, peleando contra ellos y cercando cuatro veces la dicha sierra; y los dichos indios Centzonhuitznahua, no se pudieron defender, ni valer contra el dicho Huitzilopochtli, ni le hacer cosa alguna y así fueron vencidos y muchos de ellos murieron..."²⁴

Este acontecimiento es la real deificación definitiva del antiguo shamán de la tribu; sienta las bases del futuro entronizamiento de Huitzilopochtli entre los grandes dioses mesoamericanos y sobre todo lo convierte en el Sol. Todo el

²³ SAHAGÚN, *op. cit.*, I: 259 y 260.

²⁴ *Id.*, I: 261.

mito de su nacimiento representa la lucha diaria del Sol contra la Luna y las estrellas que pretenden aniquilarlo (representados por su hermana y sus cuatrocientos hermanos). Aunque en esas fechas, ante la poca importancia de los mexica ningún otro pueblo acepta a su dios, ya para ellos —por este hecho de su conversión en Sol— resulta sumamente importante pues refuerza su posición de pueblo elegido. Como lo ha demostrado brillantemente Alfonso Caso, ya que su dios tribal es formalmente el Sol, ellos tienen que sostenerlo en vida. Esta misión los había de llevar, a través de infinitas penas, al triunfo supremo.

Preocupa al autor de la *Historia de los Mexicanos por sus Pinturas* que Huitzilopochtli nazca por segunda vez y nos da la ingenua explicación: "nació . . . otra vez, allende de las otras veces que había nacido, porque como era dios, hacía y podía lo que quería. . ."²⁵

Entre los cantos conservados por Sahagún, hay un magnífico poema que relata este episodio:

Armado con su escudo fue dado a luz
por la doncella, el magno;
fué dado a luz el caudillo guerrero;
con su escudo fué dado a luz el magno por la vírgen,
fué dado a luz el caudillo guerrero.
El que ganó su título de héroe en la montaña de la culebra,
entre las montañas,
con su pintura de guerrero y con el escudo.
Nadie ciertamente se levanta contra él,
la tierra tembló
cuando se puso él su pintura de guerrero y su escudo.²⁶

En la leyenda en que se nos refiere el nacimiento del dios de los aztecas, se habla de cómo llevaba en la mano una nueva arma: la xiuhcōatl, o sea la serpiente de fuego con la que rápidamente venció a sus hermanos cuando venían a atacar a su madre. Esta arma divina se convierte en el símbolo mismo del dios y en cierto modo en el último recurso por medio del cual los mexicanos pensaban triunfar siempre. Después veremos cómo, en 1521, la utilizan por última vez.

²⁵ *Op. cit.*, p. 241. Esta fuente relata también, aunque con ciertas modificaciones, la leyenda del nacimiento de Huitzilopochtli.

²⁶ SAHAGÚN, *op. cit.*, V; 65.

Otro de los mandamientos inicuos de Huitzilopochtli refleja, tal vez, el episodio de la caída de Tula y el descenso del nivel cultural. Cuentan que en Tula hicieron los mexica una gran presa que formó gran laguna en cuyos bordes crecieron infinitos árboles y cuyas aguas, llenas de pescado, eran visitadas por gran abundancia de patos y aves. "Estando los mexicanos en este lugar tan deleitoso, olvidados de que les había dicho el ídolo que era aquel sitio solamente muestra y dechado de la tierra que les pensaba dar, comenzaron a estar muy de propósito, diciendo algunos que ahí se habían de quedar para siempre y que aquel era el lugar electo de su dios Huitzilopochtli, que desde ahí habían de conseguir todos sus intentos siendo señor de las cuatro partes del mundo, etc. Mostró tanto enojo desto el ídolo que dijo a los sacerdotes: "¿Quién son éstos y así quieren traspasar y poner objeción a mis determinaciones y mandamientos? ¿Son ellos por ventura mayores que yo? Decidles que yo tomaré venganza dellos antes de mañana porque no se atrevan a dar parecer en lo que yo tengo determinado, y sepan todos que a mí sólo han de obedecer".²⁷ Huitzilopochtli saca el corazón de los ofensores y manda a los sacerdotes que deshagan la represa, "quedó aquel lugar de la manera que antes estaba".

La ira del dios sugiere que ya algunos sacerdotes estaban aburridos de tanto moverse y tenían ganas de quedarse en esta Tula donde creían haber encontrado la tierra prometida. Quieren acallar la voz terrible haciéndole ver que ya terminó su trabajo y que ya cumplió sus promesas. Dicen a Huitzilopochtli: "Aquí concluirá la tarea para la que veniste... ya que con verdad has fundamentado y encabezado tu poblado aquí en Coatepec..."²⁸ Pero Huitzilopochtli se enfurece y como hemos visto, no acepta permanecer allí. Con esto desaparece el edén que habían formado y Tula vuelve a la barbarie.

La Historia de los Mexicanos por sus Pinturas se refiere a la misma época de la destrucción de Tula en forma algo sorprendente, ya que el dios terrible aparece como un hombre conmovido: "se les aparecía el Uichilobos a los naturales

²⁷ "Relación del origen...", en *Códice Ramírez, op. cit.*, pp. 24 y 25.

²⁸ *Crónica Mexicayotl, op. cit.*, pp. 33 y 34.

en figura de negro y oían cómo debajo de la tierra lloraba Uichilobos, y preguntando por qué lloraba el dios de los mexicanos debajo de tierra, dijeron que porque todos los de Tula se habían de morir...²⁹

Esta versión no se compagina con otra del propio Sahagún en la que Huitzilopochtli es uno de los tres personajes que causan la caída de Huemac, último rey tolteca. Entre los muchos "embustes" que este trío diabólico inventa, hay uno que realiza Tlacauepan Cuexcoch (recordemos que era el dios compañero de Huitzilopochtli que tenía un edificio en el templo mayor de México): "Hacia bailar un muchachuelo en la palma de sus manos —dicen que era Huitzilopochtli— y le ponía danzando en sus manos al dicho muchachuelo y como lo vieron los dichos toltecas todos se levantaron y fueron a mirarle y empujábanse unos a otros, y así murieron muchos ahogados y acoceados, y esto acaeció muchas veces que los dichos toltecas se mataban empujándose unos a otros".³⁰

Es claro que aunque Huitzilopochtli llorara la muerte de los toltecas hacía lo imposible por lograr la ruina tolteca.

Con la caída de Tula, baluarte de la civilización, los nómadas, en un avance incontenible, sumergen a las viejas culturas. En este grave retroceso se pierden muchos de los adelantos y refinamientos toltecas y, durante un siglo cuando menos, el nivel desciende considerablemente. En este mundo nuevo y bárbaro se mueven los mexica recién llegados. Pero aún aquí son inferiores a los otros bárbaros. Sus posibilidades estaban muy lejos de llegar a la altura de sus ambiciones.

Por innumerables sitios sigue su mísera peregrinación; continuamente habla Huitzilopochtli aconsejándoles un cambio de residencia, más dolor y más sacrificio, la crueldad y la sangre. Se veían además forzados de hacer templos "a Huitzilopochtli dondequiera que llegasen".³¹

Por todas partes lograron hacerse una fama pésima, eran considerados como pendericeros, crueles, ladrones de mujeres, aunque en extremo valientes; como dicen los *Anales de Tlatelolco*: "Los mexicanos se sostuvieron únicamente me-

²⁹ *Op. cit.*, p. 242.

³⁰ SAHAGÚN, *op. cit.*, I: 275.

³¹ *Historia de los mexicanos por sus pinturas, op. cit.*, p. 239.

diante la guerra y despreciando la muerte".³² En uno de los sitios en donde se detienen, Xaltocan, hacen chinampas y se menciona el hecho de que plantan maíz.

Por fin, hacia 1300, se instalan en Chapultepec; pero no hay paz. Al contrario allí sufren su primera gran desgracia militar. Ésta había sido prevista por Huitzilopochtli cuya voz poderosa anuncia la tragedia y el nuevo cambio de domicilio, pero profetiza de nuevo la tierra prometida y el triunfo final! "Oh padres míos, esperad aún por aquello que ha de hacerse, pues lo veréis, pero esperadlo todavía, que yo lo sé, esforzaos, atreveos, reforzaos, arreglaos, ya que no es aquí donde estaremos, sino aún más allá, están quienes cautivaremos, a quienes regiremos; y además esperamos a quienes nos vengan a destruir, que de ellos vienen ya dos clases".³³ Las dos clases de enemigos eran los tepanecas y los culhua; toman por traición a las mujeres y a los niños mexica, lo que desmoraliza a los hombres que son fácilmente vencidos. Su jefe, Huitzilihuitl el Viejo, es sacrificado en Culhuacán y todos los demás, hechos prisioneros, se convierten en sujetos del señor de los culhuas.

Añade la *Historia de los Mexicanos por sus Pinturas*, que después de la derrota éstos "se escondieron entre las yerbas y cañaverales, con la mucha hambre que tenían salieron a buscar de comer a Culhuacán, a los cuales dijeron que ellos los venían a servir e que no los tratasen, y ellos le pidieron a Huitzilopochtli, diciendo que si se los diesen que no los matarían, y así les dieron a los de Culhuacán la manta y el mástil de Huitzilopochtli y quedaron a su servicio".³⁴

Ya la misma fuente había relatado cómo llevaban con ellos el maxtle del dios como la reliquia más importante. Los de Culhuacán por lo tanto siguen la costumbre que había de ser típica de los mexicas futuros, de tomar prisionero al dios para así asegurarse de la lealtad de los conquistados.

En un poema conservado en los *Anales de Tlatelolco*, se recuerda esta derrota.³⁵

³² *Op. cit.*, *Suplemento de la Genealogía de los Reyes de Atzacpotzalco*, p. 27.

³³ *Crónica Mexicayotl*, *op. cit.*, I, p. 39.

³⁴ *Op. cit.*, p. 246.

³⁵ *Op. cit.*, pp. 49 y 50.

Por el escudo volteado hacia varios lados
 perecimos en Chapultepec
 Yo el mexica
 El colhua se cubrió de gloria, el tepaneca se cubrió de gloria,
 Los mexica fueron llevados como esclavos hacia los cuatro puntos
 cardinales,
 El jefe Huitzilihuitl se deplora.
 Cuando en Culhuacán pusieron en su mano la bandera del sa-
 crificio.

Durante la noche, durante el alboroto de la batalla,
 las tropas de los mexica se apartaron de Tizapán Culhuacán.
 Los mexica pasaron por el agua con el escudo,
 Los viejos pasaron por el agua con la lanza.

Que felices son los nobles señores Acolnahuatl y Tezozomotli,
 quienes ganaron este país mediante ejercicios de penitencia,
 quizás nos sea favorable la palabra de los príncipes de Atzcat-
 potzalco.

Pasado algún tiempo, Cocoxtli, el rey de Culhuacán, probablemente aburrido de tener cerca de él a gente tan desagradable, decide darles tierras en Tizapán. Los enviados de Cocoxtli llevan a los mexicanos allí y regresan a dar parte a su rey de la misión, diciéndole: "Oh señor, oh rey, fuimos a dejar a los mexica a Tizapán", y Cocoxtli les contesta: "Está bien, ya que no son gentes sino grandes bellacos; tal vez allá perezcan comidos por las serpientes puesto que allá hay muchas". Con una gran ironía añade a continuación la crónica: "Los mexicanos se alegraron grandemente en cuanto vieron las serpientes, y las asaron y cocieron todas, y se las comieron". . . .³⁶

Entre los siguientes episodios de su historia, nos interesan aquí los relativos a los imposibles tributos que tenían que pagar. Los señores de Culhuacán les piden, por ejemplo: "Mexica, traed una chinampa donde deberá colocarse erecta la garza, donde se acostará la serpiente, una chinampa cercada que sea propia para liebres. La debéis colocar en la puerta del palacio". Los mexica lloraron comprendiendo la imposibilidad de cumplir las órdenes recibidas, pero Hui-

³⁶ *Crónica Mexicayotl, op. cit.*, p. 50.

tzilopochtli los llama y les dice: "No tengáis miedo. Ya lo sé, hay la chinampa para nosotros. Iréis a traerla, yo también la mostraré".³⁷ En cada caso sucesivo sucede lo mismo: Huitzilopochtli resuelve el problema de su tribu pero sólo para meterla en problemas más hondos.

Es muy posible que desde estas fechas, a principios del siglo XIV, los sacerdotes, inconformes con esa situación de vasallaje hacia los culhuas en la cual los había puesto la derrota de Chapultepec, hayan estado tramando la manera de librarse de ella. Posiblemente habían decidido ya entre ellos que fundarían su ciudad en el islote abandonado de Tenochtitlan. Parece por otro lado, como si un ambiente de duda y de incipiente rebeldía entre los mexica les hayan forzado la mano con cierta anticipación a sus planes. Por un lado leemos que a Huitzilopochtli "poco provecho se le seguía en sus intentos con tanta paz".³⁸ Vemos también que, refiriéndose a un año antes de la fundación, una fuente nos dice: "Dijeron que dónde los llevaba Huitzilopochtli perdidos y murmuraron de él, y el Huitzilopochtli les dijo entre sueños que así convenía haber pasado y que ya estaban cerca de do habían de tener su reposo y casa".³⁹ Si unimos este texto a otro: "Los teomamas que simulaban o fingían que llamaban a Huitzilopochtli",⁴⁰ se sugiere que ya la tribu empezaba a dudar y estaba aburrída de tanto ir y venir; deseaba establecerse permanentemente. Pero el sitio ideado por estos sacerdotes tan realistas puede no haber sido muy del gusto del pueblo a quien parecería que tanto sufrir para llegar finalmente a tan pobre tierra no estaba a la altura de las promesas divinas. Entonces los sacerdotes hacen que hable de nuevo el terrible dios ordenándoles llevar a cabo el horrible crimen en que la víctima será la hija de Achitometl de Culhuacán, la bien llamada "mujer de la discordia". Veamos cómo lo relata una de nuestras fuentes:⁴¹

"Dijo luego Huitzilopochtli: oid, oh padres míos, que no estaremos aquí, sino más allá aún se hallan quienes apresarémos y dominaremos; mas no iremos inútilmente a tratar familiarmente a los culhuacanos, sino que iniciaremos la gue-

³⁷ En *Anales de Tlatelolco*, op. cit., p. 38.

³⁸ *Relación del origen...*, op. cit., p. 28.

³⁹ *Historia de los mexicanos por sus pinturas*, op. cit., p. 248.

⁴⁰ *Crónica Mexicayotl*, op. cit., p. 71.

⁴¹ *Crónica Mexicayotl*, op. cit., pp. 54 a 58.

rra... os lo ordeno, pues, id a pedirle a Achitometl su vástago, su hija doncella, su propia hija amada; yo sé y os la daré yo". Incontinenti fueron los mexicanos a pedir a Achitometl su hija doncella; rogáronsela diciéndole: 'Oh hijito mío, oh señor, oh rey! nosotros tus abuelos, tus vasallos, y los mexicanos todos te suplicamos nos concedas, nos des tu collar, tu pluma de quetzal, tu hijita doncella, la princesa noble nieta nuestra, que la guardaremos allá en Tepetitlán Tizaapan', y al punto dijo Achitometl: 'Está bien, oh mexicanos! lleváosla pues!' y en cuanto se la dio trajeron los mexicanos a la hija de Achitometl y la asentaron allá en Tizaapan. Luego dijo Huitzilopochtli a los llamados 'teomamas: Oh padres míos! mataad, desollad, os ordeno a la hija de Achitometl; y cuando la hayáis desollado vestidle el pellejo a algún sacerdote'.

"Inmediatamente mataron y desollaron a la princesa, y en cuanto la hubieron desollado al punto vistieron con el pellejo a un sacerdote. Dijo luego Huitzilopochtli: Id a llamar a Achitometl; inmediatamente fueron los mexicanos a llamarle, y le dijeron: 'Oh señor nuestro, oh nieto mío, oh hombre, oh rey! nosotros tus vasallos haremos que se calme, que rechaces tu pena; los mexicanos te ruegan que vayas a admirar, a saludar al venerado dios, que dicen llamarán allá'.

"Al punto dijo Achitometl: 'Está bien, vamos' y dijo luego a sus copríncipes: 'Vamos a Tizaapan, donde nos invitan los mexicanos', respondiéndole ellos: 'Está bien, oh rey, ve', y llevó luego hule, copal, papel, flores, tabaco y comida para ofrendar al dios, como le dijeron a Achitometl al irle a llamar, mas no era verdadero aquél, sino tan sólo la desollada".

"Cuando Achitometl llegó a Tizaapan le dijeron los mexicanos al encontrarle: 'Padeciste, oh nietecito mío, oh rey! te confesaremos la falta nosotros tus abuelos y vasallos: ¡admira, saluda a su venerado dios!' y él dijo luego: 'Está bien, oh abuelos míos'. Tomó luego el hule, el copal, las flores, el tabaco y la comida, y como ofrenda lo puso por frente del fingido dios, de la desollada, por lo cual degolló las codornices frente al dios; todavía no veía bien delante de quién las degollaba, y después al estar incensando él mismo alumbró el incensario y reconoció Achitometl el pellejo de su hija doncella, por lo que se espantó grandemente. De inmediato

llamó a gritos a sus copríncipes y a sus vasallos, diciéndoles: '¿Quiénes sois vosotros, oh culhuacanos? ¿qué no veis que han desollado a mi hija? no durarán aquí los bellacos: matémosles, destruyámosles y perezcan aquí!' Inmediatamente hubo combates a causa de esto y al punto dijo Huitzilopochtli a sus padres: 'Yo sé, salíos pausada y cautelosamente'".

Como consecuencia de esta espantosa historia, los mexicanos son expulsados de todos lados y tienen que refugiarse en los pantanos, entre el agua y los juncos. Esta situación insostenible permite a Huitzilopochtli dar el más hábil de sus mandatos: que se establezcan en la isla pantanosa. Los ha llevado a tales extremos de miseria que esa isla despreciada por todos resulta su único refugio. Aparte de la necesidad imperiosa de encontrar un sitio en que vivir, **envuelven el asunto en una serie de prodigios, todos organizados y ordenados por Huitzilopochtli y surge la historia del águila y de la serpiente.** "Cuando fueron a salir al interior del carrizal y vieron muchas maravillas, fue pues a causa del mandato de Huitzilopochtli... ya que él les dijo que sobre todo lo que había dentro del carrizal se erguiría y lo guardaría él (Huitzilopochtli). Con su propia boca se lo dijo y ordenó Huitzilopochtli a los mexicanos. Inmediatamente vieron el ahuehuate, el sauce blanco que se alza ahí y la caña y el junco blancos, y la rana y el pez blancos, y la culebra blanca del agua y luego vieron había en pie unidos un escondrijo, una cueva... en cuanto vieron esto, lloraron al punto los ancianos, y dijeron: "De manera que aquí es donde será, puesto que vimos lo que nos dijo y ordenó Huitzilopochtli, el sacerdote, al decir: "De este modo veréis dentro del tular, dentro del carrizal, puesto que hay muchas cosas, y ahora lo hemos visto y nos hemos maravillado de ello, ya que en verdad acaeció y se realizó el relato que nos ordenó... pues ahí estará nuestro poblado, México-Tenochtitlán, el lugar en que grita el águila, se despliega y come, el lugar en que nada el pez, el lugar en que es desgarrada la serpiente, México-Tenochtitlán".⁴² Con la fundación de su ciudad, se acaba la peregrinación. El pueblo electo ha llegado a asentarse definitivamente en la tierra prometida. Los sacerdotes han combinado admirablemente la necesidad con el cumplimiento de las profecías.

⁴² *Crónica Mexicayotl*, pp. 62 a 65.

Huitzilopochtli había guiado a su pueblo a través de penalidades sin cuento, del dolor y de la angustia, del valor y del sacrificio, al establecimiento en el lugar profetizado por el dios. Triunfante, dice éste: "Ya estaréis satisfechos como yo no os he dicho cosa que no haya salido verdadera y habéis visto y conocido las cosas que os prometí veríades en este lugar, donde yo os he traído, pues esperad que aún más os falta por ver; ya os acordáis cómo os mandé matar a Copil, hijo de la hechicera que se decía mi hermana, y os mandé que le sacásedes el corazón y lo arrojásedes entre los carrizales y espadañas desta laguna, lo qual hizisteis: sabed pues que ese corazón cayó sobre una piedra y dél salió un tunal, y está tan grande y hermoso que una águila habita en él, y allí encima se mantiene y come de los mejores y más galanos pájaros que hay, y allí extiende sus hermosas y grandes alas, y rescibe el calor del sol y la frescura de la mañana. Id allá a la mañana que hallaréis la hermosa águila sobre el tunal y alrededor dél veréis mucha cantidad de plumas verdes, azules, coloradas, amarillas y blancas de los galanos pájaros con que esta águila se sustenta, y a este lugar donde hallaréis el tunal con la águila encima, le pongo por nombre Tenuchtlan".⁴³

La elección de este sitio aparentemente insignificante era en realidad una elección genial. La isla que nadie quería era, naturalmente, una fortaleza formidable ya que sólo podía ser atacada por agua. Por otro lado, tenía todas las posibilidades de convertirse en lo que pronto fue: un centro comercial. Si pensamos en las tremendas dificultades de transporte características de Mesoamérica, donde no se usó la rueda ni hubo animales de tiro, resulta que el acarreo por agua, en canoas, era la solución ideal. Una de estas pequeñas embarcaciones, en pocas horas, llevaba más mercancías que un grupo de hombres en varios días. Aparte de esto, el colocarse los mexica en el centro del lago, les daba la posibilidad de dominar sus riberas que era justamente la zona más fértil y una fuente casi inacabable de abastecimientos. Había además otra ventaja de tipo político: aunque indefinido, parece haber sido el lindero de los culhuas, los tepanecas y el viejo poderío chichimeca de Texcoco. El colocarse entre los tres les permitía un juego constante de ayudar a uno en

⁴³ *Relación del origen...*, *op. cit.*, p. 31.

contra del otro obteniendo así ventajas que poco a poco les fueron valiendo, primero una relativa independencia y más tarde la hegemonía.

Nuestro problema es averiguar hasta qué punto los sacerdotes de Huitzilopochtli se dieron cuenta de estas ventajas. ¿Por qué decidieron situar la tierra prometida en un lugar aparentemente tan malo que nadie lo había ocupado? y por qué obligaron a su pueblo a moverse sin fin hasta llegar a este sitio? No es creíble que con más de un siglo —cuando menos— de anticipación hubieran previsto esta fundación de su ciudad y es muy posible que toda la leyenda del corazón de Copil de donde brotaría el nopal donde se posaría el águila que desgarrar la serpiente, haya sido una confección más tardía que lo que las fuentes señalan. Sin embargo, parece evidente que aunque sea de una manera confusa buscaban desde el principio una isla, tal vez como un recuerdo del Aztlán que habían abandonado tres siglos antes. No podemos pensar que se trate de un plan pre-establecido, ni podemos imaginarnos que, a través de 300 años, un grupo sea capaz de seguir rigurosamente una política que no varía. Quince generaciones es demasiado tiempo.

Lo que a mi modo de ver sucede —y es ésta la diferencia que he tratado de señalar entre mexica y otros pueblos— es que desde los principios de su historia conocida existe un complejo cultural peculiar a ellos. Éste se formó tal vez desde Aztlán y está basado en la creencia de que el dios habla y ha prometido a su pueblo la grandeza convirtiéndolo en un pueblo electo encargado de mantener al Sol en vida. Pero esta grandeza y esta misión no podrán realizarse plenamente sino cuando los mexica se hayan instalado en la tierra prometida. Este conjunto de ideas, originado tal vez cuando Huitzilopochtli vivía, ha formado ese complejo cultural con atractivo suficiente para introducirse en el grupo y convertirse en una característica permanente. Forma una psicología especial que sí es hereditaria y que, aun en forma inconsciente, pasa de una generación a otra, como es característico de los complejos culturales.

La primera necesidad, al fundar su ciudad, es la de construir el templo del dios. Bien pobre al principio, sólo más tarde ha de elevarse por encima de todos los demás. Al iniciarse la edificación, Huitzilopochtli, por última vez, da una gran orden política: "Habló y dijo: . . . Asentaos, repartíos,

fundad señorías por los cuatro ámbitos de la tierra... y de inmediato le obedecieron los mexicanos".⁴⁴

En realidad lo que les ordena es más bien una organización social y urbana como lo aclara una fuente;⁴⁵ les manda establecerse en cuatro barrios, repartiendo entre ellos los dioses y poner al centro el templo de Huitzilopochtli.

Con la fundación de Tenochtitlan y la organización de la ciudad—momento clave en los anales mexica—termina la segunda fase de la historia de Huitzilopochtli y se inicia la tercera. Ésta dura hasta que, entre 1427 y 1433, Izcóatl el cuarto rey mexica, derrota a Azcapotzalco y se convierte en el soberano más importante del Valle. Durante este período los mexica ya están establecidos, son cada vez más numerosos pero aún no independientes ni tienen libertad completa para dirigir sus propios destinos. Pero ya se acabaron las grandes angustias del pasado. Huitzilopochtli aparece cada vez menos como consejero de su pueblo; cada vez se diviniza más. El héroe dirigente que actuaba en la tierra se convierte en el dios omnipotente que está en el cielo; el amigo, el guía de los tiempos antiguos se está trocando en el dios hierático. Mientras más alto suben las gradas de sus templos más se aleja de su pueblo.

Por ejemplo, la *Historia de los Mexicanos por sus Pinturas* a partir de este momento ya sólo habla del templo y de los sacrificios al dios Huitzilopochtli; la voz ha desaparecido. En casi todas las fuentes ocurre lo mismo. Se le menciona frecuentemente, pero en su papel de dios. Ya no actúa entre los hombres, y sus sacerdotes ya no hablan por él. Creo que la única vez en que interviene—y eso en forma indirecta—en las cosas humanas, es cuando, antes de la elección de Izcóatl, en un discurso de propaganda política a favor de este candidato, un anciano dice: "elegid... rey, mirad a dónde echáis los ojos y a quién se inclina y apetece vuestro corazón, que ese es el que elija vuestro dios Huitzilopochtli".⁴⁶

En la crisis de 1427, los mexica tienen que tomar otra de las decisiones más importantes de su historia. Un grupo propone someterse al poderío aparentemente invencible de

⁴⁴ *Crónica Mexicayotl*, op. cit., p. 74.

⁴⁵ *Relación del origen...*, op. cit., pp. 33 y 34.

⁴⁶ *Id.*, p. 45.

Azcapotzalco, llevando ahí la estatua de su dios en prueba de vasallaje; el grupo de la nobleza se opone al consenso general de la opinión. Encabezado por Tlacaelel (no importa aquí quién fuera realmente), dice la fuente,⁴⁷ organiza la guerra y la victoria mexicana. Por eso escribe Chimalpahin:⁴⁸ "Tlacaelel... sut faire du diable Huitzilopochtli le dieu des Mexicains qu'il sut persuader..." Esta es la base del célebre "contrato" entre el pueblo y los nobles que admiten ser sacrificados si la guerra es funesta para Tenochtitlan.

El episodio no puede ser más característico del cambio ocurrido con el tiempo. En esta decisión tan importante que iba, si venturosa, a convertir a Tenochtitlan en la capital del Anáhuac, interviene el pueblo con un criterio, la nobleza, representada por un jefe, con otro criterio, pero ¿qué hace Huitzilopochtli? Queda mudo convertido en un bulto en lo alto de su templo. Los hombres pueden seguir venerándolo allí mismo o llevarlo prisionero a Azcapotzalco. Él nada comenta. Su voz tremenda ya no resuena en los consejos de la tribu. Discuten y deciden los hombres. Huitzilopochtli ya es sólo el dios de la Guerra que desde el cielo favorecerá los ejércitos de su pueblo, pero no tendrá ninguna intervención directa en los asuntos terrenales. Así lo menciona siempre, por ejemplo, Tezozomoc durante toda la guerra tepaneca.

¿A qué se debe este cambio? Es posible que tenga dos causas fundamentales. Los jefes de la tribu—que habían sido siempre los autores del "complejo Huitzilopochtli"—ya establecidos y prósperos y cada vez con más poder sobre el pueblo, no necesitan usar del oráculo para convencer y además prefieren normalmente obtener el crédito resultante de sus hazañas.

Por otro lado, cuando termina la peregrinación y se radican definitivamente los mexica en Tenochtitlan, empieza a aumentar cada vez más el grupo dirigente. Entonces resulta difícil y hasta imposible el seguir con el artificio de la voz divina que les ordena. Desde el momento de la fundación los sacerdotes parecen haber sido cinco en vez de cuatro que eran antes;⁴⁹ con el tiempo van aumentando. Creo que

⁴⁷ *Id.*, p. 47.

⁴⁸ *Chimalpahin*, "Annales, Septième Relation", Paris, 1889, p. 107.

⁴⁹ La *Crónica Mexicayotl* que antes mencionaba a cuatro "teomas" ahora añade un quinto, p. 71.

éstas son las razones por las que poco a poco enmudece Huitzilopochtli, sobre todo a partir de la victoria sobre los tepanecas. Es entonces cuando la clase *pilli* se vuelve muy numerosa y por lo tanto menos compacta, y es mucho más difícil hacerle creer en sueños y en voces divinas.

Con esta guerra y la victoria cambia enormemente todo el mundo mexica y se establece toda una nueva organización en la que el "complejo Huitzilopochtli" se vuelve algo del pasado. Ya ahora sólo será el dios inmensamente venerado y temido. Es el fin de la tercera fase y propiamente el fin de nuestro tema.

ESTE resumen de lo que nos dicen las crónicas indígenas sobre Huitzilopochtli en cuanto a guía de su pueblo, nos permite formarnos una idea de su papel y nos damos cuenta de cómo un grupo, al principio muy pequeño, después un poco más numeroso, es la verdadera élite dirigente de los mexica, que usa del artificio de la voz del dios para imponer su voluntad. Los acontecimientos nos permiten establecer las características de este grupo. Aparecen como gente indudablemente decidida a todo por obtener el triunfo, una élite cruel e indomable, dueña de una concepción brutal, pero genial que, basada en una idea político-religiosa, sostenida por una inteligencia brillante, está dispuesta a todos los sacrificios con tal de llegar a la tierra prometida y con tal de ser el pueblo elegido que al fin obtendrá el imperio. Es un grupo que lleva una política extraordinariamente realista, sin ninguna consideración humana, no importan ni el hambre ni el cansancio, no importa que en el camino se mueran las mujeres y los niños, no importa que los hombres sean sacrificados por los enemigos, en realidad no importa nada con tal de llegar a su fin. Es un curiosísimo caso en que el espíritu vence al dolor y a la materia, pero con un fin simplemente material. Los dirigentes mexica han absorbido las cualidades y los defectos de su dios; hay momentos en que la identificación fue tal que debieron llegar a sentirse como dioses.

PARA concluir debemos estudiar lo relativo a Huitzilopochtli hasta la conquista hispana y tratar de averiguar algo sobre dos temas: ¿qué sacerdote o qué persona representa a Hui-

tzilopochtli y qué papel juega el dios en el sitio de Tenochtitlan.

Como es bien sabido, era costumbre mesoamericana que un sacerdote se vistiera como el dios y llevara su nombre o más bien dicho lo añadiera, como un título. Así el famoso rey de Tula, Ce Acatl, se menciona siempre con el nombre de Quetzalcóatl porque era sacerdote de este dios y agregaba por tanto el nombre del dios al propio. Por cierto que esto ha causado innumerables confusiones.

"Eran dos los que eran sumos sacerdotes, el uno se llamaba Totec tlamacazqui y el otro se llamaba Tlaloc tlamacazqui; y el que se llamaba Quetzalcóatl Totec tlamacazqui servía al dios Huitzilopochtli..."⁵⁰ Parece sin embargo que había más sacerdotes que llevaban nombre de dioses aunque tal vez de rango inferior. Evidentemente los dos sumos sacerdotes "oficiales" eran los que actuaban en el doble templo que se encontraba sobre la gran pirámide de México o de otras ciudades, como *Texcoco*. Los *Anales de Tlatelolco* dicen que en Coyoacán en los días inmediatamente después de la toma de México y a continuación del suplicio de Cuauhtémoc "murió el sacerdote que guardó el Huitzilopochtli".⁵¹ Esto indica que el sacerdote especial de Huitzilopochtli no era el propio Cuauhtémoc.

Aunque indiscutiblemente el Quetzalcóatl Totec tlamacazqui era el sumo sacerdote de Huitzilopochtli es posible que tuviera el dios algún otro representante en la tierra. ¿Fue éste el emperador mexica? Hay que recordar que este alto puesto político estaba combinado—como casi todos los otros altos puestos—con funciones religiosas. Hay una relación, no clara, pero sí sugerida continuamente, entre el detentor del poder supremo en lo humano y el dios de los mexica. Desde el principio de la realeza en Tenochtitlan vemos, por ejemplo, que cuando Nauhyotl de Culhuacán acepta que Acamapichtli sea el primer rey mexicano dice de éste "que guarde el sacerdote, a Huitzilopochtli"...⁵² "Guardarás al sacerdote, al Tezahuitl-Huitzilopochtli..."⁵³ le dicen los mexica a Acamapichtli en el discurso de entronización.

Años después, en la ceremonia de coronación de Hui-

⁵⁰ SAHAGÚN, *op. cit.*, I, 298.

⁵¹ *Op. cit.*, p. 75.

⁵² *Crónica Mexicayotl*, p. 83.

⁵³ *Id.*, pp. 85 y 86.

tzilopochtli, le dicen textualmente: "No temas la pesada carga que te incumbe al convertirte en el guía de este reino perdido en el desierto pantanoso, entre los juncos y los tulares, en el cual vivimos bajo el mando de nuestro dios Huitzilopochtli de quien tú eres la imagen". Refiriéndose a Texcoco asienta Pomar que a Huitzilopochtli no lo "representaba nadie, sino era el rey".⁵⁴ Sabemos además que las ceremonias de coronación, así como innumerables otros ritos, se hacían en parte delante de la estatua de Huitzilopochtli y que a él se sacrificaban los prisioneros tomados en la primera guerra hecha por el nuevo soberano. Pero todo esto más bien se refiere al culto del dios supremo. Así, aunque es posible, no podemos afirmar que el monarca mexica sea quien toma el papel del dios y se convierta en el Huitzilopochtli vivo.

Es curioso observar cómo en las crónicas no mexicas jamás se menciona el papel histórico de Huitzilopochtli. No existe señal de este complejo. Por ejemplo, la *Historia Tolteca-Chichimeca* ni siquiera pronuncia su nombre. En los *Anales de Cuauhtitlán* es siempre el dios a secas. Por cierto que ahí se confunde de tal manera con los mexica que dicen: "el templo de los tenochcas llamado de Huitzilopochtli".⁵⁵

LA conquista, que había de acabar con la cultura mexica, será particularmente trágica para Huitzilopochtli. Éste, que había enmudecido durante casi cien años, vuelve a hablar en el momento de la angustia final, pocos días antes de la rendición. "Faltan solamente cuatro días, entonces tendremos pasados 80 días y así dice la resolución de Huitzilopochtli que no sucederá nada. Quizás lo veréis secretamente. Dejemos pasar todavía los 4 días, porque ya dentro de cuatro días terminaremos 80 días. Y si así lo aceptan favorablemente, empezará la guerra de nuevo". Con este último oráculo, ya tan confuso y tan distinto de las promesas y las seguridades de los oráculos antiguos, se calla para siempre Huitzilopochtli.

Es muy curioso leer en la versión indígena de la historia

⁵⁴ JUAN BAUTISTA POMAR, "Relación de Texcoco", en *Nueva Colección de Documentos para la Historia de México*, Tomo III, 1891, p. 11.

⁵⁵ "Anales de Cuauhtitlán", en *Códice Chimalpopoca*, México, 1945, párrafo 143.

de la conquista recogida por Sahagún cómo, en los últimos días de Tenochtitlan, cuando ya casi todo está perdido, decide el emperador mexica recurrir al arma suprema y a la posibilidad final. Entonces manda sacar del templo de Tlatelolco donde poco antes habían traído al dios como último refugio.⁵⁶ ¡Huitzilopochtli fugitivo! la xiuhcōatl que éste tiene en la mano y se encarga a un joven y valiente guerrero que vaya a atacar a los españoles. Se le viste con el traje de Ahuizotl, el terrible Emperador, y "diéronle también el arco y la saeta de Huitzilopochtli que tenían también guardado como reliquias y tenían fe en aquel arco y saeta que cuando saliese no podían ser vencidos". "De este modo él casi se contaría entre los reyes mexicanos". Un principal gritaba: "Oh mexicanos, oh tlatilulcanos, el fundamento y fortaleza de los mexicanos en Huitzilopochtli es puesta, el cual arrojaba entre los enemigos su saeta que se llamaba xiuhcōatl y mamaloaxtli, la misma saeta lleváis ahora vosotros que es agüero de todos nosotros..."⁵⁷

El resultado fue poco brillante y hubo que volver tristemente al campo habiendo hecho solamente tres prisioneros sin importancia. Lo interesante del caso es hacernos ver cómo, al cerrarse todos los caminos humanos, vuelve a predominar el viejo mito y se vuelve a utilizar el arma hasta entonces usada sólo para actos religiosos.

La muerte de Huitzilopochtli es la mejor expresión del fin del mundo azteca. La encontramos en un párrafo trágico del cronista texcocano. Relata cómo en los últimos días de la defensa de México "subieron a la torre y derribaron muchos ídolos; especialmente en la capilla mayor donde estaba Huitzilopochtli, que llegaron Cortés e Ixtlilxōchtli al mismo tiempo y ambos embistieron con el ídolo; Cortés cogió la máscara de oro que tenía puesta... e Ixtlilxōchtli le cortó la cabeza al que poco años antes adoraba por su dios".⁵⁸

⁵⁶ *Anales de Tlatelolco, op. cit.*, párrafo 317.

⁵⁷ SAHAGÚN, *op. cit.*, pp. 104 y 216.

⁵⁸ IXTLILXŌCHITL. FERNANDO DE ALVA, *Obras Históricas*, México, 1891, I: 360.

EL GOBIERNO DE MADERO Y LA DECENA TRÁGICA

Por *Jesús SILVA HERZOG*

EL 31 de octubre de 1911, siete días antes de que don Francisco I. Madero ocupara la silla presidencial, firmaban en una casa de la pequeña población de Tacubaya, los señores Paulino Martínez, Policarpo Rueda y Francisco I. Guzmán, un plan revolucionario llamado "Plan de Tacubaya", desconociendo anticipadamente al futuro Gobierno. En dicho documento político se declaraban nulas las elecciones que habían dado el triunfo a Madero y Pino Suárez; se declaraban disueltas las cámaras de la Unión; y sin disimulos ni eufemismos, en forma directa, se decía que el propósito fundamental del Plan era llevar a la Presidencia de la República al licenciado Emilio Vázquez Gómez, a quien se colmaba de elogios y se le atribuían las más altas virtudes cívicas.

Los autores del Plan de Tacubaya acusaban a Madero de nepotismo, de haber traicionado el Plan de San Luis y de haber impuesto a Pino Suárez y a varios Gobernadores de los Estados. Lo llamaban pérfido, demente, criminal y otras lindezas por el estilo. Pero lo más interesante del tal documento era la siguiente declaración: "El problema agrario en sus diversas modalidades es, en el fondo, la causa fundamental de la que derivan todos los males del País y de sus habitantes". En este punto los firmantes del Plan de Tacubaya tenían obviamente razón puesto que se apoyaban en un hecho real e incontrovertible. Pero entonces no pasó nada de importancia: cierta alarma momentánea en el país y unas cuantas aprehensiones en la ciudad de México.

El 6 de noviembre —precisemos la fecha— el señor Madero cruzó sobre su pecho la hermosa y codiciada banda presidencial.

LA popularidad del señor Madero al ocupar la Presidencia, había descendido en toda la República en comparación con aque-

lla de que había gozado al entrar como caudillo victorioso a la ciudad de México cinco meses antes. La prensa no cejaba en su tarea de ataques a Madero, a su hermano Gustavo y a los Secretarios de Gobernación y de Comunicaciones y Obras Públicas. A don Gustavo Madero lo llamaban los periódicos de oposición sistemática, que eran los de mayor circulación, "ojo parado", porque tenía un ojo de vidrio; a don Abraham González, le decían "Ñor Abraham" para indicar su impreparación intelectual y acentuar su rusticidad, y a don Manuel Bonilla, con el perverso propósito de hacerlo aparecer como un imbécil, le inventaron la palabra "bonilladas", bajo cuyo rubro afirmaban que decía las más divertidas tonterías. Por supuesto que a los ataques de los diarios y semanarios no escapaban otros miembros del Gobierno ni sus partidarios más sinceros y decididos. El semanario *Multicolor*, nacido al amparo de la libertad maderista, se distinguió por su campaña en contra de Madero y sus colaboradores. Los caricaturistas Santiago R. de la Vega y Ernesto García Cabral, colaboradores permanentes de ese semanario, contribuyeron en cierta medida con su fina ironía y afilado ingenio, al desprestigio del nuevo régimen.

Manuel Calero llamó a don Abraham González, hombre de buen sentido, honrado a carta cabal y patriota; y respetable, capaz y laborioso a Manuel Bonilla. La opinión de Calero ha sido en más de una ocasión confirmada por quienes conocieron a esos dos hombres, víctimas de una prensa al servicio de ruines intereses. La opinión de Calero a este respecto es muy valiosa porque no obstante haber servido al Gobierno de Madero en dos altos cargos: primero como Secretario de Relaciones y después como Embajador en Washington, estuvo siempre inconforme con la política del Presidente, lo cual nos lleva a pensar que nunca fue un colaborador entusiasta. A su juicio, Madero "no era ni estadista, ni político, ni siquiera sujeto equilibrado". Sobre el mismo tema escribe en *Un decenio de Política Mexicana*, lo siguiente: "Madero era liberal y demócrata y en estos dos conceptos, tomados en toda su amplitud, estábamos de acuerdo. En lo que tendríamos que disentir, a juzgar por su conducta durante el interinato, era en los procedimientos de su Gobierno; pero yo esperaba que los suyos se modificarían a medida que fuera percatándose de las responsabilidades que traía consigo su función de Presidente de la República. Cierto que Madero iba al Gobierno con la cabeza hinchada de fórmulas vanas; que su voluntad incierta estaba sujeta a violentos giros

e inesperadas reversiones; que no tenía conocimiento de los hombres, ni estudios de administración, ni experiencia política; pero a trueque de estas deficiencias su corazón rebozaba en patriotismo, benevolencia y honradez". Este juicio nos parece en lo general un tanto severo, pero en el fondo no lejos de la amarga verdad.

AL general Bernardo Reyes le habían hecho creer sus amigos más cercanos que aún gozaba de enorme popularidad en todo el país, como dos años antes cuando numerosos grupos de ciudadanos le habían ofrecido su candidatura a la Vicepresidencia. Además, estaba seguro de la incapacidad de Madero para gobernar y pensó que él, Bernardo Reyes, era quien podía dominar la situación al tomar en sus hábiles manos el timón de la República. Para conseguir su propósito o para tratar de conseguirlo le quedaba solamente un camino: la aventura revolucionaria; y el viejo militar, que luchara en el pasado en defensa de las instituciones republicanas, se lanzó a esa aventura peligrosa engañado por el espejismo de una fácil victoria.

Naturalmente el general Bernardo Reyes redactó y publicó su plan revolucionario. El contenido del Plan puede resumirse en la forma que sigue:

1.—Se acepta el Plan de San Luis, adicionándolo con la idea de establecer una zona libre en el Norte de la Nación.

2.—Se desconoce la legalidad de las últimas elecciones para Presidente y Vicepresidente de la República, así como también a todas las autoridades que no secunden el Plan.

3.—En el artículo 4º se dice: "Quedan especialmente sujetos a revisión y en condición de ser anulados los acuerdos, disposiciones, decretos y sentencias referentes a enajenación de terrenos declarados baldíos y que estaban de antemano poseídos, verificándose en su caso las restituciones debidas".

Sólo en breve comentario: En noviembre de 1911, el problema de la tierra en México preocupaba a los hombres más atentos al desarrollo del país y más conocedores de la realidad; mas el señor Madero no se daba todavía cabal cuenta de la magnitud de ese problema y de cuán urgente era comenzar a resolverlo sin pérdida de tiempo. Continuaba embriagado de optimismo, soñando en las palabras mágicas del sufragio efectivo y la no reelección; continuaba sin preocuparse seriamente de las cuestiones sociales y económicas, causas substantivas que

provocaban la inconformidad y la agitación. Por eso se quedó tranquilo y satisfecho cuando el Congreso de la Unión, el 27 de noviembre, elevó a precepto constitucional la no reelección de Presidente y Vicepresidente de la República.

Volvamos al general Bernardo Reyes. Se había marchado a los Estados Unidos. Cruzó la frontera el 13 de diciembre de 1911, acompañado de un pequeño grupo de partidarios. Nadie se le unió. Al saberse perseguidos, el puñado de amigos se fue dispersando y bien pronto se quedó solo el General. De seguro debió haber pasado horas y días amargos, vencido y desilusionado; huyendo solitario por los montes del Estado de Nuevo León, que durante largos años gobernara con mano firme. Al fin se rindió a las autoridades de la población de Linares, el 25 de diciembre, doce días después de la iniciación de su dramática aventura. Se le condujo a la ciudad de México y fue internado en la Prisión Militar de Santiago. Pudo haber sido fusilado; mas el Presidente Madero, el generoso, lo salvó de la muerte.

José Vasconcelos escribe en *Ulises Criollo*, a propósito de la bondad de Madero: "Le dolía la humillación de sus enemigos y hubiera deseado abrirles el presidio y también la anchura inmensa de sus pequeños brazos". A nuestro parecer estas hermosas palabras, retratan con fidelidad un aspecto de la personalidad de aquel hombre tan cargado de virtudes humanas y tan lleno de defectos como estadista.

Los zapatistas continuaron levantados en armas durante el interinato del señor De la Barra. Nunca presentaban batalla cuando se daban cuenta de la superioridad numérica y del equipo de las fuerzas del Gobierno. Al aproximarse éstas se dispersaban o huían para refugiarse en lo más intrincado de las montañas próximas. Las tropas federales que iban en su persecución, encontraban solamente a campesinos labrando la tierra o conversando tranquilos a las puertas de sus jacales. Al ser interrogados nunca sabían nada de los zapatistas; ni los habían visto en parte alguna. Pero ellos mismos eran zapatistas combatientes que habían escondido el rifle y que estaban resueltos a empuñarlo de nuevo en la primera oportunidad. Al presentarse la ocasión propicia, solían atacar por sorpresa a los pequeños destacamentos enemigos, venciendoles sin dificultad. El espionaje, por otra parte, estaba perfectamente

organizado y la sorpresa a ellos, a los zapatistas, era imposible. Puede decirse que había un espía en cada habitante rural del Estado de Morelos. Así se explica que jamás, durante diez años hubieran podido ser aniquilados no obstante la enorme superioridad de sus adversarios.

Algunos, demasiado optimistas, pensaban que Emiliano Zapata se rendiría con sus tropas al ocupar don Francisco I. Madero la Presidencia. Estaban equivocados, completamente equivocados. A los zapatistas no les importaba lo del sufragio efectivo y la no reelección. Muchos de ellos ni siquiera sabían bien la significación y el alcance de tales vocablos. Lo que les importaba era la restitución de las tierras a los pueblos, robadas por poderosos terratenientes con la complicidad de las autoridades. Por eso, por el hambre de tierras y por las injusticias de que habían sido víctimas, abandonaron sus hogares y fueron a la lucha, alentados por la promesa contenida en el artículo 3° del Plan de San Luis; y como el señor Madero, ya en la Presidencia, no diera inmediatamente pasos efectivos para cumplir esa promesa, los zapatistas, impacientes, resolvieron pelear sin tregua por el logro de sus aspiraciones.

De aquí que en la Villa de Ayala, el 25 de noviembre de 1911, se firmara el plan revolucionario conocido históricamente con el nombre de "Plan de Ayala", por los generales Emiliano Zapata, Otilio E. Montaña, José Trinidad Ruiz, Eufemio Zapata, Jesús Morales, Próculo Capistrán, Jesús Navarro, Francisco Mendoza y otros jefes y oficiales del ejército zapatista. Los autores del Plan consideraban que Madero había traicionado los principios de la Revolución y que trataba de acallar por medio de la fuerza a los pueblos que exigían el cumplimiento de sus promesas. Añadían que Madero había impuesto a Pino Suárez y a varios Gobernadores de los Estados en contra de los principios que proclamara. Decían también que había pactado con los científicos, con los hacendados y caciques de toda laya. Por último aseguraban que Madero era inepto para gobernar y lo llaman nada menos que traidor a la patria. Lógicamente lo desconocían como jefe de la Revolución y en su carácter de Presidente de México. Al desconocerlo en cuanto a las primeras funciones mencionadas, nombraban en su lugar al general Pascual Orozco, el militar más prestigiado del maderismo. Agregaban que si Orozco no aceptaba la designación hecha en su favor, entonces lo substituiría en el mando supremo el general Emiliano Zapata.

Lo más importante del documento político que estamos comentando, se halla en las adiciones al Plan de San Luis. Son de tal manera interesantes para conocer la trayectoria ideológica de la Revolución en su aspecto social, que es necesario transcribir íntegramente los artículos que las contienen:

"6°—Como parte adicional del Plan que invocamos, hacemos constar:

"Que los terrenos, montes y aguas que hayan usurpado los hacendados, científicos o caciques a la sombra de la justicia vernal, entrarán en posesión de esos bienes y muebles desde luego, los pueblos y ciudadanos que tengan sus títulos, correspondientes a esas propiedades, de las cuales han sido despojados por mala fe de nuestros opresores, manteniendo a todo trance con las armas en las manos, la mencionada posesión, y los usurpadores que se consideren con derecho a ellos lo deducirán ante los tribunales especiales que se establezcan al triunfo de la revolución.

"7°—En virtud de que la inmensa mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos no son más dueños que del terreno que pisan sin poder mejorar en nada su condición social, ni poder dedicarse a la industria o a la agricultura, por estar monopolizadas en unas cuantas manos, las tierras, montes y aguas, por esta causa, se expropiarán previa indemnización de la tercera parte de esos monopolios a los poderosos propietarios de ellos a fin de que los pueblos y ciudadanos de México, obtengan ejidos, colonias, fundos legales para pueblos o campos de sembradura o de labor y se mejore en todo y para todo la falta de prosperidad y bienestar de todos los mexicanos.

"8°—Los hacendados, científicos o caciques que se opongan directa o indirectamente al presente Plan, se nacionalizarán sus bienes y las dos terceras partes que a ellos correspondan se destinarán para indemnizaciones de guerra, pensiones de viudas y huérfanos de las víctimas que sucumban en las luchas del presente Plan".

El resto de los artículos del Plan de Ayala se refiere a los procedimientos a seguir, así como también en relación con la forma de restablecer el orden constitucional cuando triunfara el nuevo movimiento revolucionario. El lema que calza el Plan de Ayala es el siguiente: "Libertad, Justicia y Ley".

El Plan de que se trata fue redactado por Otilio Montañón y Emiliano Zapata. El primero profesor pueblerino de primeras letras, y, el segundo, un campesino que apenas sabía leer y

escribir pero ambos conocían bien la miseria que padecía el habitante del campo, la habían sufrido en su propia carne y por eso tenían idea de sus necesidades elementales insatisfechas y de sus anhelos de mejoramiento individual y colectivo.

Al conocerse el Plan por aquellos días de fines de noviembre y principios de diciembre de 1911, por haber sido publicado en el Diario del Hogar de Filomeno Mata, pensaron los observadores realistas y sensatos que era impracticable, utópico y demasiado radical. En nuestros días, al examinar el Plan de Ayala y compararlo con hechos históricos posteriores ocurridos en México, nos impresiona la moderación y la ingenuidad de aquellos audaces pioneros de la reforma agraria; porque, por una parte, sólo aspiraban a restituir sus terrenos a los legítimos dueños y, por la otra, a expropiar previa indemnización, es decir, mediante pago adelantado, la tercera parte de las tierras de los grandes latifundistas; y únicamente en caso de abierta rebelión, sería menester llegar a la nacionalización del total de sus propiedades. Ya sabemos que en los años posteriores se llegó mucho más lejos, consecuencia inevitable de la radicalización de las ideas durante la guerra civil; durante una lucha larga y sangrienta entre el pueblo y la clase acaudalada.

El presidente Madero envió un poderoso ejército a combatir a los zapatistas, al "Atila del Sur", como llamaban a Zapata los grandes rotativos de la ciudad de México y los pequeños periódicos de provincia. Fue una guerra sin cuartel. La crueldad imperó en los dos bandos. Los federales fusilaban a diestra y siniestra e incendiaban aldeas enteras, sospechosas de simpatía zapatista. Por su parte, los zapatistas imitaban a los federales. "Ojo por ojo y diente por diente". Crueldad infame, estúpida e inútil como todas las crueldades. Ni las tropas del Gobierno ni las de Zapata tuvieron jamás una victoria definitiva.

A fines de febrero de 1911, el Gobierno no había logrado restablecer la paz en la nación; la campaña publicitaria en contra del señor Madero continuaba cada vez con mayor audacia y encono; y su popularidad, fatalmente, decrecía semana a semana.

EN los primeros días de marzo se rebeló en contra del Gobierno el general Pascual Orozco que entonces gozaba de

popularidad en todo el país. Orozco se adueñó inmediatamente de todo el extenso Estado de Chihuahua y fue secundado por la Legislatura Local y por todos los generales, jefes y oficiales revolucionarios a sus órdenes que habían participado en la primera etapa de nuestro movimiento social, con excepción de Francisco Villa que permaneció leal al señor Madero.

El Plan Orozquista, que así puede llamarse, está firmado en la ciudad de Chihuahua el 25 de marzo de ese año de 1912, por los generales siguientes: Pascual Orozco, José Inés Salazar, Emilio Campa, Cheche Campos, Benjamín Argumedo, José de la Luz Blanco, Roque Gómez y Braulio Hernández. La mayor parte de ellos, militares improvisados, se habían distinguido por su valor en los campos de batalla.

En el nuevo Plan revolucionario se dice que se lucharía por el triunfo del Plan de San Luis, del Plan de Tacubaya y del Plan de Ayala; pero además contiene novedades y es mucho más avanzado, socialmente, que ninguno de los tres anteriores. A primera vista se advierte la influencia del Manifiesto del Partido Liberal publicado en el año de 1906.

Lo que podemos llamar los considerandos del Plan Orozquista, están escritos en estilo tan ampuloso y pedestre que de modo inevitable provocan la sonrisa burlona del lector contemporáneo; la pasión se desborda en torrentes con insultos y calumnias a don Francisco I. Madero; y de vez en vez, aquí y allá, se ataca a los Estados Unidos de Norteamérica. Un ejemplo de esto último: "Madero ha profanado nuestra bandera con la mano sacrílega del yankee". Y este otro: "Francisco I. Madero ha arrancado de nuestro escudo el águila gloriosa devorando la serpiente, para sustituirla con el buitre que devora la América Española". Nada de eso; literatura política barata y a la par mentirosa. No por lo del buitre sino por Madero. Éste fue siempre verdadero patriota.

Ahora bien, los artículos del Plan Orozquista son otra cosa. Muchos de ellos contienen una visión certera de algunos de los problemas fundamentales de México; están redactados con claridad y son antecedentes de los dos artículos más avanzados de la Constitución de 1917: el 27 y el 123.

En materia política trataban de suprimir la vicepresidencia de la República y a los jefes políticos; de conceder independencia al Poder Municipal y de garantizar la libertad para escribir y pensar; mas a nuestro entender lo importante de dicho

documento estriba en las reformas económico-sociales, porque ellas nos muestran cómo iban cuajando y precisándose las ideas revolucionarias. Esas ideas que trataban de transformar la organización del país y por las cuales los orozquistas, según sus palabras, estaban resueltos a luchar hasta vencer o morir, tienen tal significación histórica que no es posible resistir la tentación de transcribir los artículos que las contienen:

"34. Para mejorar y enaltecer la situación de la clase obrera, se implantarán desde luego las siguientes medidas:

"I.—Supresión de las tiendas de raya bajo el sistema de vales, libretas o cartas-cuentas.

"II.—Los jornales de los obreros serán pagados totalmente en dinero efectivo.

"III.—Se reducirán las horas de trabajo, siendo éstas diez horas como máximun para los que trabajan a jornal y doce para los que lo hacen a destajo.

"IV.—No se permitirá que trabajen en las fábricas niños menores de diez años, y los de esta edad hasta la de diez y seis sólo trabajarán seis horas al día.

"V.—Se procurará el aumento de jornales armonizando los intereses del capital y del trabajo, de manera que no se determine un conflicto económico que entorpezca el progreso industrial del país.

"VI.—Se exigirá a los propietarios de fábricas que alojen a los obreros en condiciones higiénicas, que garanticen su salud y enaltezcan su condición.

"35. Siendo el problema agrario en la República el que exige más atinada y violenta solución, la Revolución garantiza que desde luego se procederá a resolverlo, bajo las bases generales siguientes:

"I.—Reconocimiento de la propiedad a los poseedores pacíficos por más de veinte años.

"II.—Revalidación y perfeccionamiento de todos los títulos legales.

"III.—Reivindicación de los terrenos arrebatados por despojo.

"IV.—Repartición de todas las tierras baldías y nacionalizadas en toda la República.

"V.—Expropiación por causa de utilidad pública, previo avalúo a los grandes terratenientes que no cultiven habitualmente toda su propiedad; y las tierras así expropiadas se repartirán para fomentar la agricultura intensiva.

"VI.—A fin de no gravar el Erario, ni mucho menos aumentar con empréstitos en el extranjero la deuda exterior de la Nación, el Gobierno hará una emisión especial de bonos agrícolas para pagar con ellos los terrenos expropiados, y pagará a los tenedores el interés del 4 por ciento anual hasta su amortización. Esto se hará cada 10 años con el producto del pago de las mismas tierras repartidas con el que se formará un fondo especial destinado a dicha amortización.

"VII.—Se dictará una ley orgánica reglamentaria sobre la materia".

Todas estas ideas económico-sociales, de igual manera que las de carácter político a que arriba se hizo referencia, formaron parte, según ya se apuntó, de la Ley fundamental de la nación, algo menos de un lustro más tarde.

El Gobierno organizó sin demora una fuerte columna militar para combatir a los orozquistas al mando del general González Salas, Ministro de la Guerra en el Gabinete del señor Madero. El 25 de marzo tuvo lugar la batalla en la estación de Rellano entre los federales y los revolucionarios. Aquéllos fueron completamente derrotados y González Salas, militar pundonoroso, se pegó un tiro que lo privó de la vida. Había cometido errores en la dirección de la campaña y no pudo soportar su fracaso.

Sin pérdida de tiempo fue enviada al Estado de Chihuahua una fuerza militar más numerosa y mejor equipada que la anterior a las órdenes del general Victoriano Huerta, uno de los jefes de mayor prestigio en el ejército. En esta ocasión, como en muchas otras, la historia no se repitió. El 22 y el 23 de mayo, otra vez en Rellano, los orozquistas sufrieron tremenda derrota; y, días más tarde, en Bachimba, fueron completamente aniquilados. El general Huerta sometió bien pronto a la obediencia al Estado de Chihuahua y consolidó su prestigio de hábil estratega.

Hay un hecho que no debemos pasar inadvertido relacionado con Francisco Villa, por la fama que más tarde alcanzó en México y en otras latitudes. La columna militar del general Huerta, de la cual formaba parte Villa, estaba en Torreón preparándose para avanzar al Norte en contra de Orozco y su gente. Villa se había robado un caballo de pura sangre que pertenecía a un cierto personaje de la localidad. El propietario presentó su queja al jefe de las fuerzas y éste

ordenó a Villa que devolviera el caballo a su dueño; pero Villa levantisco e indisciplinado por naturaleza se negó a obedecer. Entonces el general Huerta ordenó que fuera aprehendido y fusilado al día siguiente por insubordinación en campaña. Alguien avisó por telégrafo a México. El presidente Madero hizo que la ejecución se suspendiera y que Villa fuera trasladado a la Capital en calidad de prisionero. Fue internado en la Prisión Militar de Santiago, de donde se fugó poco tiempo después, según se dijo por aquellos días, con la complicidad del propio Presidente de la República. Villa jamás olvidó que Madero le salvó la vida y siempre tuvo para él y su memoria las palabras de mayor afecto, gratitud y admiración.

AHORA es necesario retroceder un poco en nuestro relato.

Mientras se luchaba en el Norte en contra de Orozco y en el Sur se combatía a Zapata, el Presidente Madero rendía su informe a la XXV Legislatura el 1º de abril de 1912. El informe es extenso y se ocupa en su mayor parte de la marcha de la administración pública, pero también trata de cuestiones políticas, sociales y económicas. A tal respecto vamos a consignar aquellas que a nuestro juicio tienen mayor importancia y que reflejan las ideas del Jefe del Poder Ejecutivo de la Nación:

I. Estima injustificados los movimientos dirigidos por Zapata y Orozco y llama "ordas bandálicas" a los zapatistas. No advierte o parece que no advierte, las causas profundas que habían originado esos movimientos de rebeldía.

II. Afirma, una vez más, su confianza en la lealtad del ejército, de ese ejército heredado del porfirismo.

III. Al referirse a los rumores de la intervención armada en México por los Estados Unidos, dice que el pueblo de México "a pesar de todas las deficiencias de que adolece o que se le atribuyen en el orden político, ama su independencia y su dignidad más que su propia vida". Aquí, por asociación de ideas se recuerdan las primeras palabras del Manifiesto Comunista de Marx y Engels: "Un espectro se cierne sobre Europa: el espectro del comunismo" Nosotros podemos decir que a través de nuestra historia desde 1824 hasta la fecha, un espectro se ha cernido y se cierne todavía sobre México: el espectro de la intervención norteamericana.

IV. Informa que se establecerán quinientas escuelas rudimentarias de acuerdo con el decreto de 1º de julio de 1911.

Entendemos que no pudo organizarse tan loable propósito por la agitación política y la guerra civil.

V. Dice textualmente: "...el Ejecutivo se preocupa hondamente por el problema agrícola, porque estima que en la solución de este problema está vinculado el porvenir económico de la República". También trata de la organización de la Comisión Nacional Agraria para estudiar los problemas de la pequeña propiedad y del fraccionamiento y colonización de tierras. Nótese que el señor Madero hasta esa fecha se limita a ordenar el estudio del problema agrario, sin tomar ninguna medida práctica para resolverlo desde luego. Y es que, desgraciadamente, aún no se daba cabal cuenta de la magnitud y gravedad de dicho problema, ni de cuán inaplazable y urgente era encontrar sin demora el camino para su resolución.

En el segundo y último Informe rendido al Poder Legislativo el 16 de septiembre, el presidente Madero, siempre optimista, dijo lo siguiente: "Esperemos que de hoy en adelante México disfrutará de una paz inalterable, porque los principios de la efectividad del sufragio y de la no reelección, conquistados en la revolución de 1910, serán la mejor garantía del regular funcionamiento de las instituciones republicanas". Pero en otro lugar del mismo Informe se refiere al empréstito de diez millones de dólares contratado en Europa y en los Estados Unidos para gastos de guerra. Y es que los zapatistas a quienes lanzaba el cargo de cometer "depredaciones criminales" y de emplear "procedimientos salvajes de destrucción", estaban en pie de lucha tercios e indomables a pesar de sus frecuentes derrotas. El Atila del Sur no podía ser aniquilado por las numerosas fuerzas federales enviadas a combatirlo.

En el informe en cuestión el señor Madero se refiere a su interés por mejorar la justicia; a su preocupación por la conservación de los bosques; a que se habían nombrado inspectores del petróleo para fijar el impuesto federal; y una vez más elogia la lealtad del Ejército que, meses más tarde, probaría su deslealtad.

En materia de instrucción pública pone en conocimiento del Congreso que hay ciento cuarenta y cinco mil niños en las escuelas primarias del Distrito Federal y cuatro mil seiscientos treinta y cinco alumnos en la Universidad. Dice que se han establecido ya cincuenta escuelas rudimentarias, reconociendo que eran muy pocas en comparación con las necesidades de la enseñanza elemental en el campo mexicano.

A mediados del año hubo una convención obrero-patronal de la industria de hilados y tejidos, en la cual estuvieron representadas ciento quince fábricas, la inmensa mayoría de ellas. Los resultados no fueron satisfactorios para los trabajadores; no obtuvieron ninguna ventaja efectiva y no estuvieron conformes con los reglamentos aprobados. Lo más que se consiguió, según parece, fue la promesa hecha por casi todos los representantes de las empresas de reducir la jornada de trabajo que era entonces, generalmente, de diez a once horas. El presidente Madero se limitó a informar de la tal convención al Poder Legislativo, en forma lacónica y sin comentario alguno de importancia. Quizás seguía pensando en que los gobernantes no debían mezclarse en cuestiones de carácter económico y social.

Sin embargo, en este segundo Informe es visible la preocupación del Presidente por el problema agrario, puesto que después de referir que existían veintiún millones de hectáreas nacionales, entre las que se contaban tierras que habían estado en poder de las Compañías Deslindadoras, añade que dichas tierras serían divididas para venderlas a precios módicos y aún darlas gratuitamente o arrendarlas. También informó en esa ocasión sobre el nombramiento de una comisión que estaba estudiando el problema del fraccionamiento y de la colonización de la gran propiedad, fomentando la iniciativa de los terratenientes, siempre de acuerdo con ellos y por medio de convenios especiales.

No es posible saber los pasos siguientes que hubiera dado el gobierno de Madero si hubiera tenido tiempo para ocuparse del problema agrario; mas nos inclinamos a pensar, con apoyo en el conocimiento de la personalidad del caudillo y gobernante, que él hubiera ido tan despacio por falta de energía y decisión, que hubiera sido imposible calmar la agitación en el campo y establecer una paz orgánica y duradera.

EN la Cámara de Diputados tenían lugar verdaderos dueños parlamentarios. Fue una buena época en la historia del Poder Legislativo mexicano, en este siglo. La oposición la dirigía el cuadrilátero, formado por diputados de fácil palabra e ideas reaccionarias: José María Lozano, Querido Moheno, Nemesio García Naranjo y Francisco M. de Olaguibel. En la otra trinchera, del lado del gobierno maderista, estaban hombres de la alta talla intelectual como Jesús Urueta y Luis Cabrera; el

primero gran orador y el segundo brillante polemista, dueño y señor de una dialéctica incisiva y arrolladora. El público llenaba las tribunas de la Cámara en todas las sesiones, interesado en los debates y atraído por la pirotecnia verbal de los contendientes.

El orozquismo había sido completamente aniquilado; pero Zapata y sus huestes batalladoras, repitámoslo una vez más, continuaban en pie de guerra. La paz parecía imposible y el malestar general crecía constantemente, a lo ancho y a lo largo del territorio nacional.

El general Félix Díaz, sobrino de don Porfirio y de méritos personales que solían discutirse, había hecho carrera a la sombra y bajo la protección de su tío. Félix Díaz era ambicioso y soñaba en ocupar la primera magistratura de la nación. El 16 de octubre logró sublevar en contra del Gobierno al 21 Batallón que guarnecía el puerto de Veracruz, al mando del coronel Díaz Ordaz, pariente suyo. Siete días después los sublevados no pudieron resistir el ataque de la columna militar enviada desde México al mando del general Joaquín Beltrán. En pocas horas el puerto fue tomado sin que fuera necesario librar una gran batalla. Félix Díaz se había hecho la ilusión de que gozaba de enorme prestigio en el ejército federal y que, por lo tanto la columna enviada en su contra se sumaría desde luego a su causa.

Naturalmente el sobrino de su tío, como solía llamársele a don Félix para indicar que todo se lo debía al viejo caudillo, también publicó su Plan político al levantarse en armas en Veracruz. El Plan citado no es revolucionario sino reaccionario; no contiene ninguna promesa económica o social; se limita a injuriar a Madero y a ofrecer el restablecimiento de la paz. Su idea fundamental, seguramente, era volver al porfirismo, único sistema de gobierno que él alcanzaba a comprender. El general Félix Díaz fue aprehendido y desde luego pudo haber sido fusilado de conformidad con la ley militar; pero el señor Madero, siempre magnánimo, le perdonó la vida. Conducido a la ciudad de México se le internó en la Penitenciaría.

Después del fracaso de la rebelión felixista, la prensa no cejó en su campaña para desprestigiar al régimen emanado de la Revolución. Los diarios y semanarios que más circulaban, dirigidos por antiguos porfiristas al servicio de los terratenientes y de otros intereses, aprovechaban la libertad que les había dado Madero para hacerlo blanco de burlas sangrientas y minar

así su prestigio ya en continuo descenso. En el mes de diciembre hubo algunos casos en que los periódicos, descaradamente, incitaban al ejército y al pueblo a rebelarse en contra del Gobierno.

Es cierto que Madero había cometido no pocos errores en el ejercicio del poder; empero, también es cierto que la prensa al comentarlos les daba un alcance mucho mayor y los amplificaba sin medida. La renovación del Poder Legislativo y la elección de algunos gobernadores de los Estados, no siempre se ajustaron a la doctrina del sufragio efectivo. En ciertos casos se hizo sentir la presión del gobierno central. Esto, sumado a la falta de una cabal comprensión de los problemas económicos y sociales y a la actitud en ocasiones poco circunspecta del Presidente, fueron acumulando en el horizonte político densas nubes que presagiaban la tormenta.

Manuel Calero escribió: "Al terminar el primer año de su gobierno, Madero era el Presidente más impopular que México ha tenido, sencillamente porque ninguno había sido visto con tan poco respeto". Lo anterior, precisa confesarlo, es una verdad amarga que consta a quienes ya entonces, siendo aún muy jóvenes y con simpatías por Madero, observábamos con creciente inquietud y amargura el desarrollo de los acontecimientos.

Y se acercaba el desenlace de uno de los dramas más vergonzosos de la historia de México.

LA noche del sábado 8 de febrero de 1913, circularon rumores en la ciudad de México de que se preparaba una asonada militar. El Gobernador del Distrito Federal y el Inspector General de Policía pudieron comprobar con alarma creciente en las primeras horas del domingo 9 que efectivamente una parte de la guarnición de la plaza, formada por más de un regimiento, se preparaba ya sin disimulos para derribar al gobierno legítimo y hundirse en el lodo de la traición. El glorioso ejército mexicano iba a manchar las páginas de la historia de un pueblo infortunado.

El general Manuel Mondragón fue el primer capitán de los traidores. Al mando de una fuerza respetable por su número —más de dos mil hombres— hizo que fueran puestos en libertad los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz. Reyes se puso al frente de los sublevados y ordenó la marcha hacia el

Palacio Nacional, con el propósito de tomarlo, si era menester, a sangre y fuego.

El histórico palacio, asiento del Poder Ejecutivo, estaba defendido por el pundonoroso general Lauro Villar, jefe de la Zona Militar correspondiente a la capital de la nación. Los defensores no llegaban a doscientos y los atacantes se aproximaban ya a los tres mil. El general Bernardo Reyes, montado en brioso caballo, lucía su gallarda figura de divisionario. Al mando de su tropa llegó a la Plaza de la Constitución y colocándola frente al palacio exigió la rendición de los defensores. Probablemente Reyes, sobreestimando la influencia de su prestigio militar se engañó una vez más, al pensar que su presencia bastaría para el logro de sus fines y que, en esa ocasión, la rendición se obtendría sin derramar una sola gota de sangre. Una descarga cerrada de los defensores fue la respuesta a su requerimiento. El tiroteo se generalizó por breves momentos. El general Reyes cayó de su caballo, muerto instantáneamente por certero balazo en la cabeza. Los rebeldes se retiraron en desorden, quedando el Palacio Nacional en manos de los leales. El general Lauro Villar había sido herido en la refriega y se vio obligado a dejar el mando de las fuerzas adictas al régimen maderista. Cabe pensar que si eso no hubiera sucedido, si Villar hubiera continuado como jefe supremo y no lo hubiera substituido en el mando el general Victoriano Huerta, la historia de aquellos días trágicos sería hoy contada de manera diferente.

Félix Díaz y Manuel Mondragón, que habían permanecido a la retaguardia, se dirigieron un tanto desalentados por su primer fracaso a la Ciudadela, un edificio de grandes proporciones que se utilizaba a guisa de cuartel y almacén de armas y pertrechos. Ahí no encontraron resistencia los infidentes y establecieron en condiciones óptimas su cuartel general.

Mientras tanto, el presidente Madero al recibir las noticias del cuartelazo en su residencia del Castillo de Chapultepec, se dirigió sin pérdida de tiempo al Colegio Militar que entonces se hallaba en el mismo Castillo. Ahí arengó a los cadetes, con su palabra fácil y elocuente, a cumplir con su deber en defensa de las instituciones. Inmediatamente después montó a caballo y marchó rumbo al centro de la ciudad por el Paseo de la Reforma y la Avenida Juárez, escoltado por los jóvenes cadetes y en compañía de varios miembros de su gabinete. En el trayecto se le presentó el general Victoriano Huerta y ofreció sus servicios con acentuada actitud respetuosa y cordial. El presidente

Madero, que ya tenía conocimiento de que el general Lauro Villar estaba herido e incapacitado para continuar al frente del ejército, nombró a Huerta, de seguro sin reflexión bastante, Comandante Militar de la Plaza y por consiguiente Jefe de las Operaciones en contra de los felixistas.

En la esquina de las calles de San Juan de Letrán y la Avenida Juárez hubo un cerrado tiroteo entre un grupo de rebeldes que se había quedado rezagado de sus compañeros y los soldados que escoltaban al Presidente. El señor Madero fue obligado a ponerse a salvo en el local de una fotografía. Al fin pudo llegar a su despacho del Palacio Nacional para atender los asuntos que las circunstancias exigían. Se refiere que estaba sereno, optimista y confiado en que la rebelión sería dominada en unas cuantas horas.

LA lucha comenzó muy luego entre los dos bandos. Buen número de calles céntricas de la capital de la República fueron transformadas en campo de batalla. Combates con fusiles, ametralladoras y cañones de todos calibres; muertos y heridos a centenares, tanto combatientes como ciudadanos pacíficos; edificios destruidos o averiados; la vida civil interrumpida; miedo y hambre en no pocos hogares por la dificultad para comprar alimentos; escándalo internacional por los hechos mismos, que amplificaban los corresponsales extranjeros; barcos de guerra norteamericanos en aguas de Veracruz, y el Embajador de los Estados Unidos, Henry Lane Wilson, amenazando con la intervención.

Llegan el lunes, el martes, el miércoles y el jueves, y la Ciudadela no sufre todavía un ataque formal. Algunos amigos y colaboradores del señor Madero empiezan a desconfiar del General en Jefe.

Uno de tantos días, Huerta ordenó a un regimiento de rurales, maderistas probados, al mando del coronel Castillo, que atacara de frente, a pecho descubierto, la Ciudadela. Esto sin que la artillería hubiera antes preparado el asalto y sin haber organizado la ofensiva general. Al coronel Castillo le pareció disparatada la orden y solicitó que le fuera ratificada. Huerta lo hizo. El coronel Castillo obedeció y se lanzó con su tropa a la muerte. Parece que los felixistas habían sido avisados del estúpido ataque. Estaban preparados y barrieron con fuego de ametralladora a los infortunados, leales y valientes atacantes.

Ninguno quedó con vida para contar el suceso. Así, con este acto infame, el general Victoriano Huerta se deshacía de los soldados sospechosos de firme adhesión al Gobierno legítimo. En los primeros días de la Decena Trágica, el señor Madero, dando una vez más prueba de su valor inquebrantable, fue a Cuernavaca acompañado de unas cuantas personas para traer a México al general Felipe Ángeles que dirigía la campaña en contra de los zapatistas. Ángeles era uno de los jefes militares más prestigiados por su capacidad y honradez. Ángeles llegó a la ciudad de México con parte de sus tropas sin pérdida de tiempo; pero Huerta desconfiando de su deslealtad al Gobierno, le señaló un puesto secundario desde el cual no podía hacer grave daño con sus cañones a los defensores de la Ciudadela.

A fines de la semana, algunos allegados al Gobierno sabían que los rebeldes recibían a menudo buenos cargamentos de víveres, con el disimulo de sus adversarios; sabían también que porfiristas y súbditos españoles ayudaban con dinero a la causa de Félix Díaz; y, sabían por último, que los reaccionarios de toda laya apretaban sus filas y se sumaban a los sublevados.

Por otra parte, crecía la desconfianza en la lealtad de Huerta, los días pasaban sin que fuera organizado el ataque general sobre el reducto rebelde. El domingo 16, el presidente Madero, quizás porque comenzaba a desconfiar de Huerta, lo llamó a su despacho para preguntarle cuándo iba a ser por fin el anunciado asalto general que acabara de una vez por todas con la rebelión. Algo más debe haberle dicho en tono impaciente, transparentándose tal vez una leve sospecha de traición; porque según el testimonio del ingeniero Alberto J. Pani, Huerta, abrazando a Madero le dijo: "Yo soy señor Presidente, siempre el mismo; fiel hasta la muerte". Y en el pecho de Madero, siempre noble y siempre crédulo, debió haber renacido la tranquilidad. Al día siguiente, lunes 18, Huerta le dijo al señor Madero: "Prometo a usted, señor Presidente, que mañana todo habrá terminado". En esta ocasión el miserable cumplió su palabra.

MIENTRAS en las refriegas inútiles morían decenas de hombres, el representante diplomático de la gran democracia norteamericana, intrigaba con actividad demoníaca en contra de la incipiente democracia que en México se trataba de implantar. A un grupo de senadores les dijo que si no cesaba la lucha en

las calles de la Capital sería inevitable la intervención armada de los Estados Unidos, agregando que la única solución consistía en la renuncia de Madero. Más tarde pudo comprobarse que el Embajador no había recibido instrucciones de su Gobierno en tal sentido y que, en asunto tan grave, procedía por cuenta propia y en forma incompatible con los deberes de su cargo. Pero los señores senadores, de seguro temerosos de que se cumplieran las amenazas del diplomático, acudieron en número de veinticinco al Palacio Nacional, y una vez que fueron recibidos por el Presidente le pidieron que presentara la renuncia de su alto cargo. Madero respondió que tenía motivos para afirmarles que no existía peligro alguno de intervención militar y que él, sólo muerto, dejaría la Presidencia. El Embajador no se dio por vencido y envió con el mismo objeto al señor Collogan, Ministro de España en México. El resultado de esta nueva gestión fue también negativo. Madero estaba en su puesto y le asistía plenamente la razón.

EN los sótanos de la Embajada de los Estados Unidos se imprimía una hoja suelta para alentar a los sublevados. Henry Lane Wilson no ocultaba sus opiniones deprimentes hacia Madero. Decía, entre otras cosas, que estaba loco y que debía ser encerrado en un manicomio. Buen número de representantes diplomáticos fueron testigos de tales palabras. Puede asegurarse que la intervención del Embajador norteamericano, un malvado químicamente puro, en aquellos días dolorosos para México, fue un factor decisivo para que se consumara la negra traición. Desde el día 15 estaba enterado de lo que se tramaba y no fue ajeno a los arreglos entre Félix Díaz y Victoriano Huerta. Así pagaba la hospitalidad que le había brindado México y las atenciones recibidas de un gobierno amigo.

El martes 18 de febrero Victoriano Huerta cumplió su palabra: la Decena Trágica terminó, nada más que no con la rendición de la Ciudadela sino con la detención del Presidente de la República, del Vicepresidente y de varios Secretarios de Estado. Después de algunos incidentes sangrientos en el mismo despacho presidencial, cuando el señor Madero trataba de salir de Palacio, el 29 Batallón fue el encargado de consumir la infamia. Su jefe, el general Aureliano Blanquet, tomando del brazo al señor Madero, le dijo: "Es usted mi prisionero"; la respuesta fue: "Es usted un traidor". Félix Díaz, el ambicioso

mediocre, y Huerta, el perverso ambicioso, se habían entendido merced a los buenos oficios del señor Wilson. Fue el espantoso maridaje de la maldad con la estupidez.

Don Francisco I. Madero y don José María Pino Suárez, quedaron prisioneros en una habitación de la parte baja del Palacio Nacional. Se habló entonces del Pacto de la Ciudadela; mas ese documento es históricamente conocido como el Pacto de la Embajada, porque fue en la Embajada de los Estados Unidos, según informaciones de buena fuente, donde lo firmaron sus autores. El tal documento merece ser reproducido aquí:

En la ciudad de México a las nueve y media de la noche del día 18 de febrero de 1913, reunidos los señores generales Félix Díaz y Victoriano Huerta, asistidos el primero por los licenciados Fidencio Hernández y Rodolfo Reyes, y el segundo por los señores teniente coronel Joaquín Maass y el ingeniero Enrique Cepeda, expresó el señor general Huerta que en virtud de ser insostenible la situación por parte del Gobierno del señor Madero, para evitar más derramamiento de sangre y por sentimientos de fraternidad nacional ha hecho prisionero a dicho señor, a su Gabinete y a algunas otras personas; que desea expresar al señor General Díaz sus buenos deseos para que los elementos por él presentados fraternicen y todos unidos salven la angustiosa situación actual. El señor General Díaz expresó que su movimiento no ha tenido más objeto que lograr el bien nacional y que en tal virtud está dispuesto a cualquier sacrificio que redunde en beneficio de la Patria. Después de las discusiones del caso, entre todos los presentes arriba señalados, se convino lo siguiente: Primero: Desde este momento se da por inexistente y desconocido el Poder Ejecutivo que funcionaba, comprometiéndose los elementos representados por los generales Díaz y Huerta a impedir por todos los medios cualquier intento para el restablecimiento de dicho poder. Segundo: A la mayor brevedad se procurará solucionar en los mejores términos legales posibles la situación existente y los señores generales Díaz y Huerta pondrán todos sus empeños a efecto de que el segundo asuma antes de setenta y dos horas la Presidencia Provisional de la República con el siguiente Gabinete: Relaciones, Licenciado Francisco L. de la Barra; Hacienda, Lic. Toribio Esquivel Obregón; Guerra, General Manuel Mondragón; Fomento, Ing. Alberto Robles Gil; Gobernación, Ing. Alberto García Granados; Justicia, Licenciado Rodolfo Reyes; Instrucción Pública, Jorge Vera Estañol; Comunicaciones,

Ing. David de la Fuente. Será creado un nuevo Ministerio que se encargará de resolver la cuestión agraria y ramos anexos, denominándose de Agricultura y encargándose de la Cartera respectiva el Licenciado Manuel Garza Aldape. Las modificaciones que por cualquier causa se acuerden en este proyecto de Gabinete deberán resolverse en la misma forma en que se ha resuelto éste. Tercero: Entre tanto se soluciona y se resuelve la situación legal, quedan encargados de todos los elementos y autoridades de todo género, cuyo ejercicio será requerido para dar garantías, los señores Generales Huerta y Díaz. Cuarto: El señor General Félix Díaz declina el ofrecimiento de formar parte del Gabinete Provisional en caso de que asuma la Presidencia Provisional el señor General Huerta, para quedar en libertad de emprender sus trabajos en el sentido de sus compromisos con su partido en la próxima elección, propósito que desea expresar claramente y del que quedan bien enterados los firmantes. Quinto: Inmediatamente se hará la notificación oficial a los representantes extranjeros limitándola a expresarles que ha cesado el Poder Ejecutivo que se provee a su situación legal, que entre tanto quedan con toda la autoridad del mismo los señores Generales Díaz y Huerta y que se otorgarán todas las garantías procedentes a sus respectivos nacionales. Sexto: Desde luego se invitará a todos los revolucionarios a cesar en sus movimientos hostiles, procurando los arreglos respectivos. El General Victoriano Huerta.—El General Félix Díaz.

Es verdad y ya lo hemos dicho en más de una ocasión: Madero había perdido todo prestigio, y su popularidad en febrero de 1913 sufría dramático descenso. En primer lugar no había podido restablecer la paz en la nación; en segundo lugar no le fue posible durante los quince meses de su gobierno conocer a fondo y atacar con decisión los problemas vitales del país; en tercero, había demostrado su incapacidad como estadista; y en cuarto no eran pocos los que dudaban de su sinceridad y apego a la doctrina del sufragio efectivo, desde la imposición de Pino Suárez y de algunos gobernadores de los Estados. Si a los errores y deficiencias anteriores se agrega la incesante campaña adversa al régimen de la prensa reaccionaria, la cual a cada paso sugería que la salvación de México sólo podría encontrarse en una especie de neoporfirismo, es posible que el lector tenga una imagen aproximada de la realidad en los momentos en que estalló la rebelión felixista.

Por supuesto que lo anterior no quiere decir que justifiquemos el cuartelazo. No; de ninguna manera. Tenemos la más profunda convicción de que los ejércitos existen únicamente para defender la patria de una agresión extranjera, para sostener las instituciones y para mantener la paz interior. El ejército que se aparta de estas tres altas funciones y vuelve sus armas en contra de un gobierno legítimo se aparta de sus deberes y se cubre de oprobio.

En cuanto a la situación militar cabe hacer unas cuantas observaciones. Los rebeldes de la Ciudadela estaban prácticamente sitiados y pudo con facilidad evitarse que recibieran víveres. En todo el resto del país el Ejército federal permaneció fiel al gobierno durante la Decena Trágica. Las fuerzas al mando de Huerta eran superiores a las de Díaz desde la llegada del general Ángeles, y todavía era posible mejorar sus efectivos con tropas traídas a la Capital, de otras poblaciones. La Ciudadela, según opinión de expertos militares, pudo haber sido tomada en unas cuantas horas. Lo que sucedió fue que desde el primer momento, el general en jefe comenzó a trenzar los hilos de la traición. A algunos colaboradores cercanos al señor Madero, les pareció muy pronto sospechosa la conducta de Huerta y así se lo hicieron saber; pero el Presidente no dio crédito a sus verdaderos amigos; tal vez pensó en la imposibilidad de que en pecho humano pudiera haber tanta maldad.

La Decena Trágica, según cálculos aproximados, dejó un saldo de dos mil muertos y seis mil heridos entre los beligerantes y gente pacífica víctima de su curiosidad.

EL mismo día 18 fueron aprehendidos Gustavo Madero y Adolfo Bassó. Este último, marino de reconocido mérito, Intendente de las residencias presidenciales, que había defendido valientemente el Palacio Nacional al ser atacado por el general Reyes. Bassó y Gustavo Madero fueron entregados, por órdenes de Huerta a la soldadesca de la Ciudadela, que después de la fácil victoria tenía sed de alcohol y de sangre. Gustavo Madero fue injuriado y vejado por la canalla ebria. Un soldado le dio un bayonetazo en el único ojo que tenía, y ciego, dando traspies, sufrió heridas con arma blanca y arma de fuego. Su cadáver, según el ingeniero Alberto J. Pani, presentaba treinta y siete heridas. Bassó fue pasado por las armas por el delito de lealtad al gobierno que servía. Murió con serenidad admi-

nable, mirando la Estrella Polar que, según sus últimas palabras, le había guiado muchas veces en sus viajes por el mar. El señor Manuel Oviedo, Jefe Político de Tacubaya, maderista de convicción, también fue asesinado.

Y apenas comenzaba la orgía de sangre.

DON FRANCISCO I. MADERO y don José María Pino Suárez, tuvieron que renunciar a sus altos cargos desde su prisión improvisada en el Palacio Nacional. El general Huerta, dueño de la situación, ofreció solemnemente al señor Pedro Lascuráin, jurando sobre un escapulario y una medalla que dijo le había regalado su madre, respetar la vida de los prisioneros. Ofreció también que serían enviados a Veracruz con toda clase de seguridades, para que se embarcaran en el crucero "Cuba" rumbo a La Habana, acompañados por el Ministro de aquel país hermano, señor Márquez Sterling.

La renuncia dice así: "Ciudadanos Secretarios de la Honorable Cámara de Diputados: En vista de los acontecimientos que se han desarrollado de ayer a acá en la Nación, y para mayor tranquilidad de ella, hacemos formal renuncia de nuestros cargos de Presidente y Vicepresidente, respectivamente, para los que fuimos elegidos. Protestamos lo necesario.—México, 19 de febrero de 1913. Francisco I. Madero.—José María Pino Suárez". El señor Federico González Garza, asegura que Madero renunció con la idea de salvar la vida y luchar después en contra de los traidores. Esto es seguramente cierto y Madero hubiera cumplido su propósito.

Parece que muchos diputados no concurrieron a la sesión en que se presentó la renuncia de los dos mandatarios y que no hubo el quórum legal. Pero esto, naturalmente, no iba a impedir a Huerta la realización de sus planes. La renuncia fue aceptada por la mayoría de los legisladores. Inmediatamente protestó como Presidente de la República, de acuerdo con la Constitución, el Secretario de Relaciones Exteriores, licenciado Pedro Lascuráin; mas como éste designó enseguida, único acto de su gobierno, Secretario de Relaciones al general Huerta, renunció a su vez, según lo convenido, protestando luego Huerta como Presidente. Lascuráin ocupó la Primera Magistratura de la Nación durante unos cuarenta minutos. Así se consumó una de las usurpaciones del Poder Ejecutivo en México en medio del terror y bajo la presión de las bayonetas.

Es de justicia hacer notar que dando pruebas de valor civil, votaron en contra de la aceptación de la renuncia del señor Madero, los diputados Alfonso Alarcón, Francisco Escudero, Leopoldo Hurtado y Espinosa, Luis Manuel Rojas, Manuel F. Méndez, Ramón Morales, Luis F. Navarro y Alfredo Ortega; y en contra de la aceptación de Pino Suárez los cuatro primeros. Estos datos los hemos tomado de un libro del ingeniero Pani.

EL señor Ramón Prida, que nunca fue maderista, relata en *De la dictadura a la anarquía*, lo que pasó en la Embajada de los Estados Unidos la noche del 18 de febrero, horas después de consumada la traición y tal vez horas antes de los asesinatos de Gustavo Madero y Adolfo Bassó. El relato de Prida coincide en lo esencial con otros relatos que conocemos; y como nos parece verídico e imparcial por haber sido escrito por quien lo escribió, lo transcribimos a continuación:

El dieciocho de febrero en la noche, reuniéronse en la Embajada, algunos Ministros extranjeros, que deseaban saber la realidad de los acontecimientos. El señor Embajador no pudo recibirlos desde luego, porque estaba atendiendo a otras visitas. En uno de los salones de la Embajada conversaban los generales Victoriano Huerta y Félix Díaz en presencia del Embajador, acompañaban al primero los señores Enrique Cepeda y Joaquín Maass. Al segundo lo acompañaban los señores Rodolfo Reyes y Fidencio Hernández, estando también presente el senador don Guillermo Obregón. Ahí se discutieron los términos en que quedaba pactado el reparto que del poder hacían dos ambiciones frente a frente. Sucedió, como lo pinta la fábula y acontece siempre en tales casos: todo se lo llevó el león. El general Huerta discutió uno que otro nombre de Ministro, más bien por fórmula; así quitó la Cartera de Hacienda a don Carlos G. de Cosío, para darla a don Toribio Esquivel Obregón, a quien ni consultaron, limitándose a enviarle un recado para que al siguiente día se presentara en el Ministerio de Gobernación a protestar.

Formada la lista, el Embajador Wilson, con ella en la mano, fue al salón contiguo, donde estaban los Ministros extranjeros esperándolo. Después de los saludos correspondientes, el Embajador les dijo: "Señores, los nuevos gobernantes de México, someten a nuestra aprobación el Ministerio que van a designar, y yo desearía que si ustedes tienen alguna objeción que hacer, la

hagan para transmitirla a los señores generales Huerta y Díaz, que esperan en el otro salón. Con esto demuestran el deseo que les anima, de marchar en todo de acuerdo con nuestros respectivos gobiernos, y así creo firmemente, que la paz en México está asegurada". Los Ministros se apresuraron a tomar copia de los nombres que estaban en la lista, y al llegar al señor Garza Aldape, que figuraba en el Ministerio de Agricultura que se iba a crear, uno de los presentes lo objetó: "Este señor, dijo, es un ladrón". "El señor Garza Aldape, repuso el Embajador, no es más que un proyecto de Ministro". "Nosotros, dijo el Ministro de Cuba, no creo que debamos rechazar ni aprobar nada, sino simplemente tomar nota de lo que se nos comunica y transmitirlo a nuestros Gobiernos". La mayoría de los presentes apoyaron las palabras del señor Márquez Sterling, y el señor Embajador regresó al salón donde lo esperaban los señores Huerta, Díaz y personas que los acompañaban.

El Embajador manifestó que los representantes diplomáticos no hacían ninguna objeción a los Ministros propuestos. Momentos después, los diplomáticos eran invitados a pasar al salón donde estaban los generales Huerta y Díaz, y ante ellos, el licenciado Rodolfo Reyes, con gran énfasis dio lectura a lo que el público ha dado en llamar "El Pacto de la Ciudadela" y que mejor debiera designarse como lo hago yo: "El Pacto de la Embajada".

Terminada la lectura del documento, el Embajador Wilson y los mexicanos presentes, aplaudieron. Inmediatamente, el general Huerta, alegando que tenía ocupaciones urgentes, se despidió. Intencionalmente había dejado al brigadier Díaz para lo último, y al llegar a él se detuvo un momento. Parecía que ambos vacilaban: al fin Huerta abrió los brazos, y dos ambiciones contrarias se estrecharon, pensando, probablemente, en el momento en que pudieran destruirse una a la otra. Nuevamente resonaron los aplausos en el salón, aplausos que otra vez encabezaba su Excelencia el Embajador Americano, Mr. Henry Lane Wilson.

El Embajador salió a despedir al general Huerta, acompañándolo hasta la puerta. Al regresar, en el vestíbulo de la Embajada, encontró a don Félix Díaz, quien, con sus acompañantes, se había despedido de los diplomáticos. Al ver Mr. Wilson al brigadier Díaz, exclamó: "¡Viva el general Díaz! Salvador de México". Los que acompañaban al Brigadier respondieron "¡Viva!", e invitados por el Embajador, pasaron al comedor, donde

les ofreció una copa de champagne. ¡Aún vivía Madero y todavía no firmaba su renuncia!

Los diplomáticos extranjeros habían oído todo lo ocurrido. Oyeron el chocar de las copas, los vivas dados en el vestíbulo, y el estruendo del tapón al dejar libre el espumoso champagne. Uno de ellos hizo la observación de que era extraño que no se les hubiera invitado también para aquel acto; pero el Encargado de Negocios del Japón, agregó: "Mr. Wilson sabe bien a quienes invita para estos casos".

Al reunirse el Embajador americano con sus colegas que sólo lo esperaban para despedirse, todos ellos, casi a un tiempo exclamaron: "¿No irán estos hombres a matar al Presidente?".

—"Oh, no, —dijo Mr. Wilson—, a Madero lo encerrarán en un manicomio: el otro sí es un pillo, y nada se pierde con que lo maten".

—"No debemos permitirlo, dijo inmediatamente el Ministro de Chile".

—"Ah, replicó el Embajador, en los asuntos interiores de México, no debemos mezclarnos: allá ellos que se arreglen solos".

Nadie dijo una palabra. Silenciosamente a los pocos momentos abandonaron los representantes extranjeros la Embajada Americana. Al traspasar el umbral del edificio, ya en la calle, uno de ellos dijo: "Es curioso este Embajador: cuando se trata de dar auxilio a un jefe rebelde y que bajo el pabellón de su patria se concierte el derrumbe de un gobierno legítimo ante el cual él está acreditado, no tiene inconveniente en intervenir, ser testigo del pacto y aún discutir las personas que formarán el nuevo gobierno, sin que le preocupe si se trata o no de asuntos interiores del país, pero cuando se trata de salvar la vida a dos personajes políticos, a quienes la traición y la infamia quizá, están discutiendo la manera de matar, encuentra que su posición de representante de una potencia extraña, no le permite intervenir, aunque sí califica, a rajatabla y con notoria indiscreción, a los gobernantes del país ante quienes está acreditado".

—"Tiene usted razón, replicó otro de los Ministros, quizá ese sea un capítulo secreto de la Doctrina Monroe, que aún no llega a nuestro conocimiento. Y ya que habla usted de indiscreciones, agregó: ya no habrá hoy hojita?"

—"Para qué, replicó el interpelado, ya hoy habrán trasladado la imprenta a lugar más cómodo".

El señor Prida afirma que la información anterior la obtuvo directamente de varios representantes diplomáticos, testigos de los hechos que refiere y que, a nuestro juicio, son ciertos porque coinciden en lo fundamental, como antes se apuntó, con las versiones de otras personas bien enteradas y dignas de crédito.

EN la recepción de Palacio ya Huerta Presidente y dueño de la situación, el Embajador Wilson brindó por el éxito del nuevo gobierno, por su Presidente que, aseguró el diplomático yanqui, devolvería la paz al pueblo mexicano.

Mientras tanto al conocerse la noticia de los asesinatos de Gustavo Madero y Adolfo Bassó, se temió por la suerte de don Francisco I. Madero y don José María Pino Suárez. Los amigos más cercanos comenzaron a desconfiar de la palabra empeñada por Huerta, de que respetaría la vida de los prisioneros. La desconfianza se tornó en alarma cuando se comprobó que Huerta no permitía la salida a Veracruz de Madero y Pino Suárez, para embarcarse en el crucero *Cuba*, como él, Huerta, lo había prometido al tratarse de las renunciaciones de los dos altos mandatarios.

La esposa del señor Madero angustiada y llorosa visitó al Embajador de los Estados Unidos para pedirle que interviniera en favor de su esposo y le salvara la vida. Henry Lane Wilson, desoyó las súplicas de aquella noble mujer atribulada. Wilson, no podía mezclarse en los asuntos interiores de México.

El 22 de febrero, día de Washington, tuvo lugar una elegante recepción en la Embajada de los Estados Unidos. Los invitados bebieron champagne, comieron sabrosos bocadillos y conversaron alegremente. El Embajador, según refiere Márquez Sterling, en *Los últimos días del Presidente Madero*, como a las nueve de la noche declaró en un corrillo de invitados que Huerta respetaría la vida de los prisioneros, agregando que sería una desgracia para aquél, asesinar al señor Madero. En esto último, en lo de la desgracia, por vez primera vio claro su excelencia y acertó en su pronóstico.

Y mientras en la Embajada se destapaban botellas de champagne, Madero y Pino Suárez seguían en su cárcel improvisada, ignorantes del trágico fin que les aguardaba. Madero estuvo siempre sereno; Pino Suárez un tanto abatido. González Garza cuenta que Madero le dijo: "Como político he come-

tido dos graves errores que son los que han causado mi caída: haber querido contentar a todos y no haber sabido confiar en mis verdaderos amigos". Esto es verdad; pero a esas dos causas, insistamos en ello, precisa añadir dos más: su falta de capacidad para conocer a los hombres y su desconocimiento de los problemas fundamentales de la nación.

YA cerca de medianoche de ese día 22, fueron sacados del Palacio Nacional los señores Madero y Pino Suárez: se les separó desde luego y se les obligó a subir en distintos automóviles, asegurándoles que se les conducía a la Penitenciaría para su mayor comodidad. Ya cerca del edificio penal, uno y otro fueron cobardemente asesinados al bajar de los vehículos, por los agentes que les custodiaban. Un tal Francisco Cárdenas, mayor de las fuerzas rurales, fue quien mató al señor Madero. Un grupo de gendarmes al mando del felixista Cecilio Ocón, simuló un ataque a los automóviles. En ese momento se consumó el tremendo crimen. La versión oficial apareció al día siguiente en los periódicos: al ser conducidos los señores Madero y Pino Suárez a la Penitenciaría, un grupo de sus amigos quiso libertarlos, entablándose una lucha a tiros entre ellos y los policías que conducían a los prisioneros. En la refriega resultaron muertos ambos personajes. Esto, nadie lo creyó; desde luego, con indignación contenida o expresada, fue señalado el responsable: Victoriano Huerta.

Y Francisco I. Madero, el caudillo que había arrojado del poder al general Porfirio Díaz; el gobernante sin estatura de estadista, se convertía, por el camino del sacrificio, en mártir de la democracia y apóstol de la libertad.

Madero, murió a tiempo, que es lo más difícil de la vida.

JUAREZ, ELOGIO Y RECORDACIÓN

Por *Andrés Henestrosa*

BENITO Juárez nació indio y nunca dejó de serlo; se formó mestizo, y tampoco dejó de serlo. Era un auténtico americano. En el campo aprendió a pensar por sí solo, a penetrar más allá de la apariencia de las cosas, a esperar y a comprender la pluralidad laboriosa del mundo. Supo que el hombre puede ser el guía y el protector de las criaturas más indefensas, y que conducirlas por senda segura es su primer signo de responsabilidad y de grandeza; no por azar, entre los pueblos pastores han aparecido guías de mano tan firme.

Su pobreza, que fué total, lo familiarizó con lo más duro e inclemente de la tierra. Sólo la pureza permite entender sin odio, pero sin blanduras, las proporciones de la injusticia; y sólo en una naturaleza recia y alerta, se van edificando en el infortunio ideas concretas y viables para remediarla. Y así, antes de aprender letras, supo de memoria la descarnada verdad de su país. Estos golpes que sufrió le dejaron una profunda consciencia de pertenecer al pueblo y lo orientaron hacia el propósito de "trabajar constantemente para destruir el poder funesto de las clases privilegiadas".

Nunca perdió la honestidad del pobre ni la frugalidad del indio. Pero muy pronto cobró consciencia de que, para actuar sobre el mundo y cambiarlo a la medida de la justicia, era preciso hacerse de una lengua de alcance nacional y de los conocimientos que podían utilizarse no en la defensa de unos cuantos sino para el servicio de todos. Esto explica el respeto que siempre le mereció la sabiduría occidental y el uncioso tesón con que bregó desde su primera hora del contacto con la ciudad, para dominar la lengua castellana. Él mismo nos cuenta que abandonó la escuela elemental porque en ella no le enseñaban el mismo idioma que a los niños decentes, y se aplicó por sí mismo a dominarlo "para expresar mis ideas por medio de la escritura, aunque fuera de mala forma, como es la que uso hasta hoy".

Como un remanente de la tradición colonial, para un indio no había más carrera posible que la del sacerdocio. Por eso su tutor, el terciario Antonio Salanueva —de oficio encuadernador— lo encamina hacia el seminario de Oaxaca, por tantos conceptos a la zaga de instituciones similares que en la provincia mexicana dieron excelentes frutos. En aquel seminario se enseñaba religión conforme a estrechos patrones, y un primer signo de la claridad con que Juárez vislumbraba su destino fue rebelarse contra la fácil solución de recibir las órdenes sagradas.

Sin embargo, tras esos años pasados bajo la tutela de clérigos se le afirmó el profundo sentido religioso que traía de sus viejas razas. Su devoción por los símbolos nacionales —la patria, la bandera, la ley— tenía mucho del fervor supersticioso con que se adora a los ídolos y las imágenes.

Pero la simple presencia de un encuadernador en una población como Oaxaca hace suponer que existía allí una minoría ilustrada, que se interesaba por los libros más representativos del pensamiento laico. Sin duda de las manos religiosas de Salanueva salieron, bellamente empastadas, las obras de Voltaire, Rousseau, Montesquieu y D'Alambert, y acaso la producción de los grandes liberales norteamericanos como Franklin y Jefferson, los Adams y William Penn. Y no parece raro que en la modesta biblioteca personal del encuadernador, al lado de biografías y devocionarios, figuraran los clásicos eternos de Grecia y Roma. Es natural que el joven zapoteca leyerá ávidamente todo este acervo de la sabiduría de los hombres libres de su época; no de otra manera se explica su segura terminología enciclopedista desde las primeras expresiones literarias que de él se conservan. Su estilo directo y conciso es consecuencia no sólo de su temperamento sino de una disciplina formativa que le viene de muy lejos. Este estilo, tan personal, trasciende de la colaboración que puedan haberle prestado distintos hombres de letras de su tiempo para la elaboración de sus discursos y documentos públicos; hay enfoques, mecanismos de juicio, ideas fundamentales y hasta palabras con su clave personal, su sello propio.

Su terminología evoluciona a medida que se transforma de figura local y provinciana en figura nacional. En un principio se advierten en su prosa resabios del neoclasicismo, dominante en Europa y por reflejo en América, después de la Revolución Francesa. Posteriormente hay trasuntos del romanticismo,

injertado en el campo político por influencia de la literatura de principios y mediados del siglo. Pero al alcanzar la madurez, y coincidiendo con la brutal fuerza de los hechos y con la profundización de las realidades, desaparecen esos oropeles y recurren en sus textos, cada vez con mayor frecuencia y seguridad, los nombres cotidianos de la geografía mexicana y las palabras simples, completas y elocuentes que entienden todos los pueblos.

A pesar de que, durante todo el siglo XIX, cualidades fundamentales para ejercer la jefatura de los negocios públicos eran la florida oratoria y las galas de la pluma, este hombre sencillo, duro y esencial como una roca nativa, imponía con su personalidad, su voluntad y su pensamiento. Temprano lo reconocen como guía y como bastión sus compañeros de estudios o de lides políticas, entre los cuales, por cierto, iban a destacarse las inteligencias más claras de su siglo, como Lerdo de Tejada, Ocampo, Ramírez, Zarco y Altamirano. Recordemos una anécdota reveladora. Corría el decenio 1830 a 1840; Juárez aún no rebasaba como político los límites de su estado natal. Santa Anna, una vez más, se había adueñado del poder; los oaxaqueños liberales, perseguidos y en derrota, deciden reorganizarse y se reúnen en secreto a conspirar. Habla Miguel Méndez, otro indio de raza pura, y reclama la continuación de la lucha. "¿Con qué hombre?", pregunta uno de los conjurados, y el orador, sin interrumpir su discurso, va con el hachón en la mano hasta el extremo de la sala, mientras dice: "En otro tiempo esa pregunta me habría arredrado porque no hubiera sabido cómo responderla. Ahora no. Éste es nuestro hombre". E iluminando a una figura silenciosa y recatada, la lleva a que presida la asamblea. Méndez, a pesar de su juventud, no se equivocó: ese hombre era Benito Juárez.

El buen juicio de Juárez lo llevó siempre a conjugar sus innatas facultades de líder con su sentido de que el tamaño de las obras requería el concurso de sus mejores allegados. De aquí que siempre lo vemos trabajando en grupo, disculpando pasajeras intemperancias, perdonando ataques a su persona y reclamando el concurso del mayor número posible de mexicanos. Así llega al elevado concepto de la unidad nacional, sola fórmula que a su juicio ha de conducir a la superación de todos los peligros y de todas las miserias materiales y morales.

Tal concepto tuvo siempre en él expresiones ordenadas y un ámbito predominantemente político. Cuando se refería a

las instituciones, grupos o entidades, atendía al papel que jugaban o que deberían jugar dentro de la estructura que se proponía establecer. En la prosecución de estos programas era implacable y frío. Pero en tales entidades o instituciones nunca involucraba a los hombres. El hombre para él siempre fue objeto del más delicado y cortés tratamiento. Llamaba "señor" hasta a un enemigo, y en lo personal, nunca se sintió ofendido por los ataques que se le hacían, en tanto no fueran mezcladas las dignidades públicas que desempeñaba con meticuloso señorío. Este tratamiento al individuo es otro signo de la permanencia de sus caracteres indios; porque, para un indio, lo más sagrado y lo más secreto del mundo es el hombre.

Con semejantes dotes, en posiciones de tremenda responsabilidad y ante la magnitud de los enemigos que se propuso vencer y venció, nada tiene de extraño que desde que empieza a participar en la vida pública se comporte con la convicción de ser en todo momento una figura histórica. Esta conducta tiene una expresión ininterrumpida hasta la hora de su muerte.

EL signo del pensamiento político de Juárez es el realismo. Se fijaba metas lejanas, pero no inexpugnables. Conocía demasiado su voluntad y el poder de las ideas que defendía, para dudar de que alguna vez pudieran hacerse efectivas. A lo largo de su vida se advierte una transposición, una adaptación de los símbolos del bien y del mal en el terreno político, desde otros mundos, a los ámbitos de su patria. Para él el monarca, el rey, el tirano de la Revolución Francesa, es la España sojuzgadora de América. Más tarde el enemigo ya no es tan vago ni arranca del pasado, sino que está vivo, representado por todas las fuerzas del oscurantismo, del privilegio y de la amenaza extranjera. Cuando habla de los enemigos de México, sabe quiénes son, dónde están y cómo hay que vencerlos. Por la misma razón, sus palabras se dirigen primero a sus conterráneos de Oaxaca y después a la totalidad de mexicanos. De esta suerte nunca fue anacrónico ni le quedó grande el puesto que desempeñaba.

Juárez no concebía la Reforma como un movimiento exclusivamente político, sino como el basamento de un sistema de democracia. Para él el poder tenía el límite de la justicia, y no había justicia posible sin ética. Las leyes eran sagradas porque expresaban la altura máxima de una aspiración moral y de paz colectiva, y no porque dispusieran del instrumento

para castigar a quienes las violaban. El concepto de lo ético en la conducta personal del gobernante y en los actos de los órganos gubernativos es el meollo del pensamiento juarista, y tiene paralelo ilustre con lo que idearon y aplicaron los grandes creadores de la democracia norteamericana, los Adams y Jefferson, principalmente. Esta simbiosis, que no puede escindirse sino a riesgo de frustrar el propósito mismo de la democracia, inspiró también a los ideólogos de la primera república española —Pi y Margall, Salmerón— y de la segunda república francesa —Thiers, Gambetta— y al propio presidente Van Buren de los Estados Unidos, con quien parecen terminar en ese país los conceptos del Estado servidor de los grandes ideales y de la justicia consustanciada con la moral.

Cuando la creencia de un hombre está formada por el proceso de la razón y los dictados del sentimiento, alcanza una seguridad plena de pensamiento y acción. En él concurrían la noción de la medida prudente y la audacia demoledora. Sus savias indias le vedaban la inclinación a la duda: para él, creer era una función vegetativa, pudiera decirse. De aquí que casi todos los hombres de luces, los productos más logrados de la intelectualidad que integraban su generación, una u otra vez titubearon y hasta desertaron de la pelea; pero simbólicamente, de aquella frágil calesa a que alguna vez quedó reducida la patria, él fue el único que jamás descendió, y a él pudieron acudir los mejores mexicanos en las horas aciagas, a renovar su fe y su constancia.

La fuerza de los acontecimientos le impidió practicar el liberalismo como una doctrina estática y pasiva. Las formas clásicas de la escuela sufrieron en México una profunda transformación y la convirtieron en una energía eficaz que para cada problema proponía y aplicaba una solución. Por otra parte, los males del país eran tan ingentes que llevaban a Juárez al convencimiento de que no se podía gobernar sin encararlos en toda su dramática magnitud. Las cosas hacerlas, aunque salgan mal, decía Sarmiento; y Juárez parece profesar con bríos ese principio de responsabilidad y de trabajo.

Los males tienen causas ciertas y determinadas, y Juárez las buscó y las combatió hasta exterminarlas. Su pueblo estaba mayoritariamente desposeído de la protección de la ley y avasallado por minorías dueñas del privilegio. El sabía que nunca se renuncia voluntariamente a esos falsos fueros, y que hay que abatirlos compulsivamente en nombre de los intereses colectivos.

En esa pugna no se persiguió la sujeción de una a otra clase, ni la imposición de una instalación a otra, sino la igualdad de todo ante la ley. Tan justamente se logró el objetivo, que la Iglesia, el Ejército y todas las demás entidades que en el siglo XIX privaban con fueros sobre la ciudadanía, y muchas veces al amparo de las leyes deliberadamente acondicionadas a la injusticia, viven y actúan en nuestros días. Las evidencias históricas abonan la seguridad de que la Reforma en México nunca se propuso ni originó la destrucción de instituciones que, dentro de los límites de la ley, son factores indispensables para la estructura social.

Estrictamente hablando, la Reforma no fue una revolución, porque no impuso una clase sobre otra ni cambió el régimen de la tierra, que es el medio de producción primordial dentro de la estructura económica de México —y sobre todo en aquellos tiempos, en que aún no había una industria de suficiente volumen. Las contingencias políticas absorbieron casi toda la energía de aquellos hombres, obligándolos a procurar ante todo la transformación de las instituciones legales y estatales. No obstante, acometieron y realizaron tres objetivos que son piedras angulares en la transformación socio-económica del país: la separación de la Iglesia y el Estado y la laicización de la enseñanza, la supresión del latifundio religioso, y el incremento de la consciencia ciudadana, que al democratizar las funciones del Estado y el ejercicio de los derechos cívicos facilitó el acceso, cada vez mayor, del hombre de la calle a los cargos públicos. Por eso no puede decirse que Juárez, como encarnación máxima del movimiento reformista, haya sido un revolucionario sino un restaurador, puesto que ni siquiera en el orden religioso dejó de pensar y de actuar como un fervoroso creyente.

La sorda adversión a Juárez y a lo que él representa se ha disfrazado bajo muchas apariencias ideológicas, morales, jurídicas y hasta con implicaciones para la integridad del territorio. El ataque, como es natural, ha procedido de los grupos a quienes desposeyó de sus monopolios y privanzas; y al menos desde el punto de vista de los intereses materiales afectados, tiene una explicación. Con cierta astucia se ha hecho derivar la verdadera índole de esta campaña hacia el terreno religioso, so capa de que el liberalismo quiso destruir a la religión católica.

A cien años de distancia, cuando las pasiones han perdido virulencia y aquellos grupos titulares de prebendas han llegado a comprender las ventajas de vivir dentro de un régimen de

justicia y de igualdad, puede verse que el móvil fundamental de los ataques contra Juárez ha sido totalmente falso. Pasará, sin embargo, algún tiempo todavía, para que con serenidad y atendiendo al tamaño nacional de su figura y al arraigo que tiene en el corazón de su pueblo, se le releve de una acusación que nunca mereció, como ha ocurrido ya con otras figuras de la historia mexicana; no hay que olvidar que Hidalgo y Morelos también se han visto negados en nombre de un supuesto de carácter religioso. Porque la causa del progreso de México es superior a todos los personalismos y al resentimiento de parciales intereses, y se identifica siempre con la independencia, la integridad de la soberanía y la libertad, y todos aquellos que la han defendido y la defiendan son los mejores mexicanos.

En los momentos más aciagos de su vida de hombre y de luchador, Juárez siempre invocó a la Providencia. Su hondo sentido religioso era tanto una fe aprendida o heredada, como una convicción nacional, un acto de inteligencia. Lo que nunca pudo entender —y ésta sí es una aportación filosófica y moral de muy largo alcance— es que se invocara la religión para conculcar el derecho natural de los humildes y exaltar el de los poderosos, y que la injusticia de cualquier orden establecido se tomara como un hecho fatal emanado de una voluntad superior. El, probablemente más que ningún otro paladín de las grandes gestas nacionales, contribuyó a extirpar del ánimo de los mexicanos el fatalismo que por siglos los redujo a la inferioridad y a la aceptación de todas las iniquidades sociales, económicas y morales. En esto fue muy poco indio, porque para sus antepasados, los zapotecas, todos los infortunios, las miserias, y hasta la muerte eran producto de la arbitrariedad de las potencias sobrenaturales.

En todo esto, el patricio coincide con la línea progresista de la Iglesia y especialmente con su contemporáneo, León XIII autor de la encíclica *Rerum Novarum*, que sigue siendo la norma del catolicismo ilustrado en materia de justicia social. Recordemos también que en nuestra época son justamente miembros del clero mexicano, como el padre Gabriel Méndez Planarte, los que han contribuido de manera más esclarecida a despejar de turbias cortinas de prejuicios de índole religiosa a Hidalgo y otras grandes figuras de nuestras luchas libertarias.

Con la misma regularidad y firmeza que Benito Juárez creció desde pastor de majadas hasta Presidente de la República, su signo y su talla se han ido desparramando y creciendo por

el mundo de los hombres libres. No hay escuela de primeras letras, por humilde que sea, donde su nombre no brote con extraño temblor de los labios de los niños de todas las razas. Sus rasgos de tezontle y su mirada segura e impasible son familiares a todos los pueblos al través de los monumentos erigidos en su honor. No hay hombre de pensamiento preocupado por las disciplinas del arte de gobernar y por las normas que consolidan la dignidad del hombre y el respeto al suelo donde vive que no retorne, con fecunda periodicidad, al legado ideológico de este maestro de civismo. Sus palabras conservan la frescura y la luz, y parecen destinadas a orientar aún a muchas generaciones. Sus verdades no tuvieron aplicación efímera porque responden a aspiraciones tan viejas como la existencia del hombre sobre la tierra. No por azar la UNESCO, máxima organización de las naciones civilizadas para la difusión de las culturas, consideró un apotegma juarístico —quizá el que resume más luminosa y concisamente su pensamiento— para lema de la entidad: "Entre los individuos como entre las naciones, el respeto al derecho ajeno es la paz".

Dimensión Imaginaria

CUATRO POEMAS *

Por Jaime TORRES BODET

LA NOCHE

TE presento la noche.
Óyela cómo viene, a la distancia,
por montes sin veredas, entre escombros
de siglos y de lunas degolladas,
al son de un atabal que ritma el pulso.
¡Óyela cómo avanza
desde las playas negras del poniente
hasta el oscuro amanecer del mundo!

Te presento la noche:
en el lento silencio que resbala,
como un agua pesada, sobre un cauce
donde nadie halló nunca
la piedra inexplicable de una palabra náufraga;
en la cerrada madurez del fruto
que sólo un ciego, acaso, lograría
reconocer a tientas en la rama;
bajo el escalofrío de la selva
donde pasa de pronto, entre los pinos,
como el soplo de un vuelo en la memoria,
la hipótesis de un ala . . .

Te presento la noche.
A ti que, por experta en alboradas,

* Del próximo libro *Sim Tregua*, que publicará en breve el Fondo de Cultura Económica.

no puedes advertir qué luz secreta
 encierra a veces una sombra amada;
 a ti para quien siempre
 las dichas fueron nieve, lirio, nácar,
 —cimas de la blancura evanescente—
 esta compacta, dura, ardiente sombra,
 labrada en la obsidiana de mi alma.

VENTANA

CERRASTE la ventana. ¡Y era el mundo
 lo que estaba queriendo entrar, de pronto,
 en ese inmenso grito,
 en ese grito inmenso, brusco y hondo
 que no aceptaste oír —y que ya nunca
 te llamará otra vez como ese día,
 pidiéndote socorro!

Toda la vida estaba en ese grito:
 el viento, el mar, la tierra,
 sus polos y sus trópicos,
 el cielo inacabable,
 la espiga enhiesta en el trigal sonoro,
 el espeso calor de los lagares,
 el alba en la montaña, el bosque umbroso,
 los labios que se pegan al deseo
 del agua esbelta condensada en chorro
 y todos los placeres y las penas
 y todos los amores y los odios
 estaban ese día, ansiosamente,
 pidiéndote socorro. . .

Pero tuviste miedo de la vida.
 Y te quedaste solo

detrás de la ventana silenciosa,
¡sin comprender que el mundo llama al hombre
sólo una vez así, con ese grito,
con ese brusco grito inmenso y ronco!

NUNCA

NUNCA me cansará mi oficio de hombre,
Hombre he sido y seré mientras exista.
Hombre no más: proyecto entre proyectos,
boca sedienta al cántaro adherida,
pies inseguros sobre el polvo ardiente,
espíritu y materia vulnerables
a todos los oprobios y las dichas...

Nunca me sentiré rey destronado
ni ángel abolido mientras viva,
sino aprendiz de hombre eternamente,
hombre con los que van por las colinas
hacia el jardín que siempre los repudia,
hombre con los que buscan entre escombros
la verdad necesaria y prohibida,
hombre entre los que labran con sus manos
lo que jamás hereda un alma digna,
¡porque de todo cuanto el hombre ha hecho
la sola herencia digna de los hombres
es el derecho de inventar su vida!

REPARACION

DE la arena del tiempo, removida
quién sabe por qué viento en la memoria,
surgen cúpulas niveas, templos muertos,

murallas espontáneas,
horas que fueron torres: monumentos
que sólo existen hoy porque los ojos
que un día los miraron, existieron.

Legiones implacables,
estrellas como espadas inauditas
templadas en el frío inmenso y puro,
arados destructores como siglos,
pasaron sobre todo lo creado
—y fue, durante años, en mi alma,
la vida un gran desierto
y el tiempo arena, en vano arrepentida.

Estatuas destronadas, los minutos
rodaban sin rumor por los peldaños
de una blanda escalera, sorda y lenta.
Vacíos de sentido, los deseos
se alzaban sobre el cielo inevitable
como rotas columnas
ansiosas de encontrar sus capiteles.
El tiempo era de arena. Y, en la arena,
las huellas duran lo que el viento quiere.

Pero ¡cómo, de pronto, se levantan
—surtidores de mármol— los recuerdos!
¡Qué alto minarete el de la aurora
desde cuyo balcón descubrí el mundo
y no lo vi mayor que mi conciencia!

Ante ese altar sufrí. Tras esa puerta,
oí pasar ejércitos vencidos.
Y en esta fuente seca está cantando
el corazón de un manantial extinto. . .

De nuevo en piedra se condensa el polvo.
Prevaleció la vida sobre el tiempo.

Pues de cuanto viví nada fue nunca
tan mío y verdadero
como lo es, ahora, entre playas de arena,
esta blanca ciudad resucitada
porque lo quiso el viento:
el viento que a la vez hiela y abrasa,
el que alumbra y deslumbra al mismo instante,
el viento de la última justicia,
¡el viento del desierto!

LA LÍRICA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA Y GARCÍA NAREZO

Por José ALMOINA

II

"antiquam exquirite matrem"

Más de una vez se vio reproducida hogaño aquella trágica escena virgiliana del éxodo troyano con su héroe guía salvando de la catástrofe los lares y penates, reuniendo a un puñado de gentes, conduciendo los restos de gloria, de dolor, de vicisitudes y de pensamiento de una época mientras detrás se elevaban al cielo plumizo los incendios y se amontonaban las ruinas. Y al llegar a la primera tierra libre los fugitivos se postran ante las aras recién erigidas por ellos e interrogan al oráculo: ¿cuál es nuestro origen?; ¿qué somos?; ¿por qué estamos aquí? Los dardanos hispánicos de 1939 también emprendieron el gran periplo; su Éneas fue Antonio Machado y a través de él recibieron la respuesta indicadora de su rumbo; la misma que hallaron los troyanos en Delos: "¡Buscad a vuestra antigua madre!" Y aquí tenemos el poema condensador de esta lírica española retallecida lozanamente con el trasplante; se titula *Madre nuestra*. En sus versos es tan intenso el influjo de Machado que basta leerlos para afirmar una evidente filiación. García Narezo presenta el campo de Castilla tendido y yermo, después de recogidas las cosechas; un esquilmo que, a medida que van desgranándose los versos, se hace más símbolo doliente:

Campo solo. Los trigos se fueron al molino.
El olivar aguarda sin fruto. A ras del suelo,
alza sus mondas cepas el podado majuelo.
El pueblo calla; extiende su vientre campesino
y tiembla bajo el agua . . .

Y la visión se ensancha con dramatismo inexorable que nos recuerda el ambiente de tragedia agobiante envolviendo a los hijos de Alvargonzález:

Tierra inhóspita. Ingrata superficie severa.
Dura tierra desnuda, primitiva y potente.
Tierra donde los ojos pueden ver el presente
y el pasado...

Ese tríptico de adjetivos es certera e insuperable pincelada: "desnuda, primitiva y potente". Los elementos telúricos se funden para darnos la impresión tremenda de un destino fatal, inevitable y asediante, pero incógnito e imperturbable como una esfinge esculpida en roca:

... Emocionante arcano
del eterno paisaje de la patria española.

Sin embargo, mientras en aquellas medrosas descripciones de Machado sentimos cómo todo el imponente estatismo se va desplomando incontenible hasta hundirse en la inmóvil sima de oscuro azul de la Laguna Negra, aquí el alma del poeta se impone a la foscura aciaga y a los presagios funestos y alza una demanda entrañada de aliento confiado:

Aspera madre amada, de cuyo rostro toma
el hombre castellano la mirada que asoma
en sus ojos profundos de pedernal. Castilla,
desemparada madre, tierra amarga, sencilla
y hondísima presencia cuyos hijos merecen
un destino más alto que esta vida en que crecen.
¡Madre nuestra; penetra de fuego su semilla!

Este poema pertenece al libro *Desde esta orilla*, publicado el 1956; pero ya antes dio García Narezo ejemplos de esta lírica que sabe recoger muchas corrientes anteriores para hacerlas salir de nuevo en forma y esencia renovada, en una verdadera re-creación. Entre las composiciones incluidas en *Aurora encadenada* (libro editado el 1955), hay algunas que merecen detener la consideración de manera especial. Ante todo hay que decir que el García Narezo de estos poemas no es insensible a la lírica de raíz clásica tal como se cultivó por los poetas de la generación de la República (1920-1931); quiero decir que más

de una vez pasa el oreo de Garcilaso, de Lope y de Góngora; especialmente el de Garcilaso, cuyo "dolorido sentir" recorre con tremulación casi constante la temática de esta colección primera. Así en el poema *Patria en destierro* leemos, ya al comienzo:

Por mucho que tú quieras
no podrás arrancarte .
 la piel hecha de vida,
 los ensueños
 y los descubrimientos infantiles,
 el sol de los veranos
 que refrenaba el oleaje ardiente
 del aire sudoroso.
 Será imposible hacer que en tu mirada
 desaparezca el gesto,
 la impresión imborrable
 de tanto rostro amado . . .

Y algo después se insiste, resumiendo la larga enumeración:

Por mucho que tú quieras
no podrás arrancarte
 esta impalpable y viva arquitectura
 más fuerte que tus huesos . . .

Pero aunque lleguen a esta poética elementos cultivados por anteriores corrientes, la forma de aprovecharlos marca un cambio y nos permite clasificar dentro del más auténtico realismo español el estilo personal de García Narezo. Así por ejemplo, en la manera de tratar la "descriptio naturae". No cabe duda que los poetas "puristas", y especialmente Juan Ramón Jiménez, hicieron *égloga*, pero la elaboraron proporcionándole un ensueño de miniatura de libro de horas, con fojas amarillas encerrando pétalos viejecitos de una rosa cortada hacía siglos en un jardín en ocaso; no se salva de esta manera de "composición" ni ese libro inmortal que se titula *Platero y yo*, cuya sencillez expresiva no consigue siempre desvanecer una tremulación misteriosa de ecos de manantial en gruta encantada. En García Narezo la forma descriptiva del paisaje busca sus oríge-

nes en Gabriel Miró y, a veces, en Azorín; en este último cuando, por ejemplo, lo hace estampa fragmentada con pincelada breve y rápida, es decir con frase corta, concentrada y directa:

Claros campos, altos cielos
sobre la mies amarilla.
Viento leve, casi nada.
Las espigas
curvan su torso delgado,
tan puras y tan sencillas,
tan altas y bien granadas,
encendidas
por el duro sol de agosto.
Mediodía.

Tierra llana. Suaves montes
allá en la gris lejanía . . .
.
Canto llano de la arista.
Apretados cebadales,
trigo denso, rebeldía
de los granos de la avena
bien crecida . . .

En cambio, la sobriedad anterior se trastrueca en orificia detallista a la manera de Miró cuando leemos:

En la ardiente llanura de la Mancha
hay un pueblo de sol
con tejados de múltiples arterias
resecas por la llama del verano,
de cal deslumbradora,
con su plaza empedrada,
la iglesia dominante
y las columnas de los soportales
frente a la erguida torre
que traspasan vencejos alocados . . .
.
en cocinas de sombra
embalsamadas por el humo denso

los candiles de bronce, las alcuzas,
 los cántaros
 y las especias de las alacenas . . .

 En los atardeceres,
 vuelven los carros, rechinante el eje . . .

Pero este mismo poema (*Un pueblo*), cuyo comienzo nos recuerda algunas páginas de *Niño y Grande*, ofrece de pronto la sorpresa de rasgos clásicos que parecen arrancados a Lope:

Los cabreros ordeñan
 de puerta en puerta el matinal rebaño
 y hacen brotar, rotundos, de la ubre,
 blancos rayos sonoros con espuma.
 Y amasando con lodo
 la implacable nevada
 van los aceituneros,
 calzados con abarcas y peales,
 a varear con manos ateridas
 envueltos en la nube de su aliento.

 Llega la amanecida
 en los días de abril
 con el trote ligero de sus aires . . .

Ahora bien, nada en esta poética es postizo adorno, ni el poeta hiñe el artificio de un mentido paisaje imaginario; en Gabriel García Narezo la pastoral resuena a salterio de esquilas de un rebujal que regresa al aprisco por la cárdena penumbra del ejido aldeano, tibio de los postreros rescoldos del ocaso; los jardines en sueño de la poesía "pura" desaparecen para dejar su sitio al buriel de las labranzas tendidas con besanas iguales hasta los magnos horizontes de la Mancha; y allí no se desmayan "rosas soñolientas de la tarde", ni se entristecen princesas ni milagrean las hadas, sino que viven, padecen y trabajan rudos, enterizos y humanos los pelantrines, los segadores a destajo con su parvo condumio y sus colmados dolores y miserias; el valle no se aduerme en fingido silencio blando que acaricia y envuelve las densas frondas inclinadas para beber en orillas de esmaltadas esmeraldas, de estanques y regatos, "valle de

plata y de verdura", como dice Juan Ramón Jiménez; no, en las tierras que trae a sus versos García Narezo el silencio se llena de huelgos de fatiga humana y animal de las huebras que aran las morenas y fértiles tierras de otro, o de los hombres y el bestiaje que trillan las áureas garbas ajenas cuyo pan tal vez no puedan pagar con los jornales:

Pero el hombre no es campo,
ni paloma,
ni tallo verde.
El hombre
es el hermano Juan, hijo de Antonio,
o el otro a quien de antiguo llaman Rata,
y Paco el Fraile,
todos
los jornaleros duros y delgados
que encienden los pitillos con chisqueros
de mecha y pedernal,
gente amasada
con tierra y con sudor,
aperadores,
yunteros y gañanes,
labradores sin tierra que se mueren
y dejan por herencia jornaleros...

Aquí no se trata de aquel aspecto finisecular que detuvo los acentos líricos por los rumbos de una poesía desnuda, intelectual y estructurada en abstracciones ante la consideración de ese para algunos híbridos fenómenos de hombre-naturaleza o de hombre mezclado y confundido con la naturaleza, sentido que ya asomaba en el *Coloquio de los Centauros* de Rubén Darío y que Ortega y Gasset, bajo el signo gnómico a que nos referimos más arriba, condensó en frase cincelada para establecer la apodíctica del binomio naturaleza-cultura; el centauro en la plaza urbana: "he aquí el ágora, pronunciarán sus labios; he aquí el hipódromo, golpearán sus cascos". Rubén lo dijo con menos palabras: "Sus cuatro patas, bajan; su testa erguida, sube". No; en la poesía de García Narezo el orden puramente intelectual se derriba y asciende a primer plano aquel sentido y sentimiento pascaliano de la "lógica del corazón"; la sensibilidad se enfrenta con el racionalismo y con el intelectualismo. **Bastará leer el poema *La voz del corazón*, que también se inclu-**

yó en *Aurora encadenada* y que es, por tanto, una creación de hace más de dos años; en estos versos va el poeta volcándose en una confesión envuelta en intimidad, y con una expresión directa pero temblorosa de dulzura y llena de matices y semitonos; va volcando todo lo que está en los entresijos de su conciencia; es como una voz que hablara más que al oído al alma misma del que escucha... y hasta del que no escucha:

¿Sabes donde se encuentra
tu corazón?
¿Conoces
el rumbo de sus ecos,
el camino que siguen
sus latidos?...

Parece la palabra de un director espiritual o el tono de un tratado parenético. El poeta deja correr su sentimiento en una llamada constante a ese

... pequeño segundo ser
que llevas en el pecho...

Y desde el comienzo se establece el dualismo de opuestos: corazón-cerebro; aquél todo generosidad en la dulzura y en la indignación, todo sinceridad en

la instantánea chispa que enardece
su sensitivo paso,
su llanto, su congoja...;

en cambio, frente a la verdad de ese "cofre tan pequeño y escondido", yergue el pensamiento, orgulloso, su infidelidad, (*superbus philosophus*), y

... no responde
con la voz que le pide
este momento,
... contesta con *amargas razones*
con la *insensible argucia*
de lo que *considera razonable*...

He subrayado lo más significativo para destacar la intención del poeta. La sensibilidad cordial se exalta ante lo noble y

siempre está dispuesta a todo lo generoso, y no puede el cálculo y la conveniencia, el cerebralismo frío y sin emoción, impasible ante el dolor e insensible o incapaz de reaccionar frente al crimen, no puede detener los impulsos de los sentimientos

aunque el cerebro quiera
ponerle freno al curso
de su caudal,
sin pausa renovado . . .

Pero ¿adónde se dirige esta lógica del corazón? ¿Por qué ha de exaltarse esa sensibilidad y desbordarse el raudal generoso de su roja linfa? Una vez más vuelve el poeta a la respuesta del oráculo:

De español a español te estoy hablando.
De corazón a corazón te digo
que estamos hermanados por la ausencia
de una madre común desamparada.

No son los desterrados quienes se sienten en abandono; repárese en este trastrueque conceptual que cambia el planteamiento, generalmente empleado hasta ahora, del fenómeno del exilio; la desamparada es la madre común, y hay que salvarla. Si a los troyanos se les señalaba el deber de ir en busca del regazo acogedor donde había nacido su stirpe, es decir se les incitaba a refugiarse en el seno maternal de su progenitora, en esta poesía del destierro español el llamamiento del poeta tiende a una acción inversa: la exilada, la desterrada, la necesitada de urgente ayuda, es la "madre común", y para eso hay que ir en su busca; el venerable clamor virgiliano, *antiquam exquirite matrem* cambia de tono y de dirección en dos vigorosos endecasílabos que cierran el poema:

Busquemos nuestra patria fieramente
llevando en alto un corazón de fuego.

Y para hacer ese camino hacia la "madre común" el Eneas, caudillo y guía es Antonio Machado, no sólo ese Machado "tercero" imaginado por Juan Ramón, sino todo él, el de todas sus fases y períodos, el de todas sus voces que García Narezo va

evocando en uno de los más sentidos poemas de su obra, *Machado entre nosotros*; Machado

padre nuestro,
mano amiga que duerme
en tierra de sus huesos,
en la impasible tierra
que hizo nuestra tu carne
en tierra convertida . . .

En un exquisito soneto a Cristo Crucificado escribía Bergamín este verso de luz inefable:

No hagas tu Cruz espada en carne muerta;

algo semejante expresa García Narezo como anhelo de epifanías bajo el signo de ese amor de Machado a la tierra "que amaste hasta la muerte". En este poema, cuyo tono arrebatado de dolorosa pasión clama devoto respeto y sacude admirativo escalofrío, los anhelos de resurrección salvadora se mezclan con ofrendas como en un último responso ante el sepulcro del poeta en tierra extraña; así junto a la difuminada línea evocadora:

al luminoso atardecer soriano,
al horizonte yermo,
al humo azul
y al aire entre las hojas de los álamos . . . ,

surge todo un brioso deseo de retorno derribando más que abriendo, con una enérgica aliteración, los confines lejanos:

. . . quisiera
un huracán apasionado darte,
el grito de las pardas llanuras desoladas
el retumbar del agua torrencial en la noche,
el rumor de las hojas resecas en la encina
y el crujido de los terrones ásperos
que como pan deshacen su corteza
bajo el pic de los hombres . . .

Y a la ofrenda sigue una invocación en *ifismo* significativo que patentiza la valorización *actual* de Machado como

maestro de esta poesía del exilio que mira a España más que al accidente o circunstancia del propio desterrado:

Si pudieras volver,
 ¡qué dolor rompería el sereno cristal
 de tu nueva presencia!
Si a nosotros voivieran
 tu mirada profunda y el gesto mesurado,
 ¡con qué viril tormenta elevarías
 tu figura española
 sobre la tierra nuestra despreciada
 y vendida!...

Sí, es la *anécdota*, pero ¿qué otro tema podrían cultivar mejor los poetas españoles que este del desgarrón, de la pérdida proditoria de su patria? ¿Cómo dejar morir a la madre sin intentar prolongar su vida? Por lo demás, García Narezo vuelve a tocar el tema que ya Machado desarrollaba en aquel mismo soneto de la "lira hacia el mar entre dos mares", soneto que terminaba con esta tremenda exclamación (tremenda por ser verdadera): "¡Todo vendido!". No menos cierta resulta ahora la *anécdota*: para mayor sarcasmo y paradoja se invierten los factores acostumbrados de esa "realidad" elaborada por los tradicionalistas españoles según la cual tenían ellos el monopolio de defender la independencia de la patria (aunque quienes iban a la guerra eran los hijos de los pelantrines), monopolio del patriotismo, además; pues bien, convertir a España en un Guantánamo cualquiera dista mucho del menor concepto de Patria; y resulta que ahora los patriotas son... los desterrados. Y Narezo expresa su voz con tensa esperanza, sin un desfallecimiento o una vacilación en cuanto al futuro:

¡Escucha cómo cantan de júbilo los gallos
 al alba que se anuncia!...

con lo cual vemos que llegan hasta el exilio los ecos del venerable Poema del Cid en aquella misma sencilla amanecida que recordaba como nuncio de la República el propio Ortega y Gasset y que pasó al *Romancero gitano* de García Lorca ("Las piquetas de los gallos/cavan buscando la aurora...").

No son éstos los únicos elementos que, en un fenómeno de arrastre bien comprensible, han pasado de la poesía con-

temporánea inmediatamente anterior, a la de García Narezo; incluso encuentro un atisbo de López Velarde en el poema *Saludo español a Lázaro Cárdenas*:

y acosan con fiereza
suaves patrias
 igual que firmes frentes . . . ;

desde luego reminiscencias de Machado hay muchas y no debe sorprender si se tiene en cuenta que García Narezo trae directamente su filiación poética de ese manantial; las hay también de Pablo Neruda, concretamente del *¡Que Despierte el leñador!* las encuentro en el magnífico poema *Las Manos (Desde esta orilla)*. Y no podía faltar tampoco cierta influencia de Alberti; por ejemplo, en el poema *Verano de Castilla* hay una reiteración toponímica que recuerda vivamente aquella otra geografía lírica de Alberti desde la meseta central al Cantábrico, o la levantina de Gabriel Miró (*Años y Leguas*):

Verano de Castilla.
 Tiempo duro
 de la llanura de Toledo.
 Fiebre
 de Esquivias, Mascaraque y Espinoso,
 de Ciudad Real, Montiel,
 Almargo, Infantes
 y La Solana.
 Pueblos madrileños:
 Colmenar, Parla, Valdilecha y Corpa,
 y de Guadalajara . . .

En el poema *Clamor en el destierro* las regiones españolas van desfilando como otras tantas resonancias vitales, como otras tantas afirmaciones de recia e inconfundible personalidad histórica y topográfica; el poeta adjetiva cada paisaje con evocación acendrada y exactitud descriptiva:

Por los picos graníticos y airados
 que tienen Javalambre por bandera;
 por los pueblos
 que aroman los crepúsculos
 con el cálido aliento de sus humos azules;

por pinares sombríos;
 pisando las alfombras crujientes
 que los hongos traspasan con su puño
 de hojaldre y terciopelo,
 por Aragón transcurro con mi rostro,
 por Aragón, de pedernal y brío.
 Transcurro, trepo y bajo
 por una sucesión de grises horizontes,
 por cuerpos de ladrillo mudéjar,
 arcos dorados,
 ábsides potentes,
 plazas donde los fueros hallaron el respaldo
 popular, donde el hombre era igual a su rey,
 y los hombres, cerrando en haz su hombría,
 eran más que los reyes.
 Por cielos nebulosos y torrentes rotundos,
 entre silbos de chistu
 y unánimes chasquidos
 de la guerrera espatadantza antigua;
 por Vasconia, terrestre y marinera;
 por una orografía
 de entraña mineral
 y tiernas superficies vegetales,
 por ti voy, tierra vasca . . .

Las estrofas nos dan la expresión efigiada de cada parte de España y de su unidad entera y solemne, con sus paisajes diversos, sus cambios ambientales, su fisiografía, su cielo y sus hombres resaltando del retablo en que los situó la historia y hasta el arte ("ladrillo mudéjar/ arcos dorados/ ábsides potentes") y las fiestas, porque antes había el poeta pasado su mirada por Andalucía ("granadinas . . ./ tarantas . . ./ soleares . . ./ peteneras . . ."). Esta poética de añoranza de la patria ausente está recorrida por una intensa corriente emotiva pero sin la menor señal de desmayo sensiblero; la patria es la tierra amada y distante, pero no se queda su sentimiento en la corteza de su recuerdo; más aún, si ese recuerdo se muestra vivaz, despierto y ágil se debe a lo vital humano, —¡a la *anécdota*, precisamente!— que está sucediendo entre sus horizontes. El poeta se "clava" el dolor de la patria, siente el atarazamiento de cada dentellada inicua a la carne de España y se yergue con gallardía para proferir el apóstrofe y para dejar grabada la denuncia. La poesía

de García Narezo es una lírica del civismo, estremecida de convulsiones ante el crimen, proceda éste de la guerra o sea consecuencia de la injusticia social. Así, desde *su* "insomne orilla" tiende *su* "alma indesterrable", primero a los confines precisos de su tierra natal y desde ellos prolonga la inquieta y avizorante mirada por toda la redondez del mundo cuyo acontecer se le ofrece siempre en *función* de *su* España. De esta manera la temática de la guerra y del drama social de nuestro tiempo se universaliza con aliento generoso que abarca todas las latitudes humanas y no se queda nunca en actitud egoísta y reducida de nacionalismo mezquino, limitado. Buen ejemplo es el poema que abre el libro *Desde esta orilla*. El poeta lo titula *Todo empezó en España* y su imaginación se traslada a aquellas doradas tardes de julio con el esquilmo ya casi logrado y los frutos en sazón para la otoñada:

... Lejanía del racimo que estaba
condensando el dulzor redondo y cristalino...

Allí comenzó a henderse la trágica barbarie del fruto de la guerra que aplastó los de los árboles pacíficos, regañados de almibares; el poeta recuerda aquellos días sosegados y niños, con azules recostados en los oteros joviales de pampanaje; aquellos días que fueron arrebatados por el odio cainita de un puñado de insensatos que ahora —por fortuna— sienten en su mayoría, la amargura de aquel matricidio espantoso; ¡qué delicia el verano en los anchos pueblos adoberos, en las vegas con herrenes cencidos y olor de juncias y torviscos!:

Iba el Guadalquivir cantando hacia Sevilla.
un oleaje niño jugaba con la arena
mediterránea. Iban rasgando los vencejos
el aire de la tarde. Lejos, una campana...

Y de pronto se rompió el encanto y "cuajó la nube su fiero cuerpo oscuro"; y vinieron gentes extrañas a chafar "la *vida* y la *canción* y el *júbilo*". Condensa el poeta en ese tríptico todo el aciago acontecer de entonces. Pero pronto su mirada pasa de los cementerios españoles (aquellos cementerios "bajo la luna" que vio y denunció el católico Bernanos), a los mataderos de Europa, de América y de Asia, y el espectáculo ensancha su proyección aniquiladora:

A través de los meses, sobre la aciaga hora
 en que a Europa pusieron en el tajo de Múnich;
 sobre los desterrados españoles que alzaron
 entre senegaleses su invencible cabeza,

llegó la muerte envuelta en traiciones al mundo.
 Los mismos que arrasaron Guernika, los que hicieron
 de Málaga una larga caravana en martirio,
 los que crucificaron a España entre sonrisas

y clausurados ojos, allí estaban de nuevo.
 Y cubrieron de muerte el vaivén de las mieses,
 la inocencia infantil, las ciudades, las cumbres,
 la orilla de los ríos. Su reino fue la noche . . .

El poema dilata los panoramas con una mirada tendida hacia todos los horizontes pero con los pies firmemente arraigados en el principio, en el comienzo de esa fiera que aún no ha terminado, que rechina todavía y parece concentrar sus ciegos impulsos de muerte y ruinas:

Cabalgando en el tiempo, saltando sobre el agua
 del mar, sobre los surcos y sobre los idiomas;
 siguiendo el paralelo que por Murcia transcurre,
 por Baeza y Montoro, entre olivos, trigales

y huertas como piedras preciosas esparcidas;
 por ese paralelo treinta y ocho que cruza
 por Kaesong, trazando la fraternal cintura
 rubia de arroz, antigua y frágil de Corea,

llegó el asesinato desde España a otros cielos . . .

En esta dirección de la lírica de García Narezo hay que inscribir otros dos hermosos ejemplos de los muchos que nos ofrece su último libro; el poema *Las Manos* es la exaltación del sentido ecuménico, fraternal y humano de la vida simbolizada en las *manos* humanas, antítesis del mecanismo ciego y destructor de las máquinas guerreras y de la ciencia al servicio de la barbarie; el otro poema, *Sólo cenizas*, puede parearse por el asunto con el titulado *Cero* de Pedro Salinas; es la protesta plena de dolor, rezumante de hondísima tristeza que eleva el hombre "humano" frente al "terrorismo de los laboratorios"

según la frase de Ortega y Gasset dirigida a un objetivo diferente en cuanto a la forma de manifestarse pero muy semejante en su esencia por el sesgo intencional de una política de miedos, de pánicos administrados "en frío" por medio de calculadora propaganda eficazmente destructora de almas y de cuerpos. También en este poema el desarrollo presenta parecidos elementos y las mismas gradaciones: primero se ofrece la visión dulce y serena de los pescadores japoneses en su barca "Dragón Afortunado", en medio de la inmensa esmeralda del mar tibio de amanecida; luego el rocío —lo que parece rocío— desciende sobre el puñado de pescadores que faenan entonando una antigua canción amorosa; el horizonte se viste de "colores nunca usados"; y se produce "un estremecimiento" que conmueve aguas, aires, detiene a los peces y a las aves marinas y hace crepitar la inmensidad; y después . . . la oscuridad y la lluvia de cenizas,

... sólo cenizas las que fueron cubriendo
 su piel trabajadora.
 Mas su piel se deshace, su rostro se deforma,
 caen los cabellos, vuelan.
 Y en el vital sendero de las venas
 va muriendo la sangre lentamente,
 irremediamente . . .

Estos dos poemas podrían situarse formando unidad o ciclo con otros dos dedicados a otros tantos fenómenos de la *anécdota* actual: *El Quetzal*, que se refiere al drama de Guatemala; y *Orillas del Bravo*. Este último se publicó en *México en la Cultura*, el suplemento dominical de *Novedades*, y resulta el análisis lírico de una realidad dolorosa que movió generosas plumas mexicanas y norteamericanas (habría que recordar la prosa ágil del libro de Spota, *Murieron a mitad del río*, y la película *La sal de la tierra*, etc.).

Tono de treno y voz profética con visión a lo Ezequiel es el poema *Tengo un puñal de versos* que se publicó en *Aurora encadenada* y cuya lectura traduce y seguirá interpretando uno de los más angustiosos y vergonzosos momentos de la historia de España; los versos son, efectivamente, fieros dardos, furiosos anatemas de hispánico Isaías entre un constante tremular de gemidos angustiosos de rabia, algo semejante a lo que escribían, con otro estilo, los poetas españoles de 1808 y años si-

guientes. Pero ni aun en un poema de este género deja de sentirse la voz lírica del sensitivo influido por Miró y Machado; así aparecen "los ríos/de lengua voz tendida..."; y al final, como siempre sucede en los versos de este poeta, vibra el optimismo y la fe en el destino inmortal de la patria libre, de la España de siempre:

Hay un futuro amargo
frente a los invasores,
un puñal verdadero rasgando el aire,
hiriendo
Y un grito en la gran noche
de la tensa batalla:
¡vuelve a tu tierra, vete
con las ciegas pupilas que resbalan
sobre el antiguo suelo
que sustenta la herida dignidad
de la patria!

Otro poema sobre el mismo asunto, el titulado *Invasión de la Patria*, pone la visión del poeta en la historia gloriosa, en el pasado ilustre, y los versos tienen acentos de auténtica exaltación nacional:

Ahora pisáis la tierra
que ensanchó el horizonte
de este planeta, en vuelo
incesante entre sombras;
pisáis este solar endurecido,
cuna de capitanes
y místicos en vela,
crisol de las culturas,
matriz cinceladora del hombre
que se llama español
y a quien nadie podrá
cambiarle la figura...

El entusiasmo patriótico de García Narezo resuena, a veces, con inusitado vigor en el que la pasión se exalta en arrebatos líricos intimistas o explota en gritos centelleantes. Así, ejemplo de la primera actitud nos lo ofrece el poema *Cuando pasa la vida* que acaba con esta exclamación enervada:

¡España, patria, pueblo,
 cómo os abrazo cuando estoy a solas
 con mis apasionados pensamientos!

En el titulado *¡España, qué bien sueñas!* (cuya filiación se adivina no bien comenzada la lectura: "¡Qué bien suena tu nombre!", que recuerda casi literalmente el "¡Madrid, Madrid, qué bien tu nombre suena!"), los acentos son de un nuevo Tirteo incitando al combate e inyectando confianza y seguridad en la victoria; leamos, verbigracia, esta estrofa:

Vendido el horizonte que limita
 tus íntimos paisajes;
 entregada la costa que te ciñe
 de encrespada y batiente encajería;
 cedidos los arroyos que descienden cantando
 desde las cordilleras labradas por la nieve
 y hasta los mismos aires ya vendidos
 a una mano madrastra de vasallos,
 tú te levantas, patria,
 permaneces en pie con voz bravía
 asegurando al tiempo
 que mientras no se pierda la batalla postrera
 nada se habrá perdido.
 ¡Qué bien sueñas, España!
 ¡Con qué vigor tu nombre desvelado
 nos clava tu desvelo a cada instante
 y en nosotros tu imagen configura!...

En la estrofa siguiente ahinca el poeta su fe en la inmortalidad de la patria y luego, utilizando el polisíndeton rítmico, tañe con serena actitud las cuerdas de su lira:

Y vas cantando con tu nombre en llamas,
 con tu nombre inmortal hecho de fiebre
 y de dolor y de combate y brío,
 ¡Qué bien suena el cantar, cómo derrumba
 barreras de silencio por el mundo!...

Aun cabría señalar por lo menos otros dos poemas de guerra, pero de tono individualizado: *Sangre del pueblo* y *Elegía serena para un guerrillero muerto*, este último en alejandrinos

binarios con enlace de palabras y conceptos de una a otra estrofa en curiosa anáfora. De su poesía social seleccionaría como lo mejor, para mi gusto, *El niño vareador*, de un tono sencillo y dulce que va serenamente presentando la existencia sufrida del hombre-niño no bien se asoma a la vida; sus elementos pueden marcarse de esta manera: 1º Se hace resaltar el dualismo naturaleza-hombre; la naturaleza está ofrecida por el ciclo estacional agrario (época de varear la aceituna en España: diciembre-enero, es decir invierno); el hombre por el ciclo de crecimiento, en este caso, el niño. 2º Se describe el momento en que comienza la faena del pequeñuelo: aún no amaneció, las estrellas están todavía altas; el dualismo de frío-noche llena el campo en tinieblas, el poeta lo expresa con una semejanza de corriente: "río de la noche", con lo cual enlaza la imagen del río con la del destino que queda en incógnita pero con una sensación de inmensidad abrumando lo insignificante y formando el estribillo en interrogante: "¿adónde vas, tan chiquito?"... "¿adónde, dime/adónde te lleva el río/con esa vara en la mano./tan chiquito?" 3º Lo mecánico ciego se agrega al *fatum* para ahincar más todavía las líneas del drama: la rueda del carro trepida sobre los baches, y el niño, en vez de sentirse medido por un regazo de madre, salta al impulso de la máquina insensible. Esta estrofa es de las más delicadas en su simbolismo:

Choca la rueda. Se hunde
y sigue con un gemido
dando vueltas. Es un bache
y un golpe. Qué mal navío
y qué traicioneras aguas
en invierno! Vas dormido
Y no tienes ni regazo
ni cama. Vas de camino
entre sueños, entre nieves,
entre sombras, desprendido
de los sueños infantiles.
Pero ¿adónde? ¡Tiene un filo
tan agudo el viento! ¿Adónde
te llevan por un cuchillo
que no se deja mirar?
¿Adónde vas en la noche,
tan chiquito?...

La fusión de lo humano con la naturaleza se expresa en el gemido que no se sabe si es del invierno o del niño. Los elementos diferentes se recogen después en trípticos bien logrados dentro de la dualidad esencial; el niño siente: sueño, hambre, frío; la naturaleza muestra: noche larga; campo grande; helor sin principio.

El tema de la inocencia, sobre la cual va la vida a actuar para ponerla en peligro de perder su pureza (que éste es, a más del tinte social, el alcaloide del poema anterior), reaparece en otro, inédito todavía que, junto con algunos más, me ha dado a conocer amablemente el autor; se titula *Mano de niño*; ya desde su comienzo se siente una expresión remozada del tema tratado antes:

Tengo en la mano un peso ingenuo,
una inocencia quieta y cálida,
una corriente azul y roja,
leve, indefensa y subterránea.
En mi gigante mano abierta
está dormida la mañana.

¿Qué hará esta mano pequeñita
nacida ayer? No sabe nada.
No sabe herir con estas uñas
tan increíblemente blandas,
ni golpear cuando se cierra
como en el viento se cerraba...

La enumeración se extiende gradualmente sobre todo lo malo y todo lo bueno, en esa dualidad tradicional que tantas veces aplicó la literatura gnómica a los diferentes órganos del hombre; el poeta acaba pidiendo: "¡Salvad la mano de la garra!" (podría decirse también: de *ser* garra). Esta poesía meditativa y adentrada parece ser ahora la inclinación más férvida de García Narezo que en estos días últimos ha escrito algunos poemas significativos al respecto; los titulados *Posada del sueño*, *Amor ausente*, *Somos hijos del tiempo*, *No puede ser* y *Canción del recuerdo*. Este último me ha complacido de modo especial y parece señalar un retorno a los metros cortos, saltarines y gráciles de las letrillas para cantar, o de los romancillos a lo Lope de Vega y Góngora; el tema glosado es el de una canción que dice:

A la vera del alma
 tengo un cañaveral,
 cuantas más cañas corto
 más quedan por cortar.

Aprovecharemos este poemita y algunos de los anteriores para decir unas palabras sobre la técnica, estilo y lengua de García Narezo. Pero antes hagamos constar que en su temática lírica falta la cuerda amatoria, al menos no conozco nada entre lo publicado y lo inédito que la haga vibrar, y esto abre una interrogante o dos: ¿pudor de intimidad?, ¿temor a que con ello disminuya la sonoridad y la eficacia del tema más intensamente sentido? No lo sé, pero el hecho está ahí. Y no es que falten las notas preñadas de ternura, como lo demuestran algunos poemas que ya citamos: *El niño vareador*; *Elegía serena para un guerrillero muerto*; *Desde hace quince años*; *Cuando pasa la vida*; y, sobre todo, el más exquisito y lírico de cuantos ha producido hasta ahora, *Yo viví en esa casa*. Es posible que el manantial amoroso de este poeta se haya concentrado en un sólo, en un único arcaduz; el del amor a la patria lejana, tan entrañado y obsesivo como lo prueba su poema inédito *El amor ausente*, que se dispara en una arrebatada estrofa final al pensar en la llegada a la tierra natal, la amada por excelencia, casi por antonomasia:

... Amor amargo,
 amor de júbilo y de espera,
 amor partido, separado
 por el destierro inevitable,
 amor de ausencias y de años,
 amor, ¿qué harás cuando regreses
 y sean la amada y el amado
 un sólo amor? No me lo digas;
 deja que llegue nuestro abrazo.

LA poética de García Narezo es lírica desnuda, es decir es poesía sin retórica, lo cual quiere decir que su obra está lo más distante posible de una técnica, del *oficio*, de lo estudiado en cuanto a la forma. Pero aun siendo así, no hay poeta que por muy hondamente lírico y humano que sea —y precisamente por serlo— pueda hurtarse a cierta exigencia estética que

debe brotar espontánea de su sensibilidad y que le conduce aun sin quererlo (y debe quererlo aunque sin forzar o retorcer la esencia lírica para cohibirla en moldes) a unas determinadas maneras de manifestar o expresar el sentimiento, las ideas y las "confesiones" más íntimas y subjetivas. La poesía es *misterio* pero también *magia* y la magia se labra fundamentalmente en fórmulas en determinados "modos" expresivos sin los cuales no lograría su eficacia y sus objetivos. Por muy dionisiaco que sea, todo poeta necesita una determinada "actitud" que sea vehículo de su "trance"; ahora bien, cuanto más liviano, ágil y holgado sea ese vehículo tanto más pura se manifestará la esencia poética. Tal vez esto explique el fenómeno que ofrece la poesía actual, esto es, la más contemporánea, que manifiesta una marcada predilección por la silva y el verso *blanco*, libre, buscando más la cadencia interna que la rima, y combinando metros largos y cortos sin regla alguna en cuanto a su sucesión. García Narezo no nos ofrece ni un solo ejemplo de soneto, ni de décima, ni de octavas, etc.; ni siquiera de lira, que es la estrofa más avenida con la silva. Hacia los comienzos del siglo, cuando se iniciaba también el gran avatar de la lírica española de nuestros días, se cultivó bastante la décima, la quintilla, el alejandrino y el soneto; incluso se labraron sáfico-adónicos y Unamuno, por ejemplo, nos dejó un excelente modelo en su *Oda a Salamanca*; hasta en alguna lengua regional ha habido en tiempos recientes buenos cultivadores de la sáfica, como Ramón Cabanillas, uno de los más altos líricos gallegos de todos los tiempos (*Canto a Roma*, en *Caminos no tempo*, 1949; paráfrasis del poema *La rosa* de Safo, en *Versos de alleas terras e de tempos idos*, 1955). Quizá el poeta hispanoamericano coetáneo que haya re-creado de manera más cuidada los metros y formas estróficas arcaicas sea el mexicano Rubén Bonifaz Nuño: por ejemplo el soneto dactílico (*Sonetos a la Sulamita*), la décima clásica (*Canciones para velar su sueño*); la sáfica (*Imágenes*, 21); la lira con insistente manejo del hipérbaton a la latina (*Liras*, en el libro *Imágenes*, 1953); es verdad que el caso de este poeta es casi excepcional dentro del panorama de conjunto y basta leer su especie de Arte poética (*Poética*, en el mismo libro, págs. 51-55). En pocos poemas muestra García Narezo igualdad métrica y estrófica; la hay en *Todo empezó en España* (cuartetos de alejandrinos, sin rima), en *Sangre del Pueblo* (cuartetos de alejandrinos rimados A BB A); en *Las manos* (cuartetos de alejandrinos sin rima); en *Es preciso* (tercetos de

endecasílabos con un heptasílabo quebrado, y rima asonantada); *Elegía serena para un guerrillero muerto* (cuartetos de alejandrinos rimados A BB A); *Días de nieve* (tercetos alejandrinos con un heptasílabo quebrado y rima asonantada de primero con cuarto); *Desde esta orilla* (heptasílabos con asonancias, en estrofas de ocho y cuatro excepto la décima que tiene catorce); *Madre Nuestra* (estrofas de diez versos—bastantes monorrimos— alejandrinos en su mayoría, pues al comienzo hay algunos claudicantes, supongo que por descuido); *Posada del sueño* (cuartetos de alejandrinos con rima asonantada irregular); *Canción del recuerdo* (heptasílabos en estrofas de ocho versos, menos la primera y la última que son de cuatro; rima con alternas terminaciones masculinas, unas consonantadas y otras asonantadas de manera irregular). Exceptuando los citados poemas todos los demás son silvas con libertad plena. Ahora bien, el poeta ofrece casi siempre una técnica espontánea que le lleva a expresar en verso largo (generalmente endecasílabo) los conceptos graves, entrañados, y a utilizar el alejandrino en los poemas de mayor aliento intencional o solemne. Cuando los sentimientos conllevan recuerdos enlazados con el paisaje rural o son rezumo de añoranzas tiernas, o pinceladas descriptivas del mundo sentimental, predomina el verso corto, por lo general el heptasílabo, aunque no escasee el tetrasílabo, el pentasílabo y hasta el de tres y el de dos sílabas, tal como haya brotado (*La voz del corazón; Verano de Castilla; Un pueblo; Patria lejana; Invasión de la patria; Camarada en ausencia; Tengo un puñal de versos*). No cabe duda que García Narezo ofrece un completo descuido en cuanto a la métrica y a la rima; le interesa más el ritmo, es decir la acentuación, aunque sin mostrarse tampoco muy preocupado al respecto. En cambio ofrece peculiaridades bastante curiosas en cuanto a la combinación simbólica de los distintos elementos del poema. En *Canción del recuerdo* (donde el estribillo se repite dentro de la misma cadencia con variaciones en la glosa) los versos no sólo nos van dando la impresión física del carrizal con todo su ambiente, sino que aciertan a producir un entendimiento del sentido interno y guardado, del significado moral de cada una de las cosas materiales que se nombran; primero está la presencia sola, única de las cañas junto al remanso, o la orilla; luego se va desdoblado cada elemento físico en otros tantos conceptos íntimos.

La primera estrofa glosa:

Recuerdos y presencias
 junto al agua caudal
 que llega desde lejos
 con su aroma y nos da
 imágenes y sueños
 que no tienen final.
 (Cuanto más sueños corto
 más quedan por cortar);

el agua, en su presencia, provoca los recuerdos y conduce imágenes y sueños sin fin (el río es aquí, como en el poema del *Niño vareador*, símbolo del destino, del "devenir", de la "durée", aguas arriba y aguas abajo: recuerdos-imágenes-sueños) y aguas allí, junto a la orilla (presencias) donde está el cañaveral (la materia onírica, el elemento generador o impulsor de cuanto el alma guarda como figura del pasado y como preimagen del futuro); todo el carrizal está redundado de aromas (espadañas, romero), de rumores (viento, correr de las aguas, ecos de lejanías) y produce impresión de blandura y oquedad que resbala al agitarse, al hollar la seroja o hundirse en el tremedal; y estas sensaciones se trastruecan y difunden en el alma del poeta que siente *su* cañaveral dentro de sí, el carrizal-memoria del que se cortan, minuto a minuto, los recuerdos-cañas; en el que tienen también su sede los sueños, porque es carrizal-ilusiones; donde se agitan incesantes anhelos, proyectos, inquietudes, desfallecimientos, agobios, las *olas* que golpean las raíces de los carrizos huecos (¿no decía Pascal que el hombre es un carrizo?) mientras por sus follajes enjutos pasan los aires-aliénto espiritual que sostienen su crecimiento hacia el inmenso azul. Hay otros elementos en este poema; los recuerdos se concentran en voces-aromas-tacto-vista, es decir en una especie de sinestesia, y al final todo se vuelve cosecha de saudades por el *cañaveral verdadero* en medio del destierro:

Goces de la memoria,
 sorpresa de encontrar
 voces, aromas, tactos,
 el saludo cordial
 de lo que conocimos
 y hoy volvemos a amar.
 (Cuanto más te recuerdo
 más te he de recordar).

Destierro de la patria
 y del cañaveral
 verdadero, vivido,
 sembrado y sin cesar
 verdecido en el alma
 a cada recordar.
 (Cuanto más te cosecho
 más cosechas me das).

Todo este poema es un ejemplo de diseminación de elementos que se van recogiendo al principio y al fin en los símbolos de las dos estrofas de estribillo; en este sentido podríamos considerarlo un poema plurimembre.

Algo semejante nos ofrece *Posada del sueño*; ya la sabiduría clásica hizo de nuestra vida terrena mesón y no casa propia (Catón, Cicerón), y la literatura cristiana la llamó con acierto choza y albergue de peregrinos (San Pablo, San Pedro, San Agustín, San Gregorio Magno, Erasmo: "Viatores sumus in hoc mundo, non habitatores; in *diversoriis*, aut (ut melius dicam) in *tabernaculis* peregrinamus, non in patria vivimus"); en el poema a que nos referimos la posada se convierte en símbolo de interno descansadero; ya desde el comienzo se multiplican las imágenes elementales: estrellas, aromas, sombras, silencio, espigas, candeal maduro, habares, zarcillos de la vid, orens de ruralía. Porque lo primero es la emoción del campo que se sostiene a todo lo largo del poema; al concebirlo y redactarlo dijérase que el poeta tuviera reciente (como para remozar su propia experiencia) la lectura de las descripciones de Cervantes, de Mateo Alemán, de Quevedo o las de Lesage o Borrow:

He llegado de noche. Vine por el camino
 que cruza la llanura, bajo un cielo estrellado,
 luciente tras la lluvia, entre el aroma tibio
 de la tierra sombría. Llegué paso tras paso

tropezando en los baches, despertando al silencio,
 despertando en mis ojos emociones antiguas,
 tendiendo mis oídos hacia el leve revuelo
 de los rumores cálidos: el roce de la espiga,

la agitación del ave que duerme entre los surcos,
 el rodar perdidizo de un carro. Despertaron

los aromas sutiles: el candeal maduro,
el habar en sazón, crecido y perfumado,

... emanación nocturna
de la tierra manchega, virginal, castellana...

Y estoy aquí. La puerta cordial de la posada
abre mi mano. Entro. El patio está dormido.
Tendida sobre el vientre, espera una tinaja
convertirse en aljibe. Estremece un relincho
esta calma...

... Una galera yergue
su lanza, se derrumba sobre un costado roto,
agoniza, se apoya en el quebrado eje
y mira a las estrellas. Los corredores altos
crujen. Se acerca un perro lentamente...

Después viene una descripción de la amanecida desde el hostel, con su rebullir de huebras camino de los pegujales; el despertar del pueblo; mientras, el "forastero" vela insomne desde la ventana frente al crepúsculo, anhelando que mojen su frente las primeras luces del alma; y todo se vuelve símbolo y transmutación, porque ya lo dijo Shakespeare: "Estamos hechos de la materia de nuestros sueños":

¿No fue en soñar despiertos esta vuelta nocturna
al regazo perdido? Cierro los ojos. Oigo,
aspiro, toco. Nace en el sueño la anchura
de nuestra tierra antigua, sueño y verdad. Me asomo

a su luz, a su noche. Una vez más regreso
y llamo en la gran puerta del pasado. ¡Ay Castilla,
verdad soñada, amante entre mis brazos, sueño
que guarda una posada donde posar mi herida!"

Cierto "Arte poético" puede decirse que expone García Narezo en el breve poema *Interrogación* cuyos conceptos tal vez nos permitan determinar o comprender su poesía. Se trata de un insistente preguntar en anáfora, con largas imágenes y símbolos bien logrados, a veces formando paralelismos de semejantes y opuestos; el poeta hace enumeración de las artes: la pintura, la música, la danza; de los elementos físicos que forman el pai-

saje y la "circunstancia" del hombre y son la hermosura y el gozo del mundo y de la vida; de aquellos otros atributos morales y afectos enraizados que son repertorio de la existencia humana; y así llega a la misma poesía; la pregunta diseminada se concentra al final: ¿de qué sirve todo esto, viene a decir, si no contribuye a la salvación del hombre, si no puede satisfacer su ansiedad de liberación espiritual y material? Algunos símbolos resultan delicados y expresivos:

¿De qué nos sirve . . .
 . . . la transfigurada
 imagen, el espejo
 que instrumenta la danza?

¿De qué nos sirve todo: *nombre y sueño,*
imprecación y lágrima,
más y más poesía
que no es más que indefensa,
limitada palabra?

¿Para qué, si no dejan
 en el hombre otra causa
 que buscar entre sombras
 la yerba alimenticia y disputada,
 si el corazón le yerman,
 la frente le amordazan
 y lo dejan a solas con su instinto
 marchando en anticipos de la nada?

Junto a la más hermosa poesía
 te diré que nos falta
 tender más nuestro brazo
 hacia el que se desangra sin palabras,
 dar voz al sufrimiento,
 acompañar el paso y la batalla
 de este mundo de ensueño y amargura . . .

Es toda una declaración o profesión de deberes; la obligación del poeta y su responsabilidad quedan expuestas de manera nítida en dos versos:

. . .derrumbar con la iracunda llama
 la clausura del hombre . . . ;

pero al final parece apuntar cierto gesto de impotencia o de escepticismo en una pregunta que encierra la expresión de la interna batalla y de los constantes anhelos del poeta:

¿De qué nos sirve aprisionar el mundo
si cuando lo tenemos en la mano
se queda sólo en íntimas palabras?

Nuestro poeta maneja con buenos logros el alejandrino binario con precisa cesura medial y acento en sexta; es decir el verso tradicional de arte mayor en su forma primitiva; nunca me ha parecido adecuado este verso para la lírica, por su rigidez inevitable, mayor en nuestra lengua que en la francesa (en la que sólo tiene doce sílabas) y eso aunque se cultive con tres cortes, con encabalgamiento y cuidando la acentuación; García Narezo lo maneja, a veces, con aprovechamiento de esdrújulos:

los rayos que arrasaron varones como *árboles*
.....
que devoró la vida, la canción y el *júbilo*
.....
palabras en el aire y *sílabas* vacías,
máscaras sonriendo sobre vientos mortales
.....

Aplica también en algunas composiciones más recientes el paralelismo de miembros unas veces semejantes, otras opuestos y aun en quiasmo:

las tocas negras y las sayas pardas . . .
.....
el aire *delgado*, la *delgada* brisa

En la *Elegía serena para un guerrillero muerto*, la anáfora insistente hace pasar miembros de una cuarteta a otra, con tendencia al quiasmo y al epanalepsis si se unieran el verso final de una con el inicial de la siguiente:

tu muerte guerrillero, que llega y *en ti queda*.
Y en ti queda la muerte de fiebre coronada . . .
.....

....., como abrazos *del viento donde moras*.
Del viento en que ya moras el sollozar te envuelve

Guerrillero dormido, brazo yacente, sombra

 abiertos ojos yermos a quienes *nada asombra*.
Nada asombra a la rama que cubre tu cabeza

Nada se asombra al verte, *dormido guerrillero*

Aunque no sea más que de pasada y para poner término a estas notas apresuradas, hay que señalar el acierto del poeta en aquella que Horacio llamó "callida iunctura" y que en las lenguas romances se manifiesta principalmente en la aplicación de substantivos y adjetivos; pongamos, por ejemplo, uno de los abundantes conjuntos semejantes (no los hay casi en relación paratáctica y no he encontrado ninguno con "recolección" final) que ofrece la poesía de García Narezo (*Nada menos: el pueblo*):

Ellos:

los campesinos *graves*,
 los carros y las yuntas,
 los cabreros que orientan
 la *tibia* piel de las *inquietas* cabras,
 los burgos *inmutables*
 a fuerza de frenarles la carrera,
 las mismas casas *grises*,
idénticos aleros, *iguales* chimeneas,

 la pana *sufridora*,
 las *curtidas* abarcas
 y un aroma *terrestre* que llena las esquinas
 y el cielo de los campos...

He subrayado los adjetivos, pero los elementos de este conjunto son numerosos: campesinos, carros, yuntas, cabreros, cabras, burgos, casas, aleros, chimeneas, pana, abarcas, aroma, esquinas, cielo. Ahora bien, el verbo es escueto, realmente no hay más que uno: *llena*, porque el *frenarles* puede considerarse fuera del conjunto, en ese inciso innecesario. Repárese en lo

escueto y preciso de cada nombre. A veces se suceden los miembros en asíndeton; por ejemplo:

El pueblo.
Aquí lo tienes esparcido
con *frente, mano, piel, pecho y cintura,*
con *ojo y pulso...*;

son siete substantivos; podría suprimirse la conjunción, completamente superflua, y también la preposición, innecesaria, para que el asíndeton fuera absoluto y más elocuente. No falta la inclinación al tríptico de substantivos y adjetivos ya sueltos ya formando grupos de dos en dos, arrastre del signo lírico que comenzó a manifestarse en la prosa de José Martí y que llevaron a su más culminante cima Miró, Azorín y Valle Inclán; bastarán uno o dos ejemplos:

Quiero llevar mi rostro
para hundirlo en las aguas serenadas
del Duero,
en su tersura *mansa, civilizada y fría...*
.....
tus serranías
de *oréganos, tomillos y romeros...*
(*Clamor en el destierro*)

"Porque no hay otra
más *sincera*, más *tierna* y más *rotunda*;
(*La voz del corazón*)
"...*Emocionante arcano*
del eterno paisaje de la *patria española...*"
(*Madre nuestra*).

En fin, estamos frente a un gran poeta; un poeta que se ha hecho voz de un tiempo bien definido dentro de la poesía española contemporánea y, para mayor lección y ejemplaridad, se ha hecho fuera de su patria, de su tierra natal; incluso creo que no resonaría como la hace ni tendría el significado que tiene de no haber mediado ese doloroso, ese dramático factum. Hace muchos, muchos años, clamaba un gran poeta desterrado, el portugués Camoens, estas palabras que no han perdido actualidad: "Que toda terra é patria para o forte"; García Narezo

ha podido escribir con todo derecho este verso de tersa pureza conceptual:

Da su flor el destierro bajo todos los climas.

La poesía española de la diáspora ahinca con García Norezo la voluntad de seguir un rumbo que ya había marcado el maestro, el guía y el señor cuando los incendios cubrían los horizontes de España; y esa poesía que enlaza su lirismo a los avatares del pueblo español permanecerá fuera y dentro de las fronteras peninsulares; no en vano es índice acusador y mano tendida, símbolo del común padecer y anhelo de libertad y de decencia para el futuro. Ésta es la única poesía que unificará a todos los poetas españoles dentro y fuera de España y recuperará para ésta el *amphialos* instrumento órfico ya con todas sus cuerdas y sus letras.

EL SABER DE HONORATO DE BALZAC

Por Ezequiel MARTINEZ ESTRADA

SÓLO podemos conjeturar qué clase de lecturas hizo Balzac en su juventud. Por lo que dice de Luis Lambert sabemos que su afición a la lectura absorbía su tiempo libre de las clases escolares. Aislado de sus compañeros, reducido a vida monástica por la pensión estricta que se pagaba por él, encontró refugio y compañía en la lectura. "Ese estado enfermizo era consecuencia de los excesos de lectura a los que el joven Balzac se había librado en la biblioteca del interado" (Curtius).

De preferencia leía obras de literatura mística, y su primer esbozo fue un *Tratado sobre la voluntad*; posiblemente seguido por otros sobre la inmortalidad del alma y sobre filosofía y religión. No nos dice él que tratara de escribir obra de imaginación, hasta la prueba crucial a que lo sometieron los padres, dándole dos años de plazo para que demuestre su capacidad de escritor, y que podrá vivir de sus obras literarias, en lugar que de un empleo burocrático.

Escribe entonces la tragedia en verso *Cromwell*, procurando seguir a Racine como modelo. Para Hipólito Taine "su formación es la de un sabio"; para Croce se hizo sobre la base de lecturas desordenadas de toda clase de literatura truculenta, novelas de aventuras, inglesas y francesas. Es indiscutible que Balzac pensó dedicarse si no a la ciencia ni a la filosofía, a un género de pensamiento como el ensayo. Pero esto no ofrecía al autor novel ninguna perspectiva. La prueba de escribir teatro en verso fue una desesperada intención de mostrar su talento en un género de rendimiento de fama y dinero. En lo sucesivo escribirá novelas comerciales, para ganar su sustento sin depender de nadie y lo hará sin ninguna clase de miramientos, también como ejercicio para la obra que proyectaba realizar más adelante. Según Taine, Balzac asistió a clases de Cousin, Villemain y Saint-Hilaire.

Es indiscutible que tuvo conocimiento al menos de la filosofía alemana en boga entonces también en París, Schelling y Hegel en primer término. Pudo conocer de estos autores por intermedio de Mme. Stael, que lo habría alentado, llamándolo como a Lambert, "el vidente". El sobrenombre de "Pitágoras" y de "Poeta" nos informa de que en sus años de escolar demostraba preferencias por cierto tipo de filosofía (o de saber filosófico) esotérica y simbólica, en que la imaginación poética jugaría papel principal. Resabios de esa tendencia conservó siempre, y en *Luis Lambert* y en *Serafita* son evidentes. El conocimiento de Swedenborg puede datar de esa época, y tal influencia hubo de ser grande según se percibe en aquellas obras y en *La piel de zapa*. En esos años de aprendizaje se informa de infinidad de acontecimientos históricos, de modos de ser el hombre en tiempos y en países distintos, de sus pocos y tenaces propósitos, de las astucias con que defiende su vida y la de su prole, tal como sus novelas lo revelan con franqueza que todos entienden y ninguno aprovecha. La lectura marchita la lozanía natural de su alma jocunda. "Niño por el cuerpo y viejo por el pensamiento, yo había leído y meditado tanto que conocía metafísicamente la vida en las alturas, en el momento que iba a percibir las dificultades tortuosas de sus desfiladeros y los caminos arenosos de sus llanuras" (*El lirio en el valle*).

Entre las lecturas que más le impresionan, tanto por la novedad como por la perspectiva hacia lo incógnito que abren, y por convenir a la naturaleza de su voracidad intelectual, cuéntanse además de Swedenborg, Lavater y Mesmer, exploradores de una región que confina con la tierra en que vivimos, "con las regiones de las fuerzas incógnitas y con las sustancias desconocidas".

Fue Balzac, sin duda ninguna, hombre de memoria felicísima ("monstruosa", dicen algunos biógrafos, la hermana y Gautier) como él la reconoce en Lambert: memoria de cosas, de nombres, de sucesos, "todas las memorias", en fin. Sus lecturas hubieron de ser copiosas, particularmente de historias y de novelas. Hallamos siempre en sus obras alusiones y referencias circunstanciales que delatan una información riquísima en detalles, con que enriquece la anecdótica de su historia y que no se concibe sino mediante el uso de apuntes (por ejemplo en *Esplendores y miserias de las cor-*

tesanas). Meros alardes, muchas veces, como cuando refiriéndose a Popinot, el patizambo, recuerda que también lo fueron Walter Scott, Byron y Talleyrand. De Issoudun explica: "es una de las más viejas ciudades de Francia. A pesar de los prejuicios históricos que hacen del emperador Probus el Noé de las Galias, César ha hablado del excelente vino de Champ-Fort (de Campo Forti), uno de los mejores 'clos', de Issoudun", etc.

Este tipo de conocimientos curiosos forman la base de su erudición, tanto si ha de escribir *Sobre Catalina de Médicis* como *Los chuanes* o *Un asunto tenebroso*, en que se maneja con holgura dentro de cada una de esas épocas y lugares. Su colección de frases memorables de Napoleón ratifica ese gusto extraño.

Nos confiesa en el Prefacio de *La Comedia Humana*, que fue la lectura de las novelas históricas y legendarias de Walter Scott lo que le sugirió la idea de que habían de ligarse entre sí las obras de modo que resultara una visión completa de época y lugar; lo cual equivaldría a la historia pormenorizada. Es decir, sería más que la historia que recoge ciertos datos del vivir social únicamente, abarcando mediante la libertad de narrar hechos y de explicarlos con diálogos y referencias, un área mayor y más intensa: *Una historia de las costumbres* como ningún escritor había realizado hasta entonces. Es el tipo de biografía novelada, de auge muy reciente, que se encuentra ya en *Sobre Catalina de Médicis* referida a un gran personaje histórico, como asimismo en todas las novelas en que la biografía ocupa el primer término.

Es posible que Balzac no dispusiera en adelante de mucho tiempo para seguir de cerca las producciones de sus contemporáneos y para aumentar el acervo de sus conocimientos; mas lo cierto es que acaso le fuera beneficiosa esa ruptura de comunicaciones, pues no hallamos en su obra firmada influencia directa de determinado autor ni de determinado tipo corriente de novela. Es heterogéneo, creando en cada oportunidad una forma de desarrollo y de tratamiento de la novela, con arreglo al motivo que se propone tratar. Y la tendencia folletinesca de los prolegómenos desaparece. Hay, pues, tanto de la novela romántica, sin los tópicos sentimentales ni patológicos de ella, como del realismo perio-

dístico sin que tal cariz sea del género balzaciano. Hizo, como se dirá luego de Baudelaire, poesía con los materiales prosaicos del vivir común, elevando lo más ínfimo a la categoría épica más eminente. Por lo tanto, en Balzac la novela es una forma narrativa que se aproxima más a la crónica y al documento notarial que a la obra de ficción pura. Es posible que leyera Fenimore Cooper, Richardson, Hoffmann, Byron y Goethe, al menos en las obras más divulgadas, pues lo cita con cierto conocimiento de lecturas. Lo que sí debe afirmarse es que su cultura se formó sobre la base de la filosofía y de la ciencia divulgada —“como sabio”— más que en la literatura narrativa corriente. Conociera a fondo o no las obras de Cuvier y Saint-Hilaire, Buffon, Bonald y Bossuet, tenía conocimiento de la labor de los naturalistas y filósofos de la historia; las referencias —aparte las del “Prefacio”— a Van Helmont, Saint-Martin, etc., indican, más que nombres tomados al azar, sugerencias de una forma de pensar. Sobre todo su concepción filosófica y metafísica del mundo y de la vida, dentro de una corriente espiritualista, está bien definida. Lo mismo en las referencias a los problemas que plantean Lambert, Adam de Wierzchownia y Serafita, donde uno de los personajes, el viejo Decker, relata la vida de Swedenborg. En el ambiente de su tiempo estaban más las ciencias que las letras, no sólo por los trabajos de Lavoissier —la fabricación del diamante artificial por Claes—, Fresnel, Volta, Galvani, Mesmer y otras figuras dedicadas más bien al ocultismo y la espagírica, sino por estribación del enciclopedismo. No es atribuirle una cultura superior, sino la media en su ambiente, suponer que tuviera noticias al menos de los trabajos del físico y matemático J. E. Lambert, como se infiere por los temas que tratan en *La piel de zapa* los doctores Lavrille, Planchet y Spieghalter. El apellido de uno de sus personajes autobiográficos más interesantes es ese mismo, y en *Luis Lambert*, precisamente aborda problemas metafísicos del movimiento —que preocuparon asimismo a Hume, Schelling y Malebranche. Aunque no asignemos a sus trabajos otra categoría que la de una información somera y acaso de segunda mano, es indudable que la significación filosófica de tales teorías y descubrimientos condujeron a Balzac a la certeza de que el conocimiento exacto de la realidad debe comprender en uno de sus cuadrantes lo que llamamos absurdo.

También hubo de conocer, como todos entonces, las obras de d'Holbach, Lamettrie y Helvetius, quienes también intentaron, en el afán de Luis Lambert, encontrar fórmulas que pudieran aplicarse por igual al mundo físico y al mundo biológico, particularmente a las sociedades.

En el "Prefacio" nos dice que hacia 1820 conoció las obras de Mesmer, y de poco antes data su interés apasionado por la "Fisiognómica", de Lavater, que tanta influencia ejerció en su concepción de la correlación de formas y de su sentido, como asimismo los trabajos de Gall. Sobre Mesmer existían importantes inquisiciones hechas en Alemania, que hubieron de inquietar por resonancia en París a las mentes curiosas de novedades. A pesar de que en *Ursula Mironet* afirme Balzac que en Francia no tuvieron acogida sus experimentos, no podían dejar de llamar la atención también allí los fenómenos del mesmerismo o hipnosis provocada, desde que se trataba de hechos presentados por el mismo autor y sus adeptos ante las academias de ciencias, y verificados con todo el rigor de las pruebas científicas demostrativas. Experimentos que fueron comentados por sabios de nota: físicos, fisiólogos y psicólogos.

Alboreaban a la sazón los estudios sobre las propiedades desconocidas de la materia, y las energías electromagnéticas que se revelaban por entonces ofrecían inagotable veta al raciocinio científico y a la imaginación. La unidad o unificación legal de todos los fenómenos era ya un ideal del siglo XVIII. Correlacionar los descubrimientos casi recientes de Volta y Galvani con esos fenómenos misteriosos, sobremanera del magnetismo animal —que tantísimo interesaron también a Poe—, no era una superchería en la época, como tampoco lo es hoy, si bien durante gran parte del siglo XIX y comienzos del XX —hasta Charcot, Lombroso y Richet— fueron observados con suspicacia. Muchas de las supuestas supersticiones y credulidades del vulgo que se le atribuyen a Balzac, están ahora en el programa de la investigación científica, y sin duda lo han de estar más en lo venidero. Por supuesto, nuestro autor hubo de informarse con avidez de cuanto se experimentaba y teorizaba al respecto, tanto en publicaciones especializadas cuanto en experiencias en círculos cerrados.

Los trabajos de Fresnel sobre electromagnetismo, el imán que se manejaba ya en los gabinetes, y la producción de corriente eléctrica, como asimismo su influencia sobre los orga-

nismos, son tomados por Balzac y llevados imaginativamente a integrar su concepción metafísica del cosmos. Como es fácil advertir, ésta no difiere mayormente de la de Poe, quien también aplica su genio intuitivo a la necesidad de admitir un campo de fenómenos que vinculara la óptica con la electricidad y la acústica, cuyos fenómenos respondían a las mismas leyes mecánicas esenciales, como lo demostró von Helmholtz. El éter fue para Balzac como para Poe un *medio* psíquico, y la energía elemental, "que produce la luz y el pensamiento", según los órganos sobre los que actúe, no son suposiciones exentas de sentido ni de posibilidad de estar muy próximas a la verdad.

Esas ideas no nacieron febrilmente en su cerebro, sino que las tomó formuladas por los sabios de mayor autoridad de entonces, adelantando hipótesis en la línea correcta de deducciones; pero bajo el aspecto novelesco. Si la cultura de Balzac pudo ser heterogénea (estaba aún en el epicentro de los sismos enciclopédicos), de fuentes populares de divulgación, los coordinó en su mente hasta formar una doctrina, un credo, si no una teoría o una filosofía propiamente dicha, como es mi parecer.

No poseía Balzac ningún método científico con qué trabajar en el campo de los conocimientos empíricos—en esto tiene razón Croce—, ni lo necesitaba, pues declaradamente la fuerza de su inteligencia se manifiesta por la intuición, como en todos los genios, y no por el raciocinio. Tenía el instinto de cómo se deben saber las cosas aunque no las supiera: por encima y más allá de la razón. Justamente sabemos hoy—y antes de Henri Poincaré— que el instrumento de avance en las ciencias es la intuición, dirigida por la lógica. La razón privada de fantasía es una herramienta primitiva. Sin la intuición sabiamente gobernada ni Plank, ni Einstein, ni Bohr, ni Heisenberg, ni Cantor, ni Schroedinger, ni De Broglie, ni Wassermann, ni Roux, ni Driesch habrían dado un solo paso más allá de los límites de las ciencias alcanzados antes de ellos. Pero de esto discurren suficientemente Mach, Meyerson y un centenar de filósofos más. Estamos en Balzac. Lo que se le niega es el valor de la intuición pura, rabadomántica, vaticinadora, sin el auxilio y guía de la razón; es natural, mas el artista no tiene los mismos compromisos de moderación ni responsabilidad moral de su pensar. Por otra parte, Nietzsche ha dicho lo suficiente acerca de la investigación que se cierra den-

tro de los límites de lo que cree su verdad segura (el instinto de la seguridad), sin levantar los ojos a lo lejos, a lo que se ve con no menos nitidez en el paso que sigue al paso apoyado en tierra, al otro poco más de lo posible. Además, el campo de investigación de Balzac fue el de la vida humana natural, en su habitat, en su medio: ciudad, profesión, aldea, sexo, hogar. Si acudió al saber que es propio de la ciencia sólo fue porque buscaba auxilios para consolidar sus ideas y opiniones (y porque no existían aún las ciencias sociales). En este caso tenía todo el derecho de interpretar los acontecimientos con arreglo a una concepción sistemática de la realidad, expresando marginalmente qué pensaba de los fenómenos físicos, electromagnéticos y lumínicos, digamos, en cuanto se relacionan con el pensamiento, las costumbres, la sensibilidad; pues esto tampoco lo había descubierto él. Era patrimonio de la cultura de su tiempo, como hoy lo son las ideas que manejamos para nuestro menester, tomándolas de las informaciones que nos llegan, que están a nuestro alcance, de las que no podemos prescindir y a las que Balzac, por otra parte, revistió con el ropaje de la fantasía.

Hallábase Balzac ante problemas vivientes cuando los hombres de ciencia tendían a reducirlo todo a una mecánica pueril; la vida se le presentaba como realidad abismal, y no desechaba ninguno de los datos, naturales o fantásticos, que pudieran contribuir a esclarecer esos problemas. Muchos pertenecían a la tradición mística, a las ciencias ocultas, al saber clandestino, pero también muchos fenómenos—telepatía, sueños premonitorios, sonambulismo, memoria arcaica, transmisión de la voluntad— los tenía ante sus ojos, y aunque no fueran materia de las ciencias ortodoxas no dejaban por eso de ser fenómenos reales. Por ese camino se ha seguido andando y se ha llegado lejos. Esta es, por ejemplo, la opinión de Husserl acerca de este tópico: "Si 'positivismo' quiere decir tanto como fundamentación, absolutamente exenta de prejuicios, de todas las ciencias de lo "positivo", en, pues, lo que se puede aprehender originariamente, entonces somos *nosotros* los auténticos positivistas. Nosotros no nos dejamos menoscabar, en efecto, por *ninguna* autoridad el derecho de reconocer en todas las formas de intuición fundamentos de derecho del conocimiento igualmente valiosos—ni siquiera por la autoridad de la "ciencia moderna" (*Ideas relativas a una Fenomenología Pura*, etc.).

Si el mundo se ordena ahora en dos vastos hemisferios, que por necesidad de la división del trabajo se denominan naturales y culturales (ciencias de las cosas y de los valores), en este segundo grupo caben todas las construcciones lógicamente hechas, inclusive el estudio de los licornios, si hallamos alguna huella fósil de él en nuestro camino. Nada de lo que se manifiesta a los sentidos y a la inteligencia puede honradamente ser desechado. Estos estudios tendrán mayor o menor valor dentro del cuerpo total de las ciencias culturales, lo mismo que acontece en el de las físicas, matemáticas y bioquímicas en razón de lo que contribuyan a aumentar el caudal efectivo de los conocimientos. La realidad premia siempre todo esfuerzo honrado. Cada artista como cada filósofo, cada místico como cada teólogo que aporta un nuevo punto de vista, una inquietud, un dato experimental inédito, una hipótesis interpretativa, es digno de ser considerado con respeto, si procede de buena fe y posee el conocimiento de una técnica de pensar de valor reconocido. Un método.

Balzac es una figura de primera fuerza dentro del género de los intuitivos que han señalado certeros rumbos a la cultura y al arte de observar y contar. Inclusive en el aspecto en que su labor es más discutible, en aquella en que su estilo se aparta del "estilo artístico" (refiriéndose a las artes plásticas, Malraux distingue el "esquicio" del "terminado"), estilo de escribir éste que ni siquiera tiene él en cuenta al iniciar su manera de hacer prosa enteramente prosaica Paul Bourget pudo decir con justicia: "El primero de los observadores que ha visto claramente esta transformación profunda del trabajo literario impuesta por las condiciones sociales de nuestra época fue Balzac, en esto, como en todo, adivinador visionario de las cosas" (en Prólogo a *Nuestros Literatos*, de Loliée).

Lo que Balzac halló como precedentes no lo halló en un autor ni en un tipo de novela, sino en el haber global de la cultura de su época; es deudor a los sabios, los filósofos y los metafísicos mucho más que a los novelistas, los historiadores y los dramaturgos. Es difícil nombrarle un predecesor en la línea de la novela que él cultiva, pero es muy fácil mencionar centenares de continuadores. Lo que hallamos en Scott, Cooper o Richardson es nada en comparación de lo que **tampoco** hallamos en los escritores en boga a la sazón, con lo que quiero decir que no debía ni a autores ni a escuelas literarias.

Y el no recibir influjo de los escritores nocivos (pues los hay, y hasta infecciosos), el permanecer indemne de contagios que muchas veces han malogrado a verdaderos genios, es indicio por demás probatorio de que sus antecesores se hallan diseminados en el saber que se expresa por la "literatura de" más que en la literatura misma. ¿Sería paradójico decir que aun las mismas ciencias culturales son hoy balzacianas?

No se le ocurrió aplicar ningún sistema de los que halló por ejemplo en d'Holbach, Lamettrie o Helvetius, ni ninguna forma explicativa del cosmos social por la mecánica que es propia de esos pensadores; se inclinó a las ciencias naturales sin salir de la sociología, y si Saint-Hilaire y Buffon le dieron la visión de la naturaleza humana en el seno de la Naturaleza, en su estilo, basta. Podemos decir, repito, que sus maestros no fueron los autores ni las obras cuanto las "formas del pensar", las formas del vivir, las formas del sentir y de la realidad viva que millares de escritores tuvieron también ante los ojos pero sin penetrar más allá de la superficie recubierta de esmaltes. Además, no olvidemos a Séchard (en *Ilusiones Perdidas*); era un inventor.

Alain confiesa que aprendió en Balzac más filosofía que en los filósofos y en los políticos, y explica: "Porque Balzac me arroja a la experiencia misma sobre la cual se fundan algunas veces los filósofos, pero que no saben conservar en sus obras: de esa manera nos extravían en las razones". Con mucha más razón podría decirse que en sus novelas se aprende más economía política que en los tratados magistrales, y habría sido altamente provechoso que Marx hubiera escrito la obra sobre él que proyectaba. El mundo de la riqueza y la miseria, del trabajo, el interés, la ganancia, el capital, la distribución y el consumo, está pintado en sus obras como es. Así se describe una fauna y una flora para que sepamos qué son, sin que el zoólogo y el botánico nos digan, en vez, qué leyes presiden a unos y otros seres. Sobre todo si esas leyes no se cumplen jamás en la realidad (porque no son leyes), remplazándose las por diagramas y curvas que corresponden al movimiento astronómico de la riqueza y no a la palpación de la vida. Pero si se estudian libros como los de Sombart, Max Weber y Pareto, donde los problemas del capital y el trabajo se exhiben en su mecanismo real, comprendemos que Balzac fue un economista y un sociólogo.

El conocimiento de la vida que tuvo Balzac no es filosófico, tal como lo reflejaron los grandes moralistas franceses: Montaigne, La Bruyère, La Rochefoucauld, Vauvenargues o Chamfort (que en su compañía están bien), aunque éstos se inspiraran en la experiencia y extrajeran conclusiones deductivas. El conocimiento de Balzac es realista, de un absoluto materialismo histórico, práctico, de detalle: las profesiones con sus técnicas, los oficios, las artes, el comercio, las industrias, la Banca. Sabe cómo se manejan las herramientas, el género de vida que llevan los banqueros, qué comen y cómo aman, qué piensan y se proponen los abogados, los médicos, los operarios, los burócratas, las bordadoras, las "cottes" y las doncellas, los jóvenes y los viejos, todo con cifras de lo que ganan y gastan. La vida doméstica, con las instalaciones de muebles y enseres, con la distribución de la familia en las habitaciones, las comidas...

Siente satisfacción Balzac en enumerar como se hace en los nomencladores a los hombres célebres de su tiempo, o que influyeron en la orientación positiva de las ciencias a principios del siglo XIX. Es un signo de devoción y respeto. Con gran elogio menciona a Cuvier y Saint-Hilaire y a éste le dedica una de sus mejores novelas. En *Ilusiones Perdidas* y con pretexto baladí, recuerda a Humphry Davy y a Juan Jacobo Berzelius. Sus "lecturas desordenadas" (Croce comprenden desde las Ciencias Ocultas hasta las Ciencias Fisiomatemáticas, desde los "fabliaux" hasta lo que hoy llamamos guías de turismo. Refiriéndose a él, dice uno de sus personajes: "De ahí sus lecturas, y de sus lecturas sus reflexiones, que le dieron el poder de reducirlo todo a su más sencilla expresión, de absorberlas para estudiarlas en su esencia". "Me lancé desesperadamente en la biblioteca de mi padre, donde me puse a leer todos los libros que no conocía".

La lista es por lo regular heterogénea, como la que encontramos en *Fisiología del Matrimonio*: Hill, Baker, Eichhorn, Joblot, Gleichen, Spallanzani, Müller, Bory de Saint-Vincent. Autores que, sin duda, estudió con amor y provecho, fueron: Lavater, J. E. Lambert (con seguridad su *Foronómia*), Swedenborg, De Bonald y los grandes naturalistas ya mencionados. Sus obras eran accesibles al común de los lectores, sin ningún recargo de erudición ni de conceptos abstrusos, y se complementaban con publicaciones periódicas de revistas especializadas o de divulgación, que Balzac devoraba.

Comenta uno de sus mejores críticos: "Balzac se informa (en periódicos) sobre teorías de la luz del astrónomo Herschell; habla de obras de Economía como las de Gastaldi y Heeren; critica libros de viaje sobre España, Inglaterra, Morea, Rusia; ha recorrido las obras de historia sobre las cuestiones más diferentes, ha leído el último reglamento sobre los ejercicios de caballería, pero también ha leído un comentario sobre las epístolas de San Pablo. ¡Qué no ha leído además! Un estudio sobre la legislación criminal, un diccionario francés-algerino, obras de química moderna y novelas; todo lo pasa en revista: filosofía, estrategia, política, memorias. En resumen, lo lleva a todo un interés universal sobre el libro de que también se ha ocupado y que se titula *La Abeja Enciclopédica* o *Noticia razonada de todos los conocimientos humanos*. Enciclopédico, en efecto, en el sentido del siglo XVIII, tal ha sido la sed de conocimientos que acuciaba a Balzac".

Una escritora que debió de ejercer poderosa influencia sobre él fue Mme. Stael. En *Luis Lambert* la proclama guía y maestra de este filósofo pitagórico: "Es un verdadero vidente—dice de él la escritora. Luis no justificó a los ojos del mundo las hermosas esperanzas que le inspirara a su protectora. La predilección pasajera de que la señora de Stael lo hiciera objeto fue, pues, considerada como un capricho de mujer, como uno de esos caprichos peculiares de los artistas. La señora de Stael se propuso arrancar a Luis Lambert al Emperador y a la Iglesia para tornarlo a la noble carrera que, decía ella, le esperaba; porque la baronesa ya lo miraba como a un nuevo Moisés salvado de las aguas".

Como Balzac, madame de Stael admira a los novelistas ingleses Smollet, Fielding, Richardson, Walter Scott; pero admira más a los alemanes, particularmente a Goethe (el *Werther*). En 1810 publicó *De la Alemania*, dividido en cuatro libros: 1. De la Alemania y de las costumbres de los alemanes; 2. De la literatura y de las artes; 3. La filosofía y la novela; 4. La religión del entusiasmo. Es un repertorio balzaciano. Tanto sus ideas sobre literatura cuanto sobre política marcaron una huella en Balzac, sea por influjo personal o de lecturas. Gustavo Lanson fija su papel en la cultura del siglo XIX, que puede sintetizarse así, con evidentes concomitancias con el papel de Balzac: Mme. Stael resume en sí dos aspectos sobresalientes del siglo XVIII y le agrega algo personal: el cosmopolitismo. No es artista; no tiene imagi-

nación, ni es sentimental, ni valora en sí la estética. Cree que todo estará bien si Francia adopta una Constitución como la inglesa. El liberalismo parlamentario y doctrinario puede llamarla por madrina. Supone que la creación de una tercera cámara introducirá un espíritu fastidioso, por el que la clase burguesa pondrá a su servicio la Revolución y, sustituyendo el privilegio de nacimiento por el de fortuna, hará del odio o del temor de la democracia la primera máxima de su política egoísta. Dijo: "la función de ciudadanía acordada sólo a la propiedad... es... la idea a que todo el orden social se adscribe". A su juicio, el régimen parlamentario se habría destruido por el sufragio universal, poniendo en peligro la propiedad; lo cual justificaría los ataques de los socialistas contra los "parlamentaristas burgueses". Después de su viaje por Rusia sólo tuvo en vista para su país las clases superiores, y su doctrina política se astringió y estrechó, admitiendo sólo en la participación de los cargos creados por la revolución a las clases bien educadas, a los "señores" de los salones. Es la democracia de las manos enguantadas. Hasta aquí literalmente igual piensa Balzac.

Se ha podido reconstruir aproximadamente los elementos de instrucción que tuvo a su alcance Balzac. En rigor es un autodidacto. Sus estudios oficiales llegan hasta su ingreso en la Facultad de Derecho y en la Sorbona. La hermana ha indicado los cursos de filosofía y de ciencias naturales que siguió con entusiasmo y provecho.

Debemos distinguir lo que Balzac sabe, y que forma "su saber", y los conocimientos que, a la manera de su comprovinciano Rabelais, emplea como acervo lúdico para hacer artículos en que la erudición consiste en el conocimiento de los nombres o de las modalidades superficiales de una técnica o un oficio. Así se entretiene en escribir diversos tratados (muchos de ellos de títulos fisiológicos) y hasta el fin de su vida proyecta seguir escribiéndolos. Curtius ha registrado muchos de esos títulos: "Fisiología de la toilette", "Fisiología gastronómica", "Fisiología del cigarro", "Fisiología de las pasiones", "Fisiología del anexo", "Fisiología del empleado", un capítulo sobre Fisiología de la vida conyugal (en *Pequeñas miserias de la vida conyugal*), "Fisiología de la factura (comercial)". "Quiere averiguar cuál es el régimen que conviene mejor al hombre cuyo pensamiento es productivo. Pero también quiere demostrar la influencia que tiene la alimentación en el destino del pueblo.

Esas dos cuestiones las ha estudiado en su *Tratado de los excitantes modernos* (1838), donde se demuestra preocupado por la higiene social". (Curtius).

Una facultad eminente y extraordinariamente útil en Balzac es la memoria, como insinué. Su saber enciclopédico y misceláneo quedaba firmemente registrado en su memoria, y al manejar inmensos materiales geográficos, psicológicos, biográficos, genealógicos y anecdóticos, los tiene presentes cada vez que trasiega elementos de una a otra obra. Cada personaje mantiene su coherencia de carácter y de aspecto, su personalidad, y no sólo puede rememorar a cada uno de los dos mil de su galería sino recordar con qué personas se entrevistó en otras novelas, de qué trataron y asimismo, si eran parientes, nombrar a varios de ellos. Pues es segurísimo que una vez editada la obra, Balzac no volvía a leerla sino para corregir las pruebas. También hemos de reconocer que en las preocupaciones científicas, sociales y políticas que recargan sus obras, encontramos huellas profundas de la cultura popular ambiente, del afán de saber y de propagar los conocimientos heredados de la Enciclopedia. Como observa Maxime Leroy: "Trasfiere a este dominio la observación de los hechos, los métodos, las preocupaciones de los sabios de su tiempo, de Cuvier, de Saint-Hilaire. A este último dedicó una de sus novelas, testimonio de sus curiosidades y de su gratitud intelectual. El se creyó zoólogo de la sociedad". "Más que a Cuvier y a Saint-Hilaire, debe aproximarse a Balzac a Henri de Saint Simon y a Augusto Comte. *La Comedia Humana* y el *Curso de Filosofía Positiva* datan de 1842. Están, en efecto, próximos uno del otro. Aunque no se explican uno por el otro, uno y otro se explican por las condiciones nuevas de la vida; una explicación superior los ha hecho reunirse".

"Todo lo sabía Balzac —escribe Stefan Zweig—: procesos, batallas, jugadas de Bolsa, especulaciones de terrenos, secretos de la química, manejos de los perfumistas y sus añagazas, maniobras de los artistas, discusiones de los teólogos, secretos de una empresa periodística, los trucos del teatro y los de esa otra escena que llamamos política. Conocía la vida provinciana, la de París y la del mundo, y era el *conaisseur en flanerie* que leía como en un libro en los jeroglíficos de las calles. Sabía cuándo se había construido cada casa, por quién y para quién; descifraba la heráldica de sus armas sobre la puerta; atesoraba en sí toda una época de la arquitectura; sabía el costo de los

alquileres; habitaba con sus criaturas todos los pisos, las amueblaba y los llenaba con la atmósfera de la dicha y el infortunio, y hacía que entre el piso primero y el segundo, entre el segundo y el tercero se tejiese la red invisible del destino. Poseía conocimientos enciclopédicos: sabía lo que valía un cuadro de Palma Vecchio, lo que costaba una hectárea de tierra, una puntilla, un coche o un criado; conocía la vida de los elegantes que, vegetando entre deudas, dilapidan veinte mil francos en un año . . .”.

Este saber promiscuo y polímita es también una rama del árbol de la Ciencia, que es el del bien y del mal; rama cargada de frutos apetitosos y una de la fronda que se entremezcla con las de otros árboles de la selva.

PÍO BAROJA: EL PASADO. LA RAZA

Por María ALFARO

Las seis novelas que voy a comentar pertenecen a dos trilogías que llevan por título *El Pasado y la Raza*. Escritas entre 1905 y 1911, tienen todas ellas una conexión, no siempre de tema o ambiente, pero sí de carácter general y psicológico. Pío Baroja creó a estas *personas* (y doy al vocablo un alto sentido humano) a su imagen y semejanza, utilizando para esta creación un sistema invariable y empírico que les confiere la unidad precisa para ligar, no sólo vidas distantes entre sí, sino también peripecias acaecidas en diversos países y lugares.

El Pasado engloba *La Feria de los discretos* (1905), *Los últimos románticos* (1906), y *Las tragedias grotescas* (1907). De un prólogo que para *La Dama errante* escribió el novelista vasco, entresaco los párrafos siguientes:

"Todos los pasados, y en particular el español, que es el que más me preocupa, no me parecen espléndidos, sino negros, sombríos, poco humanos. De esta antipatía por el pasado, complicada con mi falta de sentido idiomático —por ser vasco y no haber hablado mis ascendientes ni yo el castellano— procede la repugnancia que me inspiran las galas retóricas, que me parecen adornos de cementerio, cosas rancias que huelen a muerto".

En otro lugar, refiriéndose concretamente a *La Feria de los discretos*, cuenta el autor que, al morir el traductor de su novela *La busca*, tuvo que ir al cementerio y como allí corriese un viento helado, decidió, al regreso del camposanto, abandonar Madrid y marcharse a Córdoba. En la ciudad de los Califas le vino a la imaginación escribir una novela de ambiente andaluz, obra que comenzó en Madrid y terminó en el monasterio del Paular cuando llegó el verano. En Córdoba vivió unos meses de invierno, y sin duda por esta razón el ambiente de la ciudad es invernal, con lluvia y frío. Transcribo ahora unas palabras de Baroja sobre este libro suyo:

"*La Feria de los discretos* fue traducida al italiano con el nombre de *La Scuola dei Furbi* (La escuela de los tunantes) nombre que yo indiqué a la casa Treves, de Milán. Cuando estuve en Roma, una marquesa de Ferrara rubiácea y con cuatro o cinco títulos, que comía en una mesa próxima a la mía, me pidió *La Scuola dei Furbi* para leerla y al día siguiente me dijo con aire de severa censura:—¡Questo Quintino é troppo impertinente!—¿Y por qué no, señora marquesa? ¿Es que la sociedad de los imbéciles es tan respetable para que no pueda uno reírse de ella?"

La palabra *sombria* se repite con insistencia a lo largo de toda la obra de Baroja. Y como lo sombrío parece tener, en literatura al menos, más fuerza que lo claro, la Córdoba que nos presenta el novelista vasco contiene más vigor que las descripciones de otros autores en las cuales abunda el tópic andaluz de refulgente colorido.

La Feria de los discretos, aunque incluida en la trilogía del *Pasado*, no guarda la menor relación con las otras dos novelas que la siguen. Baroja nos presenta, no una Andalucía ardiente, aromada y pintoresca, sino una ciudad bravía de hombres duros, viciosos, brutales con las mujeres y portadores del trabuco sobre la silla del caballo. De rompe y rasga son también las hembras, a excepción de Rafaela, amada por el protagonista. A su vez Quintín difiere bastante de los personajes típicamente barojianos, lo cual quiere decir que sus ideas obedecen a un matiz elemental de pensamiento que no gasta el tiempo en disquisiciones de orden filosófico. Por encima del estudiante de un aristocrático colegio inglés sale el jaque andaluz, pendenciero y de instintos truhanescos. *La Feria de los discretos* se desarrolla en un ambiente de picaresca y su acción transcurre en los últimos años del siglo XIX. Aunque se haya abusado en la novela del tipo del viejo noble arruinado recluido en su casona carcomida, Baroja trata este tema con un acierto incomparable. Melancólicos y escondidos, en Córdoba existen todavía jardines húmedos por la lluvia, con sus naranjas centelleantes, como bolas de oro rojo y amarillo, con las hojas de los árboles relucientes por el agua y el penoso silencio de las casas a las que sólo dan vida unas muchachas medio enclaustradas. Al fondo, "las negras montañas del invierno, escondidas a trechos por nieblas azuladas". Y es que en el paisaje de Baroja late insistentemente el otoño precursor del letargo en que se sumen la naturaleza y los hombres, como un anticipo de la desa-

parición de todo. Un mundo sin sueño y sin mentira, iluminado solamente por la luz de una realidad amarga y melancólica.

Pero, no todo son huertos sombríos en *La Feria de los discretos*. Hay, por el contrario, mucha más acción que descripciones y numerosos y variadísimos personajes, desde el protagonista impetuoso e ineducado, de bética majeza, a galloferos, hampones, y hasta una señora Patrocinio de mañas celestinescas, embrujadora y avara. Algo recuerda este libro de Baroja a *La Celestina* de Fernando de Rojas. Sin duda, casi todas las novelas se asemejan unas a otras en el fin que se proponen, y los vicios y pasiones de los hombres son de todas las razas y continentes.

Los últimos románticos tiene, como única concomitancia con *La Feria de los discretos*, el que su acción transcurre en la segunda mitad del siglo XIX. De este libro dice su autor:

"La acción de esta novela ocurre en París y entre gente pobre. Hay en ella algunas impresiones de los emigrados del tiempo de Ruiz Zorrilla. Es un libro que vale muy poco. El escritor francés Luis Bertrand me preguntó si para escribir este libro me había inspirado en *La educación sentimental* de Flaubert.

—¿Usted ha leído esa obra?

—No, no la he leído.

—¡Ah! Yo hubiera jurado que se había usted inspirado en ella.

—Pues ya ve usted, no la conozco. De Flaubert he leído *Madame Bovary* y *Salambô* y ninguna de las dos me ha producido gran entusiasmo.

Como Monsieur Jourdain, que hablaba en prosa sin saberlo, quizá yo sea flaubertiano sin darme cuenta".

A pesar de la afirmación de Baroja, no todos son pobres entre estos últimos románticos. Fausto Bengoa, el protagonista, es un *dilettante* de la revolución y de las ideas subversivas. Tiene, sin embargo, algún dinero; vive bien y si se mezcla con bohemios ansiosos de renovación es más bien por un motivo frecuente en el hombre: el de llevar la contraria a la familia, a la sociedad que le rodea y al ambiente que ha respirado en su infancia. Barojiano es don Fausto por su prurito deambulatorio y por una curiosidad incesante que le lleva a frecuentar los sitios más dispares, desde los antros en donde conviven en promiscuidad conspiradores políticos y bandidos de distintas calañas, hasta las lujosas moradas de aristocráticos personajes. Natural-

mente, don Fausto prefiere a la elegancia trivial, la variedad de los bajos fondos parisinos. Baroja define el medio político y social de la época como saturado de gérmenes purificadores lanzados en el seno de la sociedad por la Revolución Francesa. En el ambiente fermenta una mezcla de socialismo sentimental y de ideas caballerescas, es decir, un producto mixto de cosas heterogéneas.

Respecto de las mujeres, el novelista expone, como de costumbre, la pésima idea que tiene de ellas. La madre de don Fausto pretende casarle con alguna señorita conocida, pero el hombre, escéptico, rechaza la coyunda. "¿Qué iba a hacer él con cualquiera de aquellas mujeres tan poco letradas, capaces de dormirse sobre un tomo de *Los Miserables*?" Al fin, se casa en Madrid con Clementina, moza ambiciosa y vulgar, pero que lee, no sólo *Los Miserables*, sino todos los folletines que encuentra en el puesto de un librero de viejo, amigo de Fausto Bengoa.

Baroja, con su especial predilección por lo húmedo, oscuro y derrengado, imbuye a su protagonista esta inclinación. Don Fausto deambula por París buscando paredes de piedra corroidas por el aire y la lluvia, tejados puntiagudos y balcones atestados de enseñas mugrientas. A este personaje le corresponde una cierta ambición literaria. Pero, incapaz de ordenar sus ideas un tanto confusas y contradictorias, se busca el consabido *negro* que desarrolle y dé forma coherente a sus mal pergeñadas notas. Carlos Yarza, pretendiente de su hija Asunción, es el hombre indicado para este menester. Yarza vive en París y tiene un carácter contrario al de don Fausto. Lógico y escéptico, desentona un poco en el medio proteico e informe compuesto de individuos que pretenden resolver todos los problemas humanos con fórmulas sencillas. Más que personajes románticos—alguien ha definido el romanticismo como exaltación de la tristeza—, son estos hombres ilusos y chiflados de diversas nacionalidades y procedencias que se mueven caprichosamente en el ambiente melancólico y opaco de un París arbitrario, muy característico del siglo XIX.

Refiriéndose a *Las tragedias grotescas*, escribe Baroja: "Es esta obra segunda parte de *Los últimos románticos*. Pasa en París, en tiempos del Segundo Imperio. La empecé a escribir también en París, en una pensión que tenía en la rue Saint-Jacques un señor que escribía libros filosóficos. *Las tragedias grotescas* es un libro triste y de desesperanza. No recuerdo que

en aquella época me ocurriera nada de particular y, sin embargo, la novela destila melancolía. Quizá fuera el resultado de los paseos otoñales por el jardín del Luxemburgo, por el parque de Saint-Cloud y en los vaporcitos del Sena. Al recordarlo, me da este libro la sensación de los vales antiguos, de las canciones de organillo y de las cajas de música".

Fausto Bengoa continúa con su afán de vagabundo urbano, recorriendo incansable los infinitos rincones de una ciudad inmensa y variada. Le vemos en las alturas de Montmartre, visitando talleres y estudios de pintor, entre *rapins* hambrientos y despreocupados de toda moral al uso, "gente miserable, mezquina y pequeña hasta en sus vicios". Del barrio de los artistas fracasados va al mundo de los conspiradores políticos. Rochefort lanza sus anatemas desde *La Lanterne* y *La Marseillaise*; el novelista Octavio Feuillet canta al sentimentalismo ramplón y a las virtudes tradicionales y elegantes. Mientras tanto, en las reuniones populares se pronuncian discursos terribles; algunos oradores son partidarios de la antropofagia universal y otros del humanitarismo trascendente.

En un clima de gentes encumbradas es más difícil conocer bien a los hombres porque la riqueza y el poder confieren a sus poseedores la hipocresía esencial e indispensable para la defensa de los bienes materiales. En cambio, para los desafortunados no existe honor al uso que les parezca respetable. Don Fausto, a pesar de sus ideas subversivas, ha conseguido la Legión de Honor. Y como presume con su cinta en el ojal, le dice Pipot:

—¡Pero hombre! No se ponga usted porquerías de Badinguet. ¿No ve usted que las reparte entre sus peluqueros y lacayos?

Fausto Bengoa, como todos los ociosos, es hombre indiferente e incapaz de esfuerzo. Vagabundo circunstancial, su afición por los bajos fondos de la sociedad es debida a la inercia. Y como a todo ser inerte, le engañan aquellos que le rodean: amigos, sirvientes, esposa e hijas. La soledad de este hombre eternamente engañado resulta deprimente, pero siempre hay alguien que gane en la desgracia. Una de las páginas más conmovedoras de la novela trata del suicidio de un viejo marqués arruinado que llega a un límite intolerable de miseria. Don Fausto se lo encuentra en un puente de París, desamparado y loco, dispuesto a arrojarse al agua. Nuestro héroe, que no sabe emplear la fuerza, utiliza sus artes suasorias para convencer al

marqués, esfuerzo verbal inútil, puesto que, sin poder remediarlo, le toca ser testigo de la desaparición del desdichado en las aguas del Sena.

Como la esencia literaria de Baroja se compone de una serie de consecuencias irónicas y, al mismo tiempo, trágicas y escépticas en donde la emoción y un pesimismo amargo se fusionan, todos los personajes de sus novelas tienen con el autor un parentesco inequívoco e idéntica mezcla de incredulidad y desconfianza. Al final, don Fausto, ante las ruinas que dejan la *Commune* y la sangre inútilmente derramada, rememora su vida y comprende los errores y equivocaciones que hay en ella. Y a Nanette, que llora la muerte de Carlos Yarza, la dice:

—La vida, créalo Nanette, no acaba nunca. Siempre se está al principio y al fin. . .

Deducción escéptica y desalentadora que no excluye el espíritu de rebelión, aunque, en el caso de don Fausto, esta rebelión sea puramente teórica. Casi todos los personajes de Baroja se desenvuelven en un medio indefinible de ideas y sentimientos sujetos a contingencias inciertas y fluctuantes. Lo que rodea a estos seres es huidizo; apenas se percibe en ellos algo concreto y duradero. Y es que, después de las revoluciones, incluso de las de orden moral, la vida se resiente de una trepidación febril, mientras el espíritu queda corroído por la duda. La descripción de las ciudades en los libros de Baroja, más que un medio, es un fin en sí mismo. Con una gran concisión, el novelista evoca un ambiente urbano realista y, al mismo tiempo, de un lirismo extremadamente sobrio. Las calles, las casas y sus habitantes, absorbidas con avidez, conservan un rescoldo melancólico que transmite su calor al mundo sensible de Baroja. El escritor no aspira a la objetividad como sistema porque sus personajes, aunque vivan una vida propia, son el eco, a veces débil y lejano, del pensamiento que caracteriza al escritor vasco. El hombre, según Baroja, es ondulante y diverso por esencia, y la vida humana es siempre más importante que cualquier afirmación dogmática.

En la trilogía titulada *La raza* va incluida *La Dama errante* (1908), *La ciudad de la niebla* (1909), y *El árbol de la Ciencia* (1911).

La Dama errante, según Baroja, está inspirada en el atentado de la calle Mayor contra los reyes de España, que se produjo el mismo día de su boda (31 de mayo de 1906). Este atentado causó una enorme sensación en el escritor porque co-

nocía a varios de los que intervinieron en él. Mateo Morral, autor del atentado, solía ir a un café en donde se reunían varios escritores. Baroja cree que nunca habló con Morral, hombre oscuro y silencioso que formaba parte del corro de oyentes que todavía hace años tenían las mesas de los cafés en donde había tertulias literarias. Después de cometido el crimen y encontrado a Morral muerto cerca de Torrejón de Ardoz, Baroja fue al Hospital del Buen Suceso para ver su cadáver, pero no le dejaron entrar. En cambio, su hermano Ricardo pasó y pudo hacer un dibujo y luego un aguafuerte del anarquista. El novelista asegura que su libro está hecho a base de realidad y que los personajes son también reales. Asimismo, dice que el viaje por la vera del Plasencia lo realizó él mismo en compañía de su hermano y un amigo, llevando en un burro provisiones y una tienda de campaña. "El *Musiú*, el *Ninche* y el *Grillo*—dice Baroja— es posible que anden todavía por esas aldeas, siguiendo su vida de trotar caminos y engañar a los bobos". Y luego continúa: "Probablemente, un libro como *La Dama errante* no tiene condiciones para vivir mucho tiempo. Este carácter efímero de mi obra no me disgusta. Somos los hombres del día gentes enamoradas del momento que pasa, de lo fugaz y transitorio, y la perdurabilidad de nuestra obra nos preocupa poco. tan poco, que casi no nos preocupa nada. . ."

La novela, del género andariego, da motivo al desfile de tipos trashumantes que, a veces, más que de hombres libres, tienen una expresión de siervos medievales. Hambrientos trotamundos, gentes desarraigadas y sin domicilio fijo, que viven pendientes del milagro, lo cual no deja de ser un medio de vida profundamente español. Posadas campesinas en donde no se encuentran otros comestibles que los aportados por los viandantes; ventorros y chiscones, uno de ellos llamado, con mucha propiedad, la *Venta del hambre*. Pueblos de la provincia de Madrid, inhóspitos como tantos lugares de Castilla, son descritos por Baroja con su verismo habitual, crudo y desolado. La infancia de la protagonista María Aracil, hija del doctor, da lugar a reflexiones que abundan en la obra del novelista vasco. Pero, en *La Dama errante*, más que reflexiones de tipo moral, hay la angustia del hombre que aun siendo inocente, se siente perseguido y huye a donde sea, lejos del acoso de los hombres. El escritor, con su singular acierto para describir el paisaje, lanza a los fugitivos por los pueblos de la serranía de Gredos. Naturaleza generosa y magnífica; montañas solitarias

y, en los valles frondosos, aldeas de viviendas desoladas, habitadas por gentes primitivas y brutales a quienes la miseria ha matado el espíritu, no subsistiendo en ellas más que instintos elementales. El doctor Aracil, cuyo crimen ha consistido en dar asilo a un asesino perseguido por la justicia, no pensó en las inevitables consecuencias de su impulso humanitario. Y es que en el médico, como en otros personajes de Baroja, se entremezcla la esencia arcangélica con la naturaleza inconsciente de ciertos vagabundos intelectuales que deambulan por un mundo indiferente a sus ansias de humanidad.

La ciudad de la niebla es la continuación de *La Dama errante*. Los fugitivos, después de muchas peripecias, han conseguido llegar a Londres. Junto al doctor Aracil y su hija María surgen nuevos personajes muy diferentes de los nómadas que recorren las tierras de Castilla. Son seres que vegetan en un triste ambiente ciudadano, cercados por las brumas londinenses. Anarquistas platónicos dedicados a humildes menesteres mientras sueñan con una aurora que disipe las tinieblas con rojas llamaradas; mercaderes rapaces que piensan tan sólo en su dinero; refugiados de distintos países, de origen desconocido y dudoso pasado. El ámbito dentro del cual se mueven hombres y mujeres incrédulos, difuminados en la niebla, adquiere contornos más suaves. A pesar de su falta de fe y de esperanza, estas gentes escépticas no sienten nunca el cansancio de las disputas estériles. Su escepticismo es falso, ya que el verdadero tiene la certidumbre de que nada vale la pena, puesto que nada se conoce con certeza. Externamente, son ingenuos contempladores de la vida, curiosos que andan leguas por mirar el Támesis en el atardecer y en un punto cualquiera, con tal de que esté lejos. Estos personajes dialogan incansablemente, como todos los partidarios de la discusión libre.

Baroja expone también en esta novela sus ideas, pero con menos violencia y apasionamiento que en otros libros suyos. *La ciudad de la niebla* está toda ella impregnada de la melancolía de una ciudad inmensa en donde los hombres, pese a sus cualidades intrínsecas, carecen, individualmente, de importancia. El escritor se muestra obsesionado con el vicio e insiste en la estupidez de éste porque "todos los días hay un trabajo nuevo que necesita una nueva atención; en cambio, desde hace veinte o treinta mil años no se ha inventado un vicio nuevo, lo que no impide que esos pobres románticos de la vida inquieta se crean hoy más viciosos que los de ayer, mientras que los de

mañana se consideren infinitamente más viciosos que los de hoy. . .”

El *árbol de la Ciencia* ha sido incluido por su autor en la trilogía de *La raza*. En realidad, esta novela, la más autobiográfica de todas las de Baroja, nada tiene que ver en su trama ni en sus personajes con las dos que la preceden. En el tomo II de las *Memorias*, dedicado a su infancia, adolescencia y juventud, el novelista repite páginas enteras de este libro. Andrés Hurtado, el protagonista, es Baroja y sólo cambian ciertas circunstancias privadas de la vida del escritor.

En *El árbol de la Ciencia* se transparentan claramente las ideas filosóficas y los problemas que preocupan al novelista. “Antes —dice Andrés Hurtado—, para mí era una gran pena considerar el infinito del espacio; creer el mundo inacabable me producía una gran impresión; pensar que al día siguiente de mi muerte el espacio y el tiempo seguirían existiendo, me entristecía, y eso que consideraba que mi vida no es una cosa envidiable; pero cuando llegué a comprender que la idea del espacio y del tiempo son necesidades de nuestro espíritu, pero que no tienen realidad; cuando me convencí por Kant que el espacio y el tiempo no significan nada; por lo menos que la idea que nosotros tenemos de ellos puede no existir fuera de nosotros mismos, me tranquilicé. Acabado nuestro cerebro, se acabó el mundo. Ya no sigue el tiempo, ya no sigue el espacio, ya no hay encadenamiento de causas. Se acabó la comedia definitivamente. . .” Pero, a pesar de estas consideraciones, Andrés Hurtado tiene la esperanza de que la verdad, aun la que parece más inútil, puede ser útil el día de mañana.

Del Génesis toma Baroja el título de su novela. “En el centro del Paraíso había dos árboles, el árbol de la Vida y el árbol de la Ciencia del bien y del mal. El árbol de la Vida era inmenso, frondoso y, según algunos Santos Padres, daba la inmortalidad. El árbol de la Ciencia no se dice cómo era; probablemente sería mezquino y triste”. Más adelante, el escritor ve en todo esto los procedimientos propios de la *granujería semítica*. Según Baroja, griegos y semitas inventaron paraísos exclusivamente suyos porque, en el fondo, no comprendían nada de la naturaleza. “Kant —sigue diciendo— ha sido el gran destructor de la mentira griego-semita. Se encontró con esos dos árboles bíblicos y fue apartando las ramas del árbol de la Vida, que ahogaban al árbol de la Ciencia. Tras él no queda en el mundo de las ideas más que un camino estrecho y penoso: la

Ciencia". Siempre por boca de Andrés Hurtado, Baroja expone el concepto que tiene de los conformistas que no se toman la molestia de pensar. "Creer en el símbolo o en el fetiche, es símbolo de superioridad; creer en los átomos, como Demócrito o Epicuro, es señal de estupidez. . ."

El novelista describe a Hurtado como hombre violento, orgulloso, malintencionado. Un incomprendido, en el fondo. "Los días iban sucediéndose a los días y cada uno traía la misma desesperanza, la seguridad de no saber qué hacer, la seguridad de sentir y de inspirar antipatía, en el fondo sin motivo, por una mala inteligencia. Pero ¡con qué gusto hubiera cerrado los libros si hubiera habido algo importante que hacer, algo como pegarle fuego al pueblo o reconstruirlo!"

El médico, harto del ambiente rural (Baroja en su etapa de Cestona), vuelve a Madrid a probar fortuna. Hurtado lleva la amargura incrustada en su ser. "Siempre la misma interinidad, la misma angustia hecha crónica, la misma vida sin vida, todo igual. . ."

Una de las costumbres más bochornosas en la vida de los pueblos es la prostitución. Baroja trata este tema sin piedad, sin ironía ni pintoresquismo, culpando a la sociedad de una lacra que aquélla considera necesaria. "¡Cómo se va a impedir! —dice uno de los personajes—. Pregúntele usted al señor obispo de Trebisonda o al director de la Academia de Ciencias Morales y Políticas, o a la presidenta de la Trata de blancas, y le dirán: '¡Ah! Es un mal necesario, hija mía; hay que tener humildad. No debemos tener el orgullo de creer que sabemos más que los antiguos'. . ."

En las notas explicativas de una antología del novelista vasco, Baroja dice que, entre sus novelas de carácter filosófico, *El árbol de la Ciencia* es la más acabada y completa y la mejor que ha escrito. De todos sus libros es, sin duda, el más característico por su cruda sinceridad, pero, al mismo tiempo, resulta también el más triste y desconsolador de todos ellos. Al final, el lector saca como consecuencia la escasa libertad de que goza el ser humano, ya que "la naturaleza no sólo hace el esclavo, sino que le da también el espíritu de la esclavitud".

PANORAMA DEL TEATRO EN MEXICO*

Por *Celestino GOROSTIZA*

SEÑORAS y Señores:

Nos encontramos ante un hecho indiscutible que está a la vista de todo el mundo y que todo el mundo ha constatado, no sin cierto asombro: En los últimos cinco años, la vida teatral de México ha adquirido un desarrollo que nunca antes había alcanzado. A lo largo del año, fluctúa entre doce y veinticinco, según que la temporada sea más o menos propicia, el número de salas abiertas al público. Los pequeños teatros, llamados "de bolsillo", tienden a desaparecer paulatinamente, en tanto que empiezan a surgir salas cada vez de mayor capacidad, hasta llegar a los grandes teatros, como el Palacio de Bellas Artes, el Teatro del Bosque, el Fábregas, el Insurgentes.

Esto, lo que salta a la vista. Detrás, está la tramoya que permite esa realización visible: Las escuelas de arte dramático donde se preparan los futuros actores; el teatro infantil que va sembrando en los niños la afición por los espectáculos escénicos; los grupos de aficionados que trabajan organizadamente en toda la República bajo una orientación definida y que han aumentado en los últimos tres años a más de doscientos; los grupos populares que llevan el teatro a las clases humildes que no pueden permitirse el lujo de pagar doce pesos por una entrada; y tal vez, también, la televisión que despierta en muchos indecisos, con sus representaciones incompletas, defectuosas y mecanizadas, el deseo de ver el teatro tal como es en realidad. Es toda esta tramoya la que va preparando y proporcionando al teatro no sólo el material humano que necesita para sus realizaciones, sino la que va formando al público a quien se destinan y que habrá de contribuir a su mantenimiento y a su éxito.

* Conferencia dictada en la Sala "Manuel M. Ponce", el 19 de agosto de 1957.

Cuando menos por el volumen de su actividad, México se ha colocado en los últimos años en el séptimo u octavo lugar entre las capitales teatrales del mundo. Y todo ello, sin darse cuenta, desdeñosamente, como acostumbra México aceptar sus propios progresos, sin ningún despliegue publicitario, sin las magníficas revistas ni las lujosas ediciones que informan al mundo de la vida teatral en París, Londres o Nueva York, y sin que siquiera la prensa local haya llegado a darle la importancia que merece.

Claro está que no faltan, además, las voces pesimistas, dispuestas siempre a encontrar el pelo en la sopa. Esas voces tratan de demostrar lo endeble del movimiento teatral de México porque en muchas salas se representan vodeviles o melodramas, o bien comedias simples y ligeras; pero lo cierto es que nunca, en ningún lugar del mundo, ha habido ni puede haber un teatro formado exclusivamente por las obras clásicas y las modernas de mayor profundidad intelectual o poética. Después de todo, el vodevil y la comedia nos vienen desde Aristófanes y Menandro, pasando por Plauto y Terencio, hasta llegar a Shakespeare, Molière, Cervantes y Lope, sin olvidar a nuestro Ruiz de Alarcón. Un teatro completo, actual, vivo, tan vivo y actual como fue el de esos autores en su tiempo, tiene que comprender todos los aspectos de la dramaturgia, incluidos los frívolos e intrascendentes, del mismo modo que una verdadera comida no se compone nada más de los platos fuertes, sino que avalúa y destaca los méritos de éstos por medio de los postres, ensaladas y entremeses. Y no se trata ni siquiera de que cada género de obras se dirija a clases determinadas de público. El público verdaderamente aficionado al teatro, sabe disfrutar de unas y de otras, y dar a cada una, en su aprecio personal, el lugar que les corresponde. El hombre más sabio, más inteligente, más grave, no está siempre en estado de ánimo propicio para gustar de una obra sesuda y refinada, y sí, en cambio, a menos que se trate de un snob, de un pedante o de un fanático, puede desear muchas veces un descanso para su mente en la gracia superficial de una comedia, en la picardía de un vodevil o en el problema sin consecuencias de un melodrama policiaco. Esto explica que no sólo en México, sino en todas las capitales más importantes del teatro, sigan representándose profusamente las comedias, los vodeviles y los melodramas.

En México, no obstante —y esto es digno de subrayarse—, la proporción de ese tipo de representaciones es inferior a la de otras naciones más importantes, teatralmente hablando. Para no tomar como ejemplo sino la actualidad inmediata, solamente en el término de un año se han representado o se están representando aquí obras de Eurípides, Pirandello, Kafka, Camus, García Lorca, O'Neill, Quevedo, Calderón, Giraudoux, Miller, Beckett, Claudel, y de otros muchos autores, si no tan sobresalientes como los citados, sí de los que pueden considerarse entre los contemporáneos más serios y dignos. Al mismo tiempo, se han hecho experimentos de lo más novedoso y audaz, como los de Poesía en Voz Alta; y, lo que es más importante, ha habido constantemente en el cartel un mínimo de cuatro a cinco obras de autor mexicano, tan gustadas y aplaudidas como la que más entre las extranjeras. De nada serviría, en efecto, que México disfrutara de la movida actividad teatral que está disfrutando, si ésta no le sirviera para consolidar su propio teatro. La proporción es baja aún, y debe trabajarse mucho todavía para elevarla cuando menos al doble, lo que representaría aproximadamente el cincuenta por ciento de la producción total.

No obstante, el panorama actual es de lo más halagüeño, sobre todo si se considera que México es sumamente joven en el teatro. No tiene, desde luego, los cinco años en que su esplendor empieza a hacerse evidente. Un arte tan complejo como es el teatro, no hubiera podido surgir así, como por arte de magia, de la noche a la mañana. Tiene sus antecedentes, bastante lejanos, en la colonia española. En Ruiz de Alarcón y Sor Juana Inés de la Cruz; y en los autores del siglo XIX, Manuel Eduardo de Gorostiza y Peón Contreras, así como en los de principios de este siglo, Manuel José Othón, Marcelino Dávalos y los Gamboa, Federico y José Joaquín, pues en México, en realidad, nunca ha dejado de trabajarse por el teatro; pero no es sino después de la Revolución cuando México toma conciencia de su nacionalidad y empieza a esforzarse verdaderamente por ponerse al día con el teatro del mundo y por producir un teatro mexicano digno de ser tomado en cuenta por el mundo.

Para dar a ustedes una idea del proceso que siguió este esfuerzo a partir de su iniciación, en la mitad de los veinte, voy a resumir en esta plática unos apuntes muy poco cono-

cidos que escribí hace tiempo sobre la Historia del Teatro Experimental en México:

"Como actividad practicada por seres humanos, difícilmente podría el teatro sustraerse a la idiosincrasia de esos seres, a los factores políticos, económicos y sociales que determinan el desarrollo y van delineando la fisonomía de la nación de la que forman parte. A grandes rasgos, México se incorporó a la civilización occidental con la conquista realizada por España, bajo cuya denominación permaneció durante trescientos años. El producto racial de la colonia, su potencialidad económica, el debilitamiento político de España, pero sobre todo la influencia de la cultura y de la revolución francesas, dieron lugar a la independencia de México, con la que se inicia la voluntad de crear una nacionalidad con carácter propio. La primera reacción, lógicamente, es en contra de lo español, cuyas huellas se trata de borrar, y en favor de lo francés que predomina en Europa y que ha facilitado la autonomía de América. Bajo el signo de Francia, pues, se inicia la vida del mexicano durante su primer siglo de libertad, en tanto que el poderío de los Estados Unidos de Norteamérica va afianzándose y empieza a marcar su huella con creciente empuje en la vida de su débil vecino del Sur, sobre todo a partir de la Primera Guerra Mundial, cuando la influencia se hace extensiva a los usos y costumbres más triviales y alcanza de paso hasta a las inflexiones del lenguaje.

Estas tres grandes etapas de nuestra historia son las determinantes del proceso de cualquier actividad humana que se haya desarrollado en México, y en ellas habrá que buscar las causas primeras de las tendencias y los esfuerzos de los hombres o de los grupos que las han llevado a cabo, aun cuando no todas coinciden exactamente en el tiempo, ya que los cambios históricos no se realizan en un día, ni la frontera que separa una época de otra es una línea precisa e inconfundible, sino por el contrario, una vaga superposición de ideas, hechos, signos y convenciones que se invaden, se entrecruzan y se mezclan hasta producir a la distancia el cambio absoluto y definitivo.

Si observamos el proceso de nuestro teatro, veremos que hasta hace muy poco tiempo estuvo bajo el dominio económico español. El predominio artístico, en consecuencia, era también español. Empresas españolas, compañías españolas

de tránsito, actores españoles que decidían radicar en México, repertorio español, y público, en su mayoría, español. En esas circunstancias, resultaba natural que los pocos escritores mexicanos que se aventuraban a escribir una obra teatral, aun procurando plegarse a los gustos y los estilos reinantes, encontrarán escasísimas o ningunas oportunidades de ver sus obras representadas. En cuanto a los actores, debían adquirir la pronunciación, el acento, el porte y hasta el tipo de un perfecto español, no sólo en las tablas sino en la vida privada, si querían tener acceso a las compañías que trabajaban en los teatros de México, del mismo modo que los toreros, todavía hasta Gaona, tenían que usar chaquetilla y sombrero cordobés, y hablar con aire andaluz, para merecer la alternativa de matadores. La independencia política de México no se realizaba aún en lo económico ni en lo social. Y por desgracia, el teatro español se encontraba ya en franca decadencia, aunque entonces no se nos permitía enterarnos de ello.

El Teatro no podía sustraerse, sin embargo, a la influencia que en el campo de la cultura y de la política venía ejerciendo Francia sobre México desde su independencia, influencia que culminó durante el gobierno de Porfirio Díaz, cuando el gusto de la burguesía y de la clase media se decidió por todo lo francés y la "Colonia Juárez" surgió triunfalmente coronada de mansardas para la nieve que nunca cae en México. En el Teatro, fue Virginia Fábregas la representante de ese gusto, y desde el principio del siglo, adelantándose con mucho a la oposición de las circunstancias reinantes, levantó el telón ante las obras de Bataille, de Bernstein, de Verneuil y de los demás autores franceses de la época, con un decoro escénico del que se hacen lenguas los historiadores del teatro mexicano. En ese sentido, sin proponérselo, y obedeciendo nada más al imperativo del proceso histórico, Virginia Fábregas fue la fundadora del primer teatro experimental de México, ya que abrió una puerta hacia lo nuevo, hacia lo desconocido, hacia lo improbable, y la abrió con energía, con valor y con ambición. Nunca se dará a Virginia Fábregas su verdadero valor mientras no se reconozca ese hecho y mientras no se tome en cuenta que, por añadidura, la plenitud de su actividad la desarrolló en medio de las turbulencias y de los contratiempos de la Revolución.

Sería demasiado pedir que, además, Virginia Fábregas

hubiera podido sustraerse a los moldes de la escuela española en que se había formado, al lenguaje que se consideraba como único posible para el teatro. Por eso fue causa de asombro para todos los mexicanos que la vieron, oír a la compañía argentina de Camila Quiroga, que vino a México por el año de 1921, hablar el español tal como se habla en Argentina. Fue como la prueba del huevo de Colón para los autores mexicanos. Y como una demostración de que no hay ninguna enseñanza, por modesta que parezca, que resulte inútil cuando se sabe aprovecharla, de ahí nació la idea de organizar una compañía mexicana que representara exclusivamente comedias mexicanas, con tipos, asuntos y problemas de México. Allí estaban María Tereza Montoya, ya convertida en primera actriz, y Fernando Soler, que después de merodear tímidamente por las provincias, acababa de hacer su entrada triunfal en la ciudad de México con *El Verdugo de Sevilla*. En 1926 se pudo cristalizar la idea. Que las obras no eran geniales ni perfectas, es verdad. Pero sí lo suficientemente decorosas para satisfacer a un público medio. Que, naturalmente la influencia de la escuela española y un poco de la francesa de los autores de principios de siglo, se dejaba sentir en las obras mexicanas, también es cierto. Pero el público no tenía por qué exigir técnicas diferentes que, por otra parte, le eran totalmente desconocidas. Sin embargo, no acudió, al menos en número suficiente para dar continuidad y permanencia a este esfuerzo. ¿Por qué? Porque el prejuicio contra la obra mexicana estaba demasiado arraigado. Al grueso del público de teatro, público español, no le interesaban los ensayos de autores noveles que osaban rivalizar con la metrópoli. Por su parte, la burguesía mexicana yo no quería saber nada que no viniera de París. El resto del público, las clases media y trabajadora, que ensanchaban la ciudad día a día, nunca había ido al teatro y no tenía por qué ir ahora a un espectáculo que siempre le había sido vedado.

Fernando Soler y María Tereza Montoya, cada uno al frente de su propia compañía, volvieron al repertorio tradicional y se dedicaron a preparar su presentación en Madrid, con el ánimo de obtener la consagración en la que consideraban aún, y con razón, la capital del teatro de habla española. Mientras tanto, los ecos de la posguerra empezaban a llegar a México: el teatro sintético ruso, Nikita Balieff y

su "Chauve Souris", los Pitoeff, el "Vieux Colombier", el estudio de los Campos Elíseos... Se hablaba de teatros de arte y de teatros de vanguardia. Batty, Dullin y Jouvet lanzaban manifiestos fustigando el teatro de "boulevard", que así llamaban entonces al teatro comercial de Francia, antes de ir ellos mismos al boulevard, y exponiendo los nobles, los puros propósitos del nuevo teatro, las razones técnicas, artísticas y morales por las que había que aplastar, hacer desaparecer de la superficie de la tierra al viejo teatro y unirse a las filas místicas de la vanguardia. La consigna fundamental era la reteatralización del teatro, la muerte de la literatura en el teatro, para restituir a la escena su carácter de caja maravillosa de sorpresas. Las teorías y los experimentos se sucedían unos a otros. Nunca se ha hecho tanta literatura en el teatro ni a propósito del teatro. Era el teatro reclamando su sitio en la pista donde las otras artes hacían sus piruetas. Eran el cubismo, el dadaísmo, el futurismo... Eran el preciosismo, el expresionismo, el surrealismo... Era la confusión, el torbellino de la posguerra.

Le faltaba a México su teatro de vanguardia. Y para hacerlo se necesitaba gente que estuviera al día de lo que pasaba en el mundo y que tuviera deseos de importar novedades a su país. Es decir, gente un poco snob, pero responsable y culta. Se necesitaba gente joven, con el ímpetu y la osadía de todas las juventudes; pero con una osadía y un ímpetu gobernados por la curiosidad, por inquietudes de orden espiritual, por el afán de saber y de hacer. Así quedó formado el grupo de *Ulises*, y por primera vez en México se llevaron a la escena las obras de Cocteau, O'Neill, Lenormand, Dunsany, Pellerin, sobre un pequeño tablado que se improvisó en una vecindad de la calle de Mesones.

El "Teatro Ulises" respondió de tal modo a las inquietudes, a las aspiraciones, al gusto del momento; arrebató de tal modo el entusiasmo y la admiración de los sectores cultos y avanzados; provocó de manera tan perfecta las calculadas reacciones de indignación y escándalo, que no le quedó más remedio que desaparecer. Pero la semilla estaba echada y tenía que empezar a germinar. Isabela Corona, secundada por Julio Bracho, formó un pequeño grupo —"Los escolares del Teatro"—, que dio, en la Sala "Orientación" de la Secretaría de Educación Pública, algunas representaciones de obras en uno y dos actos: *Jinetes Hacia el Mar*, de

Synge; *La señorita Julia* de Strindberg; y *Proteo* de Francisco Monterde. Y poco después vino el Teatro de Orientación, que me tocó impulsar y dirigir, a realizar y completar la obra iniciada por "Ulises". Tres años de trabajo constante, tesonero, incansable, dieron a México una visión panorámica del teatro universal de todos los tiempos, desde Grecia y el Siglo de Oro español, hasta los Estados Unidos y México, pasando por Shakespeare, Molière y Goldoni. Desde la Rusia de Gógol y de Chéjov, hasta la Francia de Cocteau y Giraudoux, casi no quedó un país, una época, un estilo, una escuela, que no estuvieran representados.

Al influjo y alrededor de esta obra, otros grupos se organizaron: "El Teatro de Ahora", alentado por Mauricio Magdaleno y Juan Bustillo Oro, que estrenó algunas obras de carácter revolucionario, escritas por sus mismos animadores; el "Teatro de Masas", que presentó *Lázaro Rió*, de O'Neill, bajo la dirección de Julio Bracho, con Andrea Palma como estrella; el "Teatro Universitario", que realizó un solo programa de teatro griego; y, poco más tarde, el "Teatro de Media Noche", organizado por Rodolfo Usigli después de su paso por la sección de Teatro del Departamento de Bellas Artes, en donde hizo funcionar el primer ensayo de una escuela de arte dramático.

Ese fue el panorama que contemplaron, un poco asombrados, Fernando Soler y María Tereza Montoya a su regreso de España, después de haber obtenido la ansiada consagración. Pero no se alarmaron. Por el contrario, acogieron de inmediato a los nuevos actores; se hicieron asesorar por los escritores que habían participado en el movimiento de vanguardia, y las nuevas obras extranjeras, alternadas de cuando en cuando con alguna mexicana, vinieron a remover el agua estancada de nuestro teatro comercial. Las puertas de México estaban abiertas a todas las influencias, a todas las corrientes, a todas las escuelas. Fernando Soler hacía lo mismo "El estupendo cornudo" que Cyrano o Bajo el Puente; y María Tereza Montoya, la actriz de habla española que ha estrenado probablemente el mayor número de obras de Pirandello, se familiarizaba con Lénormand y Cocteau, con Salacrou y Steve Passeur, con Kaiser, O'Neill y Elmar Rice, en tanto que Alfredo Gómez de la Vega, actor mexicano formado totalmente en España, pero de cultura universal, se sumaba al movimiento estrenando *Maya*, *Topacio*, *Seis per-*

sonajes en busca de autor, El pensamiento y otras obras no menos importantes del repertorio internacional.

Era el triunfo aparente del nuevo teatro. Sólo que el tiempo y las circunstancias nos obligaban a ir más lejos. Los nombres de O'Neill, de Rice, de Anderson, ya se habían filtrado en los repertorios. La sobriedad de la escuela inglesa se imponía a través del cine americano, que estaba educando el gusto de nuestros públicos con una intensidad con la que nada ni nadie lo había educado antes. A través de los Estados Unidos nos llegaban las teorías de Stanislavsky, de Boleslawsky, de Tairov, las de Reinhardt y Gordon Craig. El ingenio, la gracia, la picardía y hasta la poesía y la profundidad de los autores franceses que tanto tiempo habíamos admirado y tratado de asimilar, palidecía, cuando menos a los ojos del público de México, ante la sencillez, la humanidad, el realismo y la perfección técnica del teatro anglosajón, del mismo modo que la esbeltez y la elegancia de los palacetes con mansardas para la nieve cedían el paso al "confort", a la intimidad, a la modesta alegría hogareña de los bungalows y los apartamientos. Y empezábamos a tomar whisky en lugar de cognac.

Antes de que nos diéramos cuenta, estábamos hundidos hasta el cuello en la tercera gran etapa de nuestra historia. El cine mexicano, trasplantado directamente de Hollywood con su técnica, su espíritu y casi hasta con su idioma, empezaba a echar raíces y cobraba carta definitiva de naturaleza. Y un autor, Rodolfo Usigli, se destacaba como el iniciador de un auténtico teatro mexicano, precisamente porque se había propuesto asimilar la técnica del moderno teatro anglosajón, a través del cual estaba fustigando ciertos aspectos de la vida de México con una franqueza muy Bernard Shaw, que constituye el ángulo más cuidado de su carácter, aun cuando en él, como es natural, el humor británico se vea atemperado por un sedimento de amargura mexicana.

Si ganábamos o perdíamos con el cambio de rumbo, es cosa que cada cual puede determinar de acuerdo con su personal manera de sentir. Pero el cambio era incontenible, y si no en el aspecto de nuestra íntima convicción, tenía que arrollarnos en todos los otros aspectos. De cualquier modo, una influencia más no iba a ser perjudicial ni en mayor ni en menor grado de lo que habían sido las otras influencias para la afirmación de nuestra nacionalidad, que por otra

parte nunca se había empezado a definir con tanta claridad como en estos tiempos.

El "Teatro de México", organizado en 1943 de acuerdo con las nuevas tendencias, resumió no obstante todas las actividades teatrales de los últimos quince años, y agrupó en su seno a cuantos habían participado en ellas. De este modo trabajó casi ininterrumpidamente, con éxito apreciable, durante tres años, al cabo de los cuales se extinguió, como si una vez lograda la meta propuesta, sus animadores hubieran perdido interés en seguir adelante. Sin embargo, existían ya la Academia de Arte Dramático del Instituto Nacional de Bellas Artes, el Instituto Cinematográfico de México y la escuela particular de Seki Sano. Y tres jóvenes de talento, José de Jesús Aceves con su grupo "Proa", Ignacio Retes con "La linterna mágica" y Xavier Rojas con su Teatro Estudiantil Autónomo, habrían de encargarse de mantener la débil llama en actividades tan modestas como esporádicas.

Por su parte, la Unión Nacional de Autores inició las temporadas anuales de obras mexicanas, y al fin, en 1949, con las salidas al público de los alumnos de Bellas Artes, del Instituto Cinematográfico y de Seki Sano, la llamita pareció tomar impulso, y pronto, después de la apertura del Teatro del Caracol, establecido por Aceves y Antonio Arce, comenzaron a organizarse todos los días nuevos grupos y a abrirse nuevas salas, hasta llegar a la situación ya estabilizada y en progreso de que hemos hablado al principio de esta charla.

Lo más importante de este auge, como decíamos antes, es la consolidación del teatro mexicano. Tanto como nuevos grupos y nuevas salas, han surgido nuevos autores, jóvenes la mayor parte, muchos de ellos con talento, otros con adecuada preparación y algunos más con preparación y con talento, que han venido a sumar sus esfuerzos a los de las generaciones anteriores que en el ejercicio de su profesión han adquirido madurez y maestría. Las influencias, ya asimiladas, empiezan a superarse y a hacerse menos visibles, y sin que pueda decirse que el teatro mexicano tiene ahora un estilo y un carácter perfectamente definidos e inconfundibles, muchas de las obras, que podrían circular normalmente por el mundo como buenas obras del teatro universal, logran atisbos y pinceladas que se irán acumulando con el transcurso del tiempo hasta constituir lo que algún día será reconocido como un estilo teatral de México.

El signo fundamental del teatro mexicano al iniciarse la segunda mitad del siglo xx, es el paso de la experimentación al profesionalismo. Se trata ya no de un juego refinado de grupos o camarillas, destinado si acaso a la consagración literaria póstuma, sino de una función social en la que debe participar el público grande y anónimo con su concurso y con su estímulo. Consecuentemente, lo que gana así el teatro en amplitud, lo pierde, al menos en apariencia, en calidades literarias y en ambiciones de altura y universalidad. Si quiere llegar al corazón del público mexicano, ha de hablarle en su propio idioma y presentarle una imagen, todo lo directa o elaborada que se quiera, pero imagen al fin de su propia vida.

Se convierte así el teatro de México en un teatro mexicano, lo cual no implica forzosamente la vuelta al costumbrismo o al naturalismo, y ni siquiera una adhesión incondicional al neorrealismo. La puerta queda abierta para todas las escuelas, para todas las técnicas, para todas las calidades, a condición de que no se rompa el nexo con el público, porque ahora el teatro mexicano ha aprendido por experiencia propia que en la medida en que el teatro se aleja del público va dejando a la vez de ser teatro.

De este modo se establece en el teatro mexicano actual una curiosa paradoja: renuncia modestamente a sus pasadas ambiciones de universalidad y se hace nacionalista, localista, provinciano si se quiere, tan sólo para aspirar orgullosamente a merecer la universalidad por el hecho de ser mexicano, de tener una fisonomía, un carácter y un estilo propios. Quisiera circular como ciudadano del mundo, pero exactamente en la forma en que pueden hacerlo tanto los ciudadanos como el teatro: con un pasaporte de su país y un visado de las naciones extranjeras. Sabe que sin el primero es inútil tratar de obtener el segundo; pero no tiene prisa por conseguir ni uno ni otro, ocupado como se encuentra en la difícil conquista de su propia patria. Si ésta llegara a realizarse alguna vez, todo lo demás vendría a su tiempo por añadidura.

Es ese el espíritu con que el teatro mexicano inicia su nuevo ciclo. Sin que exista un previo acuerdo entre ellos y sin obedecer a más consigna que la del ambiente que se respira, tanto los autores viejos como los jóvenes, empiezan a engrosar la producción nacional con obras que pueden diferir en calidad, en estilo y en tendencias, pero que coinciden

en el propósito de expresar las realidades de México y de hacerlas accesibles al público mexicano.

Por otra parte, la profusión de las salas y el interés creciente del público por el teatro, han hecho posible que todo el que escribe una obra con cualidades apreciables, pueda probarla de un modo o de otro ante la reacción de los espectadores y la opinión de la crítica, y esto es lo que hace el panorama del teatro más halagador, pues si bien la actividad intensa y la producción abundante no son por sí mismas una garantía de excelencia, la superación de la calidad no habrá de lograrse sino como resultado del ejercicio constante y de la selección rigurosa que sólo la riqueza y la variedad de los productos puede permitir. De esta continua iniciación de nuevos autores, de esta prueba diaria de las obras ante públicos diversos, de esta competencia deportiva por la conquista del aplauso y del triunfo, es de donde habrán de surgir en un futuro no remoto los grandes dramaturgos que den al teatro mexicano su fisonomía definitiva.

Las voces pesimistas se preguntan, y a mí mismo me lo han preguntado en una encuesta reciente, por qué México no ha producido un Ibsen, un Bernard Shaw, un Giraudoux o un Pirandello, y si estará siquiera alguna vez en capacidad de producirlo. Les he contestado que ya produjo un Ruiz de Alarcón, que fue tanto o más importante para la evolución del teatro universal de su época, que los que me han citado como ejemplo. Por lo demás, un genio puede nacer en cualquier tiempo y en cualquier parte, y la mejor prueba de ello es que la existencia de Ibsen no la justifica la importancia del teatro noruego, ni antes ni después de Ibsen. Lo que debe interesar, entonces, a una nación, no es que algún día, por milagro o por azar, nazca en ella un genio que habrá de pertenecer al mundo más que a ella misma, sino crear con trabajo y con esfuerzo un ambiente artístico adecuado para el advenimiento del genio, porque solamente así podrá ufanarse de haber sido ella quien le dio vida.

UNA MAGISTRAL OBRA SOBRE ARQUITECTURA IBEROAMERICANA

Por José de J. NUÑEZ Y DOMINGUEZ

EN magnífica edición, que una vez más continúa la tradición de supremacía de las artes gráficas catalanas, acaba de publicarse en dos volúmenes la obra *Los monumentos arquitectónicos de La Española*. Es su autor el ilustre sabio alemán doctor Erwin Walter Palm, graduado en las universidades de Francfort, de donde es nativo, y de Bolonia, y quien, poseedor de una personalidad de poeta de primera categoría, se ha consagrado también al estudio del arte en sus diversas manifestaciones, principalmente el arquitectónico.

Como poeta, en efecto, al doctor Palm se le considera entre los valores más significados de la moderna poesía alemana. Varios libros, entre ellos *Canciones de un positanés*, *Reflejos*, *Divertimientos del Caribe* y *Requiem por los muertos de Europa* (1944) le dieron justo renombre, reputándosele en su patria como uno de los innovadores literarios.

El doctor Palm, después de recorrer los principales centros artísticos de Europa, Italia e Inglaterra, sobre todo, regresó a su patria en los momentos en que el nazismo desarrollaba con mayor intensidad su nefanda campaña racista; y ello lo obligó a expatriarse. Y deseoso de hallarse en un país lejano en el que pudiera entregarse libremente a sus estudios, aceptó ir a dar unas clases de su especialidad a la capital de la República Dominicana, en cuya Universidad gozó de todo género de facilidades.

Entonces, ante los restos arquitectónicos de la isla que fue la primera en que Colón establecióse, se impuso la ardua y noble tarea de estudiar los cuatriseculares monumentos arquitectónicos que en esa nación quedan; y de ahí el formidable trabajo que realizó y que ahora presenta en la obra ya citada y que es otro monumento de erudición, de sabiduría y de profundos conocimientos del arte, la historia y la filosofía. Apli-

cados éstos, como lo ha hecho el Dr. Palm, al ambiente americano, han tenido el más brillante resultado y producido ese fruto de su privilegiada inteligencia.

Quizá sea paradójico decir que la cultura debió a la última gran guerra valiosas aportaciones. Pero fuera de lo que ganaron ciertas ciencias nada podría ponerse en el haber de esos mortíferos conflictos; y, sin embargo, de no haber sido por esa terrible contingencia o por sus antecedentes de feroz política racista ejercitada por el jefe vesánico de una de las naciones beligerantes, América no habría contado con la presencia de un hombre de las altísimas cualidades intelectuales del Dr. Palm.

Así, por una extraña reversión de valores, América ha podido tener el privilegio de que su talento, que de otro modo hubiera florecido en su medio nativo o natural, se aplicara a desenterrar del olvido los tesoros artísticos fundamentales no sólo de una época sino de una etapa crucial de la historia de la humanidad.

Al referirme antes al medio natural de su talento sobreentendíase que él habría sido Europa, y que Palm por sus estudios universitarios y sus inclinaciones individuales y sobre todo por su radical personalidad de poeta, no hubiera dirigido la vista a América, sino únicamente por modo somero como lo hace cualquier individuo de su vasta cultura. No creo estar errado al suponer que el hombre de letras, más concretamente dicho, el poeta, habría quizás tenido la primacía sobre el crítico de arte, el esteta y el filósofo. Pero para fortuna nuestra, la vida, que está llena de sorpresas, lo encaminó por otros senderos.

De pronto se encontró Palm en un pequeño país tropical, en donde solamente un pasado remoto pero grandioso por su significación en la historia de la humanidad, podía ofrecerle un motivo atrayente para canalizar su atención de estudiosos.

En apariencia, ese pasado no presentaba —salvo excepciones— sino huellas poco visibles para la mirada indiferente del vulgo; pero su ojo experto, acostumbrado a percibir la belleza en los monumentos de la antigüedad europea, halló un filón riquísimo en la arquitectura que nosotros llamamos "Colonial" y que es el rastro imperecedero de un pueblo que hizo cambiar los destinos del mundo y que trajo a las tierras vírgenes toda la opulenta y secular herencia que había recibido de la antigüedad greco-latina y de los aluviones de Oriente.

Y el artista exquisito que hay en el doctor Palm, debe haber experimentado una profunda conmoción al considerar que ya

no se malgastarían o se estancarían sus caudales de sabiduría adquiridos tras luengos años de estudios y que su vida de exilado tendría un objetivo, un alto y noble objetivo. Y se entregó de lleno a su tarea en un medio carente de condiciones para llevar a cabo tal linaje de investigaciones, pero, que por eso mismo, y paradójicamente da facilidades para trabajar, porque ante la incomprensión de unos y la tolerancia de otros, se entrega uno a sus faenas, tildado de extravagante o de soñador pero por lo menos sin molestias que lo obstaculicen.

¡Cuántas veces vi yo mismo al Doctor Palm, bañado en copioso sudor bajo los quemantes rayos del sol dominicano, examinando un roto capitel, un destrozado estípote o un arco mutilo por la desidia de los hombres y la destructora invasión de la flora lujuriosa de esos climas! ¡Cuántas otras, agobiado por esa tórrida temperatura, lo miré, casi al borde de la insolación, sentado bajo un árbol o reclinado sobre una barda, tras recorrer algún camino por el que andaba en busca del dato necesario pero escurridizo!

Mas cuando en la noche, en compañía de su abnegada e inteligentísima esposa, la simpática Hilda, escribía en su casa, rodeado de arboledas y de flores que le enviaban sus capitosos perfumes, mostraba una satisfacción inefable.

Entre los anaqueles llenos de toda suerte de libros, desde venerables incunables a los más modernos tratados de arte, de literatura, de ciencias, lo encontraba llenando con su letra menudita las páginas de su futuro libro. Los mosquitos y la falenas revoloteaban en torno de las lámparas, mientras su compañera nos mostraba las últimas fotografías que había hecho e ilustrarían la obra, para después ir a saborear una deliciosa "Kuchen" también salida de sus manos, en tanto que toda la nocturna fauna tropical entonaba sus polifónicos himnos a la sombra!

Una vez que el libro quedó digamos abocetado, pensó Palm que, como los conquistadores hispanos, se necesitaba buscar la "tierra firme", porque si la ínsula dominicana había sido el punto de partida de la colonización, era en la parte continental en donde se tenía que buscar con el proceso de la hispanización, las huellas más amplias del arte arquitectónico en particular y de las artes en general. Entonces visitó los países hispanoamericanos que, por las circunstancias históricas que caracterizaron su desenvolvimiento desde que fueron destruidas las culturas indígenas, presentaron mayores y más acusados

relieves en su morfología arquitectónica; y pudo, de visu, además de ratificar cuanto había encontrado en los libros, darse cuenta objetiva del arte español de ultramar y del sello que le imprimieran el medio ambiente y el elemento humano. Estos viajes, sin género de duda, fueron para Palm el complemento de sus observaciones y de su pre-conocimiento de la materia que estudiaba y con ellos no sólo ensanchó su visión hasta entonces circunscrita a Santo Domingo, sino que palpó, si así puede decirse, fenómenos de tanta trascendencia como lo que él llama "la proyección de la Baja Edad Media" y luego la articulación de una serie de análisis sobre la población, el ambiente cultural, las formas de vida social e institucional, y sobre todo, las fases que iba adquiriendo la arquitectura a través de la estructuración de las nuevas poblaciones.

No creo que nadie hasta ahora, en la forma concreta en que Palm lo ha hecho, haya estudiado los antecedentes espirituales y sociológicos de la colonización española en América, desde puntos de vista que se adentran en situaciones y causas que la experiencia histórica ha acumulado en el curso de los siglos.

Los capítulos iniciales de su magna obra (I-II) son la más completa y profunda exposición de los aspectos evolutivos del arte arquitectónico hispanoamericano, con las convergencias e irradiaciones que sobre él tuvieron remotas experiencias artísticas de los pueblos occidentales.

Y los capítulos en que entra el autor ya de lleno a examinar las fases de la arquitectura dominicana en sus modalidades góticas, eclesiásticas, civil, mudéjar, plateresca y obra a lo romano, mainerista y estilo imperial y barroca, le brindan ocasión para tender la vista hacia toda la arquitectura de las antiguas posesiones españolas. En este examen demuestra cuán erudito es en la materia tratada; y si la copiosísima bibliografía que acompaña sus textos no revelara ya la enorme labor de búsqueda que tuvo que realizar, sus anteriores estudios universitarios serían garantía de su sapiencia en tales disciplinas.

A todo ello debe agregarse la valiosísima documentación gráfica que ilustra ambos volúmenes de su obra y que constituye un acopio de documentos de primer orden para complementar el texto, que por igual para el especialista en arquitectura, como para el historiador y el simple profano, contienen datos y enseñanzas en los que la erudición corre parejas con la amenidad del relato escrito sin complicaciones de lenguaje. Y lo

más admirable es que Palm lo escribió en español, aprendido en pocos años y ya manejado con soltura y elegancia.

Esa obra, a mi ver, debe figurar en todas las bibliotecas de América y ser profusamente difundida en los centros culturales de este continente.

Con ella, Palm ha prestado un grande e inapreciable servicio a la historia del arte de América y nos ofrece un ejemplo de lo que puede hacer una inteligencia superior animada por un elevado propósito.

EL AS DE ESPADAS

Por *Hugo RODRIGUEZ ALCALA*

—**A**HÍ viene— les dije a mis seis amigos reunidos aquella siesta en mi casa. Y con el índice les señalé, a través de la persiana entornada, la obesa figura de nuestro enemigo. Con paso lento y pesado el hombre avanzaba solo por la acera ardiente de sol. Contra las fachadas enjalbegadas de las chatas casonas coloniales, destacaban su levita negra y su alta chistera de felpa. Abochornado por el calor y el copioso almuerzo reciente, el hombre jadeaba entre sus grandes bigotes y su barba cerrada. Su levita, abierta sobre el vientre voluminoso, dejaba ver una gruesa cadena de oro, colgante en curva movediza, de uno a otro bolsillo del chaleco.

Cuando llegó al pie de una de las ventanas enrejadas de la casa frontera a la mía, el hombre se detuvo un rato, sacó del bolsillo del pantalón un pañuelo y se enjugó la ancha cara enrojecida y sudorosa. Luego, conservando el pañuelo en la mano izquierda, reanudó su lenta marcha. La contera del bastón de empuñadura de plata que llevaba en la diestra, daba golpes secos sobre las calientes losas de la acera.

Eran las dos de la tarde. A aquella misma hora, todos los días, "Su excelencia", como le llamábamos, pasaba por mi casa camino de palacio.

Me volví hacia el grupo de amigos apiñados detrás de la persiana y los miré sucesivamente en los ojos. Y en todas aquellas pupilas rencorosas leí el mismo propósito que hacía meses me robaba el sueño.

—Echaremos suertes— dije en voz baja. Y mañana —agregué—, a esta misma hora uno de los siete le hará fuego desde aquí.

Teníamos que obrar con mucha cautela porque la policía nos vigilaba. Esta vigilancia se había intensificado últimamente a raíz de una campaña periodística que yo dirigía,

hasta el punto de vernos rodeados de espías aun cuando sólo nos reuniéramos para divertirnos, muchachos como éramos todos, con algunas mujeres alegres de aquel tiempo, con quienes tomábamos unas copas y armábamos un poco de ruido.

—Aprobado —contestaron mis amigos.

Echamos suertes de naipes con el acuerdo de que aquel a quien le tocara el as de espadas sería el que disparara el tiro. No me tocó a mí la suerte sino a Fermín Gutiérrez. Gutiérrez estrujó en la diestra el as de espadas palideciendo intensamente. Y con voz ahogada, 'tá bien —dijo—. Mañana a las dos.

Y en seguida todos se fueron a sus quehaceres. Yo me quedé en casa limpiando el viejo fusil de mi padre y quemando cartas y papeles.

Cuando oscureció salí en busca de un hombre de confianza a quien le encargué que me tuviera listos siete buenos caballos frente a la puerta del café *Libertad*. Después fui a la plata del río donde tenía su rancho un botero adicto y le ordené que me esperara con dos carabinas en su bote, a las dos y cuarto de la tarde del día siguiente a fin de que, al llegar allí al galope, me condujera en la brevedad posible a la orilla opuesta del río.

DE regreso a mi casa vi arder en la oscura esquina de mi calle la brasa de un cigarro y creí reconocer en el fumador, por su manera cautelosa de moverse, a uno de los espías de "Su excelencia".

—Lo que es de nuestro plan —murmuré— no podrás saber nada, polizonte.

Entré en mi casa, me acosté y traté de leer la última novela de Zola a la luz de la lámpara de kerosén. Pero no podía concentrarme en la lectura. ¡Gutiérrez se acababa de casar y tan luego a él le tocaba la suerte! Por fin, ya muy tarde, apagué la luz y me dormí profundamente hasta bien entrada la mañana.

A la una y media en punto llegaron mis amigos. Todos estaban pálidos y trémulos. Yo sentía una rabiosa impaciencia.

Sin decir una palabra entregué el fusil a Gutiérrez. Era

un arma anticuada, aunque de excelente armería y grosísimo calibre.

El fusil se cargaba por la boca. Gutiérrez comenzó a cargarlo con manos inseguras.

—Más pólvora —le dije al ver que no utilizaba la suficiente.

Gutiérrez dejó a un lado la baqueta que ya empuñaba para empujar un taco, y derramó un nuevo chorro de granos negros y brillantes por la boca del arma. Después, esperamos. Hacía un calor terrible aquella siesta. Al cabo de un rato se oyeron unos pasos lentos en la acera de enfrente y el golpe acompasado de la contera de un bastón. Era él.

Gutiérrez colocó el cañón del fusil entre dos de las maderas polvorientas de la persiana, y apuntó. En ese momento pudimos ver de lleno la faz del hombre obeso; vimos, de frente, sus grandes mostachos y su barba cerrada. El hombre, distraídamente, miraba hacia el balcón de mi casa. Gutiérrez retrocedió un paso, bañado en sudor, todo trémulo y demudado, diciendo en voz muy baja e intensa:

—No, no puedo; no puedo hoy. Y dejó el fusil amartillado sobre los brazos de un sillón próximo.

Ahogando un juramento fui hacia el sillón, me apoderé del arma y volví a la persiana. Pero mis amigos me contuvieron porque en ese instante sonaron cascos de caballos en la calzada. En efecto, pronto vimos un pelotón de carabineros pasar por la calle y saludar militarmente a nuestro enemigo. "Su excelencia" contestó el saludo levantando el bastón con la diestra obesa y peluda.

Nos separamos los siete amigos con la promesa de encontrarnos todos, al día siguiente, a la misma hora, en mi casa, y con el acuerdo unánime de que sería yo y no Gutiérrez el que disparara el fusil.

El hombre que nos alistara los caballos y el hombre del bote recibieron nuevo aviso.

Al día siguiente —fue un martes 13, parece mentira—, al día siguiente, a la una y media en punto, volvieron mis amigos. Media hora después se oyeron los pasos lentos de "Su excelencia" sobre la acera de enfrente. Y cuando la figura de mi enemigo se dibujó obesa, enorme, sobre la puerta roja de la casa frontera, disparé. La detonación fue terrible porque el fusil tenía casi el doble de la carga ordinaria.

El hombre se desplomó hacia adelante; cayó sobre su

vientre sin más ruido que el del bastón de empuñadura de plata al dar casi horizontalmente sobre las losas.

Yo llegué al galope a la playa del río donde el bote me esperaba y me puse en salvo. A mis espaldas la ciudad estaba llena de disparos. Mis amigos, que tomaron un rumbo opuesto al mío, fueron alcanzados por los carabineros y muertos a tiros o a sablazos. De los siete, aquí está el único que escapó con vida.

Han pasado veinticinco años, señores. Pero, como si el día aquel de mi venganza fuera ayer, ¡todavía hoy lamento que, cuando de detrás de la persiana le descargué el fusil, aquel cerdo obeso no hubiese visto al caer de bruces que fui yo, y nadie más que yo, el que le hizo fuego!

Libros y Revistas

LIBROS

Por *Mauricio DE LA SELVA*

JOHN ADDINGTON SYMONDS, *El renacimiento en Italia*, Dos tomos, Edit. Fondo de Cultura Económica, 2,184 págs., México, 1957, Sección de Grandes Obras de Historia.

Gracias a la conjugación de esfuerzos y capacidades de un autor, una casa editorial y un traductor (Wenceslao Roces), los estudiosos de habla hispana tienen a su alcance la posibilidad de incursionar por lo que en realidad constituye una obra monumental, misma para la que Symonds empleó toda una vida de investigaciones y que fue publicada en siete volúmenes durante los años de 1875 y 1886. Desde esa época, la de su primera edición en inglés, aparece hasta ahora la primera edición en español.

Difícilmente puede hablarse de otra obra que, abordando el renacimiento en Italia, supere la erudición, el enfoque crítico, la emotividad y la extensión con que ha sido escrita ésta del autor inglés.

Symonds, a lo largo de su exposición, muestra algunas preocupaciones: el desenvolvimiento de la cultura dentro de su correspondiente marco histórico, y la concepción de Italia como la única entidad donde el fenómeno del Renacimiento podía alcanzar su máximo desarrollo. Esto último, que pone de relieve su amor y su admiración por Italia y que explica mediante bien fundamentados juicios histórico-políticos, lo lleva a decir: "En el arte, en las humanidades, en las ciencias, en su papel de mediadores entre la cultura antigua y el intelecto moderno, en todo van a la cabeza los italianos".

El autor concibe —ya lo hicimos ver— el Renacimiento como un tránsito entre la Edad Media y la primera etapa de la vida moderna, por ello no se le debe apreciar como un hecho aislado: la historia —dice— no se entiende fragmentada, y los intentos en tal sentido "estarán siempre condenados al fracaso". De allí que, para ubicar mejor su trabajo, exponga la moderna historia de Italia arrancando desde el año 476, cuando "el emperador Honorio se retira a Rávena" y se funda el reino de Odoacro, hasta el instante en que el poder pontificio, en el siglo XVI, ejerce la política de mantener desunida a la nación apoyando la tiranía imperial extranjera.

Manifiesta que las dificultades con que se tropieza para unir las múltiples razas itálicas, se originan en que "las ciudades de Italia, desde la más importante hasta la más pequeña, ostentan los atributos peculiares de los individuos; cada una de ellas forma su propia individualidad", creándose entonces entre sus respectivos pueblos, organizaciones políticas bien diferenciadas cuyas discrepancias se manifiestan incluso en la literatura y el arte italianos. Pero hace notar, que si tal situación es nefasta porque unas ciudades destruyen a otras, las diferencias y la variedad de condiciones que presentan estas comunidades contribuye, finalmente, "a la riqueza incomparable de la vida espiritual de Italia".

Symonds describe todas las guerras y penalidades que hundían a los pueblos itálicos en el más espantoso caos. La pacificación se torna tan urgente que con tal de lograrla aceptan a los déspotas en el poder, quienes, en el siglo xv, acuerdan la centralización de Italia en "cinco grandes elementos: el ducado de Milán, la república de San Marcos, Florencia, Roma y el reino de Nápoles". Los siglos xiv y xv se caracterizan en la historia de Italia como el período de los déspotas, distinguiéndose por la violencia para mantener el poder, pues trátase de herederos genuinos, de bastardos o de hijos de papas, "la historia de las familias gobernantes es una larga cadena de crímenes". Symonds ve en Federico II al iniciador de la forma de gobierno despótico, inspirado en las cortes de los sultanes orientales. Refiriéndose a Ezzelino da Romano, vicario de Federico en el Norte de Italia, narra verdaderos cuadros de pavor relacionados con las iniquidades cometidas por aquél a causa de su hematomanía. Ezzelino inaugura la etapa de los sanguinarios Visconti, Sforza, Malatesta, Borgia, Farnesio y Médicis. Los príncipes despóticos eran pérfidos, astutos, inescrupulosos y vengativos. Vivían rodeados por el terror; hacían probar sus comidas para no morir envenenados, y para distraer su pánico se hacían acompañar de hombres cultos, poetas y pintores. En aquellos tiempos "nadie creía en la muerte natural de un príncipe: era artículo de fe que todo príncipe debía de morir envenenado o apuñalado". El autor del *Renacimiento en Italia* da los más variados ejemplos acerca de dichas actividades; un Gabrino Fódulo que pasa a cuchillo a setenta miembros de una familia para disputarles la tiranía de Cremona; unos Varani que son "exterminados a cuchillo" en la Iglesia de Santo Domingo de Camerino; y un Conrado que "dio muerte a todos los hombres, mujeres y niños del clan de los Rasiglia, en número de trescientas personas, llevando a cabo su venganza con detalles de una atrocidad demasiado infernal".

Sin embargo, no todos los príncipes italianos se distinguieron únicamente por sus atrocidades; algunos combinaron las maldades con el estudio, o bien amaron el esplendor y la magnificencia así como las sociedades de eruditos y artistas; otros apoyaron a los humanistas y a la par que confeccionaban venenos, fundaban incomparables bibliotecas.

Prosiguiendo su recorrido histórico Symonds arriba al tema de las Repúblicas, cuyas organizaciones políticas estaban lejos de imaginar los gobiernos de tipo representativo y sólo se preocupaban por asegurar la buena administración del Estado. La falta de evolución de los gobiernos en la mayoría de las ciudades, se explica ahora recordando las disputas por el poder, la intervención de los partidos gobernantes a favor de los intereses de sus afiliados, los cambios constantes de las instituciones republicanas, la intromisión de las ciudades vecinas, "la avaricia de los príncipes intrigantes y las contiendas entre güelfos y gibelinos, la traición y el egoísmo de los generales mercenarios y la falsa política exterior que llevaba a los italianos a impetrar la ayuda de las potencias extranjeras, Francia, Alemania o España"; lo cual las debilitaba al extremo haciéndoles caer en manos de la Iglesia, de familias ávidas de poder o de extranjeros codiciosos. En casi todo lo que se refiere a las Repúblicas, se exponen generalidades acerca de las ciudades, y, en cambio, concentra su atención en Venecia y Florencia comparándolas con Grecia.

Concretándose a Florencia, y especialmente a los historiadores florentinos, asegura que es "la ciudad de la inteligencia" no superada por ninguna otra de Italia. Antes del siglo xiv en Florencia, sólo existen diarios y relaciones frías de hechos; se desconoce la investigación científica, el análisis de sucesos y no

se le concede a los datos estadísticos la importancia que tiene para la materia. El estudio de los historiadores lo inicia con la amplia mención de Dante, Villani y Compagni, concluyendo con la participación de Maquiavelo. Del siglo xv cita como sobresalientes a Leonardo Bruni y Poggio Bracciolini. Y del siglo xvi además de Maquiavelo, enumera a Jacobo Nardi, Francesco Guicciardini, Filippi Nerli, Donato Giannotti, Benedetto Varchi y Jacobo Pitti.

Volviendo al siglo xv —Symonds obedece más a un plan temático que cronológico—, analiza las relaciones entre la Iglesia y la moral. Los jerarcas católicos se valen de las tradiciones cristianas para justificar sus vicios. No obstante, la decadencia nacional italiana participa de otras circunstancias. Symonds, por ejemplo, señala que el auge de la pintura y la escultura en la vida pública trocó "los cánones morales o religiosos por los estéticos"; señala también, que el criterio con que se juzgaban los vicios y la moral era distinto al de nuestra época. En el primer aspecto, la imaginación jugaba un papel muy decisivo en los vicios, mismos que alcanzaban "una cierta calidad intelectual" dados "el refinamiento estético" y la gran cultura que los italianos poseían. Hasta para cometer un asesinato la imaginación obraba decisivamente sobre la moral. Ahora bien, la corrupción operaba en mayor grado degenerativo dentro de las altas esferas sociales. En los castillos y palacios de los grandes señores (papas y príncipes) nacían los temas recogidos por los artistas y humanistas en sus obras; por ello "el genio nacional para el arte alcanzaba su plena madurez, simultáneamente con la decadencia de la fe, la extinción de las libertades políticas y la anarquía de la moral". Pero, no todo era aceptación. Girólamo Savonarola, fraile dominico, recogió el lenguaje de los antiguos profetas y acusó a los detractores de la verdad cristiana. Sus sermones ético-políticos estremecían a los oyentes por el tono profético con que los pronunciaba. "Convirtiéndose en el campeón de las libertades populares desde el púlpito". Savonarola fue un patriota místico que retó a Lorenzo de Médicis, a la sazón dueño y señor de Florencia. Finalmente, murió ahorcado y quemado, desafiando al papa e indiferente ante la pena de excomunión que le había impuesto.

A través de los dos tomos Symonds insiste en que, la significación del Renacimiento, se entiende por el renacer de la razón proyectada hacia la búsqueda de la belleza y la conquista de la libertad, concatenando la cultura como un hecho histórico que partiendo de la antigüedad no concluye aún en la época moderna. El Renacimiento apunta la modificación del modo de vida medieval: Iglesia y feudalismo son enfrentados a la ciencia y la democracia; Dante, Petrarca y Boccaccio preparan el advenimiento del Renacimiento, pues con ellos Italia "recobra la conciencia de la libertad intelectual".

El autor, sin desconocer a los novelistas de Lombardía, a los líricos latinos de Garda, a los poetas de Ferrara, a los escultores y pintores de Milán, hace ver que todo el esplendor italiano está centrado en el esplendor florentino.

"Los pueblos de Italia —escribe Symonds—, emparedados entre las ruinas del Imperio romano... reconocieron su vocación en el renacimiento de la cultura clásica", para luego revolucionar "todos los órdenes del pensamiento". En arquitectura se adopta el estilo palladiano y se abandona el gótico. En escultura se acoge con sentimiento y sabiduría el arte greco-romano. Algo parecido ocurre con la pintura y la literatura. Los clásicos latinos son rescatados e imitados extremadamente: hay moralistas hortensianos, oradores ciceronianos, críticos quintilianos, apareciendo historiadores a lo Tito Livio, poetas

bucólicos y didácticos a lo Virgilio, y autores dramáticos a lo Plauto, Terencio y Séneca.

Pero aquella falsa posición es superada; las conquistas de las clases cultas se funden con el lenguaje popular. De tal equilibrio nacen a la literatura obras como la de Ariosto, Maquiavelo, Tasso, Guarini y Sannazzaro. Los italianos coinciden con sus predecesores latinos en cuanto al enfoque realista de la literatura y el arte. Symonds, citando la Divina Comedia, recuerda que "las estampas trazadas por el Dante cobran bulto ante nuestros ojos; los cantos de sus ángeles y los gritos de sus almas condenadas llegan a nuestros oídos".

Otro de los puntos interesantes que se desprende de la lectura del *Renacimiento en Italia*, es el del contacto de este último con la Reforma. Inglaterra recibió a la vez los impactos de esos dos movimientos, y mientras algunos países europeos vacilaban ante el acontecimiento, de la Reforma, España, aliándose a Roma, combatía al protestantismo, volviendo, con el apoyo de Francia, la restauración de la Iglesia católica; restauración que no llegó a reconquistar sus viejos poderes y que fue arrollada por el movimiento racionalista.

Cada capítulo de la obra de Symonds exige la atención especial del lector a fin de que éste no se pierda entre las muy reiteradas series de fechas, nombres, pasajes, historias, biografías, análisis, críticas, versiones, bibliografías, y, en fin, todos los demás elementos que sólo logran darse cita cuando el cerebro de un hombre sirve de conjunción entre el erudito y el creador; entre la asimilación y la concepción. Como dijimos al principio, estamos frente a una obra monumental, cuyo relieve cultural se agiganta mediante las 224 ilustraciones que la complementan. La trascendencia del *Renacimiento en Italia* se acrecenta si pensamos con Symonds que "a los italianos de los siglos xv y xvi debemos todo lo que se encierra en la doble fórmula del descubrimiento del hombre y el mundo".

ALFREDO PAREJA DIEZCANSECO, *La advertencia*, Los Nuevos Años I, Edit. Losada, S. A., 423 págs., Buenos Aires, Argentina, 1956.

El valioso novelista ecuatoriano entrega el primero de una serie de volúmenes comprendidos en el título general de *los nuevos años*; cada volumen encierra una novela y, todos juntos, vendrán a formar la historia definitiva, sin que ello suponga carencia de desenlace en cada uno, pues el presente, *La advertencia*, perfectamente redondeado, podría —contrariando al autor— prescindir de los que habrán de continuarle.

El ciclo completo relatará la vida de la sociedad ecuatoriana a partir de 1925; por el momento, *La advertencia* finaliza durante los "primeros días de enero de 1926".

Pareja Diezcanseco ya había anunciado su intención de tratar más a fondo la psicología de sus personajes, mismos que ahora, en esta novela, aparecen con una vida íntima más frondosa, explicable porque se relacionan dentro de un círculo real de mayor sinceridad y porque esas relaciones no terminan donde concluye la faceta política. En *La advertencia*, tanto nos interesan los llantos y sufrimientos del joven Pablo Canelos, o la destrucción moral de Felipe Bonilla, como la discusión de carácter ideológico entre Fabián Ordóñez (—porque, con un proletariado no organizado todavía, el arte de nuestro país no

tiene un pensamiento orgánico ni una ideología definida: no hay ninguna claridad en la línea que se podría trazar desde la ideología pura hasta el grupo social —muy confuso en nuestro país— que produce arte.) y Ernesto Ruiz (—Eres un mal teórico, Ordóñez. Definida o no la ideología por el cumplimiento del hecho histórico, se puede hacer arte de intención social y de lucha, si es que la estructura mental de un artista no está en contradicción con sus sentimientos o sus prejuicios).

Pareja ha logrado su propósito: los individuos se enfrentan a la intensidad de sus conflictos psíquicos; el planteamiento de la lucha revolucionaria continúa la línea de madurez de sus anteriores novelas y, en consecuencia, logra el equilibrio de la subjetividad y la objetividad que en la vida del hombre significan su realidad. Además, de los tres elementos que siempre han intervenido en sus obras: el político, el histórico, el psicológico, uno —el último— no había lindado en la comprensión y la multiplicidad de ahora: los artistas, el poeta Alomía y el pintor Salgado, quienes no entienden la situación que les rodea: el carpintero Briones, con su fe en la lucha y el golpe moral que le asesta Berta, su hija; el comandante Canelos —la tradición militar—, gritón, ignorante, traidor y traicionado; Clara, la hembra auténtica, codiciada; Del Pozo y Molina, distintos pero viviendo de la miseria de los otros; el joven Canelos, la esperanza en el futuro después de sufrir una niñez solitaria. En fin, personajes genuinos, sin búsquedas inútiles: bien sincronizadas sus psicologías con la acción de la novela. ¿Una objeción? Desacuerdo con el autor cuando aparece de pronto entre el ambiente del relato y nos hace recordar que tenemos un libro en la mano. Sin embargo, gracias amigo Pareja por esta "advertencia" a los novelistas del realismo socialista así como por lo que representa para la novelística hispanoamericana.

H. E. FRIEDLAENDER y J. OSER, *Historia económica de la Europa Moderna*. Edit. Fondo de Cultura Económica, 700 págs., México, 1957, Sección de Obras de Economía.

Garantía para los estudiosos de la ciencia económica es el saber que, cada autor de este libro, después de concluir su parte, revisó y criticó la elaborada por el otro.

Dicho libro —traducido del inglés por Florentino M. Torner— se divide en treinta y cinco capítulos que comprenden la exposición y estudio del desarrollo económico de Alemania, Francia e Inglaterra, especialmente, y las visiones complementarias de las industrias belga y sueca, de la agricultura italiana, danesa, suiza y rusa, así como las actividades bancarias, movimientos cooperativistas, etc., de otros tantos países.

El trabajo se inicia desde los tiempos en que Europa, escindida a causa de las discrepancias ideológicas que culminaban en guerras memorables como la de los "Treinta años", era gobernada por la monarquía absoluta.

Esta *Historia económica de la Europa Moderna* está integrada por cuatro partes: primera, *nacimiento del capitalismo hasta 1870*; segunda, *madurez del capitalismo, entre 1870 y 1914*; tercera, *período entre las dos guerras mundiales*, y cuarta, *acontecimientos posteriores a 1939*.

Los autores de este volumen, aprecian que su trabajo es de sumo interés

para el estudiante americano debido a que el periodo que tratan muestra, cómo al reemplazar los Estados Unidos a Inglaterra en su posición industrial y financiera, la importancia de Europa, en materia económica, es asumida por América. Y en efecto, así lo constata la parte final del libro, recordando que después de la Segunda Guerra Mundial se recurre, para lograr la unificación europea, a la ayuda económica de los Estados Unidos. El Plan Marshall, aprobado en París en 1947, es suficiente para ilustrar el caso.

ALBERTO RUZ LHUILLIER, *La civilización de los antiguos mayas*, Edit. Universidad de Oriente, 192 págs., Santiago de Cuba, 1957.

Este libro recoge en sus páginas el ciclo de conferencias que el conocido arqueólogo Ruz Lhuillier, preparó atendiendo la invitación que en este sentido le hiciera la Universidad de Oriente el año de 1955, y de las cuales, dados los acontecimientos políticos de aquellos días, únicamente logró servir la primera.

Las conferencias permiten conocer los rasgos esenciales de la civilización maya, la que, situada en un marco de tiempo y espacio, es explicada por el autor mediante su contenido humano y psicológico, aclarando su origen y significado y afirmando o rebatiendo teorías sobre posibles semejanzas con civilizaciones orientales, pues según el conferenciante, la analogía de las culturas nace "de la adaptación de hombres étnicamente afines a medios geográficos semejantes... en lo biológico, psicológico y ecológico", siendo por lo tanto, completamente autóctona e independiente la maya.

Ruz Lhuillier gusta de precisar sólo aquello que ha sido comprobado casi totalmente. Con esta autoridad, hace consideraciones de todos y cada uno de los elementos que se proyectan en el arte maya; un ejemplo: el maíz.

Analiza los exponentes humanos que sobreviven así como sus antepasados, recorriendo su organización, su economía, sus dioses y ritos y su importancia dentro de la concepción del bien y el mal. Habla del descubrimiento del "cero" y de su aplicación en el sistema numérico que regía sus calendarios. Por último, señala las causas posibles de la decadencia maya: falta de producción agrícola, invasiones enemigas, etc.

PAUL SCHRECKER, *Estructura de la civilización*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 396 págs., México, 1957, Sección de Obras de Historia.

Para abordar el tema de la civilización, Schrecker dilucida primero el método científico conveniente con que habrán de analizarse los aspectos esenciales comprendidos en su estudio, señalando las notables diferencias que existen entre el método antiguo y el moderno cuya finalidad "parece consistir en la búsqueda de los elementos formales de la realidad y de sus relaciones formales". Schrecker, para el desarrollo de su estudio, emplea como método el "análisis infinitesimal", mismo que examina los elementos en observación a través de la valoración en el trabajo humano.

El autor afirma que la *estructura de la civilización* se conforma mediante los sectores que en su conjunto la hacen existir y progresar; dichos sectores son: la ciencia, el Estado, la religión, lo estético, la economía y el lenguaje, aparte

de que enumera otros como las modas, los deportes, las costumbres, etc., y que no considera específicos por ser un producto de dos o más de los principales.

El cambio de la civilización producido por las actividades humanas realizadas en el trabajo, participa, así como este último, de cuatro tónicas que intervienen también en cada sector. Esas tónicas son: "gasto de energía para vencer resistencia", logro de un cambio aunque sea infinitesimal, ser "requerido por uno o más sectores" y que tienda a la mayor perfección del objeto o fin. La aplicación de las mencionadas tónicas en el sector Estado —explica Scherecker— puede notarse en la emisión del voto que producirá un cambio político y que, vence una resistencia, lo requieren otros sectores y tiende al perfeccionamiento de un estado de cosas que se encuentra activo.

Hablando de *Civilización y naturaleza*, el autor concluye que "la estructura total de una civilización es independiente del medio específico natural en que se desarrolla, y sólo su apariencia fenoménica, constituida por pautas completamente específicas, manifiesta la influencia del medio ambiente natural".

JUAN GRIS, *Posibilidades de la pintura y otros escritos*, Versión e Introducción de Alfredo Terzaga, Edit. Assandri, 134 págs., Buenos Aires, Argentina, 1957.

De las opiniones vertidas sobre la obra del pintor español, recogidas en volumen junto con sus artículos y conferencias, se desprende que de haber vivido unos años más, su nombre habría alcanzado un sitio respetable dentro del movimiento pictórico mundial. Juan Gris era un pintor cubista cuya sensibilidad iba imponiéndose sobre la técnica: evolucionaba muy de prisa hacia la madurez artística.

Quienes se ocupan de la pintura de Juan Gris, incurren en la coincidencia de unir su nombre al de Picasso. Del estudio de Alfredo Terzaga, recogemos a continuación algunas opiniones. Apollinaire: "mientras el arte de Picasso está concebido a la luz (*impresionismo*) el de Juan Gris se conforma con la pureza concebida científicamente". Eugenio D'Ors: "Ha sido el artista más dogmático y desde luego el más puro. Tal vez únicamente George Braque podía rivalizar a este respecto. A cien leguas de ello está Picasso". El uruguayo Torres García: "es el géometra perfecto... es el más puro de los cubistas... Mas realista Picasso, más lírico Braque, quedan muy lejos de Juan Gris".

Alfredo Terzaga ha hecho bien en rescatar, además, el pensamiento estético de quien, de no haber muerto a los cuarenta años habría legado, quizás, una obra más imperecedera.

MARIO MONTEFORTE TOLEDO, *Una manera de morir*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 395 págs., México, 1957, Colec. Tezontle.

Con esta novela, el conocido novelista guatemalteco compartió un primer premio en el Concurso Interamericano de Novelas auspiciado por la Unión Latinoamericana de Universidades.

Una manera de morir, para Monteforte Toledo, es plegar las ideas individuales a las de un grupo o un partido político cuando ya no se tiene fe en

cualquiera de esas agrupaciones. En efecto, todos los pasos que el personaje Peralta camina en la novela de Monteforte, son, dentro del dilema político en que se le coloca, los pasos de alguien que voluntariamente o no, ha encontrado una extraña forma de morir. Pero, y aquí está el desacuerdo, ¿qué calidad moral abona un individuo que después de renunciar a un partido político —con todas las explicaciones que quiera dar el novelista— por no creer en él, pide de nuevo su admisión? Indudablemente, el personaje Peralta no representa a un hombre sino a un muñeco, casi perfecto, pero siempre un muñeco. Y si hablamos de serrín, no podemos plantear casos sólidos y concretos como es la organización de este o aquel partido.

Esta es una novela que roba más la atención por su tesis antipartidista que por su preocupación ante los problemas del individuo y sus relaciones ideológicas con determinada agrupación. Al menos, es lo que se nos ocurre cuando leemos páginas en las cuales sobresale un partido como símbolo de la maldad; tal es el caso del diálogo en que a un partidario, después de evitar una matanza, se le recrimina y se le expulsa haciéndole ver que: "quizás hubiera intervenido el ejército. Y eso nos daría un material de propaganda de primer orden en todo el país".

PIERSON AND GIL, *Governments of Latin American*, Edit. McGraw-Hill Book Co., 514 págs., New York, 1956.

Pierson y Gil, profesores de historia y ciencias políticas de la Universidad de Carolina del Norte, escribieron este libro que presenta un cuadro general de los sistemas institucionales, legislación y funcionamiento de los gobiernos de la América Latina.

Al igual que muchos libros escritos por autores norteamericanos de habla inglesa sobre nuestros países, éste, abunda en datos estadísticos y artículos de precisión histórica, así como también padece de defectos, los cuales quizás obedezcan a que, al tocar los problemas políticos y sociales, no se atengan a una pauta ideológica que oriente la interpretación de los fenómenos o acontecimientos. En consecuencia, Pierson y Gil omiten aspectos importantes de la política e historia latinoamericanas. Dos ejemplos: México y Guatemala. Del primer país se lamenta el imperdonable olvido que hacen de la Revolución Mexicana. Apenas en alguna frase perdida, y por añadidura entrecomillada, se menciona la "revolución mexicana", revolución con minúscula. Este desconocimiento de tan significativo hecho social americano se explica dado que en el libro (Cap. VI) se sustenta un criterio increíble de lo que es la revolución. Pierson y Gil la confunden con "asonada, revuelta, cuartelazo, levantamiento, sublevación, montonera, motín y sargentada". El sentido de transformación económica, política y social de las auténticas revoluciones —como la mexicana— parecen desconocerlo.

En cuanto al segundo país, y tomando en cuenta que el libro fue publicado en el presente año, se nota que no han querido penetrar a fondo en el problema político que afronta Guatemala, pues sólo así se entiende que citen la Constitución democrática de 1945 en lugar de la emitida en 1955, sosteniendo que los preceptos avanzados a que se refieren son frutos del régimen liberador de Castillo Armas, quien sin la ayuda norteamericana eliminó al coronel Jacobo Arbenz,

un pelele más en manos de los comunistas. Como se sabe, estos argumentos son hartos conocidos por todos, sólo que nos extraña encontrarlos de nuevo en un libro que suponíamos serio y respetable.

Otro hecho que revela la falta de un juicio informado y sólido sobre los problemas políticos de América Latina, es el de la omisión que los autores hacen del nombre del ex Presidente Juan José Arévalo, sin duda uno de los gobernantes más democráticos en nuestra América del presente siglo.

Total, un volumen que viene a contribuir a la desorientación de los estudiosos de los problemas americanos, respecto al hondo drama de la realidad hispanoamericana.

G. D. H. COLE, *Historia del pensamiento socialista*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 342 págs., México, 1957, Sección de Obras de Sociología.

Esta interesante cuanto necesario *Historia del pensamiento socialista*, cuyo primer volumen conocemos ahora en español con el título de *Los precursores*, proseguirá con el de *Marxismo y anarquismo*, y concluirá con el de *La segunda internacional*.

Indudablemente, para toda persona que desee estar enterada de los problemas de nuestro tiempo así como de la orientación que la humanidad pueda dar a su destino, es imprescindible el conocimiento profundo del desarrollo y las características del pensamiento socialista.

El escritor inglés G. D. H. Cole, estudia, partiendo de la Revolución francesa, el pensamiento de los distintos individuos que afrontaron el problema del hombre y sus relaciones sociales y económicas, intentando solucionarlo para terminar con la miseria y la ignorancia. Las ideas de Paine, Godwin, Babeuf, Saint Simon, Owen, Fourier, Blanqui, Blanc, Marx y Engels son analizadas al mismo tiempo que la acción encaminada a realizar su pensamiento. El autor aborda desde el "socialismo utópico", pasando por el "socialismo feudal" y el "socialismo cristiano", hasta el apareamiento del marxismo como la corriente más representativa del movimiento socialista.

Cole, en su exposición, recorre Francia, Inglaterra, Alemania, países que en distintos momentos fueron los abanderados de una tendencia determinada.

La amplitud de criterio y la objetividad de este autor para tratar el tema, hace que esperemos con verdadero interés los dos próximos volúmenes anunciados.

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA, *El hermano Quiroga*, Edit. Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, 102 págs., Uruguay, Serie II, Estudios y testimonios.

Como dice Roberto Ibáñez en *el origen de este libro*: "El hombre, a veces no es menos interesante que la obra". Y en efecto, así lo demuestra Martínez Estrada al escribir sobre la personalidad del gran realista uruguayo, Horacio Quiroga, quien no obstante su irascibilidad y su hurañe, le distinguió confiándole sus íntimos conflictos así como los proyectos que deseara realizar durante su vida.

El notable ensayista argentino, para la construcción de este estudio biográfico de Quiroga, recurre al recuerdo de sus charlas con el uruguayo y a la serie de cartas que, éste, le escribiera sin límites temáticos. Del estudio sobre Quiroga brota la imagen de su contradictoria psicología. Martínez Estrada nos lo presenta en toda la grandeza de sus debilidades y caprichos, así cuando narra que Quiroga no sabía nadar y que "navegaba en el Tigre como Jack London en los archipiélagos del Pacífico. No podía esperarse otro gozo que el de la emoción violenta, el peligro como fin y finalidad de la excursión".

Pero el autor de *Los desterrados* no sólo era el hombre terco, sin amigos, obscado por la muerte y autoaislado, no, también era una voluntad y una fortaleza; tal demostró en el instante de presentar la muerte a causa de su incurable enfermedad: "No creamos sin embargo —dice— que este sentimiento es derrotista en mí. He de morir regando mis plantas, y plantando el mismo día de morir".

MAURICE DUVERGER, *Los partidos políticos*, Edit. Fondo de Cultura Económica. 458 págs. México, 1957, Sección de Obras de Política.

El desarrollo de la ciencia de los partidos políticos —unipartidismo, bipartidismo y multipartidismo— que, como propone Duverger, podría ser llamado estasiología, logra con este libro dar un paso importante.

El autor enfoca la vida y los hechos de los más característicos partidos europeos: Demócratas Cristianos, Socialistas, Fascistas, Comunistas, etc., advirtiéndole que no incluye los "partidos de tipo arcaico y prehistórico que encontramos en algunos países de Oriente, del Medio de Africa, de la América Latina", y que son agrupaciones "alrededor de un personaje influyente, clanes constituidos alrededor de una familia feudal, camarillas reunidas por un jefe militar".

El análisis que Duverger verifica acerca de la estructura, de los miembros, de los dirigentes, de las alianzas y de los gobernantes, está ligado estrechamente a la realidad en que estos hechos se originan. Así se comprende la razón del partido fascista como "un instrumento de la burguesía y de las clases medias para impedir el dominio de las clases populares, oponiendo la fuerza de las armas al poder de las masas", o el papel de los partidos norteamericanos que "son antes que nada máquinas electorales" subvencionadas por los millonarios.

Las conclusiones de Duverger, aunque matizadas de cierto escepticismo, parten de un realismo político, juzgando la sociedad contemporánea y la necesidad de aceptar situaciones no modificables por un largo período.

LIBRO JUBILAR DE ALFONSO REYES, Edit. Dirección General de Difusión Cultural, Universidad Nacional Autónoma de México, 416, págs., México, 1956.

Con este grueso volumen, el escritor más significativo de México, Alfonso Reyes, recibe otro público reconocimiento a su labor pocas veces superable en el campo de la cultura. El ya clásico maestro americano, es celebrado aquí en diversos idiomas, mismos que corresponden a cuarenta y cuatro escritores que en esta forma han deseado patentizarle su admiración.

El motivo de tal reconocimiento, se explica en la solapa del libro: "La Universidad Nacional Autónoma de México quiere conmemorar el medio siglo ininterrumpido de ejercicio literario de Alfonso Reyes, ofreciéndole este *Libro Jubilar*. De 1905 a nuestros días Alfonso Reyes ha fatigado heroicamente las prensas; quizá muchos o algunos hayan hecho lo mismo. Pero nadie con tanto calor y devoción. Cincuenta años de aprender y enseñar, de escribir y corregir, de fomentar apasionadamente la capacidad y la vocación propias y ajenas, significan más de un siglo en la cultura de un país. Su realizador es más que un escritor, o como dice Jorge Luis Borges, "menos que un individuo, es ya un arquetipo". En conjunto, su labor parece más bien la de una generación de escritores. Desde joven consiguió la difícil maestría de la palabra sin perder juventud: atento a todas las solicitudes del espíritu, ha llevado la x de su patria sobre la frente y ha extendido su interrogación a los latidos de nuestra América, sin dejar de ser universal".

JOSÉ CORONA NÚÑEZ, *Mitología Tarasca*, Edit. Fondo de Cultura Económica 112 págs. México, 1957.

Valiéndose de toda la bibliografía a su alcance, muy limitada por cierto, el antropólogo José Corona Núñez publica el resultado de sus investigaciones sobre el pensamiento religioso de los primeros pobladores del Estado de Michoacán.

El antiguo reino de ese Estado, o reino tarasco, se extendió por las actuales entidades de Guanajuato, Querétaro, Guerrero, Colima, Jalisco, Nayarit y Sinaloa. Nada se sabe de su origen y nada de su lengua, a no ser sus "marcadas semejanzas fonéticas con lenguas del Perú" semejanzas que "también las puede tener con el idioma japonés, como mera coincidencia".

Por lo anterior, se entiende que el investigador ha debido vencer, mediante voluntad y entusiasmo titánicos, dificultades poco comunes a esta clase de trabajos, pues "El destino ha querido que los tarascos no tuvieran un verdadero Sahagún; que sus lienzos y códices casi hayan desaparecido por obra de la evangelización; y que sus grandes ciudades arqueológicas permanezcan en su mayoría bajo tierra". Sin embargo, Corona Núñez ha logrado su propósito al entregar un libro que, después de adecuada *introducción* informa con la amplitud relativa acerca de los dioses y creencias de los tarascos, aportando "la novedad del descubrimiento de los dioses tarascos de la muerte". Además, dicho libro se complementa con catorce láminas y catorce figuras concernientes al tema.

PEDRO DE ALBA, *A la mitad del siglo xx, Crisis de la Civilización y Decadencia de la Cultura*, Edit. Imprenta Universitaria, 266 págs., México, 1957. Colec. Cultura Mexicana.

La crisis y la decadencia que afligen a este escritor, tienen su origen en las divisiones políticas o ideológicas que presiden el destino de la humanidad.

Pedro de Alba, no obstante los temores que manifiesta ante el crudo materialismo destructor de los altos valores humanos, busca una salida que conduzca a la comprensión entre los hombres y fortalezca la solidaridad entre los pueblos.

Su anhelo de paz universal lo lleva a enjuiciar el avance de la industria dado que ella fue una de las causas determinantes de las pasadas guerras mundiales. Con esta misma tónica, dice que "Hay que recordar los balances que se publicaron después de la Primera Guerra Mundial en los que se veían cómo el capitalismo financiero y los directivos de los "carteles" industriales lograron ganancias fabulosas".

Pedro de Alba toca todas las puertas. Igualmente pide a los Estados Unidos mayor comprensión para entenderse con los países que fueron sus aliados, como predica apostólicamente que "el imperativo de la caridad cristiana debe practicarse por los acaudalados y los poderosos frente a los humildes y a los que nada poseen". Claro, el autor, más que caridad, pide justicia para los hombres.

LAURETTE SEJOURNE, *Pensamiento y religión en el México Antiguo*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 220 págs., México, 1957, Colec. Breviarios Núm. 128.

Traducido del original francés inédito por Arnaldo Orfila Reynal, este libro de la arqueóloga Laurette Séjourné, después de una introducción histórica al México antiguo que avanza desde la fundación de la capital de los toltecas (siglo I de nuestra era), pasando por el arribo de las tribus del grupo chichimeca al valle de México (siglo XI), hasta la caída del Imperio azteca (siglo XVI), interpreta en sus diferentes aspectos *La religión Nahuatl*, *El lenguaje simbólico Nahuatl* y *El panteón Nahuatl*.

Entre los puntos sobresalientes de esas interpretaciones, destacan: su explicación acerca del estadio cultural en que se debe situar a la sociedad azteca, dadas las manifestaciones espirituales que animaron la construcción de "centros religiosos... de cortos poemas de circunstancias, de graves textos ceremoniales o de narraciones míticas"; su desacuerdo con los racionalistas en cuanto a la ciencia como "evolución del pensamiento mágico y religioso", y su especulación en *La ley del centro* sobre las relaciones del quince, el Quinto Sol y Quetzalcoatl.

CHESTER BOWLES, *Las nuevas dimensiones de paz*, Edit. del Pacífico, 512 págs., Santiago de Chile, 1957, Colec. Mundo Nuevo.

Este volumen —que tradujo del inglés Graciela Espinosa de Calm— aborda, fundamentalmente, la pugna existente entre las dos más grandes potencias de nuestro tiempo, mostrándonos como única desinteresada y amante de la paz a la potencia norteamericana.

La imparcialidad que el ex Embajador estadounidense, Bowles, anuncia para tratar su tema, se puede apreciar —sin comentarios de nuestra parte— cuando considera patriótico el papel desempeñado por su país en Corea. misma que "le suministró a la propaganda soviética una oportunidad que fue aprovechada con efecto sorprendente". O también, cuando escribe: "Moscú y Pekín nunca han vacilado en copiar nuestro vocabulario democrático" ya que ejercitan "una diplomacia... que se torna continuamente más astuta". Luego, expresa que la Revolución china "ni remotamente puede ser considerada

una revolución completa" y, finalmente, que en Rusia, el hastío producido por sus "pobres condiciones de vida... se ha aliviado últimamente con un notable aumento del consumo de alcohol".

HERBERT READ, *Imagen e idea*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 246 págs., México, 1957, Colec. Breviarios Núm. 127.

Horacio Flores Sánchez ha hecho la traducción (del inglés) de este libro formado por siete conferencias, cuya esencial preocupación reside en intentar "establecer un derecho de prioridad histórica para los símbolos del arte", así como en probar que, en la evolución de la conciencia humana, la idea es precedida siempre por la imagen.

En los siete capítulos que integran la obra —cada uno corresponde a una conferencia—, el autor estudia los ciclos más importantes durante los cuales la realidad ha sido captada estéticamente por el hombre. El estudio de dichos ciclos se extiende desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días. Por cierto, Herbert Read, refiriéndose al artista prehistórico, dice que éste para sus manifestaciones artísticas recurrió a la *imagen vital* y no a la estética.

El principio vital que animó las imágenes de esa primera etapa de la historia del arte, anima igualmente las creaciones de nuestro tiempo, como lo demuestra Read en su séptima conferencia titulada: *La imagen constructiva*.

MARCO PITCHON, *José Martí y la comprensión humana*, Edit. Institución Hebrea Bene Berith Maimonides, 372 págs., Cuba, 1957.

Se trata de un homenaje al apóstol cubano José Martí. Contribuyen a él personalidades mundiales de distintas tendencias, razas y credos. La amplitud de criterio en este sentido, ha hecho que, dentro del homenaje, a ratos se profane la figura luminosa del apóstol; a menos que no se nos haga comprender qué relaciones morales pueden existir entre el gran cubano y, por ejemplo, Somoza, Batista, Castillo Armas, Trujillo (Héctor), Perón, etc.

La recopilación del material que integra este tomo fuera de comercio, le llevó tres años al autor. De las páginas valiosas que dicho tomo encierra, son las referentes a la traducción de un pensamiento de Martí a cuarenta y dos idiomas. El pensamiento es aquel que dice: "El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza u otra; dígase hombre y ya se dicen todos los derechos".

F. SHERWOOD TAYLOR, *Los alquimistas*, Edit. Fondo de Cultura Económica, 237 págs., México, 1957, Colec. Breviarios, Núm. 130.

Este volumen —vertido del inglés por Angela y Francisco Giral—, contiene uno de esos temas interesantes en que se dan cita la imaginación y la ciencia, y cuyo proceso histórico contribuye a explicarnos la evolución de la mentalidad del hombre.

El autor expone que aun cuando alguno de los entendidos haya dicho

que "la alquimia es la historia de un error", existen tres razones importantes para evocarse a su estudio; ellas son: el descubrimiento de materiales básicos, el origen de la química moderna y la investigación de la actitud humana—durante los últimos cinco siglos— ante la ciencia.

Para la estructuración de este libro, ilustrado con veintisiete figuras y catorce láminas, Sherwood Taylor aporta, mediante extensa documentación, la síntesis de veinte años de su vida dedicados al estudio de la materia.

REVISTAS Y OTRAS PUBLICACIONES

L'ECONOMIE DU MEXIQUE D'AUJOURD'HUI. *Travaux et Mémoires de L'Institut des Hautes Etudes de L'Amérique Latine*. I, Université de Paris, 1957.

Este primer volumen del Instituto de Altos Estudios de la América Latina, dedicado a México, contiene estudios de economistas mexicanos. Dichos estudios versan sobre aspectos demográficos, agricultura, irrigación, industria eléctrica, industria química, industria minera, industria petrolera, industria siderúrgica, industria metalúrgica, industria manufacturera, política monetaria y bancaria, evolución del comercio exterior, política comercial y estabilidad y desarrollo de la economía mexicana.

De lo anterior se desprende que todos los trabajos, en conjunto, aportan una visión general del estado en que se encuentra actualmente la economía mexicana. Algunos de esos trabajos, por separado, también dan una visión general de la situación económica de México. Tal es el caso del firmado por Raúl Medina Mora, Secretario del Director de "Petróleos Mexicanos".

Medina Mora habla de *La industria del petróleo en México*. Recuerda la aparición del primer pozo petrolero en 1901; el incendio del pozo "Dos Bocas" que dio una idea "de las posibilidades de producción del subsuelo", y el proceso de auge y litigios con las compañías extranjeras, el cual culminó, el 18 de marzo de 1938, cuando el entonces Presidente de la República, Lázaro Cárdenas, "decretó la expropiación de los bienes de las compañías petroleras".

Después de darnos en cifras el resultado de aquel acto de voluntad soberana, Medina finaliza: "Quienquiera que ha volado en la noche, por las grandes selvas del sur, ha percibido a lo lejos, en la impenetrable oscuridad, parecidas a pequeñas islas, las ciudades petroleras, aclaradas por la luz eléctrica y los mecheros donde son quemados los gases inútiles, comprende inmediatamente que la nacionalización de la industria petrolera, aparte de su significación económica, tiene un gran contenido espiritual. La selva no triunfará ni destruirá esta vez el esfuerzo del hombre. La naturaleza no oprime más al hombre, es él quien, en lo sucesivo le impone su voluntad y la domina... Es una liberación... la mayoría de los mexicanos lo han comprendido así. Eso significa que la industria petrolera nacionalizada no ha sido integrada únicamente a la economía, sino también y de manera indisoluble, a la conciencia nacional de México".

En este número hay trabajos de: Jaime Torres Bodet, Jacques Rueff, Manuel de la Lama, Jenaro González Reyna, Marcel N. Barbier, Gonzalo Robles, Marc Allard, Emilio Alanís Patiño, Roberto Martínez Le Clainche, Gonzalo Mora Ortiz, y Eduardo Villaseñor.

CULTURA, Revista del Ministerio de Cultura. Director: Manuel Andino, Núm. 8, marzo-abril 1957, San Salvador, El Salvador, C. A.

Cultura es en la actualidad, por la limpieza de su tipografía y la selección de su material, la mejor revista centroamericana. Dado el amplio criterio con que se acogen las colaboraciones de los escritores, constituye, junto a *Repertorio Americano*, el vínculo espiritual que une a México con los países del sur del Continente, así como con los de las Antillas. Esta última observación, puede constatar en el índice del número ocho. Veamos: Una entrevista con Eduardo Barrios, novelista insigne de Chile, realizada por Hugo Lindo, poeta y cuentista centroamericano; un relato bien madurado del cuentista colombiano Manuel Mejía Vallejo; un ensayo del escritor dominicano Max Henríquez Ureña sobre el poeta uruguayo Juan Zorrilla de San Martín; por aparte, se incluyen trabajos de los musicólogos Pablo Palomino y Julio Antonio Coss sobre el mexicano Carlos Chávez y el brasileño Héitor Villa-Lobos.

Además, desde un ángulo más local, debemos mencionar los aciertos que representan la nota crítica del escritor guatemalteco Alfonso Orantes, las meditaciones literarias del cuentista salvadoreño Cristóbal Humberto Ibarra, y el *Breve Breve Ensayo en Torno a la Consideración del Tiempo y el Paisaje para la Auscultación de la Poesía*, del novelista salvadoreño Rolando Velázquez.

En este número hay trabajos de: Mario Hernández A., Juan Antonio Ayala, J. Ricardo Dueñas V. S., Salvador Cañas, Raúl Elas Reyes, Rafael Heliodoro Valle, Gustavo Pineda, Salvador Escovar Ballesteros, Ione Robinson, Francisco Monterrosa Gavidia, David Vela, Alfredo Martínez Moreno, Manuel Andino, y Alfredo Betancourt.

METÁFORA, Revista Literaria, Directores: A. Silva Villalobos y Jesús Arellano, Año III, Núm. 16, septiembre-octubre 1957, México.

Destacan en esta entrega:

De la sección de *Ensayo*, *Una visión premonitoria de César Vallejo*, por Antenor Orrego, ya que contribuye a explicarnos la personalidad del gran poeta peruano.

De la sección de *Poesía*, el excelente *Poema* de Rubén Bonifaz Nuño y el bien manufacturado *Poema del nacimiento* de Enrique González Rojo.

De la sección de *Cuento*, el titulado *Por el mismo sendero*, de Henrique González Casanova, por su trazo sencillo y real, así como por estar elaborado con la habilidad del autor que conoce el género; también, *Una razón aplastante*, de Ramón Rubín, quien en este título persiste en su fe por la reivindicación del indio mexicano.

En este número hay trabajos de: Enrique Mesta, Enriqueta Ochoa, Jesús Arellano, E. O. S., Carlos Ramos Gutiérrez, Galván Corona y A. Silva Villalobos.

MIRADOR. Panorama de la civilización industrial. Director: Ing. Carlos Levín. Núm. 2, junio 1957, Buenos Aires, Argentina.

En este número hay trabajos de: Carlos M. Varsavsky, Manuel Sadosky, G. Riggi O'Dwyer, Amílcar O. Herrera, Landrú, Alberto González Domínguez, Héctor G. Oesterheld, Antonio Bonet, Mario Segre, Wolf Weindrach, Héctor J. Cartier, César de Madariaga, Dino Buzzati, Sergio Sereni y Mario Salvadori.

CURSOS Y CONFERENCIAS. Revista del Colegio Libre de Estudios Superiores. Consejo Directivo: José Babini, Roberto G. Giusti, José González Galé y Juan Mantovani, Buenos Aires, Argentina.

En este número hay trabajos de: Francisco Romero, Carmelo M. Bonet, Hugo W. Cowes, Américo Ghioldi, Lorenzo Parodi, Juan C. Torchia Estrada y Raúl Montero Bustamante.

REVISTA DE EDUCACIÓN. Director: Don Arturo Marasso, Año II, Núm. 4 (Nueva serie), abril 1957, La Plata, Argentina.

En este número hay trabajos de: Romualdo Ardissonne, Carlos A. Disandro, Emilio Estiú, Juan Hartman, Luis María Ravagnan, Gustave Welter, Francisco García Jiménez, Lecomte de Noüy, Ch. Moreau-Vauthier, Mireya Vecchioli, Francois Millepierres, Roger Gaillat, Augusto Cortina, Gilbert Highet, Maurice Debesse, Manuel B. Trias, René Hubert, Robert L. Stevenson, Leu Howard, José Ortega y Gasset, Ángel Cabrera, J. H. Fabre, Juan B. Selva, Arturo Marasso, Clemente Orlandi, Aristóbulo Pardo, V. García de Diego, Haydée C. Bloth, Germán García, Héctor M. Rivera, Osvaldo Jorge Ruda, J. Arthur Thomson, Carlos Villafuerte, Guillermo Nannetti, Nicolás Rivera, Pierre Rousseau, Harold G. Merriam, William Osler y Juan Manuel Cotta.

REVISTA DE LA ESCUELA DE CONTABILIDAD, ECONOMÍA Y ADMINISTRACIÓN. Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey. Director: Emilio Guzmán Lozano, Tomo IX, Núm. 33, enero 1957, Monterrey, México.

En este número hay trabajos de: Lic. Eduardo Bustamante, Salvador González Berazueta, C. P. T., Germán Seijas Román, Tirzo Carpizo, C. P. T., Roberto Barragán, A. N., y Dottore Giorgú Berni.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO MEXICANO. Director: Francisco Porrúa Estrada, Año XVII, Núm. 208, julio-agosto 1957, México, D. F.

En este número hay trabajos de: Carlos Rincón Gallardo, Armando de María y Campos, Mariano Picón-Salas, Jesús Arroyo M., José E. Iturriaga.

MIRADOR. Revista de Información Bibliográfica. Editor: Juan Grijalbo. Año III, Núm. 4, abril-mayo-junio 1957, México, D. F.

En este número hay trabajos de: Antonio López, Eduardo Caballero Calderón, Daniel Cosío Villegas y Pierre Arley.

BOLETÍN RUMANO. Servicio de Prensa de la Legación de la República Popular Rumana. Año VI, Núm. 55, mayo 1957, México.

En este número hay trabajos de: Petru Cristea, Aurel Barauga, Iona Brates, Prof. P. P. Panaitescu y Chiou Stoica.

ANUARIO CULTURAL DEL PERÚ 1956. Editor: Librería Juan Mejía Baca, Lima, Perú.

En este número hay trabajos de: Luis Jaime Cisneros, Leopoldo Hipólito Chiappo, Edgardo Pérez Luna, Enrique Iturriaga, Leonor Vinatea Cantuarias, Alberto Tauro, Gustavo Quintanilla Paulet, Luis Nieto, Oswaldo Espinoza Vivar y Luis Ginocchio Feijó.

POLONIA. Revista ilustrada. Se publica en alemán, español, francés, inglés, ruso y esperanto. Redactor Jefe: D. J. Plonsky. Núm. 6 (34), 1957, Varsovia, Polonia.

En este número hay trabajos de: K. Toeplitz, Prof. Tadeus Kotabinski, Jerzy Waldorff, Zofia Walentynska, María Sten, Arq. Josef Sigalin, Magda Leja, Leon Jerzy Gadzomski, Włodzimierz Golebiewski, Josef Prutkowski.

CULTURA Y VIDA. Revista Mensual. Soc. de Rel. Culturales de la U. R. S. S. con el extranjero, se publica en español, ruso, inglés, francés y alemán. Núm. 4, abril 1957, Moscú, Rusia.

En este número hay trabajos de: N. K. Krúpskaia, Máximo Gorki, Clara Zetkin, H. Shmarinov, Eudre Domanovszky, Ion Jalea, Alexandr Morózov, N. K. Góncharov, Alexandr Popovski, Vladimir Leibsón, Andrei Goucharov, A. Guéber, A. K. Krasin, Edoardo de Guarnieri, Rostilav Zajarov, Prof. N. A. Konstantinov, Elena Komílova, Elena Grósheva, G. Korotkevich.

CULTURA UNIVERSITARIA. Revista bimestral publicada por la Dirección de Cultura de la Universidad Central de Venezuela. Director: Israel Peña. Núm. 60, marzo-abril 1957, Caracas, Venezuela.

En este número hay trabajos de: Eduardo Arroyo, Lameda, Marcel Granier Doyeux, Ramón Gómez de la Serna, Félix Guzmán, Guillermo Sucre, Jesús Rosas Marcano, Juan Ángel Magollón, Constant Brusilof, Alonso Zamora Vi-

cente, Juan Salazar Meneses, Pascual Pla y Beltrán, Edmundo G. Aray, María Lourdes Carbonell y José Salazar Meneses.

KRITERION. Revista de Faculdade do Filosofia da Universidad de Minas Gerais.

Director: Prof. Antonio Camelo de Faria Alvim, Vol. X, Núm. 39-40, Janeiro, Junho 1957, Belo Horizonte, Minas Gerais, Brasil.

En este número hay trabajos de: Eduardo Schmidt Monteiro de Castro, Cruz Costa, Arthur Versiani Velloso, A. Pinto de Carvalho, Messias Donato, J. C. de Oliveira Torres, María Romano Schreiber, R. C. Romanelli, Isaías Golgher, F. de A. Magalhaes Gómes, Elzio Dolabela, Lair Rennisat Rennó, Pe. Nicolau, Von Goetzé, Eduardo Frieiro, Pe. Orlando Vilela y Tabajara Pedroso.

BULLETIN ANALYTIQUE DE DOCUMENTATION POLITIQUE ECONOMIQUE ET SOCIALE CONTEMPORAINE. Redacteur en chef: M. Jean Meyriat, 12 annee, No. 3, 1957, Paris, France.

Í N D I C E S

DE

CUADERNOS AMERICANOS

LA REVISTA
DEL NUEVO MUNDO

1 9 5 7

Año XVI

Vols. XCI al XCVI

Nos. 1 al 6

ÍNDICE POR SECCIONES

NUESTRO TIEMPO

Ensayos

	Núm.	Pág.
JOSÉ E. ITURRIAGA. Egipto, Hungría e Hispanoamérica	I	7
LUIS ALBERTO SÁNCHEZ. La libertad de la cultura en la América Latina	I	14
GREGORIO BERMANN. El difícil tiempo nuevo a través de Deodoro Roca	I	25
VÍCTOR ALBA. Un sindicalismo latinoamericano para la era atómica	I	42
JORGE L. MARTÍ. Unidad y pluralidad de la crisis social contemporánea	II	7
ÁLVARO FERNÁNDEZ SUÁREZ. La crisis del comunismo	II	26
ANITA ARROYO. La norteamericanización en nuestras costumbres	II	46
ARTURO ROSENBLUETH. Juan Negrín	II	59
VICENTE SÁENZ. Los canales internacionales	III	7
JACQUES SOUSTELLE. El drama de Argelia	III	20
JEAN A. MAZOYER. La crisis del mundo occidental. A propósito de la "La caída", de Albert Camus	III	45
LOLÓ DE LA TORRIENTE. Itinerario en la espesura mexicana	III	54
MANUEL MESA A. El país donde hoy es mañana	IV	7
ALFONSO REYES. Los nuevos caminos de la lingüística	IV	39
GUILLERMO DÍAZ DOIN. Evocación de la Segunda República	IV	50
FERNANDO DÍEZ DE MEDINA. Insurgencia de la Nueva América	IV	57

	Núm.	Pág.
MANUEL VILLEGAS LÓPEZ. Estados Unidos contra Charles Chaplin	V	7
JOAQUÍN S. MACGREGOR. Arte y política en el marxismo	V	29
JULIO ÁLVAREZ DEL VAYO. Visión de Asia	V	54
LUIS PADILLA NERVO. Responsabilidad Internacional de los Estados por explosiones experimentales de armas nucleares	VI	7
ERICH FROMM. El problema ético del hombre contemporáneo	VI	14
LUIS ALBERTO SÁNCHEZ. El actual proceso político peruano	VI	29
LEON BOLSKY. La Nueva Yugoslavia en el mundo actual	VI	49

Notas

<i>La libertad, la cultura y un congreso</i> , por FEDRO GUILLÉN	I	59
<i>Bolivia, el astro ignorado</i> , por FERNANDO DÍEZ DE MEDINA	I	64
<i>Tres discursos de aniversario</i> , por LUIS RECASENS SICHES, RÓMULO GALLEGOS y JESÚS SILVA HERZOG	II	64
<i>Los ochenta años de Pablo Casals</i> , por ALFREDO MATILLA	III	68
<i>Sandino, guerrillero heroico</i> , por FEDRO GUILLÉN	III	71
<i>La visita a México del Dr. Eisenhower</i> , por ARMANDO BLÁZQUEZ	V	82

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

Ensayos

MARTHA DÍAZ DE RECASENS. Dos ensayos sobre Pío Baroja	I	71
HUGO RODRÍGUEZ ALCALÁ. Eliseo Vivas y su crítica del naturalismo norteamericano	I	107
JAROSLAW M. FLYS. Problemas de la creación y originalidad en la poesía	I	123
JUAN CUATRECASAS. La concepción visual del espacio	II	77

	Núm.	Pág.
MARIO A. BOTTIGLIERI. Hacia una concepción realista de la historia argentina	II	92
ANGÉLICA MENDOZA. ¿Una crisis de la modernidad?	II	101
JOSÉ ARSENIO TORRES. Educación liberal y técnica pedagógica	II	114
HUGO RODRÍGUEZ ALCALÁ. Razón y sentimiento en Alejandro Korn	III	77
JUAN LÓPEZ MORILLAS. Ortega y Gasset y la crítica literaria	III	97
JUAN DAVID GARCÍA BACCA. Nuestro cuerpo. (Su pasado, presente y porvenir)	III	107
LUIS ABAD CARRETERO. Larrea, un mensajero del espíritu	III	122
LEOPOLDO ZEA. Rusia, al margen de Occidente	IV	67
NICCOLÁ ABBAGNANO. El existencialismo como filosofía de lo posible	IV	86
MIGUEL BUENO. ¿Qué es una introducción a la filosofía?	IV	104
EDUARDO NICOL. El positivismo: teoría de la ciencia y doctrina de la vida	V	93
ELI DE GORTARI. Lógica positivista y positivismo lógico	V	109
FRANCISCO ZAMORA. Economía estática y economía dinámica	V	126
JERÓNIMO MALLO. Los Krausistas españoles	VI	73
WENCESLAO ROCES. Algunas consideraciones sobre el vicio del modernismo en la historia antigua	VI	86
AURORA ARNÁIZ. El eidos de las formas políticas	VI	104
EDMUNDO FLORES. Recursos e industrias del mundo	VI	114

Notas

<i>Los filósofos españoles</i> , por ALEJANDRO ROSSI	V	137
--	---	-----

PRESENCIA DEL PASADO

Ensayos

	Núm.	Pág.
JULIO ESPEJO NÚÑEZ. Primeros indicios arqueológicos del estilo cultural Huaylas (Recuay) en la Cuenca del Pukcha (Perú)	I	137
EDUARDO ORTEGA Y GASSET. El nacimiento de Castilla. Raíz comunera de sus instituciones democráticas	I	151
JORGE CARRERA ANDRADE. La literatura insurgente en el Ecuador	I	172
ANTONIO ALATORRE. Menéndez Pelayo, problema histórico	I	182
MANUEL TUÑÓN DE LARA. Actualidad española de Unamuno	I	196
DICK EDGAR IBARRA GRASSO. La increíble maqueta del Kalasasaya	II	129
ERWIN WALTER PALM. Introducción al arte colonial	II	158
CARLOS D. HAMILTON. Bello y el Centenario del Código Civil Chileno	II	168
ROSA ARCINIEGA. La literatura hispanoamericana vista hace 59 años	II	175
JOSÉ URIEL GARCÍA. Raíces sociales e ideológicas de la cultura y de la democracia peruanas	III	147
LUIS E. VALCÁRCEL. Nuevos descubrimientos arqueológicos en el Perú. Chavin	III	180
LUIS ALBERTO SÁNCHEZ. Una iluminista olvidada	III	185
MANUEL MEJÍA VALERA. El pensamiento de José de la Riva Agüero	III	196
GERMÁN ARCINIEGAS. González Prada, Mariátegui, Haya de la Torre. Tres momentos de una sola vida	III	203
JUAN COMAS. La antigüedad del hombre americano. I.—El hombre fósil en América	IV	123
DICK EDGAR IBARRA GRASSO. La antigüedad del hombre americano. II.—El paleolítico interior en América	IV	135
SERGIO GOLWARZ. Breve historia del diálogo	IV	176

	Núm.	Pág.
LUIS LEAL. Unamuno Americanista	IV	183
PEDRO GRINGOIRE. Los manuscritos de Qumran (Mar Muerto)	V	143
MANUEL SÁNCHEZ SARTO. El siglo de la ilustración en España, revaluado	V	163
MARIO DE LA CUEVA. Reflexiones en torno al Liberalismo Mexicano	V	184
ISIDRO FABELA. La doctrina Monroe y la segunda intervención francesa en México	V	201
IGNACIO BERNAL. Huitzilopochtli vivo	VI	127
JESÚS SILVA HERZOG. El gobierno de Madero y la Decena Trágica	VI	153
ANDRÉS HENESTROSA. Juárez, elogio y recordación	VI	181

DIMENSIÓN IMAGINARIA

Ensayos

ANTENOR ORREGO. César Vallejo, el poeta del solecismo	I	209
PAUL ILIE. Zunzunegui y la nueva moral española	I	217
RAÚL SILVA CASTRO. Ensayo sobre Lastarria	I	235
FERNANDO LEÓN DE VIVERO. El santito no quiere a los gringos	I	256
MARCELINO C. PEÑUELAS. James Joyce tras el interrogante	II	183
RAÚL LEIVA. La poesía de Bernardo Ortiz de Montellano	II	201
PASCUAL PLÁ Y BELTRÁN. Caballo	II	214
PACA NAVAS MIRALDA. Poemas	III	216
MAX AUB. Juan Ramón Jiménez	III	218
RAIMUNDO LIDA. Palabras de Gabriela	III	234
BENJAMÍN CARRIÓN. Sí, Santa Gabriela Mistral	III	238
F. FERRÁNDIZ ALBORZ. Justino Zavala Muniz en la nueva literatura hispanoamericana	III	245

	Núm.	Pág.
MATILDE DE ORTEGA. El coche	III	259
GABRIEL PRADAL. La paloma y el leopardo	IV	193
ALLAN LEWIS. El teatro épico. Bertolt Brecht, "La buena mujer de Setzuán"	IV	208
ALFREDO PAREJA DÍEZ CANSECO. El ensayo en la literatura ecuatoriana actual	IV	232
JUAN DE LA ENCINA. Crítica de arte, de Baude- laire a Malraux	IV	246
MARTHA MOSQUERA. Manuscrito en el espejo	IV	256
JOSÉ ALMOINA. La lírica española contemporá- nea y García Narezo. I	V	217
GUILLERMO DE TORRE. Nueva discusión de Me- néndez Pelayo	V	233
ESTUARDO NÚÑEZ. Un desconocido traductor americano de Petrarca	V	248
MARIO MONTEFORTE TOLEDO. El petróleo	V	257
JAIME TORRES BODET. Cuatro poemas	VI	191
JOSÉ ALMOINA. La lírica española contemporá- nea y García Narezo. II	VI	196
EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA. El saber de Ho- norato de Balzac	VI	226
MARÍA ALFARO. Pío Baroja: El Pasado. La Raza	VI	240
CELESTINO GOROSTIZA. Panorama del teatro en México	VI	250
JOSÉ DE J. NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ. Una magis- tral obra sobre arquitectura iberoamericana	VI	262
HUGO RODRÍGUEZ ALCALÁ. El as de espadas	VI	267

Notas

<i>Carta de Paris</i> , por MARCEL SAPORTA	II	233
--	----	-----

LIBROS Y REVISTAS

MAURICIO DE LA SELVA. Libros y revistas	I	265
MAURICIO DE LA SELVA. Libros y revistas	II	243
MAURICIO DE LA SELVA, MARIO MONTEFORTE TOLEDO, FRANCISCO MONTERDE y ROMÁN		

	Núm.	Pág.
BELTRÁN. Libros. MAURICIO DE LA SELVA.		
Revista y otras publicaciones	III	275
MAURICIO DE LA SELVA. Libros y revistas	IV	267
MAURICIO DE LA SELVA. Libros y revistas	V	273
MAURICIO DE LA SELVA. Libros y revistas	VI	273

	Núm.	Pág.
GUILLÉN, Fedro.— <i>La libertad, la cultura y un congreso.</i> (N. T.)	I	59
— <i>Sandino, guerrillero heroico.</i> (N. T.)	III	71
HAMILTON, Carlos D.— <i>Bello y el Centenario del Código Civil Chileno.</i> (P. del P.)	II	168
HENESTROSA, Andrés. — <i>Juárez, elogio y recordación.</i> (P. de P.)	VI	181
IBARRA GRASSO, Dic Edgar.— <i>La increíble maqueta del Kallasaya.</i> (P. del P.)	II	129
— <i>La antigüedad del hombre americano. II. El paleolítico inferior en América.</i> (P. del P.)	IV	135
ILIE, Paul.— <i>Zunzunegui y la nueva moral española.</i> (D. I.)	I	217
ITURRIAGA, José E.— <i>Egipto, Hungría e Hispanoamérica.</i> N. T.)	I	7
LEAL, Luis.— <i>Unamuno americanista.</i> (P. del P.)	IV	183
LEIVA, Raúl.— <i>La poesía de Bernardo Ortiz de Montellano.</i> (D. I.)	II	201
LEWIS, Allan.— <i>El teatro épico. Bertolt Brecht, "La buena mujer de Setzuán".</i> (D. I.)	IV	208
LIDA, Raimundo.— <i>Palabras de Gabriela.</i> (D. I.)	III	234
LÓPEZ MORILLAS, Juan.— <i>Ortega y Gasset y la crítica literaria.</i> (A. del P.)	III	97
MACGREGOR, Joaquín S.— <i>Arte y política en el marxismo.</i> N. T.)	V	29
MALLO, Jerónimo.— <i>Los Krausistas españoles.</i> (A. del P.)	VI	73
MARTÍ, Jorge L.— <i>Unidad y pluralidad de la crisis social contemporánea.</i> (N. T.)	II	7
MARTÍNEZ ESTRADA, Ezequiel.— <i>El saber de Honorato de Balzac.</i> (D. I.)	VI	226
MATILLA, Alfredo.— <i>Los ochenta años de Pablo Casals.</i> N. T.)	III	68
MAZOYER, Jean A.— <i>La crisis del mundo occidental. A propósito de "La caída", de Albert Camus.</i> (N. T.)	III	45
MEJÍA VALERA, Manuel.— <i>El pensamiento de José de la Riva Agüero.</i> (P. del P.)	III	196
MENDOZA, Angélica.— <i>¿Una crisis de la modernidad?</i> (A. P.)	II	101
MESA A., Manuel.— <i>El país donde hoy es mañana.</i> (N. T.)	IV	7
MONTEFORTE TOLEDO, Mario.— <i>Libros.</i> (L. y R.)	III	283
— <i>El Petróleo.</i> (D. I.)	V	257
MONTERDE, Francisco.— <i>Libros.</i> (L. y R.)	III	285
MOSQUERA, Martha.— <i>Manuscrito en el espejo.</i> (D. I.)	IV	256
NAVAS MIRALDA, Paca.— <i>Poemas.</i> (D. I.)	III	216
NICOL, Eduardo.— <i>El positivismo: teoría de la ciencia y doctrina de la vida.</i> (A. del P.)	V	93

	Núm.	Pág.
NÚÑEZ, Estuardo.— <i>Un desconocido traductor americano de Petrarca.</i> (D. I.)	V	248
NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ, José de J.— <i>Una magistral obra sobre arquitectura iberoamericana.</i> (D. I.)	VI	262
ORREGO, Atenor.— <i>César Vallejo, el poeta del solecismo.</i> (D. I.)	I	209
ORTEGA Y GASSET, Eduardo.— <i>El nacimiento de Castilla. Raíz comuncra de sus instituciones democráticas.</i> (P. del P.)	I	151
ORTEGA, Matilde de.— <i>El coche.</i> (D. I.)	III	259
PADILA NERVO, Luis.— <i>Responsabilidad internacional de los Estados por explosiones experimentales de armas nucleares.</i> (N. T.)	VI	7
PALM, Erwin Walter.— <i>Introducción al arte colonial.</i> (P. del P.)	II	158
PAREJA DÍEZ CANSECO, Alfredo.— <i>El ensayo en la literatura acuatoriana actual.</i> (D. I.)	IV	232
PEÑUELAS, Marcelino C.— <i>James Joyce tras el interrogante.</i> (D. I.)	II	183
PLÁ Y BELTRÁN, Pascual.— <i>Caballo.</i> (D. I.)	II	214
PRADAL, Gabriel.— <i>La paloma y el leopardo.</i> (D. I.)	IV	193
RECASENS SICHES, Luis.— <i>Tres discursos de aniversario.</i> (N. T.)	II	64
REYES, Alfonso.— <i>Los nuevos caminos de la lingüística.</i> (N. T.)	IV	39
ROCES, Wenceslao.— <i>Algunas consideraciones sobre el vicio del modernismo en la historia antigua.</i> (A. del P.)	VI	86
RODRÍGUEZ ALCALÁ, Hugo.— <i>Elisco Vivas y su crítica del naturalismo norteamericano.</i> (A. del P.)	I	107
— <i>Razón y sentimiento en Alejandro Korn.</i> (A. P.)	III	77
— <i>El as de espadas.</i> (D. I.)	VI	267
ROSENBLUETH, Arturo.— <i>Juan Negrín.</i> (N. T.)	II	59
ROSSI, Alejandro.— <i>Los filósofos españoles.</i> (A. P.)	V	137
SÁENZ, Vicente.— <i>Los canales internacionales.</i> (N. T.)	III	7
SÁNCHEZ, Luis Alberto.— <i>La libertad de la cultura en América Latina.</i> (N. T.)	I	14
— <i>Una iluminista olvidada.</i> (P. del P.)	III	185
— <i>El actual proceso político peruano.</i> (N. T.)	VI	29
SÁNCHEZ SARTO, Manuel.— <i>El siglo de la ilustración en España, revaluado.</i> (P. del P.)	V	163
SAPORTA, Marcel.— <i>Carta de París.</i> (D.I.)	II	233
SELVA, Mauricio de la.— <i>Libros y Revistas.</i> (L. y R.)	I	265
— <i>Libros y Revistas.</i> (L. y A.)	II	243
— <i>Libros y Revistas.</i> (L. y R.)	III	275
— <i>Libros y Revistas.</i> (L. y R.)	IV	267
— <i>Libros y Revistas.</i> (L. y R.)	V	273
— <i>Libros y Revistas.</i> (L. y R.)	VI	273

	Núm.	Pág.
SILVA CASTRO, Raúl.— <i>Ensayo sobre Lastarria</i> . (D. I.)	I	235
SILVA HERZOG, Jesús.— <i>Tres discursos de aniversario</i> . (N. T.)	II	71
— <i>El gobierno de Madero y la Decena Trágica</i> . (P. del P.)	VI	153
SOUSTELLE, Jacques.— <i>El drama de Argelia</i> . (N. T.)	III	20
TORRE, Guillermo de.— <i>Nueva discusión de Menéndez Pe- layo</i> . (D. I.)	V	233
TORRES, José Arsenio.— <i>Educación liberal y técnica peda- gógica</i> . (A. del P.)	II	114
TORRES BODET, Jaime.— <i>Cuatro poemas</i> . (D. I.)	VI	191
TORRIENTE, Loló de la.— <i>Itinerario en la espesura mexi- cana</i> . (N. T.)	III	54
TUÑÓN DE LARA, Manuel.— <i>Actualidad española de Una- muno</i> . (P. del P.)	I	196
VALCÁRCEL, Luis E.— <i>Nuevos descubrimientos arqueológi- cos en el Perú. Chavin</i> . (P. del P.)	III	180
VILLEGAS LÓPEZ, Manuel.— <i>Estados Unidos contra Charles Chaplin</i> . (N. T.)	V	7
VIVERO, Fernando de León de.— <i>El santito no quiere a los gringos</i> . (D. I.)	I	256
ZAMORA, Francisco.— <i>Economía estática y economía diná- mica</i> . (A. del P.)	V	126
ZEA, Leopoldo.— <i>Rusia al margen de Occidente</i> . (A. del P.)	IV	67

Cuadernos Americanos

ha publicado los siguientes libros:

	PRECIOS	
	Pesos	Dls.
1.—GANARAS LA LUZ, por León Felipe		
2.—JUAN RUIZ DE ALARCÓN, SU VIDA Y SU OBRA, por Antonio Castro Leal	(agotado)	
3.—RENDICION DE ESPIRITU (I), por Juan Larrea	(agotado)	
4.—RENDICION DE ESPIRITU (II), por Juan Larrea	10.00	1.00
5.—ORIGENES DEL HOMBRE AMERICANO, por Paul Rivet	10.00	1.00
6.—VIAJE POR SURAMERICA, por Waldo Frank	(agotado)	
7.—EL HOMBRE DEL BUHO, por Enrique González Martínez	(agotado)	
8.—ENSAYOS INTERAMERICANOS, por Eduardo Villaseñor	(agotado)	
9.—MARTI ESCRITOR, por Andrés Bello	(agotado)	
10.—JARDIN CERRADO, por Emilio Prados	8.00	0.80
11.—JUVENTUD DE AMERICA, por Gregorio Bermann	10.00	1.00
12.—CORONA DE SOMBRA Y DOS CONVERSACIONES CON BERNARD SHAW, por Rodolfo Usigli	(agotado)	
13.—EUROPA-AMERICA, por Mariana Pichón Salas	(agotado)	
14.—MEDIACIONES SOBRE MEXICO, ENSAYOS Y NOTAS, por Jesús Silva Herzog	10.00	1.00
15.—DE BOLIVAR A ROOSEVELT, por Pedro de Alba	10.00	1.00
16.—EL LABERINTO DE LA SOLEDAD, por Octavio Paz	(agotado)	
17.—LA APACIBLE LOCURA, por Enrique González Martínez	10.00	1.00
18.—LA PRISION NOVELA, por Gustavo Velez	(agotado)	
19.—ESTUDIOS SOBRE LITERATURAS HISPANOAMERICANAS, GLOSAS Y SEMBLANZAS, por Manuel Pedro González (empastado)		
20.—SIGNO, por Honorato Ignacio Magaloni	10.00	1.00
21.—LLUVIA Y FUEGO, LEYENDA DE NUESTRO TIEMPO, por Tomás Blados	12.00	1.20
22.—LUCERO SIN ORILLAS, por Germán Pardo García	10.00	1.00
23.—LOS JARDINES AMANTES, por Alfredo Cardona Peña	10.00	1.00
24.—ENTRE LA LIBERTAD Y EL MIEDO, por Germán Arciniegas	(agotado)	
25.—NAVE DE ROSAS ANTIGUAS, POEMAS, por Miguel Alvarés Acosta	12.00	1.20
26.—MURO BLANCO EN ROCA NEGRA, por Miguel Alvarés Acosta	15.00	1.50
27.—EL OTRO OLVIDO, por Dora Isella Russell	5.00	0.50
28.—DEMOCRACIA Y PANAMERICANISMO, por Luis Quintanilla	5.00	0.50
29.—DIMENSION IMAGINARIA, por Enrique González Rojo	10.00	1.00
30.—AMERICA COMO CONCIENCIA, por Leopoldo Zea	10.00	1.00
31.—DIMENSION DEL SILENCIO, por Margotía Paz Paredes	10.00	1.00
32.—ACTO POETICO DE Germán Pardo García	10.00	1.00
33.—NO ES CORDERO... QUE ES CORDERA. Cuento militeo. Versión castellana de León Felipe	10.00	1.00
34.—SANGRE DE LEJANIA, por José Tiquet	10.00	1.00
35.—CHINA A LA VISTA, por Fernando Benítez	12.00	1.20
36.—U. Z. LLAMA AL ESPACIO, por Germán Pardo García	10.00	1.00
37.—ARETINO, AZOTE DE PRINCIPIES, por Felipe Casío del Pomar	18.00	1.60
38.—OTRO MUNDO, por Luis Sudrés	18.00	1.60
39.—LA BATALLA DE GUATEMALA, por Guillermo Torriello	20.00	1.80
40.—EL HECHICERO, por Carlos Soldatenko	5.00	0.50
41.—POESIA RESISTE, por Lucila Velázquez	12.00	1.20
42.—AZULEJOS Y CAMPANAS, por Luis Sánchez Pontón	18.00	1.60
43.—LA REVOLUCION GUATEMALTECA, por Luis Cardosa y Aragón	15.00	1.50
44.—RAZÓN DE SER, por Juan Larrea	18.00	1.60
45.—CEMENTERIO DE PAJAROS, por Graciela Alvarez	9.00	0.90
46.—EL POETA QUE SE VOI VIO GUSANO, por Fernando Alegria	7.00	0.70
47.—LA ESPADA DE LA PALOMA, por Juan Larrea	35.00	3.50
48.—ETERNIDAD DEL RUISEÑOR, por Germán Pardo García	15.00	1.50
49.—ASCENSION A LA TIERRA, por Vicente Magdalena	9.00	0.90
50.—INCITACIONES Y VALORACIONES, por Manuel Maples Arce	15.00	1.50

OTRAS PUBLICACIONES

PASTORAL, por Sara de Ibáñez	5.00	0.50
UN METODO PARA RESOLVER LOS PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO, por José Gaoa	5.00	0.50
OROZCO Y LA IRONIA PLASTICA, por José G. Zuno	6.00	0.60
INDICES "CUADERNOS AMERICANOS" 1942-1952	10.00	1.00



REVISTA: SUSCRIPCION ANUAL PARA 1957 (6 números)

MEXICO	60.00	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA		6.50
EUROPA Y OTROS CONTINENTES		8.00

PRECIO DEL EJEMPLAR:

MEXICO	12.00	
OTROS PAISES DE AMERICA Y ESPAÑA		1.25
EUROPA Y OTROS CONTINENTES		1.50

Ejemplares atrasados, precio convencional

S U M A R I O

N U E S T R O T I E M P O

Luis Padilla Nervo

Responsabilidad Internacional de los Estados por explosiones experimentales de armas nucleares.

Erich Fromm

El problema ético del hombre contemporáneo.

Luis Alberto Sánchez

El actual proceso político peruano.

Leon Bolsky

La Nueva Yugoslavia en el mundo actual.

A V E N T U R A D E L P E N S A M I E N T O

Jerónimo Mallo

Los Krausistas españoles.

Wenceslao Roces

Algunas consideraciones sobre el vicio del modernismo en la historia antigua.

Aurora Arnáiz

El eidos de las formas políticas.

Edmundo Flores.

Recursos e industrias del mundo.

P R E S E N C I A D E L P A S A D O

Ignacio Bernal

Huitzilopochtli vivo.

Jesús Silva Herzog

El gobierno de Madero y la Decena Trágica.

Andrés Henestrosa

Juárez, elogio y recordación.

D I M E N S I Ó N I M A G I N A R I A

Jaime Torres Bodet

Cuatro poemas.

José Almoira

La lírica española contemporánea y García Narezo.

Ezequiel Martínez Estrada

El saber de Honorato de Balzac.

María Alfaro

Pío Baroja: El pasado. La Raza.

Celestino Gorostiza

Panorama del teatro en México.

José de J. Núñez y Domínguez

Una magistral obra sobre arquitectura iberoamericana.

Hugo Rodríguez Alcalá

El as de espadas.

LIBROS Y REVISTAS, por Mauricio de la Selva.

INDICE GENERAL DEL AÑO DE 1957.